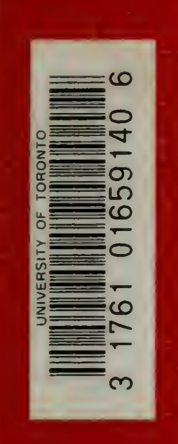
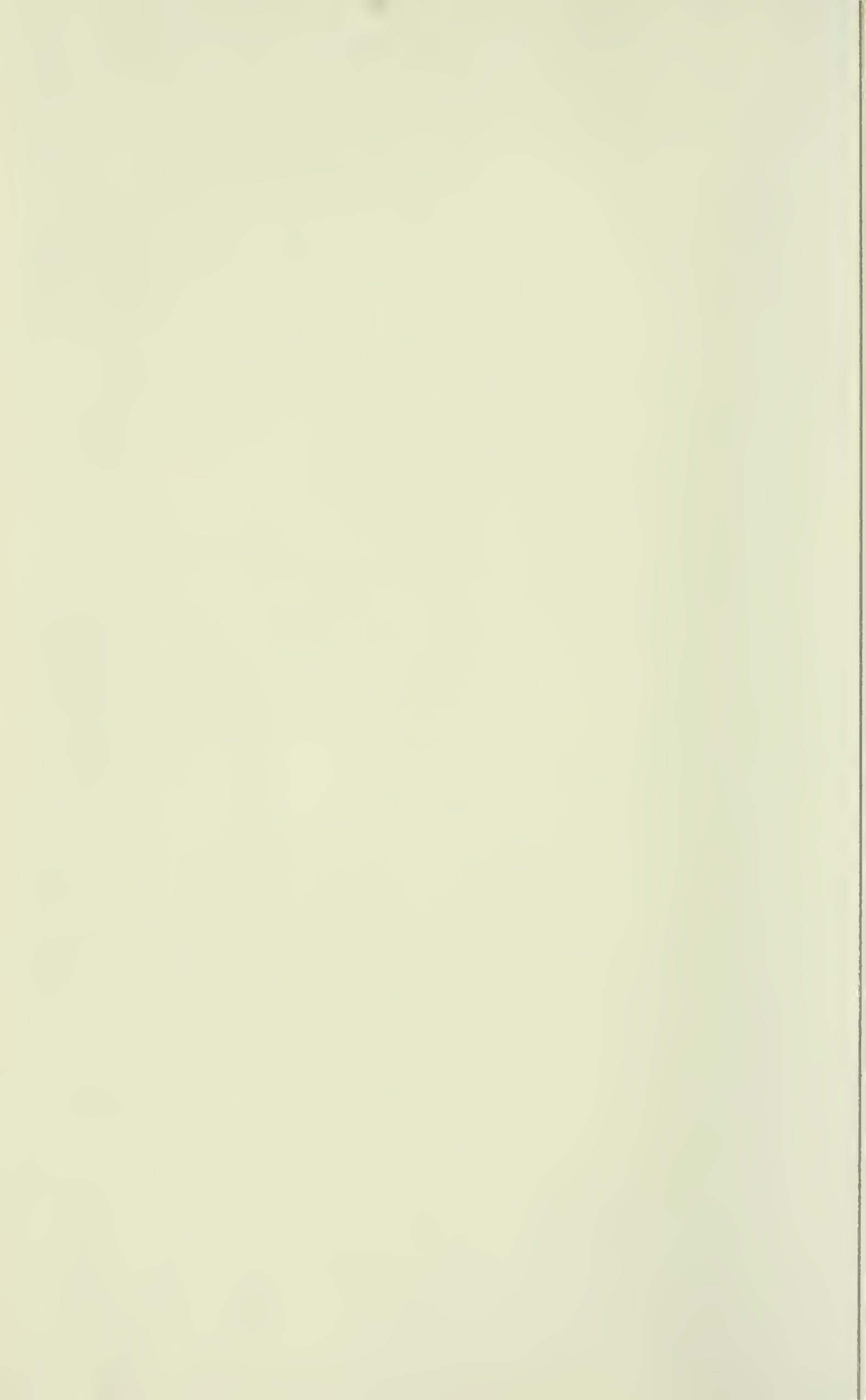
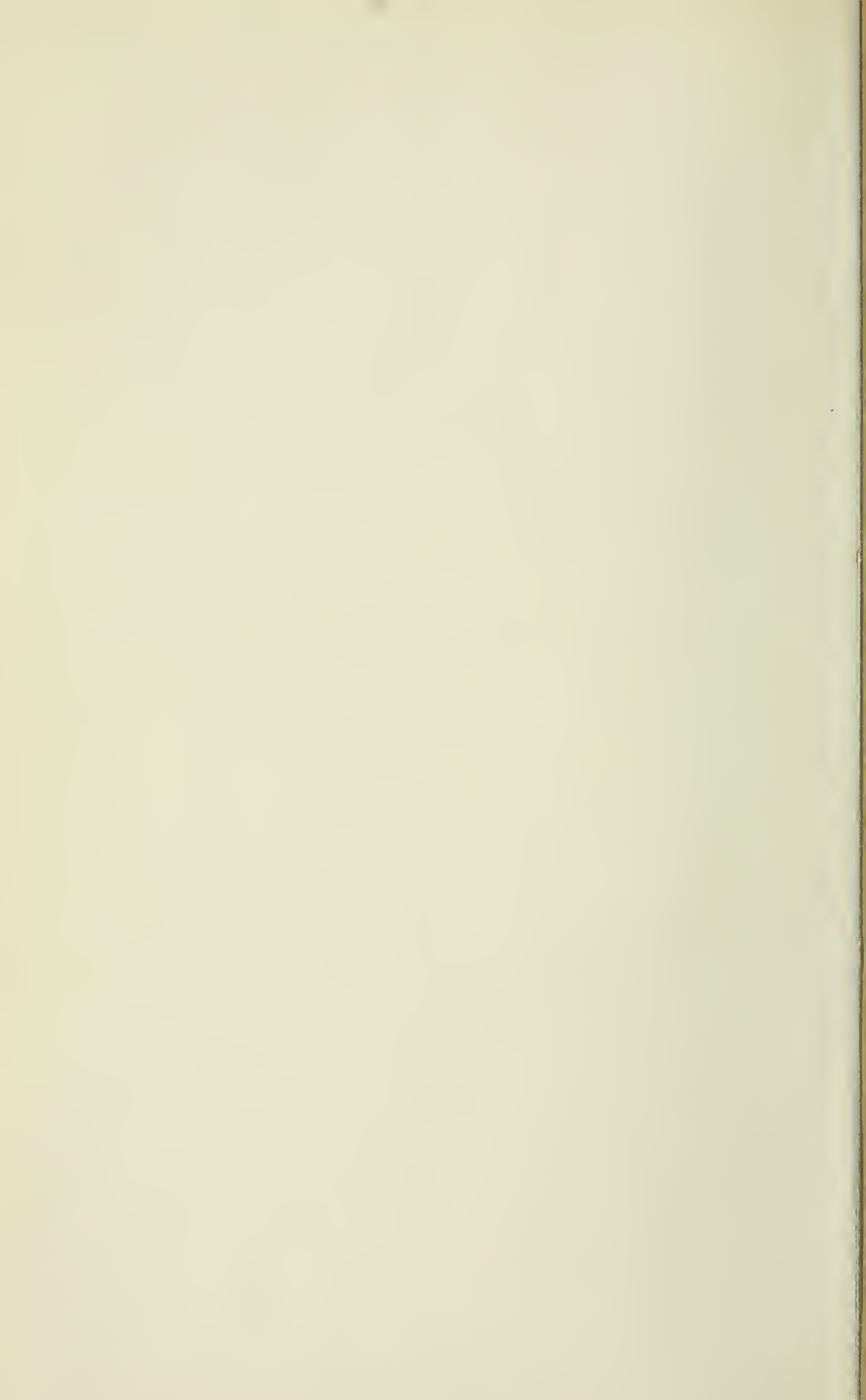

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01659140 6









OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

EDITOR
A. BELIN SARMIENTO

OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

PUBLICADAS BAJO LOS AUSPICIOS DEL GOBIERNO
ARGENTINO

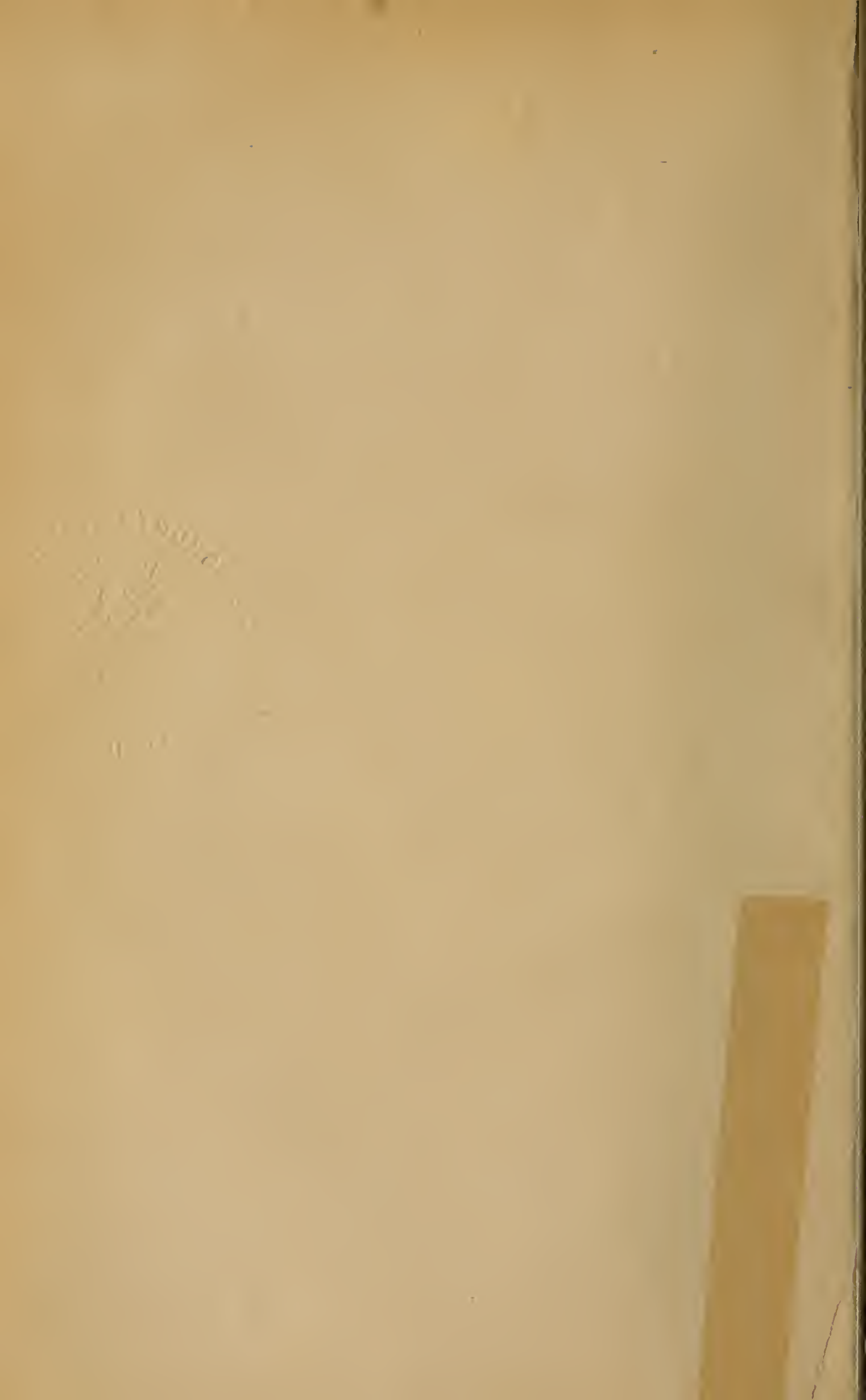
TOMO VII

CIVILIZACION
Y
BARBARIE

BUENOS AIRES

5001 — Imprenta y Litografía «Mariano Moreno», Corrientes, 829.

1896



CARTA

AL PROFESOR DON MATÍAS CALLANDRELLI

AUTOR DE UN

Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana

Mi estimado señor:

Tengo el gusto, para satisfacer á su pedido, de enviarle un ejemplar de la *Vida de Facundo Quiroga*, reputado generalmente como el escrito mas peculiar mío.

En cuanto á lenguaje, revisó esta última edicion el hablista habanero Mantilla (1) hallando poco que corregir de las anteriores, y segun dijo, llamándole la atencion la ocurrencia frecuente de locuciones anticuadas, pero castizas, que atribuía á mucha lectura de autores castellanos antiguos.

No siendo esta la verdad, indiquéle como causa que habiéndome criado en una provincia apartada y formádome sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí mas tiempo sin alteraciones sensibles, lo que corroboraba yo con muchos hechos, y aceptaba él como plausible, bien así como los ingleses insulares de hoy, han hallado en Norte-América locuciones que traía Jhonson, y no conserva Webster en su diccionario.

La correccion de pruebas de mis *Viajes* la hizo don Juan M. Gutierrez, de la Academia de la Lengua; y don Andrés Bello, igualmente académico, que gustaba mucho de *Recuerdos de provincia* como lenguaje y como recuerdos de costumbres americanas, rechazaba por infundadas muchas de las correcciones de Villergas que la echaba de hablista y que encontró en la Habana á quién *parler* en achaque de lengua castellana, pues es hoy un hecho conquistado que los mejores hablistas modernos

---

(1) Es decir, corrigió las pruebas de la edicion de 1868, pues al hacer esta reimpresion y comparar esa edicion con la de 1845, no hemos encontrado otra diferencia que la que resulta de la mejor correccion de pruebas.—*El Editor*.

son americanos, hecho reconocido por la Academia misma, acaso porque necesitan mas estudio de la lengua los que viven fuera del centro que la vivifica, y están mas influidos por los elementos extranjeros y extraños á su orígen, que tienden á incorporársele.

Es lo mas breve que puedo decirle para su direccion en el uso que quiera hacer de mis escritos, agradeciéndole cordialmente su buen deseo.

Tengo con este motivo el gusto de suscribirme su afectísimo amigo

D. F. Sarmiento

Buenos Aires, Agosto 12 de 1881.

JUAN FACUNDO QUIROGA

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Despues de terminada la publicacion de esta obra, he recibido de varios amigos rectificaciones de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente. Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando á un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados á la ligera, ó apelando á las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce ó disienta en cuanto á algun nombre propio, una fecha, cambiados ó puestos fuera de lugar.

Pero debo declarar que en los acontecimientos notables á que me refiero, y que sirven de base á las explicaciones que doy, hay una exactitud intachable de que responderán los documentos públicos que sobre ellos existen.

Quizá haya un momento en que desembarazado de las preocupaciones que han precipitado la redaccion de esta obrita, vuelva á refundirla en un plan nuevo, desnudándola de toda digresion accidental, y apoyándola en numerosos documentos oficiales, á que solo hago ahora una ligera referencia.

1845.

On ne tue point les idées.
Fortoul.

A los hombres se degüella, á las ideas no.

A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el dia anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria que en dias mas alegres había pintado en una sala, escribí con carbon estas palabras :

On ne tue point les idées

El gobierno á quien se comunicó el hecho, mandó una comision encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traduccion, « ¡ y bien ! dijeron, ¿ qué significa esto ? »..................................

Significaba simplemente que venía á Chile donde la libertad brillaba aun, y que me proponía hacer proyectar los rayos de las luces de su prensa hasta el otro lado de los Andes. Los que conocen mi conducta en Chile, saben si he cumplido aquella protesta.

INTRODUCCION A LA EDICION DE 1845

« Je demande a l'historien l'amour de l'humanité ou de la liberté ; sa justice impartiale ne doit être impassible. Il faut au contraire, qu'il souhaite, qu'il espère, qu'il souffre, ou soit heureux de ce qu'il raconte. »

Villemain, Cours de Littérature.

¡ Sombra terrible de Facundo ! voy á evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes á explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo ! Tú posees el secreto : ¡ revélanoslo ! Diez años aun despues de tu trájica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían : « ¡ No ! ¡ no ha muerto ! ¡ Vive aun ! ¡ Él vendrá ! » — ¡ Cierto ! Facundo no ha muerto ; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas ; en Rosas, su heredero, su

complemento: su alma ha pasado á este otro molde mas acabado, mas perfecto; y lo que en él era solo instinto, iniciacion, tendencia, convirtióse en Rosas en sistema, efecto y fin. La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema, y en política regular capaz de presentarse á la faz del mundo como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre que ha aspirado á tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fué reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazon helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasion, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo. Tirano sin rival hoy en la tierra, ¿por qué sus enemigos quieren disputarle el título de grande que le prodigan sus cortesanos? Sí; grande y muy grande es, para gloria y vergüenza de su patria, porque si ha encontrado millares de seres degradados que se unzan á su carro para arrastrarlo por encima de cadáveres, tambien se hallan á millares las almas generosas que en quince años de lid sangrienta, no han desesperado de vencer al monstruo que nos propone el enigma de la organizacion política de la República. Un día vendrá, al fin, que lo resuelva; y el Esfinge Argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario, morirá á sus plantas, dando á la Tebas del Plata el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo.

Necesítase, empero, para desatar este nudo que no ha podido cortar la espada, estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que lo forman, y buscar en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares, los puntos en que están pegados.

La República Argentina es hoy la seccion hispano-americana, que, en sus manifestaciones exteriores, ha llamado preferentemente la atencion de las naciones europeas, que no pocas veces se han visto envueltas en sus extravíos, ó atraidas, como por una vorágine, á acercarse al centro en que remolinean elementos tan contrarios. La Francia estuvo á punto de ceder á esta atraccion, y no sin grandes esfuerzos de remo y vela, no sin perder el gobernalle, logró alejarse y mantenerse á la distancia. Sus mas hábiles políticos no han alcanzado á comprender nada de lo que sus ojos han visto al echar una mirada precipitada sobre el poder americano que desafiaba á la gran nacion. Al ver las lavas ardientes que se revuelcan, se agitan, se chocan bramando en este gran foco de lucha intestina, los que por mas avisados se tienen, han dicho: es un volcan subalterno, sin nombre de los muchos que

aparecen en la América, pronto se extinguirá; y han vuelto á otra parte sus miradas, satisfechos de haber dado una solucion tan fácil como exacta de los fenómenos sociales que solo han visto en grupo y superficialmente. A la América del sur en general, y á la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera á penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aun no explorado ni descrito por la ciencia y revelase á la Europa, á la Francia, tan ávida de fases nuevas en la vida de las diversas porciones de la humanidad, este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos.

Hubiérase entonces explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza á aquella república; hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiérase asignado su parte á la configuracion del terreno, y á los hábitos que ella engendra su parte á las tradiciones españolas, y á la conciencia nacional, íntima, plebeya que han dejado la Inquisicion y el absolutismo hispano; su parte á la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte á la barbarie indígena; su parte á la civilizacion europea; su parte, en fin, á la democracia consagrada por la Revolucion de 1810, á la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad.

Este estudio que nosotros no estamos aún en estado de hacer, por nuestra falta de instruccion filosófica é histórica, hecho por observadores competentes, habría revelado á los ojos atónitos de la Europa un mundo nuevo en política, una lucha ingenua, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas y los bosques sombríos. Entonces se habría podido aclarar un poco el problema de la España, esa rezagada de Europa que echada entre el Mediterráneo y el Océano, entre la Edad Media y el siglo XIX, unida á la Europa culta por un ancho Istmo, y separada del Africa bárbara por un angosto Estrecho, está balanceándose entre dos fuerzas opuestas, ya levantándose en la balanza de los pueblos libres, ya cayendo en la de los despotizados; ya impía, ya fanática; ora constitucionalista declarada, ora despótica impudente; maldiciendo sus cadenas rotas á veces, ya cruzando los brazos, y pidiendo á gritos que le impongan el yugo, que parece ser su condicion y su modo de existir. ¡Qué! ¿el problema de la España europea no podría resolverse examinando minuciosamente la España americana, como por la educacion y hábitos de los hijos se rastrean las ideas y la moralidad de

los padres? ¡Qué! ¿no significa nada para la historia ni la filosofía esta eterna lucha de los pueblos hispano-americanos, esa falta supina de capacidad política é industrial que los tiene inquietos y revolviéndose sin norte fijo, sin objeto preciso, sin que sepan por qué no pueden conseguir un dia de reposo, ni qué mano enemiga los echa y empuja en el torbellino fatal que los arrastra mal de su grado y sin que les sea dado sustraerse á su maléfica influencia? ¿No valía la pena de saber por qué en el Paraguay, tierra desmontada por la mano *sabia* del jesuitismo, un *sabio* educado en las aulas de la antigua Universidad de Córdoba, abre una nueva página en la historia de las aberraciones del espíritu humano, encierra á un pueblo en sus límites de bosques primitivos, y borrando las sendas que conducen á esta China recóndita, se oculta y esconde durante treinta años su presa en las profundidades del continente americano, y sin dejarle lanzar un solo grito, hasta que muerto él mismo por la edad y la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso, éste puede al fin, con voz extenuada y apenas inteligible, decir á los que vagan por sus inmediaciones: ¡vivo aun! ¡pero cuánto he sufrido! *¡quantum mutatus ob illo!* ¡Qué transformacion ha sufrido el Paraguay; qué cardenales y llagas ha dejado el yugo sobre su cuello que no oponía resistencia! ¿No merece estudio el espectáculo de la República Argentina que, despues de veinte años de convulsion interna, de ensayos de organizacion de todo género, produce al fin del fondo de sus entrañas, de lo íntimo de su corazon, al mismo Dr. Francia en la persona de Rosas, pero mas grande, mas desenvuelto y mas hostil, si se puede, á las ideas, costumbres y civilizacion de los pueblos europeos? ¿No se descubre en él el mismo rencor contra el elemento extanjero, la misma idea de la autoridad del gobierno, la misma insolencia para desafiar la reprobacion del mundo, con mas su originalidad salvaje, su carácter friamente feroz y su voluntad incontrastable, hasta el sacrificio de la patria, como Sagunto y Numancia; hasta abjurar el porvenir y el rango de nacion culta, como la España de Felipe II y de Torquemada? ¿Es este un capricho accidental, una desviacion momentánea causada por la aparicion en la escena de un genio poderoso, bien así como los planetas se salen de su órbita regular, atraídos por la aproximacion de algun otro, pero sin sustraerse del todo á la atraccion de su centro de rotacion, que luego asume la preponderancia y les hace entrar en la carrera ordinaria? Mr. Guizot ha dicho desde la tribuna francesa: «hay en América dos partidos; el partido europeo, y el partido americano: éste es el mas fuerte»; y cuando le avisan que los franceses han tomado las armas en Montevideo, y han asociado su porvenir, su vida y su bienestar al triunfo del partido europeo

civilizado, se contenta con añadir: « los franceses son muy entremetidos, y comprometen á su nacion con los demas gobiernos ». ¡Bendito sea Dios! Mr. Guizot, el historiador de la *Civilizacion* europea, el que ha deslindado los elementos nuevos que modificaron la civilizacion romana, y que ha penetrado en el enmarañado laberinto de la Edad Media, para mostrar cómo la nacion francesa ha sido el crisol en que se ha estado elaborando, mezclando y refundiendo el espíritu moderno; M. Guizot, ministro del rey de Francia, da por toda solucion á esta manifestacion de simpatías profundas entre los franceses y los enemigos de Rosas: « ¡ son muy entremetidos los franceses! » Los otros pueblos americanos, que indiferentes é impasibles miran esta lucha y estas alianzas de un partido argentino con todo elemento europeo que venga á prestarle su apoyo, exclaman á su vez llenos de indignacion: « estos argentinos son muy amigos de los europeos! » Y el tirano de la República Argentina se encarga oficiosamente de completarles la frase, añadiendo: « ¡ traidores á la causa americana! » ¡Cierto! dicen todos; ¡ traidores! esta es la palabra. ¡ Cierto! decimos nosotros ¡ traidores á la causa americana, española, absolutista, bárbara! ¿No habeis oído la palabra *salvaje* que anda revoleteando sobre nuestras cabezas?

De eso se trata, de ser ó no ser *salvaje*. Rosas, segun esto, no es un hecho aislado, una aberracion, una monstruosidad. Es, por el contrario, una manifestacion social; es una fórmula de una manera de ser de un pueblo. ¿Para qué os obstináis en combatirlo, pues, si es fatal, forzoso, natural y lógico? ¡Dios mío! ¡ para qué lo combatís!... ¿Acaso porque la empresa es ardua, es por eso absurda? ¿Acaso porque el mal principio triunfa, se le ha de abandonar resignadamente el terreno? ¿Acaso la civilizacion y la libertad son débiles hoy en el mundo, porque la Italia gima bajo el peso de todos los despotismos, porque la Polonia ande errante sobre la tierra mendigando un poco de pan y un poco de libertad? ¡ Por qué lo combatís!... ¿Acaso no estamos vivos los que despues de tantos desastres sobrevivimos aun; ó hemos perdido nuestra conciencia de lo justo y del porvenir de la patria, porque hemos perdido algunas batallas? ¡Qué! ¿se quedan tambien las ideas entre los despojos de los combates? ¿Somos dueños de hacer otra cosa que lo que hacemos, ni mas ni menos como Rosas no puede dejar de ser lo que es? ¿No hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos? ¿Concedióse jamas el triunfo á quien no sabe perseverar? Por otra parte, ¿hemos de abandonar un suelo de los mas privilegiados de la América á las devastaciones de la barbarie, mantener cien rios navegables abandonados á los aves acuáticas que están en quieta posesion de surcarlos ellas solas desde *ab initio*?

¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta á la inmigracion europea que llama con golpes repetidos para poblar nuestros desiertos, y hacernos á la sombra de nuestro pabellon, pueblo innumerable como las arenas del mar? Hemos de dejar ilusorios y vanos los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria, con que nos han mecido desde la infancia los pronósticos que con envidia nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad? Despues de la Europa ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que la América? ¿Hay en la América muchos pueblos que estén como el argentino, llamados por lo pronto á recibir la poblacion europeo que desborda como el líquido en un vaso? ¿No queréis, en fin que vayamos á invocar la ciencia y la industria en nuestro auxilio, á llamarlas con todas nuestras fuerzas, para que vengan á sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coaccion? ¡Oh! Este porvenir no se renuncia así no mas! No se renuncia porque un ejército de 20.000 hombres guarde la entrada de la patria: los soldados mueren en los combates, desertan ó cambian de bandera. No se renuncia porque la fortuna haya favorecido á un tirano durante largos y pesados años: la fortuna es ciega, y un dia que no acierte á encontrar á su favorito entre el humo denso y la polvareda sofocante de los combates, ¡adios tirano! ¡adios tiranía! No se renuncia porque todas las brutales é ignorantes tradiciones coloniales hayan podido mas en un momento de extravio en el ánimo de masas inespertas; las convulsiones políticas traen tambien la experiencia y la luz, y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes, y de las preocupaciones estacionarias. No se renuncia porque en un pueblo haya millares de hombres candorosos que toman el bien por el mal; egoistas que sacan de él su provecho; indiferentes que lo ven sin interesarse; tímidos que no se atreven á combatirlo; corrompidos, en fin, que conociéndolo, se entregan á él por inclinacion al mal, por depravacion; siempre ha habido en los pueblos todo esto, y nunca el mal ha triunfado definitivamente. No se renuncia, porque los demas pueblos americanos no puedan prestarnos su ayuda; porque los gobiernos no ven de lejos sino el brillo del poder organizado, y no distinguen en la oscuridad humilde y desamparada de las revoluciones, los elementos grandes que están forcejando por desenvolverse; porque la oposicion pretendida liberal abjure de sus principios, imponga silencio á su conciencia, y por aplastar bajo su pié un insecto que importuna, huelle la noble planta á que ese insecto se

apegaba. No se renuncia porque los pueblos en masa nos den la espalda á causa de que nuestras miserias y nuestras grandezas están demasiado lejos de su vista para que alcancen á conmoverlos. ¡No! no se renuncia á un porvenir tan inmenso, á una mision tan elevada, por ese cúmulo de contradicciones y dificultades. Las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban á fuerza de contradecirlas!

Desde Chile, nosotros nada podemos dar *á los que perseveran* en la lucha bajo todos los rigores de las privaciones, y con la cuchilla exterminadora, que como la espada de Damocles, pende á todas horas sobre sus cabezas. ¡Nada! excepto ideas, excepto consuelos, excepto estímulos; arma ninguna nos es dado llevar á los combatientes, si no es la que la *prensa libre* de Chile suministra á todos los hombres libres. ¡La prensa! ¡la prensa! He aquí, tirano, el enemigo que sofocaste entre nosotros. He aquí el vellocino de oro que tratamos de conquistar. He aquí como la prensa de Francia, Inglaterra, Brasil, Montevideo, Chile, Corrientes, va á turbar tu sueño en medio del silencio sepulcral de tus víctimas; he aquí que te has visto compelido á robar el don de lenguas para paliar el mal, don que solo fué dado para predicar el bien. He aquí que desciendes á justificarte, y que vas por todos los pueblos europeos y americanos mendigando una pluma venal y fratricida, para que por medio de la prensa defienda al que la ha encadenado! ¿Por qué no permites en tu patria la discusion que mantienes en todos los otros pueblos? ¿Para qué, pues, tantos millares de víctimas sacrificadas por el puñal; para qué tantas batallas, si al cabo habías de concluir por la pacífica discusion de la prensa?

El que haya leído las páginas que preceden, creerá que es mi ánimo trazar un cuadro apasionado de los actos de barbarie que han deshonrado el nombre de don Juan Manuel Rosas. Que se tranquilicen los que abriguen este temor. Aun no se ha formado la última página de esta biografía inmoral, aun no está llena la medida; los dias de su héroe no han sido contados aun. Por otra parte, las pasiones que subleva entre sus enemigos, son demasiado rencorosas aun, para que pudieran ellos mismos poner fe en su imparcialidad ó en su justicia.

Es de otro personaje de quien debo ocuparme. Facundo Quiroga es el caudillo cuyos hechos quiero consignar en el papel. Diez años ha que la tierra pesa sobre sus cenizas, y muy cruel y emponzoñada debiera mostrarse la calumnia que fuera á cavar los sepulcros en busca de víctimas. ¿Quién lanzó la bala *oficial* que detuvo su carrera? ¿Partió de Buenos Aires ó de Córdoba? La historia expli-

cará este arcano. Facundo Quiroga, empero, es el tipo mas ingenuo del carácter de la guerra civil de la República Argentina, es la figura mas americana que la revolucion presenta. Facundo Quiriga enlaza y eslabona todos los elementos de desórden que hasta antes de su aparicion estaban agitándose aisladamente en cada provincia; él hace de la guerra local la guerra nacional argentina, y presenta triunfante, al fin de diez años de trabajos, de devastacion y de combates, el resultado de que solo supo aprovecharse el que lo asesinó. He creído explicar la revolucion argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular.

He evocado, pues, mis recuerdos, y buscado para completarlos, los detalles que han podido suministrarme hombres que lo conocieron en su infancia, que fueron sus partidarios ó sus enemigos, que han visto con sus ojos unos hechos, oído otros, y tenido conocimiento exacto de una época ó de una situacion particular. Aun espero mas datos que los que poseo, que ya son numerosos. Si algunas inexactitudes se me escapan, ruego á los que las adviertan, que me las comuniquen; porque en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestacion de la vida argentina tal como la han hecho la colonizacion y las peculiaridades del terreno, á lo cual creo necesario consagrar una seria atencion, porque sin esto la vida y hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar sino episódicamente en el dominio de la historia. Pero Facundo en relacion con la fisonomía de la naturaleza grandiosamente salvaje que prevalece en la inmensa extension de la República Argentina; Facundo, expresion fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones é instintos; Facundo, en fin, siendo lo que fué, no por un accidente de su carácter, sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico mas singular, mas notable, que puede presentarse á la contemplacion de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es mas que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nacion en una época dada de su historia. Alejandro es la pintura, el reflejo de la Grecia guerrera, literaria, política y artística; de la Grecia excéptica, filosófica y emprendedora, que se derrama por sobre el Asia para extender la esfera de su accion civilizadora.

Por esto nos es necesario detenernos en los detalles de la vida interior del pueblo argentino, para comprender su ideal, su personificacion.

Sin estos antecedentes, nadie comprenderá á Facundo Quiroga

como nadie, á mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolivar, por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la *Enciclopedia Nueva*, he leido un brillante trabajo sobre el general Bolivar, en que se hace á aquel caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos, por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleon menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo el remedo de la Europa, y nada que me revele la América.

Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara, americana pura, y de ahí partió el gran Bolivar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja á cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas europeas del escritor desfiguran al héroe, á quien quitan el *poncho* para presentarlo desde el primer dia con el frac, ni mas ni menos como los litógrafos de Buenos Aires han pintado á Facundo con casaca de solapas, creyendo impropia su chaqueta, que nunca abandonó. Bien; han hecho un general, pero Facundo desaparece. La guerra de Bolivar pueden estudiarla en Francia en la de los *chouanes;* Bolivar es un Charette de mas anchas dimensiones. Si los españoles hubieran penetrado en la República Argentina el año 11, acaso nuestro Bolivar habria sido Artigas, si este caudillo hubiese sido, como aquel, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educacion.

La manera de tratar la historia de Bolivar de los escritores europeos y americanos, conviene á San Martin y á otros de su clase. San Martin no fué caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa, y llegó á América, donde el gobierno era el revolucionario, y pudo formar á sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo, y dar batallas regulares segun las reglas de la ciencia. Su expedicion sobre Chile es una conquista en regla, como la de la Italia por Napoleon. Pero si San Martin hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí, para ir á reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado á su segunda tentativa.

El drama de Bolivar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta hoy conocemos; es preciso poner antes las decoraciones y los trajes americanos, para mostrar en seguida el personaje. Bolivar, es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; Bolivar, el verdadero Bolivar, no lo conoce aun el mundo; y es muy probable que cuando lo traduzcan á su idioma natal, aparezca mas sorprendente y mas grande aun.

Razones de este género me han movido á dividir este precipitado

trabajo en dos partes: la una en que trazo el terreno, el paisaje, el teatro sobre que va á representarse la escena; la otra, en que aparece el personaje, con su traje, sus ideas, su sistema de obrar; de manera que la primera está ya revelando á la segunda, sin necesidad de comentarios ni explicaciones.

CARTA-PRÓLOGO DE LA EDICION DE 1851

Señor don Valentin Alsina:

Conságrole, mi caro amigo, estas páginas que vuelven á ver la luz pública, menos por lo que ellas valen, que por el conato de Vd. de amenguar con sus notas los muchos lunares que afeaban la primera edicion. Ensayo y revelacion para mí mismo de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiracion del momento, sin el auxilio de documentos á la mano, y ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos, y con propósitos de accion inmediata y militante. Tal como él era, mi pobre librejo ha tenido la fortuna de hallar en aquella tierra cerrada á la verdad y á la discusion, lectores apasionados, y de mano en mano, deslizándose furtivamente, guardado en algun secreto escondite, para hacer alto en sus peregrinaciones, emprender largos viajes, y ejemplares por centenas llegar, ajados y despachurrados de puro leidos, hasta Buenos Aires, á las oficinas del pobre tirano, á los campamentos del soldado, y á la cabaña del gaucho, hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe.

He usado con parsimonia de sus preciosas notas, guardando las mas sustanciales para tiempos mejores y mas meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepcion.

Este libro, como tantos otros que la lucha de la libertad ha hecho nacer, irá bien pronto á confundirse en el fárrago inmenso de materiales, de cuyo caos discordante saldrá un dia, depurado de todo resabio, la historia de nuestra patria, el drama mas fecundo en lecciones, mas rico en peripecias, y mas vivaz, que la dura y penosa transformacion americana ha presentado. Feliz yo, si como lo deseo, puedo un dia consagrarme con éxito á tarea tan grande! Echaría al fuego entonces de buena gana cuantas páginas precipitadas he dejado escapar en el combate, en que Vd. y tantos otros valientes escritores, han cogido los mas frescos lauros, hiriendo de mas cerca, y con armas mejor templadas, al poderoso tirano de nuestra patria.

He suprimido la introduccion, como inútil, y los dos capítulos últimos como ociosos hoy, recordando una indicacion de Vd. en 1846 en Montevideo, en que me insinuaba que el libro estaba terminado en la muerte de Quiroga ([1]).

Tengo una ambicion literaria, mi caro amigo, y á satisfacerla consagro muchas vigilias, investigaciones prolijas, y estudios meditados. Facundo murió corporalmente en Barranca Yaco; pero su nombre en la historia podía escaparse y sobrevivir algunos años, sin castigo ejemplar como era merecido. La justicia de la historia ha caído ya sobre él, y el reposo de su tumba, guárdanlo la supresion de su nombre y el desprecio de los pueblos. Sería agraviar á la historia escribir la vida de Rosas; y humillar á nuestra patria recordarla, despues de rehabilitarla, las degradaciones por que ha pasado. Pero hay otros pueblos y otros hombres que no deben quedar sin humillacion, y sin ser aleccionados. ¡Oh! La Francia, tan justamente erguida por su suficiencia en las ciencias históricas, políticas y sociales; la Inglaterra, tan contemplativa de sus intereses comerciales; aquellos políticos de todos los países, aquellos escritores que se precian de entendidos, si un pobre narrador americano se presentase ante ellos con un libro, para mostrarles, como Dios muestra las cosas que llamamos evidentes, que se han prosternado ante un fantasma, que han contemporizado con una sombra impotente, que han acatado un monton de basura, llamando á la estupidez energía, á la ceguedad talento, virtud á la crápula, é intriga y diplomacia á los mas groseros ardides; si pudiera hacerse esto, como es posible hacerlo, con uncion en las palabras, con intachable imparcialidad en la jurisprudencia de los hechos, con exposicion lucida y animada, con elevacion de sentimientos, y con conocimiento profundo de los intereses de los pueblos, y presentimiento, fundado en deduccion lógica, de los bienes que sofocaron con sus errores y de los males que desarrollaron en nuestro país é hicieron desbordar sobre otros... ¿no siente Vd. que el que tal hiciera podría presentarse en Europa con su libro en la mano, y decir á la Francia y á la Inglaterra, á la monarquía y á la república, á Palmerston y á Guizot, á Luis Felipe y á Luis Napoleon, al *Times* y á la *Presse:* ¡leed, miserables, y humilláos! ¡he ahí vuestro hombre! y hacer efectivo aquel *ecce homo,* tan mal señalado por los poderosos, al desprecio y al asco de los pueblos?

---

(1) Ambos capítulos los reproducimos en esta edicion, así como lo fueron en la de París de 1874. — *El Editor.*

La historia de la tiranía de Rosas es la mas solemne, la mas sublime, y la mas triste página de la especie humana, tanto para los pueblos que de ella han sido víctimas, como para las naciones, gobiernos y políticos europeos ó americanos, que han sido actores en el drama, ó testigos interesados.

Los hechos están ahí consignados, clasificados, probados, documentados; fáltales, empero, el hilo que ha de ligarlos en un solo hecho, el soplo de vida que ha de hacerlos enderezarse todos á un tiempo á la vista del espectador; y convertirlos en cuadro vivo, con primeros planos palpables y lontananzas necesarias; fáltales el colorido que dan al paisaje los rayos del sol de la patria; fáltales la evidencia que trae la estadística que cuenta las cifras, que impone silencio á los fraseadores presuntuosos, y hace enmudecer á los poderosos impudentes. Fáltame para intentarlo, interrogar el suelo y visitar los lugares de la escena; oir las revelaciones de los cómplices, las deposiciones de las víctimas, los recuerdos de los ancianos, las doloridas narraciones de las madres que ven con el corazon; fáltame escuchar el eco confuso del pueblo, que ha visto y no ha comprendido; que ha sido verdugo y víctima, testigo y actor; falta la madurez del hecho cumplido, y el paso de una época á otra, el cambio de los destinos de la nacion, para volver con fruto los ojos hácia atrás, haciendo de la historia ejemplo y no venganza.

Imagínese Vd., mi caro amigo, si codiciando para mí este tesoro prestaré grande atencion á los defectos é inexactitudes de la vida, de Juan Facundo Quiroga, ni de nada de cuanto he abandonado á la publicidad. Hay una justicia ejemplar que hacer y una gloria que adquirir como escritor argentino; fustigar al mundo, y humillar la soberbia de los grandes de la tierra, llámense sabios ó gobiernos. Si fuera rico, fundara un premio Montyon para aquel que lo consiguiera.

Envíole, pues, el *Facundo* sin otras atenuaciones, y hágalo que continúe la obra de rehabilitacion de lo justo y de lo digno que tuvo en mira al principio. Tenemos lo que Dios concede á los que sufren, años por delante y esperanza; tengo yo un átomo de lo que á Vd. y á Rosas, á la virtud y al crímen, concede á veces, perseverancia. Perseveremos, amigo; muramos Vd. ahí, yo acá; pero que ningun acto, ninguna palabra nuestra revele que tenemos la conciencia de nuestra debilidad, y de que nos amenazan para hoy, ó para mañana, tribulaciones y peligros.

Queda de Vd. su afectísimo amigo,

DOMINGO F. SARMIENTO.

Yungay, 7 de abril de 1851.

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I

ASPECTO FÍSICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, Y CARACTERES, HÁBITOS É IDEAS QUE ENGENDRA

> L'étendue des pampas est si prodigieuse qu'au nord elles son bornées par des bosquets de palmiers, et au midi par des neiges éternelles.
>
> *Head.*

El continente americano termina al sur en una punta en cuya extremidad se forma el Estrecho de Magallanes. Al oeste y á corta distancia del Pacífico, se extienden paralelos á la costa los Andes chilenos. La tierra que queda al oriente de aquella cadena de montañas, y al occidente del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Rio de la Plata, y en la que aún se derrama sangre por denominarlo República Argentina ó Confederacion Argentina. Al norte están el Paraguay y Bolivia, sus límites presuntos.

La inmensa extension de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja á la República Argentina es la extension; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitacion humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores ténues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los

ganados que pacen en los campos y las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas, y que se detiene á reposar por momentos, la tripulacion reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur al mas ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede sorprenderla desapercibida de un momento á otro.

Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza á calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, á las orejas de algun caballo que está inmediato al fogon, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hácia atras. Entonces continúa la conversacion interrumpida, ó lleva á la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, á mi parecer, en el carácter argentino cierta resignacion estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país, privilegiado en dones y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen á la poblacion condiciones diversas, segun la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al norte, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamáramos inauditas si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extension de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno, la pampa y la selva; domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la

selva á merced de algun río que la favorece, hasta que al fin al sur triunfa la pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable; es la imágen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra aguardando todavía que se la mande producir las plantas y toda clase de simiente.

Pudiera señalarse como un rasgo notable de la fisonomía de este país, la aglomeracion de ríos navegables que al este se dan cita de todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata, y presentar dignamente su estupendo tributo al océano, que lo recibe en sus flancos no sin muestras visibles de turbacion y de respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la naturaleza, no introducen cambio ninguno en las costumbres nacionales. El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegacion, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote ó la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo, y lo endilga nadando á algun islote que se divisa á lo lejos; arriba á él, descansan caballo y caballero, y de islote en islote, se completa al fin la travesia.

De este modo, el favor mas grande que la Providencia depara á un pueblo, el gaucho argentino lo desdeña, viendo en él mas bien un obstáculo opuesto á sus movimientos, que el medio mas poderoso de facilitarlos; de este modo la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la celebridad remotísima del Egipto, lo que engrandeció á la Holanda, y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norte América, la navegacion de los rios, ó la canalizacion, es un elemento muerto, inesplotado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay. Desde el Plata remontan aguas arriba algunas navecillas tripuladas por italianos y carcamanes; pero el movimiento sube unas cuantas leguas y cesa casi de todo punto. No fué dado á los españoles el instinto de la navegacion, que poseen en tan alto grado los sajones del Norte. Otro espíritu se necesita que agite esas arterias en que hoy se estagnan los fluidos vivificantes de una nacion. De todos estos rios que debieran llevar la civilizacion, el poder y la riqueza hasta profundidades

mas recónditas del continente, y hacer de Santa Fé, Entre Rios, Corrientes, Córdoba, Salta, Tucuman y Jujuy otros tantos pueblos nadando en riquezas y rebosando poblacion y cultura, solo uno hay que es fecundo en beneficios para los que moran en sus riberas: el Plata, que los resume á todos juntos.

En su embocadura están situadas dos ciudades, Montevideo y Buenos Aires, cosechando hoy alternativamente las ventajas de su envidiable posicion. Buenos Aires está llamada á ser un dia la ciudad mas gigantesca de ambas Américas. Bajo un clima benigno, señora de la navegacion de cien rios que fluyen á sus piés, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, y con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos. fuera ya la Babilonia americana, si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella, y si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los rios y las provincias tienen que llevarla siempre. Ella sola en la vasta extension argentina está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene el poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilizacion, de industria y de poblacion europea; una política estúpida y colonial se hizo sorda á estos clamores. Pero las provincias se vengaron, mandándole á Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que á ellas les sobraba.

Harto caro la han pagado los que decian: «la República Argentina acaba en el Arroyo del Medio.» Ahora llega desde los Andes hasta el mar; la barbarie y la violencia bajaron á Buenos Aires mas allá del nivel de las provincias. No hay que quejarse de Buenos Aires, que es grande y lo será mas, porque así le cupo en suerte. Debiéramos quejarnos antes de la Providencia y pedirle que rectifique la configuracion de la tierra. No siendo esto posible, demos por bien hecho lo que de mano de Maestro está hecho. Quejémonos de la ignorancia de ese poder brutal que esteriliza para sí y para las provincias, los dones que natura prodigó al pueblo que extravía. Buenos Aires, en lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale solo cadenas, hordas extermi-

nadoras, y tiranuelos subalternos. Tambien se venga del mal que las provincias le hicieron con prepararle á Rosas!

He señalado esta circunstancia de la posicion monopolizadora de Buenos Aires, para mostrar que hay una organizacion del suelo, tan central y unitaria en aquel pais, que aunque Rosas hubiera gritado de buena fe *¡federacion ó muerte!* habría concluido por el sistema unitario que hoy ha establecido. Nosotros, empero, queríamos la unidad en la civilizacion y en la libertad, y se nos ha dado la unidad en la barbarie y en la esclavitud. Pero otro tiempo vendrá en que las cosas entren en su cauce ordinario. Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilizacion se acumulan en Buenos Aires solo; la pampa es un malisimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias, y ya veremos lo que de aquí resulta.

Pero por sobre todos estos accidentes peculiares á ciertas partes de aquel territorio, predomina una faccion general. uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetacion de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porcion de humedad que les da vida, ya en fin, que la pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten á interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes al norte; nuevo elemento de unidad para la nacion que pueble un dia aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros países, y los demas obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas.

Norte América está llamada á ser una federacion, menos por la primitiva independencia de las plantaciones, que por su ancha exposicion al Atlántico y las diversas salidas que al interior dan el San Lorenzo al norte, el Mississipi al sur, y las inmensas canalizaciones al centro. La República Argentina es una é indivisible.

Muchos filósofos han creído tambien que las llanuras preparaban las vias al despotismo, del mismo modo que

las montañas prestaban asidero á las resistencias de la libertad. Esta llanura sin límites que desde Salta á Buenos Aires, y de allí á Mendoza, por una distancia de mas de setecientas leguas permite rodar enormes y pesadas carretas sin encontrar obstáculo alguno, por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales; esta llanura constituye uno de los rasgos mas notables de la fisonomía interior de la República.

Para preparar vias de comunicacion, basta solo el esfuerzo del individuo y los resultados de la naturaleza bruta ; si el arte quisiera prestarle su auxilio, si las fuerzas de la sociedad intentaran suplir la debilidad del individuo, las dimensiones colosales de la obra arredrarian á los mas emprendedores, y la incapacidad del esfuerzo lo haria inoportuno

Así, en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la accion de la civilizacion permanecerá débil é ineficaz.

Esta extension de las llanuras imprime, por otra parte, á la vida del interior cierta tintura asiática que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney en su descripcion de las Ruinas : *La pleine lune à l'Orient s'élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrate.* Y en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae á la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates ; algun parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar al fin de una marcha de meses, á Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad ó Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idiomas y vestido peculiares que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra.

Es el capataz un caudillo, como en Asia el jefe de la caravana ; necesítase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinacion, el capataz enarbola

su *chicote* de fierro, y descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones y heridas; si la resistencia se prolonga, antes de apelar á las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en mano y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo.

El que muere en estas ejecuciones del capataz no deja derecho á ningun reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado.

Así es como en la vida argentina empieza á establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del mas fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate. La tropa de carretas lleva ademas armamento, un fusil ó dos por carreta, y á veces un cañoncito giratorio en la que va á la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo atando unas carretas con otras, y casi siempre resisten victoriosamente á la codicia de las salvajes ávidos de sangre y de pillaje.

La árrea de mulas cae con frecuencia indefensa en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y á luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y maña personal para precaverse de todos los riesgos que le cercan de continuo.

El pueblo que habita estas extensas comarcas se compone de dos razas diversas, que mezclándose forman medios tintes imperceptibles, españoles é indígenas. En las campañas de Córdoba y San Luis predomina la raza española pura, y es comun encontrar en los campos pastoreando ovejas, muchachas tan blancas, tan rosadas y hermosas, como querrían serlo las elegantes de una capital. En Santiago del Estero el grueso de la poblacion campesina habla aun el *quichua*, que revela su orígen indio. En Corrientes los campesinos usan un dialecto español muy gracioso:—Dame, general, un chiripá, decían á Lavalle sus soldados.

En la campaña de Buenos Aires, se reconoce todavía el soldado andaluz, y en la ciudad predominan los apellidos extranjeros. La raza negra, casi extinta ya, excepto en

Buenos Aires, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabon que liga al hombre civilizado con el palurdo; raza inclinada á la civilizacion, dotada de talento y de los mas bellos instintos de progreso.

Por lo demas, de la fusion de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor á la ociosidad, é incapacidad industrial, cuando la educacion y las exigencias de una posicion social no vienen á ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido á producir este resultado desgraciado, la incorporacion de indígenas que hizo la colonizacion. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsion, para dedicarse á un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de accion la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada á sus propios instintos.

Dá compasion y vergüenza en la República Argentina comparar la colonia alemana ó escocesa del sur de Buenos Aires, y la villa que se forma en el interior; en la primera las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos; el amueblado sencillo, pero completo, la vajilla de cobre ó estaño, reluciendo siempre, la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y accion continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse á la ciudad á gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla; niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la mas completa inaccion, el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitacion, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables.

Esta miseria que ya va desapareciendo, y que es un accidente de las campañas pastoras, motivó sin duda las palabras que el despecho y la humillacion de las armas inglesas arrancaron á Walter Scott. Las vastas llanuras de Buenos Aires, dice, no están pobladas, sino por cristianos

salvajes conocidos bajo el nombre de *huachos* (por decir *gauchos*), cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua, y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente, añade el buen gringo, prefirieron su independencia nacional á nuestros algodones y muselinas ([1]). Sería bueno proponerle á la Inglaterra, por ver no mas cuantas varas de lienzo y cuantas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires.

Por aquella extension sin límites, tal como la hemos descrito, están esparcidas aquí y allá catorce ciudades capitales de provincia, que si hubiéramos de seguir el órden aparente clasificáramos por su colocacion geográfica: Buenos Aires, Santa Fé, Entre Rios y Corrientes á las márgenes del Paraná Mendoza, San Juan, Rioja, Catamarca, Tucuman, Salta y Jujuy, casi en línea paralela con los Andes chilenos; Santiago, San Luis y Córdoba al centro.

Pero esta manera de enumerar los pueblos argentinos no conduce á ninguno de los resultados sociales que voy solicitando. La clasificacion que hace á mi objeto, es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espiritu. Ya he dicho que la vecindad de los rios no imprime modificacion alguna, puesto que no son navegados sino en una escala insignificante y sin influencia. Ahora, todos los pueblos argentinos, salvo San Juan y Mendozo, viven de los productos del pastoreo; Tucuman explota, ademas, la agricultura, y Buenos Aires, á mas de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega á las múltiples y variadas ocupaciones de la vida civilizada.

Las ciudades argentinas tienen la fisonomia regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su poblacion diseminada en una ancha superficie, si se exceptúa á Córdoba, que edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, á que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magnificos templos. La ciudad es el centro de la civilizacion argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas

(1) Life of Napoleon Buonaparte, tom. II, cap I.

del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, á los pueblos cultos.

La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tienen allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeracion trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola sin ciudades menores y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda á mas ó menos distancia, las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce á unos estrechos oásis de civilizacion enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideracion. Buenos Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilizacion y de intereses municipalas; ya esto es un hecho notable.

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instruccion, alguna organizacion municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto; el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser comun á todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aun hay mas; el hombre de la campaña lejos de aspirar á semejarse al de la ciudad, rechaza con desden su lujo y sus modales corteses; y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningun signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado por allí, proscripto afuera; y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.

Estudiemos ahora la fisonomía exterior de las extensas campañas que rodean las ciudades, y penetremos en la vida interior de sus habitantes. Ya he dicho que en muchas provincias el límite forzoso es el desierto intermedio y sin agua. No sucede así por lo general con la campaña

de una provincia, en la que reside la mayor parte de su poblacion. La de Córdoba, por ejemplo, que cuenta ciento sesenta mil almas, apenas veinte están dentro del recinto de la aislada ciudad; todo el grueso de la poblacion está en los campos, que asi como por lo comun son llanos, casi por todas partes son pastosos, ya estén cubiertos de bosques, ya desnudos de vegetacion mayor y en algunas con tanta abundancia y de tan exquisita calidad, que el prado artificial no llegaría á aventajarles. Mendoza y San Juan sobre todo, se exceptúan de esta peculiaridad de la superficie inculta, por lo que sus habitantes viven principalmente de los productos de la agricultura. En todo lo demas, abundando los pastos, la cría de ganado es, no la ocupacion de los habitantes, sino su medio de subsistencia. Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente á traer á la imaginacion el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del calmuco, del cosaco ó del árabe. La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilizacion de un modo extraño.

La tribu árabe que vaga por las soledades asiáticas, vive reunida bajo el mando de un anciano de la tribu ó un jefe guerrero; la sociedad existe, aunque no esté fija en un punto determinado de la tierra; las creencias religiosas, las tradiciones inmemoriales, la invariabilidad de las costumbres, el respeto á los ancianos, forman reunidos un código de leyes, de usos y prácticas de gobierno, que mantiene la moral, tal como la comprenden, el órden y la asociacion de la tribu. Pero el progreso está sofocado, porque no puede haber progreso sin la posesion permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre, y le permite extender sus adquisiciones.

En las llanuras argentinas no existe la tribu nómade; el pastor posee el suelo con títulos de propiedad, está fijo en un punto que le pertenece; pero para ocuparlo, ha sido necesario disolver la asociacion y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imagináos una extension de dos mil leguas cuadradas cubierta toda de poblacion,

pero colocadas las habitaciones á cuatro leguas de distancia unas de otras, á ocho á veces, á dos las mas cercanas. El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible, los goces del lujo no son del todo incompatibles con este aislamiento: puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae en seguida todas las exterioridades de la barbarie. La sociedad ha desaparecido completamente: queda solo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar á los delincuentes.

Ignoro si el mundo moderno presenta un género de asociacion tan monstruoso como este. Es todo lo contrario del municipio romano, que reconcentraba en un recinto toda la poblacion y de allí salía á labrar los campos circunvecinos. Existía, pues, una organizacion social fuerte y sus benéficos resultados se hacen sentir hasta hoy y han preparado la civilizacion moderna. Se asemeja á la antigua slobada esclavona, con la diferencia que aquella era agrícola y por tanto mas susceptible de gobierno; el desparramo de la poblacion no era tan extenso como éste. Se diferencia de la tribu nómade, en que aquella anda en sociedad siquiera, ya que no se posesiona del suelo. Es, en fin, algo parecido á la feudalidad de la Edad Media, en que los barones residían en el campo, y desde allí hostilizaban las ciudades y asolaban las campañas; pero aquí faltan el baron y el castillo feudal. Si el poder se levanta en el campo, es momentáneamente, es democrático, ni se hereda, ni puede conservarse, por falta de montañas y posiciones fuertes. De aquí resulta que aun la tribu salvaje de la pampa está organizada mejor que nuestras campañas, para el desarrollo moral.

Pero lo que presenta de notable esta sociedad en cuanto á su aspecto social, es su afinidad con la vida antigua, con la vida espartana ó romana, si por otra parte no tuviese una

desemejanza radical. El ciudadano libre de Esparta ó de Roma echaba sobre sus esclavos el peso de la vida material, el cuidado de proveer á la subsistencia, mientras que él vivía libre de cuidados en el foro, en la plaza pública, ocupándose exclusivamente de los intereses del estado, de la paz, la guerra, las luchas de partido. El pastoreo proporciona las mismas ventajas, y la funcion inhumana del ilota antiguo la desempeña el ganado. La procreacion espontánea forma y acrece indefinidamente la fortuna; la mano del hombre está por demás; su trabajo, su inteligencia, su tiempo no son necesarios para la conservacion y aumento de los medios de vivir. Pero si nada de esto necesita para lo material de la vida, las fuerzas que economiza no puede emplearlas como el romano; fáltale la ciudad, el municipio, la asociacion íntima, y por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer, en una palabra, no hay *res pública.*

El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe ó tártara, es aquí no solo descuidada, sinó imposible. ¿Dónde colocar la escuela para que asistan á recibir lecciones los niños diseminados á diez leguas de distancia en todas direcciones? Así, pues, la civilizacion es del todo irrealizable, la barbarie es normal, [1] y gracias si las costumbres domésticas conservan un corto depósito de moral. La religion sufre las consecuencias de la disolucion de la sociedad; el curato es nominal, el púlpito no tiene auditorio, el sacerdote huye de la capilla solitaria, ó se desmoraliza en la inaccion y en la soledad; los vicios, el simoniaquismo, la barbarie normal, penetran en su celda, y convierten su superioridad moral en elementos de fortuna y de ambicion, porque al fin concluye por hacerse caudillo de partido.

Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo anteriores á la institucion del sacerdocio. Hallábame en la Sierra de San Luis en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y el oficio divino de que por años habían carecido. Era aquel un

---

(1) El año 1826 durante una residencia de un año en la Sierra de San Luis, enseñé á leer á seis jóvenes de familias pudientes, el menor de los cuales tenía 22 años.

cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cútis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, á que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos no bien domados aun, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamas he oido voz mas llena de uncion, fervor mas puro, fé mas firme, ni oracion mas bella, mas adecuada á las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella á Dios lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso á llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se habia despertado en mi alma con exaltacion y como una sensacion desconocida, porque nunca he visto escena mas religiosa; creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre candoroso é inocente me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.

Hé aquí á lo que está reducida la religion en las campañas pastoras, á la religion natural; el cristianismo existe, como el idioma español, en clase de tradicion que se perpetúa, pero corrompido, encarnado en supersticiones groseras, sin instruccion, sin culto y sin convicciones. En casi todas las campañas apartadas de las ciudades, ocurre que cuando llegan comerciantes de San Juan ó de Mendoza, les presentan tres ó cuatro niños de meses y de un año para que los bauticen, satisfechos de que por su buena educacion podrán hacerlo de un modo válido; y no es raro que á la llegada de un sacerdote, se le presenten mocetones que vienen domando un potro, á que les ponga el óleo y administre el bautismo *sub conditione*.

A falta de todos los medios de civilizacion y de progreso, que no pueden desenvolverse sino á condicion de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educacion del hombre en el campo. Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, trasquilan las ovejas, ordeñan las vacas, fabrican los quesos, y tejen las groseras telas de que se visten; todas las ocupaciones domésticas, todas las industrias

caseras las ejerce la mujer; sobre ella pesa casi todo el trabajo; y gracias si algunos hombres se dedican á cultivar un poco de maiz para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como manutencion ordinaria. Los niños ejercitan sus fuerzas y se adiestran por placer en el manejo del lazo y de las boleadoras, con que molestan y persiguen sin descanso á las terneras y cabras; cuando son jinetes, y esto sucede luego de aprender á caminar, sirven á caballo en algunos quehaceres; mas tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos cayendo y levantando, rodando á designio en las vizcacheras, salvando precipicios, y adiestrándose en el manejo del caballo; cuando la pubertad asoma, se consagran á domar potros salvajes, y la muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas ó el coraje. Con la juventud primera viene la completa independencia y la desocupacion.

Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, pues que su educacion está ya terminada. Es preciso ver á estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para saber apreciar los caracteres indómitos y altivos que nacen de esta lucha del hombre aislado con la naturaleza salvaje, del racional con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y sérios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desden que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravio y darle muerte, que no sabrá proveerse de caballo á campo abierto, á pie y sin el auxilio de nadie, que nunca ha parado un tigre, recibídolo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra, para meterlo en la boca, mientras le traspasa el corazon y lo deja tendido á sus piés. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior á la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados ó ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nacion; todos los demas pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presuncion y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no

me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fé en sí mismo! Para ese no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir á la independencia de una parte de la América la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol mejor que ellos, ni el hombre sabio, ni el poderoso? El europeo es para ellos el último de todos, porque no resiste á un par de corcovos del caballo (1). Si el orígen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso menos nobles las consecuencias como no es menos pura el agua de un rio porque nazca de vertientes cenagosas é infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, é nvencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos; y es fácil imaginarse lo que hábitos de este género pueden dar en valor y sufrimiento para la guerra; añádase que desde la infancia están habituados á matar las reses, y que este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazon contra los gemidos de las víctimas.

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza; es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instruccion, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió mas alto sus deseos, de manera que si esta disolucion de la sociedad radica hondamente la barbarie por la imposibilidad y la inutilidad de la educacion moral é intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos. El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patron ó del pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige, se reducen á correrías y partidas de placer. La hierra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo; allí es el

(1) El general Mansilla decia en la Sala durante el bloqueo francés: «¿y qué nos han de hacer esos europeos que no saben galoparse una noche?» y la inmensa barra plebeya ahogó la voz del orador con el estrépito de los aplausos.

punto de reunion de todos los hombres de veinte leguas á la redonda, allí la ostentacion de la increible destreza en el lazo. El gaucho llega á la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero*, que detiene á distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad del rayo á cuarenta pasos de distancia; lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo á enrollar su *cuerda*.

CAPÍTULO II

ORIGINALIDAD Y CARACTERES ARGENTINOS — EL RASTREADOR — EL BAQUEANO — EL GAUCHO MALO — EL CANTOR

> Ainsi que l'océan, les steppes remplissent l'esprit du sentiment de l' infini.
>
> HUMBOLDT.

Si de las condiciones de la vida pastoril tal como la ha constituido la colonizacion y la incuria, nacen graves dificultades para una organizacion política cualquiera, y muchas mas para el triunfo de la civilizacion europea, de sus instituciones, y de la riqueza y libertad, que son sus consecuencias; no puede por otra parte negarse que esta situacion tiene su costado poético, fases dignas de la pluma del romancista. Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripcion de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilizacion europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente en América, y que da lugar á escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes y originales los caracteres.

El único romancista norte-americano que haya logrado hacerse un nombre europeo, es Fenimore Cooper, y eso, porque trasportó la escena de sus descripciones fuera del círculo

ocupado por los plantadores, al límite entre la vida bárbara y la civilizada, al teatro de la guerra en que las razas indígenas y la raza sajona están combatiendo por la posesion del terreno.

No de otro modo nuestro jóven poeta Echeverría ha logrado llamar la atencion del mundo literario español con su poema titulado *La Cautiva*. Este bardo argentino dejó á un lado á Dido y Arjea, que sus predecesores los Varelas trataron con maestría clásica y estro poético, pero sin suceso y sin consecuencia, porque nada agregaban al caudal de nociones europeas, y volvió sus miradas al desierto, y allá en la inmensidad sin límites, en las soledades en que vaga el salvaje, en la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian, halló las inspiraciones que proporciona á la imaginacion el espectáculo de una naturaleza solemne, grandiosa, inconmensurable, callada; y entonces el eco de sus versos pudo hacerse oir con aprobacion aun por la península española.

Hay que notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares á estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan á encontrarse los mismos medios de parar á ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocacion geográfica. Cuando leía en *El último de los Mohicanos* de Cooper, que Ojo de Alcon y Uncas habían perdido el rastro de los Mingos en un arroyo, dije: «van á tapar el arroyo». Cuando en *La Pradera*, el Trampero mantiene la incertidumbre y la agonía mientras el fuego los amenaza, un argentino habría aconsejado lo mismo que el Trampero sugiere al fin, que es limpiar un lugar para guarecerse, é incendiar á su vez, para poderse retirar del fuego que invade sobre las cenizas del que se ha encendido. Tal es la práctica de los que atraviesan la pampa para salvarse de los incendios del pasto. Cuando los fugitivos de *La Pradera* encuentran un rio, y Cooper describe la misteriosa operacion del Pawnie con el cuero de búfalo que recoge, va á hacer la *pelota*, me dije á mí mismo; lástima es que no haya una mujer que la conduzca, que entre nosotros son las mujeres las que cruzan

los ríos con la *pelota* tomada con los dientes por un lazo. El procedimiento para asar una cabeza de búfalo en el desierto, es el mismo que nosotros usamos para *batear* una cabeza de vaca ó un lomo de ternera. En fin, mil otros accidentes que omito, prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razon de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiadas de la pampa; así, hallamos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y hospitalidad árabes.

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extension, de lo vago, de lo incomprensible; porque solo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginacion, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? porque cuanto mas hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, mas se aleja, mas lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplacion y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? No lo sabe! ¿Qué hay mas allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores é incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad se sucede despues á la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio

de aquella naturaleza irritada; sentir á Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué mas colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa á distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesion de luz y tinieblas se continúa en su imaginacion, del mismo modo que cuando miramos fijamente el sol nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho, á quien matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual excitado subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginacion el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?

« Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en la mar.
Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar (1); »

¿ó el que tiene á la vista esta naturaleza engalanada?

« De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,

(1) ECHEVERRÍA, *La Cautiva.*

Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y gilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos seibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas,
Se derraman en el Plata (1).»

Pero esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad; hay otra que hace oir sus ecos por los campos solitarios, la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

Tambien nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposicion nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, ó le pasan una vihuela, y si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan, y no le creen, «porque siendo argentino,» dicen, «debe ser músico.» Esta es una preocupacion popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto, el joven culto de las ciudades toca el piano ó la flauta, el violin ó la guitarra; los mestizos se dedican casi exclusivamente á la música, y son muchos los hábiles compositores é instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas; y tarde de la noche, el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste*, que predomina en los pueblos del norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, segun Rousseau.

La *vidalita*, canto popular con coros, acompañado de la

(1) Dominguez.

guitarra y un tamboril, á cuyos redobles se reune la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces; este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oido en una fiesta de indios en Copiapó en celebracion de la Candelaria, y como canto religioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras; el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por las asociaciones que su canto exige.

Así, pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo á tantas pasiones generosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas que ensayan su áspera musa en composiciones líricas y poéticas. El joven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840, y la fama de sus versos sobre la pampa le habia precedido ya; los gauchos lo rodeaban con respeto y aficion, y cuando un recien venido mostraba señales de desden hacia el *cajetilla*, alguno le insinuaba al oído: es poeta, y toda prevencion hostil cesaba al oir este título privilegiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es comun en América. En Buenos Aires sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, el *majo*. Descúbresele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito;* los dedos sirven de castañuelas. Todos los movimientos del compadrito revelan al majo; el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocacion del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los colmillos, todo es un andaluz genuino.

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un dia embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero solo notar aquí algunos que servirán á completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El mas conspícuo de todos, el mas extraordinario, es el rastreador. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y

caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen ó transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio ó ligero, suelto ó tirado, cargado ó de vacio. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caia yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peon que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. «Aqui va, dijo luego, una mulita mora, muy buena... esta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...» Este hombre venía de la Sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos piés de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; este era un peon de árrea, y no un rastreador de profesion.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideracion: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo ó denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren á buscar una pisada del ladron, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice friamente: «¡Éste es!» El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste á esta acusacion. Para él, mas que para el juez, la deposicion del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, á este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido á Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno

de dignidad. Cuando le hablan de su reputacion fabulosa, contesta: «ya no valgo nada; ahí están los niños»; los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje á Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una arteza. Dos meses despues Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado é inapercibible para otros ojos, y no se habló mas del caso Año y medio despues Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra á una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. ¡Habia encontrado el rastro de su raptor despues de dos años! El año 1830, un reo condenado á muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imágen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso solo sirvieron para perderle; porque comprometido Calíbar en su reputacion, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía á un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras habia marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida á las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atras. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: «¡Dónde te *mi-as-dir!*» Al fin llegó á una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquel para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas, y dice: «por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!» Entra en una viña, Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: «adentro está». La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas; «no ha salido,» fué la breve respuesta que sin moverse, sin proceder á nuevo exámen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al dia siguiente fué ejecutado. En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasion: todo estaba preparado, los auxiliares de fuera

prevenidos; en el momento de efectuarla, uno dijo: «¿y Calíbar?—¡Cierto! contestaron los otros anonadados, aterrados, ¡Calíbar!» Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días contados desde la evasion, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del Rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo à su imágen y semejanza!

Despues del Rastreador, viene el Baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce á palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo mas completo, es el único mapa que lleva un general para para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano, va siempre á su lado. Modesto y reservado como una tapia; está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baqueano es casi siempre fiel á su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imagináos la posicion de un jefe condenado á llevar un traidor á su lado, y á pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe á qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un rio, mas arriba ó mas abajo del paso ordinario, y esto en cien rios ó arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo mas oscuro de la noche, en medio de los bosques ó en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina á tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla monta en seguida, y les dice para asegurarlos: «estamos en dereseras de tal lugar, á tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur,» y se dirige hacia el

rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder á las objeciones que el temor ó la fascinacion sugiere á los otros.

Si aun esto no basta, ó si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y despues de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algun lago, ó arroyo salado, ó de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia de sur de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente á un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se pára un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa á galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que solo él sabe, y galopando dia y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia tambien la proximidad del ene: migo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta direccion. Cuando se aproxima observa los polvos, y por su espesor cuenta la fuerza- « son dos mil hombres, » dice; « quinientos, » « doscientos, » y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, ó es un campamento recien abandonado, ó un simple animal muerto. El baqueano conoce la distancia que hay de un lugar á otro; los dias y las horas necesarias para llegar á él, y á mas una senda extraviada é ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están á cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿ Creeráse exagerado ? ¡ No ! El general Rivera de la Banda Oriental, es un simple baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la extension de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileros sin su auxilio ; y no la hubieran libertado sin él los agentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió despues de tres años

de lucha con el general baqueano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruido á pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algun caminito que cae à retaguardia del enemigo, ó por otro accidente inapercibido ó insignificante.

El general Rivera principió sus estudios del terreno el año de 1804, y haciendo la guerra á las autoridades, entonces como contrabandista, á los contrabandistas despues como empleado, al rey en seguida como patriota, à los patriotas mas tarde como montonero, á los argentinos como jefe brasilero, à éstos como general argentino, á Lavalleja como presidente, al presidente Oribe como jefe proscrito, á Rosas en fin, aliado de Oribe, como general oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco de la ciencia del baqueano.

El Gaucho Malo, este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo del Alcon*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversion á las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámanle el Gaucho Malo, sin que este epiteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa, son su albergue los cardales; vive de perdices y *mulitas*; si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demas á las aves montecinas. De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir, conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee *de los vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hácia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete á lo mas espeso de



la partida, y á merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara ó en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para sustraerse á la accion de las balas que lo persiguen, endilga hácia el desierto, hasta que poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su troton y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña á la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces se presenta á la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito*, y desaparece sin que nadie se aperciba de ello. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa á la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo á su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser mas depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque á la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador*; roba, es cierto, pero esta es su profesion, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patron propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y despues de un rato de silencio, contesta: «No hay actualmente caballo así.» ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleon conocía por sus nombres doscientos mil soldados, y recordaba al verlos, todos los hechos que á cada uno de ellos se referian. Si no se le pide, pues, lo imposible, en dia señalado, en un punto dado

del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar á la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre la deuda.

Viaja á veces á la campaña de Córdoba, á Santa Fé. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, á menos que él lo solicite.

El cantor. Aquí tenéis la idealizacion de aquella vida de revueltas, de civilizacion, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el bate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, «de tapera en galpon», cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un malon reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo á Santos Perez. El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media; y sus versos serian recogidos mas tarde como los documentos y datos en que habria de apoyarse el historiador futuro, si á su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven á un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingénuos y populares de la Edad Media; otra que sin cuidarse de lo que tiene á sus piés, intenta realizar los últimos resultados de la civilizacion europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche le sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la música y los

versos no lo excitan ([1]), y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, á quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia á lo léjos donde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heróicos la relacion de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. Tambien tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una ó dos *desgracias* (muertes)! que tuvo y algun caballo ó alguna muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y á orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido á su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Habia ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia* y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hácia el Paraná, que corría veinte varas mas abajo, tal era la altura de la barranca. El cantor oyó la grita sin turbarse, viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hácia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes despues se veia salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, á fin de que nadase con mas libertad y el cantor, tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hácia la

---

(1) No es fuera de propósito recordar aquí las semejanzas notables que representan los argentinos con los árabes. En Argel, en Oran, en Máscara y en los aduares del decierto, vi siempre á los árabes reunidos en cafés, por estarles completamente prohibido el uso de los licores, apiñados en derredor del cantor, generalmente dos, que se acompañan de la vihuela á duo, recitando canciones nacionales plañideras como nuestros tristes. La rienda de los árabes es tejida de cuero y con azotera como las nuestras; el freno de que usamos es el freno árabe y muchas de nuestras costumbres revelan el contacto de nuestros padres con los moros de la Andalucía. De las fisonomías no se hable: algunos árabes he conocido que jurara haberlos visto en mi país.—(*Nota de la edicion de 1850.*)

escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demas, la poesía original del cantor, es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona á la inspiracion del momento. Mas narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algun afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificacion. Fuera de esto, el cantor posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosílabos. Entre éstos hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiracion y sentimiento.

Aun podría añadir á estos tipos originales, muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza á la República Argentina. Andando esta historia, el lector va á descubrir por sí solo dónde se encuentra el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras argentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situacion interior del país, sus costumbres, su organizacion.

CAPÍTULO III

ASOCIACION.—LA PULPERÍA

> Le *Gaucho* vit de privations, mais son luxe est la liberté. Fier d'une indépendance sans bornes, ses sentiments sauvages comme sa vie, sont pourtant nobles et bons.
>
> HEAD.

En el capítulo primero hemos dejado al campesino argentino en el momento en que ha llegado á la edad viril

tal cual lo ha formado la naturaleza y la falta de verdadera sociedad en que vive. Le hemos visto hombre, independiente de toda necesidad, libre de toda sujecion, sin ideas de gobierno, porque todo órden regular y sistemado se hace de todo punto imposible. Con estos hábitos de incuria, de independencia, va á entrar en otra escala de la vida campestre que, aunque vulgar, es el punto de partida de todos los grandes acontecimientos que vamos á ver desenvolverse muy luego.

No se olvide que hablo de los pueblos esencialmente pastores; que en éstos tomo la fisonomía fundamental, dejando las modificaciones accidentales que experimentan para indicar á su tiempo los efectos parciales. Hablo de la asociacion de estancias, que distribuidas de cuatro en cuatro leguas, mas ó menos, cubren la superficie de una provincia.

Las campañas agrícolas subdividen y se diseminan tambien la sociedad, pero en una escala muy reducida; un labrador colinda con otro, y los aperos de la labranza y la multitud de instrumentos, aparejos, bestias que ocupa, etc., lo variado de sus productos y las diversas artes que la agricultura llama en su auxilio, establecen relaciones necesarias entre los habitantes de un valle, y hacen indispensable un rudimento de villa que les sirva de centro. Por otra parte, los cuidados y faenas que la labranza exige, requieren tal número de brazos que la ociosidad se hace imposible, y los varones se ven forzados á permanecer en el recinto de la heredad. Todo lo contrario sucede en esta singular asociacion. Los límites de la propiedad no estan marcados; los ganados, cuanto mas numerosos son, menos brazos ocupan; la mujer se encarga de todas las faenas domésticas y fabriles; el hombre queda desocupado, sin goces, sin ideas, sin atenciones forzosas; el hogar doméstico le fastidia, lo espele, digámoslo así. Hay necesidad, pues, de una sociedad ficticia para remediar esta desasociacion normal. El hábito contraido desde la infancia de andar á caballo, es un nuevo estímulo para dejar la casa. Los niños tienen el deber de echar caballos al corral apenas sale el sol; y todos los varones hasta los pequeñuelos, ensillan su caballo, aunque no sepan qué hacerse. El caballo es una parte integrante del argen-

tino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades. El año 41 el Chacho, caudillo de los llanos, emigró á Chile.—¿Cómo le vá, amigo? le preguntaba uno.—¡Cómo me ha de ir! contestó con el acento del dolor y de la melancolía, ¡en Chile y á pié! Solo un gaucho argentino saber apreciar todas las desgracias y todas las angustias que estas dos frases expresan.

Aquí vuelve á aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Víctor Hugo parecen escritas en la Pampa: «No podría combatir á pié; no hace sino una sola persona con su caballo. Vive á caballo; trata, compra y vende á caballo; bebe, come, duerme y sueña á caballo.»

Salen, pues, los varones sin saber fijamente adónde. Una vuelta á los ganados, una visita á una cria ó á la querencia de un caballo predilecto, invierte una pequeña parte del dia; el resto lo absorbe una reunion en una venta ó *pulpería*. Allí concurren cierto número de parroquianos de los alrededores; allí se dan y adquieren las noticias sobre los animales extraviados; trázanse en el suelo las marcas del ganado; sábese dónde caza el tigre, donde se le han visto los rastros al leon; allí se arman las carreras, se reconocen los mejores caballos; allí, en fin, está el cantor, allí se fraterniza por el circular de la copa y las prodigalidades de los que poseen.

En esta vida tan sin emociones, el juego sacude los espíritus enervados, el licor enciende las imaginaciones adormecidas. Esta asociacion accidental de todos los dias, viene por su repeticion á formar una sociedad mas estrecha que la de donde partió cada individuo; y en esta asamblea sin objeto público, sin interés social, empiezan á echarse los rudimentos de las reputaciones que mas tarde y andando los años, van á aparecer en la escena política. Ved cómo.

El gaucho estima sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y ademas el valor. Esta reunion, este *club* diario, es un verdadero circo olímpico en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno.

El gaucho anda armado del cuchillo, que ha heredado de los españoles; esta peculiaridad de la Península, este

grito característico de Zaragoza: *¡guerra á cuchillo!* es aquí mas real que en España. El cuchillo, á mas de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones; no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho, á la par del jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla á cada momento, describiendo círculos en el aire, á la menor provocacion, sin provocacion alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega á las puñaladas, como jugaría á los dados. Tan profundamente entran estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho argentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demas paises toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, ó rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es solo *marcarlo*, darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así, se ve á estos gauchos llenos de cicatrices que rara vez son profundas. La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor á la reputacion. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasion y avidez el centelleo de los puñales, que no cesan de agitarse un momento. Cuando la sangre corre á torrentes, los espectadores se creen obligados en conciencia á separarlos. Si sucede una *desgracia*, las simpatías están por el que se desgració; el mejor caballo le sirve para salvarse á parajes lejanos, y allí lo acoge el respeto ó la compasion. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si *corre á la partida*, adquiere un renombre desde entonces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Trascurre el tiempo, el juez ha sido mudado, y ya puede presentarse de nuevo en su pago sin que se proceda á ulteriores persecuciones; está absuelto. Matar es una desgracia, á menos que el hecho se repita tantas veces, que inspire horror el contacto del asesino. El estanciero don Juan Manuel Rosas, antes de ser hombre público, había hecho de su residencia una especie de asilo para los homicidas,

sin que jamas consintiese en su servicio á los ladrones; preferencias que se explicarían fácilmente por su carácter de gaucho propietario, si su conducta posterior no hubiese revelado afinidades que han llenado de espanto al mundo.

En cuanto á los juegos de equitacion, bastaría indicar uno de los muchos en que se ejercitan, para juzgar del arrojo que para entregarse á ellos se requiere. Un gaucho pasa á todo escape por enfrente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro de bolas que en medio de la carrera maniata el caballo. Del torbellino de polvo que levanta éste al caer, vése salir al jinete corriendo seguido del caballo, á quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar obedeciendo á las leyes de la física. En este pasatiempo se juega la vida y á veces se pierde.

¿Creeráse que estas proezas, la destreza y la audacia en el manejo del caballo, son las bases de las grandes ilustraciones que han llenado con su nombre la República Argentina, y cambiado la faz del país? Nada es mas cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir que el asesinato y el crímen hayan sido siempre una escala de ascensos. Millares son los valientes que han parado en bandidos oscuros; pero pasan de centenares los que á estos hechos han debido su posicion. En todas las sociedades despotizadas, las grandes dotes naturales van á perderse en el crímen; el genio romano que conquistara el mundo, es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacárregui, los Mina españoles, se encuentran á centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad para el hombre de desenvolver sus fuerzas, su capacidad y ambicion, que cuando faltan los medios legítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y en él se complace en mostrar que habia nacido Napoleon ó César.

Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil é imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse, y adopta para ello los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor ó un caudillo, segun el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado á hacerse notable.

Costumbres de este género requieren medios vigorosos de represion, y para reprimir desalmados se necesitan jueces mas desalmados aun. Lo que al principio dije del capataz de carretas, se aplica exactamente al juez de campaña. Ante toda otra cosa, necesita valor; el terror de su nombre es mas poderoso que los castigos que aplica. El juez es naturalmente algun famoso de tiempo atrás á quien la edad y la familia han llamado á la vida ordenada. Por supuesto que la justicia que administra es de todo punto arbitraria; su conciencia ó sus pasiones lo guian, y sus sentencias son inapelables. A veces suele haber jueces de estos, que lo son de por vida, y que dejan una memoria respetada. Pero la conciencia de estos medios ejecutivos, y lo arbitrario de las penas forman ideas en el pueblo sobre el poder de la *autoridad*, que mas tarde viene á producir sus efectos. El juez se hace obedecer por su reputacion de audacia temible, su autoridad, su juicio sin formas, su sentencia, un *yo lo mando*, y sus castigos inventados por él mismo. De este desorden, quizá por mucho tiempo inevitable, resulta que el caudillo que en las revueltas llega á elevarse, posee sin contradiccion y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que solo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos.

El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera á su antojo cambiar la religion dominante y forjar una nueva. Tiene todos los poderes; su injusticia es una desgracia para su víctima, pero no un abuso de su parte; porque él puede ser injusto; mas todavía, él ha de ser injusto necesariamente, siempre lo ha sido.

Lo que digo del juez, es aplicable al comandante de campaña. Este es un personaje de mas alta categoría que el primero, y en quien han de reunirse en mas alto grado las cualidades de reputacion y antecedentes de aquel. Todavía una circunstancia nueva agrava, lejos de disminuir, el mal. El gobierno de las ciudades es el que da el título de comandante de campaña; pero como la ciudad es débil en el campo, sin influencia y sin adictos, el gobierno echa mano de los hombres que mas temor le inspiran, para encomendarles este empleo, á fin de tenerlos en su obediencia; manera muy conocida de proceder de todos los gobiernos débiles, y que alejan el mal del momento presente, para que

se produzca mas tarde en dimensiones colosales. Así, el gobierno papal hace transacciones con los bandidos, á quienes da empleos en Roma, estimulando con esto el bandalaje, y creándole un porvenir seguro; así, el Sultan concedia á Mehemet-Alí la investidura de Bajá de Egipto, para tener que reconocerlo mas tarde rey hereditario, á trueque de que no lo destronase. Es singular que todos los caudillos de la revolucion argentina han sido comandantes de campaña: Lopez é Ibarra, Artigas y Güemes, Facundo y Rosas. Es el punto de partida para todas las ambiciones. Rosas, cuando hubo apoderádose de la ciudad, exterminó á todos los comandantes que lo habian elevado, entregando este influyente cargo á hombres vulgares, que no pudiesen seguir el camino que él habia traído: Pajarito, Celarrayan, Arbolito, Pancho el ñato, Molina, eran otros tantos bandidos comandantes de que Rosas purgó el pais.

Doy tanta importancia á estos pormenores, porque ellos servirán á explicar todos nuestros fenómenos sociales, y la revolucion que se ha estado obrando en la República Argentina, revolucion que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas; de la misma manera que los españoles al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido á un animal nuevo que encontraban, saludando con el terrible de leon, que trae al espíritu la idea de la magnanimidad y fuerza del rey de las bestias, al miserable gato llamado puma, que huye á la vista de los perros; y tigre, al jaguar de nuestros bosques. Por deleznables é innobles que parezcan estos fundamentos que quiero dar á la guerra civil, la evidencia vendrá luego á mostrar cuán sólidos é indestructibles son.

La vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar; es un órden de cosas, un sistema de asociacion característico, normal, único á mi juicio en el mundo, y él solo basta para explicar toda nuestra revolucion. Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales é incompatibles; dos civilizaciones diversas; la una española, europea, civilizada; y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolucion de las ciudades solo iba á servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un

pueblo, se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y despues de largos años de lucha, la una absorbiese á la otra. He indicado la asociacion normal de la campaña, la desasociacion, peor mil veces que la tribu nómade; he mostrado la asociacion ficticia, en la desocupacion; la formacion de las reputaciones gauchas: valor, arrojo, destreza, violencias y oposicion á la justicia regular, á la justicia civil de la ciudad. Este fenómeno de organizacion social existía en 1810, existe aun modificado en muchos puntos, modificándose lentamente en otros, é intacto en muchos aun. Estos focos de reunion del gauchaje valiente, ignorante, libre y desocupado, estaban diseminados á millares en la campaña. La revolucion de 1810 llevó á todas partes el movimiento y el rumor de las armas. La vida pública, que hasta entonces había faltado á esta asociacion árabe-romana, entró en todas las ventas, y el movimiento revolucionario trajo al fin la asociacion bélica en la *montonera* provincial, hija legítima de la venta y de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. Desenvolviéndose los acontecimientos, veremos las montoneras provinciales con sus caudillos á la cabeza; en Facundo Quiroga, últimamente triunfante en todas partes, la campaña sobre las ciudades, y dominadas éstas en su espíritu, gobierno, civilizacion, formarse, al fin, el gobierno central, unitario, despótico, del estanciero don Juan Manuel de Rosas, que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilizacion, las leyes y la libertad.

CAPÍTULO IV

REVOLUCION DE 1810

> Cuando la batalla empieza, el tártaro dá un grito terrible, llega, hiere, desaparece, y vuelve como el rayo.
>
> VÍCTOR HUGO.

He necesitado andar todo el camino que dejo recorrido para llegar al punto en que nuestro drama comienza. Es inútil detenerse en el carácter, objeto y fin de la revolucion de la independencia. En toda la América fueron los mismos nacidos del mismo orígen; á saber, el movimiento de las

ideas europeas. La América obraba así, porque así obran todos los pueblos. Los libros, los acontecimientos, todo llevaba á la América à asociarse á la impulsion que à la Francia habian dado Norte América y sus propios escritores; á la España, la Francia y sus libros. Pero lo que necesito notar para mi objeto, es que la revolucion, excepto en su símbolo exterior, independencia del rey, era solo interesante é inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas. En las ciudades habia libros, ideas, espíritu municipal, juzgados, derecho, leyes, educacion, todos los puntos de contacto y de mancomunidad que tenemos con los europeos; había una base de organizacion, incompleta, atrasada, si se quiere; pero precisamente porque era incompleta, porque no estaba á la altura de lo que ya se sabía que podía llegar, se adoptaba la revolucion con entusiasmo. Para las campañas, la revolucion era un problema; sustraerse á la autoridad del rey, era agradable, por cuanto era sustraerse á la autoridad. La campaña pastora no podia mirar la cuestion bajo otro aspecto. Libertad, responsabilidad del poder, todas las cuestiones que la revolucion se proponía resolver, eran extrañas á su manera de vivir, à sus necesidades. Pero la revolucion le era útil en este sentido, que iba á dar objeto y ocupacion á ese exceso de vida que hemos indicado, y que iba á añadir un nuevo centro de reunion, mayor al circunscrito á que acudían diariamente los varones en toda la extension de las campañas.

Aquellas constituciones espartanas, aquellas fuerzas físicas tan desenvueltas, aquellas disposiciones guerreras que se malbarataban en puñaladas y tajos entre unos y otros, aquella desocupacion romana á que solo faltaba un Campo de Marte para ponerse en ejercicio activo, aquella antipatía á la autoridad con quien vivían en contínua lucha, todo encontraba al fin camino por donde abrirse paso, y salir á la luz, ostentarse y desenvolverse.

Empezaron, pues, en Buenos Aires los movimientos revolucionarios, y todas las ciudades del interior respondieron con decision al llamamiento. Las campañas pastoras se agitaron y adhirieron al impulso. En Buenos Aires empezaron á formarse ejércitos, pasablemente disciplinados, para acudir al Alto Perú y à Montevideo, donde se halla-

ban las fuerzas españolas mandadas por el general Vigodet. El general Rondeau puso sitio á Montevideo con un ejército disciplinado. Concurría al sitio Artigas, caudillo célebre, con algunos millares de gauchos. Artigas había sido contrabandista temible hasta 1804, en que las autoridades civiles de Buenos Aires pudieron ganarlo, y hacerlo servir en carácter de comandante de campaña en apoyo de esas mismas autoridades á quienes había hecho la guerra hasta entonces. Si el lector no se ha olvidado del Baqueano y de las cualidades generales que constituyen el candidato para la comandancia de campaña, comprenderá fácilmente el carácter é instintos de Artigas.

Un dia Artigas con sus gauchos se separó del general Rondeau y empezó á hacerle la guerra. La posicion de éste era la misma que hoy tiene Oribe sitiando á Montevideo y haciendo á retaguardia frente á otro enemigo. La única diferencia consistía en que Artigas era enemigo de los patriotas y de los realistas á la vez. Yo no quiero entrar en la averiguacion de las causas ó pretextos que motivaron este rompimiento; ni tampoco quiero darle nombre ninguno de los consagrados en el lenguaje de la política, porque ninguno le conviene. Cuando un pueblo entra en revolucion, dos intereses opuestos luchan al principio; el revolucionario y el conservador; entre nosotros se han denominado los partidos que los sostenían, patriotas y realistas. Natural es que despues del triunfo, el partido vencedor se subdivida en fracciones de moderados y exaltados; los unos que quieran llevar la revolucion en todas sus consecuencias, los otros que quieran mantenerla en ciertos límites. Tambien es del carácter de las revoluciones que el partido vencido primeramente vuelva á reorganizarse y triunfar á merced de la division de los vencedores. Pero cuando en una revolucion una de las fuerzas llamadas en su auxilio se desprende inmediatamente, forma una tercera entidad, se muestra indiferentemente hostil á unos y á otros combatientes, á realistas y patriotas; esta fuerza que se separa es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido hasta entonces su existencia, y la revolucion solo ha servido para que se muestre y desenvuelva.

Este era el elemento que el célebre Artigas ponía en movimiento; instrumento ciego, pero lleno de vida, de

instintos hostiles á la civilizacion europea y á toda organizacion regular, adverso á la monarquía como á la república, porque ambas venian de la ciudad, y traían aparejado un órden y la consagracion de la autoridad. De este instrumento se sirvieron los partidos diversos de las ciudades cultas, y principalmente el menos revolucionario, hasta que andando el tiempo, los mismos que lo llamaron en su auxilio, sucumbieron, y con ellos la ciudad, sus ideas, su literatura, sus colegios, sus tribunales, su civilizacion!

Este movimiento espontáneo de las campañas pastoriles fué tan ingénuo en sus primitivas manifestaciones, tan genial y tan expresivo de su espíritu y tendencias, que abisma hoy el candor de los partidos de las ciudades que lo asimilaron á su causa y lo bautizaron con los nombres políticos que á ellos los dividían. La fuerza que sostenía á Artigas en Entre Rios, era la misma que en Santa Fé á López, en Santiago á Ibarra, en los Llanos á Facundo. El individualismo constituía su esencia, el caballo su arma exclusiva, la pampa inmensa su teatro. Las hordas beduinas que hoy importunan con sus algaradas y depredaciones las fronteras de la Argelia, dan una idea exacta de la montonera argentina, de que se han servido hombres sagaces ó malvados insignes. La misma lucha de civilizacion y barbarie de la ciudad y el desierto, existe hoy en Africa; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada, entre la horda y la montonera. Masas inmensas de jinetes vagando por el desierto, ofreciendo el combate á las fuerzas disciplinadas de las ciudades, si se sienten superiores en fuerza; disipándose como las nubes de cosacos, en todas direcciones, si el combate es igual siquiera, para reunirse de nuevo, caer de improviso sobre los que duermen, arrebatarles los caballos, matar á los rezagados y á las partidas avanzadas; presentes siempre, intangibles por su falta de cohesion, débiles en el combate, pero fuertes é invencibles en una larga campaña en que al fin la fuerza organizada, el ejército, sucumbe diezmado por los encuentros parciales, las sorpresas, la fatiga, la extenuacion.

La montonera, tal como apareció en los primeros dias de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya

ese carácter de ferocidad brutal, y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires estaba reservado convertir en un sistema de legislacion aplicado á la sociedad culta, y presentarlo en nombre de la América avergonzada, á la contemplacion de la Europa. Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido solo en plagiar á sus antecesores, y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes, un sistema meditado y coordinado friamente. La correa de cuero sacada al coronel Maciel y de que Rosas se ha hecho una *manea* que enseña á los agentes extranjeros, tiene sus antecedentes en Artigas y los demas caudillos bárbaros, tártaros. La montonera de Artigas *enchalecaba* á sus enemigos; esto es, los cosía dentro de un retobo de cuero fresco, y los dejaba así abandonados en los campos. El lector suplirá todos los horrores de esta muerte lenta. El año 36 se ha repetido este horrible castigo con un coronel del ejército. El ejecutar con el cuchillo, *dogollando* y no fusilando, es un instinto de carnicero que Rosas ha sabido aprovechar para dar todavía á la muerte formas gauchas, y al asesino placeres horribles; sobre todo, para cambiar las formas *legales* y admitidas en las sociedades cultas, por otras que él llama americanas, y en nombre de las cuales invita á la América para que salga á su defensa, cuando los sufrimientos del Brasil, del Paraguay, del Uruguay, invocan la alianza de los poderes europeos á fin de que les ayuden á librarse de este canibal que ya los invade con sus hordas sanguinarias. ¡No es posible mantener la tranquilidad de espiritu necesaria para investigar la verdad histórica, cuando se tropieza á cada paso con la idea de que ha podido engagañarse á la América y á la Europa tanto tiempo con un sistema de asesinatos y crueldades, tolerables tan solo en Ashanty ó Dahomay, en el interior del Africa!

Tal es el carácter que presenta la montonera desde su aparicion; género singular de guerra y enjuiciamiento que solo tiene antecedentes en los pueblos asiáticos que habitan las llanuras, y que no ha debido nunca confundirse con los hábitos, ideas y costumbres de las ciudades argentinas, que eran, como todas las ciudades americanas, una continuacion de la Europa y de España. La montonera solo puede explicarse examinando la organizacion

intima de la sociedad de donde procede. Artigas, baqueano, contrabandista, esto es, haciendo la guerra á la sociedad civil, á la ciudad; comandante de campaña por transaccion; caudillo de las masas de á caballo, es el mismo tipo que con ligeras variantes continúa reproduciéndose en cada comandante de campaña que ha llegado á hacerse caudillo. Como todas las guerras civiles en que profundas desemejanzas de educacion, creencias y objetos dividen á los partidos, la guerra interior de la República Argentina ha sido larga, obstinada, hasta que uno de los elementos ha vencido. La guerra de la revolucion argentina ha sido doble: 1°, guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, contra los españoles á fin de dar mayor ensanche á esa cultura; 2°, guerra de los caudillos contra las ciudades, á fin de librarse de toda sujecion civil, y desenvolver su carácter y su odio contra la civilizacion. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas de las ciudades. He aqui explicado el enigma de la revolucion argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810, y el último aun no ha sonado todavía.

No entraré en todos los detalles que requeriría este asunto; la lucha es mas ó menos larga; unas ciudades sucumben primero, otras despues. La vida de Facundo Quiroga nos proporcionará ocasion de mostrarlos en toda su desnudez. Lo que por ahora necesito hacer notar, es que con el triunfo de estos caudillos, toda forma *civil*, aun en el estado en que las usaban los españoles, ha desaparecido totalmente en unas partes; en otras, de un modo parcial, pero caminando visiblemente á su destruccion. Los pueblos en masa no son capaces de comparar distintivamente unas épocas con otras; el momento presente es para ellos el único sobre el cual se extienden sus miradas; así es como nadie ha observado hasta ahora la destruccion de las ciudades y su decadencia; lo mismo que no preveen la barbarie total á que marchan visiblemente los pueblos del interior. Buenos Aires es tan poderosa en elementos de civilizacion europea, que concluirá al fin con educar á Rosas, y contener sus instintos sanguinarios y bárbaros. El alto puesto que ocupa, las relaciones con los gobiernos europeos, la necesidad en que se ha visto de respetar á los extranjeros, la de mentir por la prensa, y

negar las atrocidades que ha cometido, á fin de salvarse de la reprobacion universal que lo persigue, todo, en fin, contribuirá á contener sus desafueros, como ya se está sintiendo; sin que eso estorbe que Buenos Aires venga á ser, como la Habana, el pueblo mas rico de América, pero tambien el mas subyugado y mas degradado.

Cuatro son las ciudades que han sido aniquiladas ya por el dominio de los caudillos que sostienen hoy á Rosas, á saber: Santa Fe, Santiago del Estero, San Luis, y La Rioja. Santa Fé, situada en la confluencia del Paraná, y otro río navegable que desemboca en sus inmediaciones es uno de los puntos mas favorecidos de la América, y sin embargo, no cuenta hoy con dos mil almas; San Luis, capital de una provincia de cincuenta mil habitantes, y donde no hay mas ciudad que la capital, no tiene mil quinientas.

Para hacer sensible la ruina y decadencia de la civilizacion y los rápidos progresos que la barbarie hace en el interior, necesito tomar dos ciudades; una ya aniquilada, la otra caminando sin sentirlo á la barbarie: La Rioja y San Juan. La Rioja no ha sido en otro tiempo una ciudad de primer órden; pero comparada con su estado presente, la desconocerian sus mismos hijos. Cuando principió la revolucion de 1810, contaba con un crecido número de capitalistas y personajes notables que han figurado de un modo distinguido en las armas, en el foro, en la tribuna, en el púlpito. De La Rioja ha salido el doctor Castro Barros, diputado al Congreso de Tucuman y canonista célebre; el general Dávila, que libertó á Copiapó del poder de los españoles en 1817; el general Ocampo, presidente de Charcas; el doctor don Gabriel Ocampo, uno de los abogados mas célebres del foro argentino, y un número crecido de abogados del apellido de Ocampo, Dávila y García, que existen hoy desparramados por el territorio chileno, como varios sacerdotes de luces, entre ellos el doctor Gordillo, residente en el Huasco.

Para que una provincia haya podido producir en una época dada tantos hombres eminentes é ilustrados, es necesario que las luces hayan estado difundidas sobre un número mayor de individuos y sido respetadas y solicitadas con ahinco. Si en los primeros dias de la revolucion sucedía esto, ¿cuál no debiera ser el acrecentamiento de luces, riqueza

y poblacion que hoy día debería notarse, si un espantoso retroceso á la barbarie no hubiese impedido á aquel pobre pueblo continuar su desenvolvimiento? ¿Cuál es la ciudad chilena, por insignificante que sea, que no pueda enumerar los progresos que ha hecho en diez años, en ilustracion, aumento de riqueza y ornato, sin excluir aun de este número las que han sido destruidas por los terremotos?

Pues bien; veamos el estado de la Rioja, segun las soluciones dadas á uno de los muchos interrogatorios que he dirigido para conocer á fondo los hechos sobre que fundo mis teorías. Aquí es una persona respetable la que habla, ignorando siquiera el objeto con que interrogo sus recientes recuerdos, porque solo hace cuatro meses que dejó la Rioja [1].

¿A qué número ascenderá aproximativamente la poblacion actual de la ciudad de la Rioja.

R. *Apenas mil quinientas almas. Se dice que solo hay quince varones residentes en la ciudad.*

¿Cuántos ciudadanos notables residen en ella?

R. *En la ciudad serán seis ú ocho.*

¿Cuántos abogados tienen estudio abierto?

R. *Ninguno.*

¿Cuántos médicos asisten á los enfermos?

R. *Ninguno.*

¿Qué jueces letrados hay?

R. *Ninguno.*

¿Cuántos hombres visten frac?

R. *Ninguno.*

¿Cuántos jóvenes riojanos están estudiando en Córdoba ó Buenos Aires?

R. *Solo sé de uno.*

¿Cuántas escuelas hay, y cuántos niños asisten?

R. *Ninguna.*

¿Hay algun establecimiento público de caridad?

R. *Ninguno, ni escuela de primeras letras. El único religioso franciscano que hay en aquel convento, tiene algunos niños.*

¿Cuántos templos arruinados hay?

R. *Cinco; solo la Matriz sirve de algo.*

¿Se edifican casas nuevas?

---

(1) El Dr. Don Manuel Ignacio Castro Barros, canónigo de la catedral de Córdoba.

R. *Ninguna, ni se reparan las caídas.*

¿Se arruinan las existentes?

R. *Casi todas, porque las avenidas de las calles son tantas.*

¿Cuántos sacerdotes se han ordenado?

R. *En la ciudad solo dos mocitos; uno es clérigo cura, otro es religioso de Catamarca. En la provincia cuatro mas.*

¿Hay grandes fortunas de á cincuenta mil pesos? Cuántas de á veinte mil?

R. *Ninguna; todos pobrísimos.*

¿Ha aumentado ó disminuido la poblacion?

R. *Ha disminuido mas de la mitad.*

¿Predomina en el pueblo algun sentimiento de terror?

R. *Máximo. Se teme aun hablar lo inocente.*

¿La moneda que se acuña es de buena ley?

R. *La provincial es adulterada.*

Aquí los hechos hablan con toda su horrible y espantosa severidad. Solo la historia de la conquista de los mahometanos sobre la Grecia presenta ejemplos de una *barbarizacion*, de una destruccion tan rápida. Y esto sucede en América en el siglo XIX! Es la obra solo de veinte años, sin embargo! Lo que conviene á la Rioja es exactamente aplicable á Santa Fé, á San Luis, á Santiago del Estero, esqueletos de ciudades, villorríos decrépitos y devastados. En San Luis hace diez años que solo hay un sacerdote, y que no hay escuela, ni una persona que lleve frac. Pero vamos á juzgar en San Juan la suerte de las ciudades que han escapado á la destruccion, pero que van *barbarizándose* insensiblemente.

San Juan es una provincia agrícola y comerciante exclusivamente; el no tener campaña la ha librado por largo tiempo del dominio de los caudillos. Cualquiera que fuese el partido dominante, gobernador y empleados eran tomados de la parte educada de la poblacion, hasta el año 1833, en que Facundo Quiroga colocó á un hombre vulgar en el gobierno. Este, no pudiéndose sustraer á la influencia de las costumbres civilizadas que prevalecían en despecho del poder, se entregó á la direccion de la parte culta, hasta que fué vencido por Brizuela, jefe de los riojanos, sucediéndole el general Benavides, que conserva el mando hace nueve años, no ya como una magistratura periódica, sino como propiedad suya. San Juan ha crecido en poblacion á causa de los progresos de la agricultura y de la emigracion de la Rioja

y San Luis, que huye del hambre y de la miseria. Sus edificios se han aumentado sensiblemente; lo que prueba toda la riqueza de aquellos países, y cuánto podrían progresar, si el gobierno cuidase de fomentar la instruccion y la cultura, únicos medios de elevar á un pueblo.

El despotismo de Benavides es blando y pacífico, lo que mantiene la quietud y la calma en los espiritus. Es el único caudillo de Rosas que no se ha hartado de sangre; pero la influencia *barbarizadora* del sistema actual no se hace sentir menos por eso.

En una poblacion de cuarenta mil habitantes reunidos en una ciudad, no hay hoy un solo abogado hijo del país ni de las otras provincias.

Todos los tribunales están desempeñados por hombres que no tienen el mas leve conocimiento del derecho, y que son ademas hombres estúpidos en toda la extension de la palabra. No hay establecimiento ninguno de educacion pública. Un colegio de señoras fué cerrado en 1840; tres de hombres han sido abiertos y cerrados sucesivamente de 40 á 43, por la indiferencia y aun hostilidad del gobierno.

Solo tres jóvenes se están educando fuera de la provincia.

Solo hay un médico sanjuanino.

No hay tres jóvenes que sepan el inglés, ni cuatro que hablen francés.

Uno solo hay que ha cursado matemáticas.

Un solo jóven hay que posee una instruccion digna de un pueblo culto, el señor Rawson, distinguido ya por sus talentos extraordinarios. Su padre es norte-americano, y á esto ha debido que reciba educacion.

No hay diez ciudadanos que sepan mas que leer y escribir.

No hay un militar que haya servido en los ejércitos de línea fuera de la República.

¿Creeráse que tanta mediocridad es natural á una ciudad del interior? No! ahí está la tradicion para probar lo contrario. Veinte años atras, San Juan era uno de los pueblos mas cultos del interior, y ¿cuál no debe ser la decadencia y postracion de una ciudad americana, para ir á buscar sus épocas brillantes veinte años atrás del momento presente?

El año 1831, emigraron á Chile doscientos ciudadanos, jefes de familia, jóvenes, literatos, abogados, militares, etc.

Copiapó, Coquimbo, Valparaiso y el resto de la República, están llenos aún de estos nobles proscritos, capitalistas algunos, mineros inteligentes otros, comerciantes y hacendados muchos, abogados, médicos varios. Como en la dispersion de Babilonia, todos estos no volvieron á ver la tierra prometida. Otra emigracion ha salido, para no volver, en 1840!

San Juan había sido hasta entonces suficientemente rico en hombres civilizados, para dar al célebre Congreso de Tucuman un presidente de la capacidad y altura del doctor Laprida, que murió mas tarde asesinado por los Aldao; un prior á la Recoleta Domínica de Chile en el distinguido sabio y patriota Oro, despues obispo de San Juan; un ilustre patriota, don Ignacio de la Roza, que preparó con San Martin la expedicion á Chile, y que derramó en su país las semillas de la igualdad de clases prometida por la revolucion; un ministro al gobierno de Rivadavia; un ministro á la legacion argentina en don Domingo de Oro, cuyos talentos diplomáticos no son aun debidamente apreciados; un diputado al Congreso de 1826 en el ilustrado sacerdote Vera; un diputado á la convencion de Santa Fe en el presbítero Oro, orador de nota; otro á la de Córdova en don Rudecindo Rojo, tan eminente por sus talentos y genio industrial, como por su grande instruccion; un militar al ejército, entre otros, en el coronel Rojo, que ha salvado dos provincias sofocando motines con solo su serena audacia, y de quien el general Paz, juez competente en la materia, decía que sería uno de los primeros generales de la República. San Juan poseía entonces un teatro y compañía permanente de actores.

Existen aun los restos de seis ó siete bibliotecas de particulares en que estaban reunidas las principales obras del siglo XVIII, y las traducciones de las mejores obras griegas y latinas. Yo no he tenido otra instruccion hasta el año 36, que la que esas ricas, aunque truncas bibliotecas pudieron proporcionarme. Era tan rico San Juan en hombres de luces el año 1825, que la sala de representantes contaba con seis oradores de nota. Los miserables aldeanos que hoy (1845) deshonran la sala de representantes de San Juan, en cuyo recinto se oyeron oraciones tan elocuentes y pensamientos tan elevados, que sacudan el polvo de

las actas de aquellos tiempos, y huyan avergonzados de estar profanando con sus diatribas aquel augusto santuario!

Los juzgados, el ministerio, estaban servidos por letrados, y quedaba suficiente número para la defensa de los intereses de las partes.

La cultura de los modales, el refinamiento de las costumbres, el cultivo de las letras, las grandes empresas comerciales, el espíritu público de que estaban animados os habitantes, todo anunciaba al extranjero la existencia de una sociedad culta, que caminaba rápidamente á elevarse á un rango distinguido, lo que daba lugar para que las prensas de Londres divulgasen por América y Europa este concepto honroso:... «manifiestan las mejores disposiciones para hacer progreso en la civilizacion; en el día se considera á este pueblo como el que sigue á Buenos Aires mas inmediatamente en la marcha de la reforma social; allí se han adoptado varias de las instituciones nuevamente establecidas en Buenos Aires, en proporcion relativa; y en la reforma eclesiástica han hecho los sanjuaninos progresos extraordinarios, incorporando todos los regulares al clero secular, y extinguiendo los conventos que aquellos tenían... »

Pero lo que dará una idea mas completa de la cultura de entonces, es el estado de la enseñanza primaria. Ningun pueblo de la República Argentina se ha distinguido mas que San Juan en su solicitud por difundirla, ni hay otro que haya obtenido resultados mas completos. No satisfecho el gobierno de la capacidad de los hombres de la provincia para desempeñar cargo tan importante, mandó traer de Buenos Aires el año 1815 un sujeto que reuniese, á una instruccion competente, mucha moralidad. Vinieron unos señores Rodriguez, tres hermanos dignos de rolar con las primeras familias del país, y en las que se enlazaron, tal era su mérito y la distincion que se les prodigaba. Yo, que hago profesion hoy de la enseñanza primaria, que he estudiado la materia, puedo decir que si alguna vez se ha realizado en América algo parecido á las famosas escuelas holandesas descritas por Mr. Cousin, es en la de San Juan. La educacion moral y religiosa era acaso superior á la instruccion elemental que allí se daba; y no atribuyo

á otra causa el que en San Juan se hayan cometido tan pocos crimenes, ni la conducta moderada del mismo Benavides, sino á que la mayor parte de los sanjuaninos, él incluso, han sido educados en esa famosa escuela, en que los preceptos de la moral se inculcaban á los alumnos con una especial solicitud. Si estas páginas llegan á manos de don Ignacio y de don Roque Rodriguez, que reciban este débil homenaje que creo debido á los servicios eminentes hechos por ellos, en asocio de su finado hermano don José, á la cultura y moralidad de un pueblo entero (1).

Esta es la historia de las ciudades argentinas. Todas ellas tienen que reivindicar glorias, civilizacion y notabilidades pasadas. Ahora el nivel barbarizador pesa sobre todas ellas. La barbarie del interior ha llegado á penetrar hasta las calles de Buenos Aires. Desde 1810 hasta 1840 las provincias que encerraban en sus ciudades tanta civilizacion, fueron demasiado bárbaras, empero, para destruir con su impulso la obra colosal de la revolucion de la independencia. Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces é instituciones tenían, ¿qué va á ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia. Buenos Aires puede volver á ser lo que fué, porque la civilizacion europea es tan fuerte allí, que en despecho de las brutalidades del gobierno se ha de sostener. Pero en las provincias ¿en qué se apoyará? Dos siglos no bastarán para volverlas al camino que han abandonado, desde que la generacion presente educa á sus hijos en la barbarie que á ella le ha alcanzado. Pregúntasenos ahora, ¿por qué combatimos? Combatimos por volver á las ciudades su vida propia.

---

(1) Detalles sobre el sistema y organizacion de este establecimiento de educacion pública, se encuentran en *Educacion Popular*, trabajo especial consagrado á la materia y fruto del viaje á Europa y Estados Unidos hecho por encargo del gobierno de Chile.—*El Autor*. — (Véase Tomo XII de estas obras).

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

INFANCIA Y JUVENTUD DE JUAN FACUNDO QUIROGA

> Au surplus, ces traits appartiennent au caractère originel du genre humain. L'homme de la nature et qui n'a pas encore appris à contenir ou déguiser ses passions, les montre dans toute leur énergie, et se livre à toute leur impétuosité.
>
> ALIX, *Histoire de l'Empire Ottoman.*

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía.* El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* ó aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta travesia tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habian forzado á uno de ellos á abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* á pie, con la montura al hombro, á fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces solo el hambre ó la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predileccion por la carne humana. Suele ocurrir á veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquella; entonces el tigre empieza á gustar de preferencia su carne y se le llama *cebado* cuando se ha dado á este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca á los varones hábiles para la correría, y bajo su au

toridad y direccion se hace la persecucion del tigre *cebado*, que rara vez escapa á la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oir bramar el tigre á lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chancho, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos despues el bramido se oyó mas distinto y mas cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y solo á una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con mas frecuencia, y el último era mas distinto, mas vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura á un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante de la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilacion, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con mas frecuencia á medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquel se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manoton, esparciendo en el aire sus prendas. Mas irritado aun con este chasco, vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la direccion en que va, y levantando la vista, divisa á su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba á obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin. bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar

la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinacion aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atraccion no podía apartar los ojos, habían empezado á debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba á caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvacion.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera estirada á dos lazos, no pudo escapar á las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba á ser su víctima. «Entonces supe lo que era tener miedo», decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando á un grupo de oficiales este suceso.

Tambien á él le llamaron *tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominacion, á fé. La frenologia ó la anatomia comparadas, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen en las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomia del hombre y de algunos animales á quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior; el general don Facundo Quiroga, el Excmo. brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino despues, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles; Facundo, pues, era de estatura baja y fornido; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, á que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los pómulos, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz.

Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensacion involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban á fijarse, porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte,

por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Montvoisin. El Caín que representa la famosa compañía Ravel, me despierta la imágen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria que no le convienen. Por lo demas, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien á las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organizacion privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen dá á estos caracteres la manera especial de manifestarse; sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son en otras su mancha, su oprobio.

Facundo Quiroga fué hijo de un sanjuanino de humilde condicion, pero que, avecindado en los Llanos de La Rioja, había adquirido en el pastoreo una regular fortuna. El año 1799 fué enviado Facundo á la patria de su padre á recibir la educacion limitada que podía adquirirse en las escuelas: leer y escribir. Cuando un hombre llega á ocupar las cien trompetas de la fama con el ruido de sus hechos, la curiosidad ó el espíritu de investigacion, van hasta rastrear la insignificante vida del niño, para anudarla á la biografía del héroe; y no pocas veces entre fábulas inventadas por la adulacion, se encuentran ya en gérmen en ella los rasgos característicos del personaje histórico.

Cuéntase de Alcibiades que jugando en la calle, se tendía á lo largo en el pavimento para contrariar á un cochero que le prevenía que se quitase del paso á fin de no atropellarlo; de Napoleon, que dominaba á sus condiscípulos y se atrincheraba en su cuarto de estudiante para resistir á un ultraje. De Facundo se refieren hoy varias anécdotas, muchas de las cuales lo revelan todo entero.

En la casa de sus huéspedes, jamas se consiguió sentarlo á la mesa comun; en la escuela era altivo, huraño y solitario; no se mezclaba con los demas niños sinó para encabezar

actos de rebelion, y para darles de golpes. El *majister*, cansado de luchar con este carácter indomable, se provee una vez de un látigo nuevo y duro, y enseñándolo á los niños aterrados, « éste es, les dice, para estrenarlo en Facundo ». Facundo, de edad de once años, oye esta amenaza, y al dia siguiente la pone á prueba. No sabe la leccion, pero pide al maestro que se la tome en persona, porque el pasante lo quiere mal. El maestro condesciende; Facundo comete un error, comete dos, tres, cuatro; entonces el maestro hace uso del látigo; y Facundo, que todo lo ha calculado, hasta la debilidad de la silla en que su maestro está sentado, dále una bofetada, vuélcalo de espaldas, y entre el alboroto que esta escena suscita, toma la calle y va á esconderse en ciertos parrones de una viña, de donde no se le saca sinó despues de tres dias. ¿No es ya el caudillo que va á desafiar mas tarde á la sociedad entera?

Cuando llega á la pubertad, su carácter toma un tinte mas pronunciado. Cada vez mas sombrío, mas imperioso, mas selvático, la pasion del juego, la pasion de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, domínalo irresistiblemente á la edad de quince años. Por ella se hace una reputacion en la ciudad; por ella se hace intolerable en la casa en que se le hospeda; por ella, en fin, derrama por un balazo dado á un Jorge Peña, el primer reguero de sangre que debía entrar en el ancho torrente que ha dejado marcado su pasaje en la tierra.

Desde que llega á la edad adulta, el hilo de su vida se pierde en un intrincado laberinto de vueltas y revueltas por los diversos pueblos vecinos: oculto unas veces, perseguido siempre, jugando, trabajando en clase de peon, dominando todo lo que se le acerca y distribuyendo puñaladas. En San Juan muéstranse hoy en la esquina de los Godoyes tapias pisadas por Quiroga; en la Rioja las hay de su mano en Fiambalá. El enseñaba otras en Mendoza en el lugar mismo en que una tarde hacía traer de sus casas á veintiseis oficiales de los que capitularon en Chacon, para hacerlos fusilar en espiacion de los manes de Villafañe; en la campaña de Buenos Aires tambien mostraba algunos monumentos de su vida de peon errante. ¿Qué causas hacen á este hombre, criado en una casa decente, hijo de un

hombre acomodado y virtuoso, descender á la condicion del gañan, y en ella escoger el trabajo mas estúpido, mas brutal, en el que solo entra la fuerza física y la tenacidad? ¿Será que el tapiador gana doble sueldo, y que se dá prisa para juntar un poco de dinero?

Lo mas ordenado que de esta vida oscura y errante he podido recoger, es lo siguiente: Hácia el año 1806 vino á Chile con un cargamento de grana de cuenta de sus padres. Jugólo con la tropa y los troperos, que eran esclavos de su casa. Solía llevar á San Juan y Mendoza arreos de ganado de la estancia paterna, que tenían siempre la misma suerte; porque en Facundo el juego era una pasion feroz, ardiente, que le resecaba las entrañas. Estas adquisiciones y pérdidas sucesivas debieron cansar las larguezas paternales, porque al fin interrumpió toda relacion amigable con su familia. Cuando era ya el terror de la República, preguntábale uno de sus cortesanos: «¿Cuál es, general, la parada mas grande que ha hecho en su vida?»—«Sesenta pesos», contestó Quiroga con indiferencia; acababa de ganar, sin embargo, una de doscientas onzas. Era, segun lo explicó despues, que en su juventud no teniendo sinó sesenta pesos, los había perdido juntos á una sota.

Pero este hecho tiene su historia característica. Trabajaba de peon en Mendoza en la hacienda de una señora, sita aquella en el Plumerillo. Facundo se hacía notar hacía un año por su puntualidad en salir al trabajo y por la influencia y predominio que ejercía sobre los demas peones. Cuando éstos querían hacer falla para dedicar el dia á una borrachera, se entendían con Facundo, quien lo avisaba á la señora, prometiéndole responder de la asistencia de todos al dia siguiente, la que era siempre puntual. Por esta intercesion llamábanle los peones el Padre.

Facundo, al fin de un año de trabajo asíduo, pidió su salario, que ascendía á sesenta pesos; montó en su caballo sin saber adonde iba, vió gente en una pulpería, desmontóse y alargando la mano sobre el grupo que rodeaba al tallador, puso sus sesenta pesos á una carta; perdiólos, y montó de nuevo marchando sin direccion fija, hasta que á poco andar, un juez Toledo, que acertaba á pasar á la sazon, le detuvo para pedirle su papeleta de conchavo.

Facundo aproximó su caballo en ademan de entregársela,

afectó buscar algo en el bolsillo, y dejó tendido al juez de una puñalada. ¿Se vengaba en el juez de la reciente pérdida? ¿Quería solo saciar el encono de gaucho malo contra la autoridad civil y añadir este nuevo hecho al brillo de su naciente fama? Lo uno y lo otro. Estas venganzas sobre el primer objeto que se presentaba, son frecuentes en su vida. Cuando se apellidaba general y tenía coroneles á sus órdenes, hacía dar en su casa en San Juan doscientos azotes á uno de ellos por haberle ganado mal, decía; á un jóven doscientos azotes, por haberse permitido una chanza en momentos en que él no estaba para chanzas; á una mujer en Mendoza que le había dicho al paso, «adiós, mi general,» cuando él iba enfurecido porque no había conseguido intimidar á un vecino tan pacífico, tan juicioso, como era valiente y gaucho, doscientos azotes.

Facundo reaparece despues en Buenos Aires, donde en 1810 es enrolado como recluta en el regimiento de *Arribeños* que manda el general Ocampo, su compatriota, despues Presidente de Charcas. La carrera gloriosa de las armas se abría para él con los primeros rayos del sol de Mayo; y no hay duda que con el temple de alma de que estaba dotado, con sus instintos de destruccion y carnicería, Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de la lucha, habría vuelto un dia del Perú, Chile ó Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos que principiaron su carrera desde el humilde puesto del soldado. Pero el alma rebelde de Quiroga no podía sufrir el yugo de la disciplina, el órden del cuartel, ni la demora de los ascensos. Se sentía llamado á mandar, á surgir de un golpe, á crearse él solo á despecho de la sociedad civilizada, en hostilidad con ella, una carrera á su modo, asociando el valor y el crímen, el gobierno y la desorganizacion. Mas tarde fué reclutado para el ejército de los Andes, y enrolado en *Granaderos á Caballo*; un teniente Garcia lo tomó de asistente, y bien pronto la desercion dejó un vacío en aquellas gloriosas filas. Despues, Quiroga, como Rosas, como todas estas víboras, que han medrado á la sombra de los laureles de la patria, se ha hecho notar por su ódio

á los militares de la independencia, en los que uno y otro han hecho una horrible matanza.

Facundo desertando de Buenos Aires, se encamina á las provincias con tres compañeros. Una partida le dá alcance; hace frente, libra una verdadera batalla, que permanece indecisa por algun tiempo, hasta que dando muerte á cuatro ó cinco, puede continuar su camino, abriéndose paso todavía á puñaladas por entre otras partidas que hasta San Luis le salen al paso. Mas tarde debía recorrer este mismo camino con un puñado de hombres, disolver ejércitos en lugar de partidas, é ir hasta la Ciudadela famosa de Tucuman á borrar los últimos restos de la República y del órden civil.

Facundo reaparece en los Llanos en la casa paterna. A esta época se refiere un suceso que está muy valido y del que nadie duda. Sin embargo, en uno de los manuscritos que consulto, interrogado su autor sobre este mismo hecho, contesta: «Que no sabe que Quiroga haya tratado nunca de arrancar á sus padres dinero por la fuerza»; y contra la tradicion constante, contra el asentimiento general, quiero atenerme á este dato contradictorio. ¡Lo contrario es horrible! Cuéntase que habiéndose negado su padre á darle una suma de dinero que le pedía, acechó el momento en que padre y madre durmieran la siesta, para poner aldaba á la pieza donde estaban, y prender fuego al techo de pajas con que estan cubiertas por lo general, las habitaciones de los llanos [1].

Pero lo que hay de averiguado es que su padre pidió una vez al gobierno de La Rioja, que lo prendieran para contener sus demasías, y que Facundo, antes de fugar de los Llanos, fué á la ciudad de la Rioja, donde á la sazon se hallaba aquel, y cayendo de improviso sobre él, le dió una bofetada, diciéndole: «¿Vd. me ha mandado prender? ¡Tome, mándeme prender ahora!» con lo cual montó en su caballo y partió á galope para el

(1) Después de escrito lo que precede, he recibido de persona fidedigna la aseveracion de haber el mismo Quiroga contado en Tucuman, ante señoras que viven aún la historia del incendio de la casa. Toda duda desaparece ante deposiciones de este género. Mas tarde he obtenido la narracion circunstanciada de un testigo presencial y compañero de infancia de Facundo Quiroga, que le vió á éste dar á su padre una bofetada y huirse; pero estos detalles contristan sin aleccionar, y es deber impuesto por el decoro apartarlos de la vista.

campo. Pasado un año, preséntase de nuevo en la casa paterna, échase á los piés del anciano ultrajado, confunden ambos sus sollozos, y entre las protestas de enmienda del hijo y las reconvenciones del padre, la paz queda restablecida, aunque sobre base tan deleznable y efímera.

Pero su carácter y hábitos desordenados no cambian, y las carreras y el juego, las correrías del campo, son el teatro de nuevas violencias, de nuevas puñaladas y agresiones, hasta llegar al fin, á hacerse intolerable para todos é insegura su posicion. Entonces un gran pensamiento viene á apoderarse de su espíritu, y lo anuncia sin empacho. El desertor de los *Arribeños*, el soldado de *Granaderos á caballo* que no ha querido inmortalizarse en Chacabuco y en Maipú, resuelve ir á reunirse á la montonera de Ramirez, vástago de la de Artigas, y cuya celebridad en crímenes y en ódio á las ciudades á que hace la guerra, ha llegado hasta los Llanos y tiene lleno de espanto á los gobiernos. Facundo parte á asociarse á aquellos filibusteros de la Pampa, y acaso la conciencia que deja de su carácter é instintos, y de la importancia del refuerzo que va á dar á aquellos destructores, alarma á sus compatriotas, que instruyen á las autoridades de San Luis por donde debía pasar, del designio infernal, que lo guia. Dupuy, gobernador entonces (1818), lo hace aprehender, y por algun tiempo permanece confundido entre los criminales vulgares que las cárceles encierran. Esta cárcel de San Luis, empero, debía ser el primer escalon que había de conducirlo á la altura á que mas tarde llegó. San Martin había hecho conducir á San Luis un gran número de oficiales españoles de todas graduaciones de los que habían sido tomados prisioneros en Chile. Sea hostigados por las humillaciones y sufrimientos, sea que previesen la posibilidad de reunirse de nuevo á los ejércitos españoles, el depósito de prisioneros se sublevó un dia, y abrió la puerta de los calabozos á los reos ordinarios, á fin de que le prestasen ayuda para la comun evasion. Facundo era uno de estos reos, y no bien se vió desembarazado de las prisiones, cuando enarbolando el *macho* de los grillos, abre el cráneo al español mismo que se los ha quitado, hiende por entre el grupo de los amotinados, y deja una ancha calle sembrada de

cadáveres en el espacio que ha querido recorrer. Dícese que el arma de que usó fué una bayoneta, y que los muertos no pasaron de tres; Quiroga, empero, hablaba siempre del *macho* de los grillos y de catorce muertos.

Acaso es esta una de esas idealizaciones con que la imaginacion poética del pueblo embellece los tipos de la fuerza brutal que tanto admira; acaso la historia de los grillos es una traduccion argentina de la quijada de Sanson, el Hércules hebreo; pero Facundo la aceptaba como un timbre de gloria, segun su bello ideal, y *macho* de grillos ó bayoneta, él asociándose á otros soldados y presos, á quienes su ejemplo alentó, logró sofocar el alzamiento y reconciliarse por este acto de valor con la sociedad, y ponerse bajo la proteccion de la patria, consiguiendo que su nombre volase por todas partes ennoblecido y lavado, aunque con sangre, de las manchas que lo afeaban. Facundo, cubierto de gloria, mereciendo bien de la patria, y con una credencial que acredita su comportacion, vuelve á La Rioja, y ostenta en los Llanos, entre los gauchos, los nuevos títulos que justifican el terror que ya empieza á inspirar su nombre; porque hay algo de imponente, algo que subyuga y domina en el premiado asesino de catorce hombres á la vez.

Aquí termina la vida privada de Quiroga, de la que he omitido una larga série de hechos que solo pintan el mal carácter, la mala educacion, y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado. Solo he hecho uso de aquellos que explican el carácter de la lucha, de aquellos que entran en proporciones distintas, pero formados de elementos análogos, en el tipo de los caudillos de las campañas que han logrado al fin sofocar la civilizacion de las ciudades, y que, últimamente, han venido á completarse en Rosas, el legislador de esta civilizacion tártara, que ha ostentado toda su antipatía á la civilizacion europea en torpezas y atrocidades sin nombre aun en la historia.

Pero aun quédame algo por notar en el carácter y espíritu de esta columna de la Federacion. Un hombre iliterato, un compañero de infancia y de juventud de Quiroga, que me ha suministrado muchos de los hechos que dejo referidos, me incluye en su manuscrito, hablando de los primeros años de Quiroga, estos datos curiosos: «que no era ladron ántes de figurar como hombre público; que nunca robó, aun en

sus mayores necesidades; que no solo gustaba de pelear, sino que pagaba por hacerlo, y por insultar al mas pintado; *que tenía mucha aversion á los hombres decentes;* que no sabía tomar licor nunca; que de jóven era muy reservado, y no solo quería infundir miedo, sino aterrar, para lo que hacía entender á hombres de su confianza, que tenía agoreros ó era adivino; que con los que tenía relacion, los trataba como esclavos; *que jamás se ha confesado, rezado, ni oído misa;* que cuando estuvo de general lo vió una vez en misa; que él mismo le decia que no creía en nada.» El candor con que estas palabras están escritas, revela su verdad.

Toda la vida pública de Quiroga me parece resumida en estos datos. Veo en ellos el hombre grande, el hombre génio á su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlan, el Mahoma. Ha nacido así, y no es culpa suya; se abajará en las escalas sociales para mandar, para dominar, para combatir el poder de la ciudad, la partida de la policía. Si le ofrecen una plaza en los ejércitos, la desdeñará, porque no tiene paciencia para aguardar los ascensos, porque hay mucha sujecion, muchas trabas puestas á la independencia individual; hay generales que pesan sobre él, hay una casaca que oprime el cuerpo y una táctica que regla los pasos; todo esto es insufrible! La vida de á caballo, la vida de peligros y emociones fuertes, han acerado su espíritu y endurecido su corazon; tiene ódio invencible, instintivo, contra las leyes que lo han perseguido, contra los jueces que lo han condenado, contra toda esa sociedad y esa organizacion de que se ha sustraído desde la infancia, y que lo mira con prevencion y menosprecio. Aquí se eslabona insensiblemente el lema de este capítulo: «es el hombre de la naturaleza que no ha aprendido aún á contener ó á disfrazar sus pasiones; que las muestra en toda su energía, entregándose á toda su impetuosidad.» Este es el carácter del género humano, y así se muestra en las campañas pastoras de la República Argentina. Facundo es un tipo de la barbarie primitiva; no conoció sujecion de ningun género; su cólera era la de las fieras; la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas, como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía, sus miradas se convertían en puñaladas.

Dominado por la cólera, mataba á patadas estrellándole

los sesos á N. por una disputa de juego; arrancaba ambas orejas á su querida porque le pedía una vez 30 pesos para celebrar un matrimonio consentido por él; abría á su hijo Juan la cabeza de un hachazo, porque no había forma de hacerlo callar; daba de bofetadas en Tucuman, á una linda señorita, á quien ni seducir ni forzar podía. En todos sus actos, mostrábase el hombre bestia aun, sin ser por eso estúpido, y sin carecer de elevacion de miras. Incapaz de hacerse admirar ó estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusivo, dominante, hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida á producir el terror en torno suyo, sobre los pueblos como sobre los soldados, sobre la víctima que iba á ser ejecutada, como sobre su mujer y sus hijos. En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo y la abnegacion; ignorante, rodeándose de misterios, y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observacion no comun, y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputacion entre las gentes vulgares.

Es inagotable el repertorio de anécdotas, de que está llena la memoria de los pueblos con respecto á Quiroga; sus dichos, sus expedientes tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, á fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladron? Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el raptor habian sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan á cada uno, y luego con voz segura, dice: «aquel cuya varita amanezca mañana mas grande que las demás, ese es el ladron.» Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa y Quiroga procede á la verificacion y comparacion de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece mas corta que las otras. «Miserable! le grita Facundo con voz aterrante, tú eres!...» y en efecto, él era; su turbacion lo dejaba conocer dema-

siado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, temiendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al raptor. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: «yo sé quien es,» con una seguridad que nada desmiente. Empiezan á desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estátua de Júpiter tonante, es la imágen del dios del Juicio Final. De repente se abalanza sobre uno, le agarra del brazo, le dice con voz breve y seca: «¿Dónde está la montura?».... «Allí, señor,» contesta señalando un bosquecillo. «Cuatro tiradores,» grita entonces Quiroga. ¿Qué revelacion era ésta? La del terror y la del crímen hecha ante un hombre sagaz. Estaba otra vez un gaucho respondiendo á los cargos que se le hacían por un robo; Facundo le interrumpe diciendo: «Ya este pícaro está mintiendo; á ver!... cien azotes....» Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo á alguno que se hallaba presente: «Vea, patron, cuando un gaucho al hablar esté haciendo marcas con el pié, es señal que está mintiendo.» Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una mision peligrosa. Escribía Quiroga cuando le trajeren el hombre; levanta la cara despues de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice continuando de escribir: «Eh!!!... Ese es un miserable! pido un hombre valiente y arrojado!» Averiguóse, en efecto, que era un patan.

De estos hechos hay á centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputacion misteriosa entre hombres groseros que llegaban á atribuirle poderes sobrenaturales.

CAPÍTULO II

LA RIOJA.—EL COMANDANTE DE CAMPAÑA

> The sides of the mountains enlarge and assume an aspect at once more grand and more barren. By little and little the scanty vegetation languishes and dies; and mosses disappear, and a red burning hue succeeds.
>
> ROUSSEL, *Palestine.*

En un documento tan antiguo como el año de 1560, he visto consignado el nombre de Mendoza con este aditamento, Mendoza del valle de La Rioja. Pero La Rioja actual es una provincia argentina que está al norte de San Juan, del cual lo separan varias travesías, aunque interrumpidas por valles poblados. De los Andes se desprenden ramificaciones que cortan la parte occidental en líneas paralelas, en cuyos valles están Los Pueblos y Chilecito, así llamado por los mineros chilenos que acudieron á la fama de las ricas minas de Famatina. Mas hacia el oriente se extiende una llanura arenisca, desierta y agostada por los ardores del sol, en cuya extremidad norte, y á las inmediaciones de una montaña cubierta hasta su cima de lozana y alta vegetacion, yace el esqueleto de La Rioja, ciudad solitaria, sin arrabales y marchita como Jerusalen al pie del Monte de los Olivos. Al sur y á larga distancia, limitan esta llanura arenisca, los Colorados, montes de greda petrificada cuyos cortes regulares asumen las formas mas pintorescas y fantásticas: á veces es una muralla lisa con bastiones avanzados, á veces créese ver torreones y castillos almenados en ruinas. Ultimamente, al sudeste y rodeados de extensas travesías, están los llanos, país quebrado y montañoso, en despecho de su nombre, oásis de vegetacion pastosa que alimentó en otro tiempo millares de rebaños.

El aspecto del país es por lo general desolado, el clima abrasador, la tierra seca y sin aguas corrientes. El campesino hace *represas* para recoger el agua de las lluvias y dar de beber á sus ganados. He tenido siempre la preocupacion de que el aspecto de la Palestina es parecido al de La Rioja, hasta en el color rojizo ú ocre de la tierra, la sequedad de algunas partes, y sus cisternas; hasta en

sus naranjos, vides é higueras de esquisitos y abultados frutos, que se crían donde corre algun cenagoso y limitado Jordan; hay una extraña combinacion de montañas y llanuras, de fertilidad y aridez, de montes adustos y erizados, y colinas verdinegras tapizadas de vegetacion tan colosal como los cedros del Líbano. Lo que mas me trae á la imaginacion estas reminiscencias orientales, es el aspecto verdaderamente patriarcal de los campesinos de La Rioja. Hoy, gracias á los caprichos de la moda, no causa novedad al ver hombres con la barba entera, á la manera inmemorial de los pueblos de Oriente; pero aun no dejaría de sorprender por eso la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado siempre la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave y taimado, árabe, que cabalga en burros, y viste á veces de cueros de cabra, como el ermitaño de Enggady. Lugares hay en que la poblacion se alimenta exclusivamente de miel silvestre y de algarroba, como de langostas San Juan en el desierto. El *llanista* es el único que ignora que es el ser mas desgraciado, mas miserable y mas bárbaro; y gracias á esto vive contento y feliz cuando el hambre no lo acosa.

Dije al principio que había montañas rojizas que tenían á lo lejos el aspecto de torreones y castillos feudales arruinados; pues para que los recuerdos de la Edad Media vengan á mezclarse á aquellos matices orientales, La Rioja ha presentado por mas de un siglo la lucha de dos familias hostiles, señoriales, ilustres, ni mas ni menos que en los feudos italianos en que figuran los Ursinos, Colonnas y Médicis. Las querellas de Ocampos y Dávilas forman toda la historia culta de La Rioja. Ambas familias, antiguas, ricas, tituladas, se disputan el poder largo tiempo, dividen la poblacion en bandos, como los güelfos y gibelinos, aun mucho antes de la revolucion de la independencia. De estas dos familias han salido una multitud de hombres notables en las armas, en el foro y en la industria, porque Dávilas y Ocampos trataron siempre de sobreponerse por todos los medios de valer que tiene consagrados la civilizacion. Apagar estos rencores hereditarios entró no pocas veces en la política de los patriotas de Buenos Aires. La Logia de Lautaro llevó á las dos fa-

milias á enlazar un Ocampo con una señorita Doria y Dávila, para reconciliarlas.

Todos saben que esta era la práctica en Italia. Romeo y Julieta fueron aquí mas felices. Hácia los años 1817 el gobierno de Buenos Aires, á fin de poner término tambien á los feudos de aquellas casas, mandó un gobernador de fuera de la provincia, un señor Barnachea, que no tardó mucho en caer bajo la influencia del partido de los Dávilas, que contaban con el apoyo de don Prudencio Quiroga, residente de los Llanos y muy querido de los habitantes, y que á causa de esto fué llamado á la *ciudad*, y hecho tesorero y alcalde. Nótese que aunque de un modo legítimo y noble, con don Prudencio Quiroga, padre de Facundo, entra en los partidos *civiles* á figurar ya la campaña pastora como elemento político. Los Llanos, como ya llevo dicho, son un oásis montañoso de pastos enclavado en el centro de una extensa travesía; sus habitantes, pastores exclusivamente, viven la vida patriarcal y primitiva que aquel aislamiento conserva en toda su pureza bárbara y hostil á las ciudades. La hospitalidad es allí un deber comun; y entre los deberes del peon entra el defender á su patron en cualquier peligro ó riesgo de su vida. Estas costumbres explicarán ya un poco los fenómenos que vamos á presenciar.

Despues del suceso de San Luis, Facundo se presentó en los Llanos revestido del prestigio de la reciente hazaña y premunido de una recomendacion del gobierno. Los partidos que dividían á La Rioja no tardaron mucho en solicitar la adhesion de un hombre que todos miraban con el respeto y asombro que inspiran siempre las acciones arrojadas. Los Ocampo, que obtuvieron el gobierno en 1820, le dieron el título de sargento mayor de las milicias de los Llanos, con la influencia y autoridad de *comandante de campaña.*

Desde este momento principia la vida pública de Facundo. El elemento pastoril, bárbaro, de aquella provincia, aquella tercera entidad que aparece en el sitio de Montevideo con Artigas, va á presentarse en La Rioja con Quiroga, llamado en su apoyo por uno de los partidos de la *ciudad.* Este es un momento solemne y crítico en la historia de todos los pueblos pastores de la República

Argentina; hay en todos ellos un dia en que por necesidad de apoyo exterior, ó por el temor que ya inspira un hombre audaz, se le elige comandante de campaña. Es éste el caballo de los griegos que los troyanos se apresuran á introducir en la *ciudad.*

Por este tiempo ocurria en San Juan la desgraciada sublevacion del núm. 1 de los Andes, que habia vuelto de Chile á rehacerse. Frustrados en los objetos del motin, Francisco Aldao y Corro emprendieron una retirada desastrosa al norte, á reunirse á Güemes, caudillo de Salta. El general Ocampo, gobernador de La Rioja, se dispone á cerrarles el paso, y al efecto convoca todas las fuerzas de la provincia y se prepara á dar una batalla. Facundo se presenta con sus llanistas. Las fuerzas vienen á las manos, y pocos minutos bastaron al núm. 1 para mostrar que con la rebelion no habia perdido nada de su antiguo brillo en los campos de batalla. Corro y Aldao se dirigieron á la ciudad, y los dispersos trataron de rehacerse, dirigiéndose hácia los llanos, donde podian aguardar las fuerzas que de San Juan y Mendoza venían en persecucion de los fugitivos. Facundo, en tanto, abandona el punto de reunion, cae sobre la retaguardia de los vencedores, los tirotea, los importuna, les mata ó hace prisioneros á los rezagados. Facundo es el único que está dotado de vida propia, que no espera órdenes, que obra de su *propio motu.* Se ha sentido llamado á la accion, y no espera que lo empujen. Mas todavía, habla con desden del gobierno y del general, y anuncia su disposicion de obrar en adelante segun su dictámen y de echar abajo el gobierno. Dícese que un consejo de los principales del ejército instaba al general Ocampo para que lo prendiese, juzgase y fusilase; pero el general no consintió, menos acaso por moderacion, que por sentir que Quiroga era ya, no tanto un súbdito, cuanto un aliado temible.

Un arreglo definitivo entre Aldao y el gobierno dejó acordado que aquel se dirigiría á San Luis, por no querer seguir á Corro, proveyéndole el gobierno de medios hasta salir del territorrio por un itinerario que pasaba por los llanos. Facundo fué encargado de la ejecucion de esta parte de lo estipulado, y regresó á los llanos con Aldao.

Quiroga lleva ya la conciencia de su fuerza; y cuando vuelve la espalda á La Rioja, ha podido decirle en despedida: «¡Ay de tí, ciudad! En verdad os digo que dentro de poco no quedará piedra sobre piedra.»

Aldao, llegado á los llanos, y conocido el descontento de Quiroga, le ofrece cien hombres de línea para apoderarse de La Rioja, á trueque de aliarse para futuras empresas. Quiroga acepta con ardor, encamínase á la ciudad, la toma, prende á los individuos del gobierno, les manda confesores y órden de prepararse para morir. ¿Qué objeto tiene para él esta revolucion? Ninguno; se ha sentido con fuerzas, ha estirado los brazos, y ha derrocado la *ciudad*. ¿Es culpa suya?

Los antiguos patriotas chilenos no han olvidado sin duda las proezas del sargento Araya, de granaderos á caballo, porque entre aquellos veteranos la aureola de la gloria solía descender hasta el simple soldado. Contábame el presbítero Meneses, cura que fué de Los Andes, que despues de la derrota de Cancha Rayada, el sargento Araya iba encaminándose á Mendoza con siete granaderos.

Íbaseles el alma á los patriotas de ver alejarse y repasar los Andes á los soldados mas valientes del ejército, mientras que Las Heras tenia todavía un tercio bajo sus órdenes, dispuesto á hacer frente á los españoles. Tratábase de detener al sargento Araya, pero una dificultad ocurría. ¿Quién se le acercaba? Una partida de sesenta hombres de milicias estaba á la mano; pero todos los soldados sabían que el prófugo era el sargento Araya, y habrían preferido mil veces atacar á los españoles que á este leon de los granaderos; don José María Meneses entonces se adelanta solo y desarmado, alcanza á Araya, le ataja el paso, le reconviene, le recuerda sus glorias pasadas y la vergüenza de una fuga sin motivo; Araya se deja conmover y no opone resistencia á las súplicas y órdenes de un buen paisano; se entusiasma en seguida, y corre á detener otros grupos de granaderos que le precedían en la fuga, y gracias á su diligencia y reputacion, vuelve á incorporarse en el ejército con sesenta compañeros de armas, que se lavaron en Maipú de la mancha momentánea que había caído sobre sus laureles.

Este sargento Araya y un Lorca, tambien un valiente co-

nocido en Chile, mandaban la fuerza que Aldao había puesto á las órdenes de Facundo. Los reos de La Rioja, entre los que se hallaba el doctor don Gabriel Ocampo, ex-ministro de gobierno, solicitaron la proteccion de Lorca para que intercediese por ellos. Facundo, aun no seguro de su momentánea elevacion, consintió en otorgarles la vida; pero esta restriccion puesta á su poder le hizo sentir otra necesidad. Era preciso poseer esa fuerza veterana, para no encontrar contradicciones en lo sucesivo. De regreso á los Llanos, se entiende con Araya y, poniéndose de acuerdo, caen sobre el resto de la fuerza de Aldao, la sorprenden, y Facundo se halla en seguida jefe de cuatrocientos hombres de línea, de cuyas filas salieron despues los oficiales de sus primeros ejércitos.

Facundo acordóse de que don Nicolas Dávila estaba en Tucuman expatriado, y le hizo venir para encargarle de las molestias del gobierno de La Rioja, reservándose él tan solo el poder real que lo seguía á los Llanos. El abismo que mediaba entre él y los Ocampos y Dávilas era tan ancho, tan brusca la transicion, que no era posible por entónces hacerla de un golpe; el espíritu de ciudad era demasiado poderoso todavia para sobreponerle la campaña; todavía un doctor en leyes valía mas para el gobierno que un peon cualquiera. Despues ha cambiado todo esto.

Dávila se hizo cargo del gobierno bajo el patrocinio de Facundo, y por entónces pareció alejado todo motivo de zozobra. Las haciendas y propiedades de los Dávilas estaban situadas en las inmediaciones de Chilecito, y allí, por tanto, en sus deudos y amigos, se hallaba reconcentrada la fuerza física y moral que debía apoyarlo en el gobierno. Habiéndose, ademas, acrecentado la poblacion de Chilecito con la provechosa explotacion de las minas, y reunídose caudales cuantiosos, el gobierno estableció una casa de moneda provincial, y trasladó su residencia á aquel pueblecillo, ya fuese para llevar á cabo la empresa, ya para alejarse de los Llanos y sustraerse de la sujecion incómoda que Quiroga quería ejercer sobre él. Dávila no tardó mucho en pasar de estas medidas puramente defensivas á una actitud mas decidida, y aprovechando la temporaria ausencia de Facundo, que andaba en San Juan, se concertó con el capitan Araya para que le prendiese á su llegada. Facundo

tuvo aviso de las medidas que contra él se preparaban, é introduciéndose secretamente en los Llanos, mandó asesinar á Araya.

El gobierno, cuya autoridad era contestada de una manera tan indigna, intimó á Facundo que se presentase á responder á los cargos que se le hacian sobre el asesinato. Parodia ridícula! No quedaba otro medio que apelar á las armas y encender la guerra civil entre el gobierno y Quiroga, entre la ciudad y los Llanos. Facundo mandó á su vez una comision á la Junta de Representantes, pidiéndole que depusiese á Davila. La Junta había llamado al gobernador con instancia, para que desde allí y con el apoyo de todos los ciudadanos, invadiese los Llanos y desarmase á Quiroga. Había en esto un interés local, y era hacer que la casa de moneda fuese trasladada á la ciudad de La Rioja; pero como Dávila persistiese en residir en Chilecito, la Junta, accediendo á la solicitud de Quiroga, lo declaró depuesto. El gobernador Dávila habia reunido bajo las órdenes de don Miguel Dávila muchos soldados de los de Aldao; poseía un buen armamento, muchos adictos que querian salvar la provincia del dominio del caudillo que se estaba levantando en los Llanos, y varios oficiales de línea para poner á la cabeza de las fuerzas. Los preparativos de guerra empezaron, pues, con igual ardor en Chilecito y en los Llanos; y el rumor de los aciagos sucesos que se preparaban, llegó hasta San Juan y Mendoza, cuyos gobiernos mandaron un comisionado á procurar un arreglo entre los beligerantes que ya estaban á punto de venir á las manos.

Corvalan, ese mismo que hoy sirve de ordenanza á Rosas, se presentó al campo de Quiroga á interponer la mediacion de que venía encargado, y que fué aceptada por el caudillo; pasó en seguida al campo enemigo, donde obtuvo la misma cordial acogida. Regresa al campo de Quiroga para arreglar el convenio definitivo; pero éste, dejándolo allí, se puso en movimiento sobre su enemigo, cuyas fuerzas desapercibidas por las seguridades dadas por el enviado, fueron fácilmente derrotadas y dispersas. Don Miguel Dávila, reuniendo algunos de los suyos, acometió denodadamente á Quiroga, á quien alcanzó á herir en un muslo antes que una bala le llevase la muñeca; en seguida fué rodeado y muerto por los soldados. Hay en este suceso

una cosa muy característica del espíritu gaucho. Un soldado se complace en enseñar sus cicatrices; el gaucho las oculta y disimula cuando son de arma blanca, porque prueban su poca destreza; y Facundo, fiel á estas ideas de honor, jamas recordó la herida que Dávila le había abierto antes de morir.

Aquí termina la historia de los Ocampos y Dávilas, y la de La Rioja tambien. Lo que sigue es la historia de Quiroga. Este dia es tambien uno de los nefastos de las ciudades pastoras, dia aciago que al fin llega. Este dia corresponde en la historia de Buenos Aires al de abril de 1835, en que su comandante de campaña, su héroe del desierto, se apodera de la ciudad.

Hay una circunstancia curiosa (1823) que no debo omitir porque hace honor á Quiroga; en esta noche negra que vamos á atravesar, no debe perderse la mas débil lucecilla. Facundo, al entrar triunfante en La Rioja, hizo cesar los repiques de las campanas, y despues de mandar dar el pésame á la viuda del general muerto, ordenó pomposas exequias para honrar sus cenizas. Nombró ó hizo nombrar por gobernador á un español vulgar, un Blanco, y con él principió el nuevo órden de cosas que debía realizar el bello ideal del gobierno que había concebido; porque Quiroga en su larga carrera, en los diversos pueblos que ha conquistado, jamas se ha encargado del gobierno organizado, que abandonaba siempre á otros. Momento grande y espectable para los pueblos, es siempre aquel en que una mano vigorosa se apodera de sus destinos. Las instituciones se afirman ó ceden su lugar á otras nuevas mas fecundas en resultados, ó mas conformes con las ideas que predominan. De aquel foco parten muchas veces los hilos que, entretegiéndose con el tiempo, llegan á cambiar la tela de que se compone la historia.

No así cuando predomina una fuerza extraña á la civilizacion, cuando Atila se apodera de Roma, ó Tamerlan recorre las llanuras asiáticas; los escombros quedan, pero en vano iría despues á removerlos la mano de la filosofía para buscar debajo de ellos las plantas vigorosas que nacieran con el abono nutritivo de la sangre humana. Facundo, genio bárbaro, se apodera de su país: las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan,

las leyes son un juguete en manos torpes; y en medio de esta destruccion efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sostituye, nada se establece. El desahogo, la desocupacion y la incuria son el bien supremo del gaucho. Si La Rioja, como tenia doctores, hubiera tenido estatuas, éstas habrían servido para amarrar los caballos.

Facundo deseaba poseer, é incapaz de crear un sistema de rentas, acude á lo que acuden siempre los gobiernos torpes é imbéciles. Mas aquí el monopolio llevará el sello de la vida pastoril, la espoliacion y la violencia. Rematábanse los diezmos de La Rioja en aquella época en diez mil pesos anualmente: este era por lo menos el término medio. Facundo se presenta en la mesa del remate, y ya su asistencia hasta entonces inusitada, impone respeto á los postores. «Doy dos mil pesos, dice, y uno mas sobre la mejor postura.» El escribano repite la propuesta tres veces y nadie ofrece mejora. Era que todos los concurrentes se habían escurrido uno á uno al leer en la mirada siniestra de Quiroga que aquella era la última postura. Al año siguiente se contentó con mandar al remate una cedulilla así concebida: «Doy dos mil pesos, y uno mas sobre la mejor postura. *Facundo Quiroga.*»

Al tercer año se suprimió la ceremonia del remate, y el año 1831 Quiroga mandaba todavía á La Rioja dos mil pesos valor fijado á los diezmos.

Pero faltaba un paso que dar para hacer redituar el diezmo un ciento por uno, y Facundo, desde el segundo año no quiso recibir el de animales, sino que distribuyó su marca á todos los hacendados, á fin de que herrasen el diezmo, y se le guardase en las estancias hasta que él lo reclamase. Las crías se aumentaban, los diezmos nuevos acrecentaban el piño de ganado, y á la vuelta de diez años se pudo calcular que la mitad del ganado de las estancias de una provincia pastora, pertenecía al comandante general de armas, y llevaba su marca.

Una costumbre inmemorial en La Rioja hacia que los ganados *mostrencos* ó no marcados á cierta edad, perteneciesen de derecho al fisco, que mandaba sus agentes á recoger estas espigas perdidas, y sacaba de la colecta una renta no despreciable, si bien se hacía intolerable para los estancieros. Facundo pidió que se le adjudicase este

ganado en resarcimiento de los gastos que le habia demandado la invasion á la ciudad; gastos que se reducian á convocar las milicias, que concurren en sus caballos y viven siempre de lo que encuentran. Poseedor ya de partidas de seis mil novillos al año, mandaba á las ciudades sus abastecedores, y desgraciado el que entrase á competir con él! Este negocio de abastecer los mercados de carne, lo ha practicado donde quiera que sus armas se presentaron, en San Juan, Mendoza, Tucuman; cuidando siempre de monopolizarlo en su favor por algun bando ó un simple anuncio. Da asco y vergüenza sin duda, tener que descender á estos pormenores indignos de ser recordados. Pero ¿qué hacer? En seguida de una batalla sangrienta que le ha abierto la entrada á una ciudad, lo primero que el general ordena, es que nadie pueda abastecer de carne el mercado... En Tucuman supo que un vecino, contraviniendo la órden, mataba reses en su casa. El general del ejército de los Andes, el vencedor de la Ciudadela, no creyó deber confiar á nadie la pesquisa de delito tan horrendo. Va él en persona, da recios golpes á la puerta de la casa, que permanecía cerrada, y que atónitos los de adentro, no aciertan á abrir. Una patada del ilustre general la echa abajo, y expone á su vista esta escena, una res muerta que desollaba el dueño de casa, que á su vez cae tambien muerto á la vista terrífica del general ofendido ([1]).

No me detengo en estos pormenores á designio. ¡Cuántas páginas omito! ¡Cuántas iniquidades comprobadas y de

(1) *Registro oficial de la Provincia de San Juan:*

« A consecuencia de la presente ley, el Gobierno de la Provincia ha estipulado con S. E. el señor general don Juan Facundo Quiroga los artículos siguientes, conforme á su nota de 13 de Setiembre de 1833:

« 1º. Que abonará al Excmo. Gobierno de Buenos Aires la cantidad que ha invertido en dichas haciendas.

« 2º. Que suplirá cinco mil pesos á la Provincia sin pension de rédito, para la urgencia en que se halla de abonar la tropa que tiene en campaña, dando tres mil pesos al contado, y el resto del producto del ganado, á cuyo pago quedará afecto exclusivamente el ramo de degolladuras.

« 3º. Que se le ha de permitir abastecer por si solo, dando al pueblo á cinco reales la arroba de carne, que hoy se halla á seis de mala calidad, y á tres al Estado, sin aumentar el precio corriente de la gordura.

« 4º. Que se le ha de dar libre el ramo de degolladura desde el 18 del presente hasta el 10 de Enero inclusive, y pastos de cuenta del Estado al precio de dos reales al mes por cabeza que abonará desde 1º de Octubre próximo. — San Juan, Setiembre 13 de 1833. — Ruiz. — *Vicente Atienzo.*

todos sabidas callo! Pero hago la historia del gobierno bárbaro, y necesito hacer conocer sus resortes. Mehemet-Alí, dueño del Egipto por los mismos medios que Facundo, se entrega á una rapacidad sin ejemplo aun en la Turquía, constituye el monopolio en todos los ramos, y los explota en su beneficio; pero Mehemet-Alí sale del seno de una nacion bárbara, y se eleva hasta desear la civilizacion europea é injertarla en las venas del pueblo que oprime. Facundo, empero, rechaza todos los medios civilizados que ya son conocidos, los destruye y desmoraliza; Facundo, que no gobierna, porque el gobierno es ya un trabajo en beneficio ajeno, se abandona á los instintos de una avaricía sin medidas, sin escrúpulos.

El egoísmo es el fondo de casi todos los grandes caracteres históricos, el egoísmo es el muelle real que hace ejecutar todas las grandes acciones; Quiroga poseía este don político en grado eminente, y lo ejercitaba en reconcentrar en torno suyo todo lo que veia diseminado en la sociedad inculta que lo rodeaba; fortuna, poder, autoridad, todo está con él; todo lo que no puede adquirir, maneras, instruccion, respetabilidad fundada, eso lo persigue, lo destruye en las personas que lo poseen. Su encono contra la gente *decente*, contra la *ciudad*, es cada dia mas visible; el gobernador de La Rioja puesto por él renuncia al fin á fuerza de ser vejado diariamente. Un dia está de buen humor Quiroga, y se juega con un jóven, como el gato juega con la tímida rata: juega á si lo mata ó no lo mata; el terror de la víctima ha sido tan ridículo, que el verdugo se ha puesto de buen humor, se ha reído á carcajadas, contra su costumbre habitual.

Su buen humor no debe quedar ignorado: necesita explayarse, extenderlo sobre una gran superficie. Suena la generala en La Rioja, y los ciudadanos salen á las calles armados al rumor de alarma. Facundo, que ha hecho tocar á generala para divertirse, forma á los vecinos en la plaza á las once de la noche, despide de las filas á la plebe, y deja solo á los vecinos padres de familia acomodados, á los jóvenes que aun conservan visos del cultura.

Hácelos marchar y contramarchar toda la noche, hacer alto, alinearse, marchar de frente, de flanco. Es un cabo de instruccion que enseña á unos reclutas, y la vara del

cabo anda por la cabeza de los torpes, por el pecho de los que no se alinean bien; ¿qué quieren? ¡así se enseña! El dia sobreviene, y los semblantes pálidos de los reclutas, su fatiga y extenuacion revelan todo lo que se ha aprendido en la noche. Al fin da descanso á su tropa, y lleva la generosidad hasta comprar empanadas, y distribuir á cada uno la suya, que se apresura á comer, porque es parte ésta de la diversion.

Lecciones de este género no son inútiles para las ciudades, y el hábil político que en Buenos Aires ha elevado á sistema estos procedimientos, los ha refinado y hecho producir efectos maravillosos. Por ejemplo, desde 1835 hasta 1840, casi toda la ciudad de Buenos Aires ha pasado por las cárceles. Había á veces ciento cincuenta ciudadanos que permanecían presos dos, tres meses, para ceder su lugar á un repuesto de doscientos que permanecía seis meses. ¿Por qué? ¿qué habían hecho?... ¿qué habían dicho? ¡Imbéciles! ¿no veis que se está disciplinando la *ciudad?*... ¿No recordáis que Rosas decía á Quiroga que no era posible constituir la República porque no había costumbres? ¡Es que está acostumbrando á la ciudad á ser gobernada; él concluirá la obra, y en 1844 podrá presentar al mundo un pueblo que no tiene sino un pensamiento, una opinion, una voz, un entusiasmo sin límites por la persona y por la voluntad de Rosas! ¡Ahora sí que se puede constituir una república!

Pero volvamos á La Rioja. Habíase excitado en Inglaterra un movimiento febril de empresa sobre las minas de los nuevos Estados americanos; compañías poderosas se proponían explotar las de Méjico y Perú; y Rivadavia, residente en Londres entonces, estimuló á los empresarios á traer sus capitales á la República Argentina. Las minas de Famatina se presentaban á las grandes empresas. Especuladores de Buenos Aires obtienen al mismo tiempo privilegios exclusivos para la explotacion, con el designio de venderlos á las compañías inglesas por sumas enormes. Estas dos especulaciones, la de la Inglaterra y la de Buenos Aires, se cruzaron en sus planes y no pudieron entenderse. Al fin hubo una transaccion con otra casa inglesa que debia suministrar fondos, y que en efecto mandó directores y mineros ingleses. Mas tarde se especuló en

establecer una Casa de Moneda en La Rioja, que cuando el gobierno nacional se organizase, debía serle vendida en una gran suma. Facundo solicitado, entró con un gran número de acciones, que pagó con el Colegio de jesuitas, que se hizo adjudicar en pago de *sus sueldos* de general. Una comision de accionistas de Buenos Aires vino á La Rioja para realizar esta empresa, y desde luego manifestó su deseo de ser presentada á Quiroga, cuyo nombre misterioso y terrorífico empezaba á resonar por todas partes. Facundo se les presenta en su alojamiento con media de *seda* de patente, calzon de jergon, y un poncho de tela ruin. No obstante lo grotesco de esta figura, á ninguno de los ciudadanos elegantes de Buenos Aires le ocurrió reirse, porque eran demasiado avisados para no descifrar el enigma. Quería humillar á los hombres cultos, y mostrarles el caso que hacía de sus trajes europeos.

Ultimamente, derechos exorbitantes sobre la extraccion de ganados que no fuesen los suyos, completaron el sistema de administracion establecido en su provincia. Pero á mas de estos medios directos de fortuna, hay uno que me apresuro á exponer, por desembarazarme de una vez de un hecho que abraza toda la vida pública de Facundo. ¡El juego! Facundo tenía la rabia del juego, como otros la de los licores, como otros la del rapé. Una alma poderosa, pero incapaz de abrazar una grande esfera de ideas, necesitaba esta ocupacion facticia en que una pasion está en continuo ejercicio, contrariada y halagada á la vez, irritada, excitada, atormentada. Siempre he creido que la pasion del juego es en los mas casos una buena cualidad de espíritu que está ociosa por la mala organizacion de una sociedad. Estas fuerzas de voluntad, de temeridad, de abnegacion y de constancia, son las mismas que forman las fortunas del comerciante emprendedor, del banquero, y del conquistador que juega imperios á las batallas. Facundo ha jugado desde la infancia; el juego ha sido su único goce, su desahogo, su vida entera. ¿Pero sabéis lo que es un tallador que tiene en fondos el poder, el terror y la vida de sus compañeros de mesa?

Esta es una cosa de que nadie ha podido formarse idea, sino despues de haberlo visto durante veinte años. Facundo jugaba sin lealtad, dicen sus enemigos... Yo no

doy fé á este cargo, porque la mala fé le era inútil, y porque perseguía de muerte á los que la usaban.

Pero Facundo jugaba con fondos ilimitados; no permitió jamas que nadie levantase de la mesa el dinero con que jugaba; no era posible dejar de jugar sin que él lo dispusiese; él jugaba cuarenta horas y mas consecutivas; él no estaba turbado por el terror, y él podia mandar azotar ó fusilar á sus compañeros de carpeta, que muchas veces eran hombres comprometidos. He aquí el secreto de la buena fortuna de Quiroga. Son raros los que le han ganado sumas considerables, aunque sean muchos los que en momentos dados de una partida de juego han tenido delante de sí pirámides de onzas ganadas á Quiroga; el juego ha seguido, porque al ganancioso no le era permitido levantarse, y al fin solo le ha quedado la gloria de contar que tenía ya ganado tanto y lo perdió en seguida.

El juego fué, pues, para Quiroga una diversion favorita, y un sistema de espoliacion. Nadie recibía dinero de él en La Rioja, nadie lo poseia sin ser invitado inmediatamente á jugar, y á dejarlo en poder del caudillo. La mayor parte de los comerciantes de La Rioja quiebran, desaparecen, porque el dinero ha ido á parar á la bolsa del general; y no es porque no les dé lecciones de prudencia. Un jóven había ganado á Facundo cuatro mil pesos, y Facundo no quiere jugar mas. El joven cree que es una red que le tienden, que su vida está en peligro. Facundo repite que no juega mas; insiste el joven atolondrado, y Facundo condescendiendo le *gana* los cuatro mil pesos, y le manda dar doscientos azotes *por bárbaro.*

Me fatigo de leer infamias, contestes en todos los manuscritos que consulto. Sacrifico la relacion de ellas á la vanidad de autor, á la pretension literaria. Si digo mas, los cuadros me salen recargados, innobles, repulsivos.

Hasta aquí llega la vida del comandante de campaña, despues que ha abolido la *ciudad*, la ha suprimido. Facundo hasta aquí es como todos los demas, como Rosas en su estancia, aunque ni el juego ni la satisfaccion brutal de todas las pasiones, le deshonrasen tanto antes de llegar al poder. Pero Facundo va á entrar en una nueva esfera, y tendremos luego que seguirlo por toda la República, que ir á buscarlo en los campos de batalla.

¿Qué consecuencias trajo para la provincia de La Rioja la destruccion del órden *civil*? Sobre esto no se razona, no se discurre. Se va á ver el teatro en que estos sucesos se desenvolvieron, y se tiende la vista sobre él, ahí está la respuesta. Los Llanos de La Rioja están hoy desiertos, la poblacion ha emigrado á San Juan, los aljibes que daban de beber á millares de rebaños, se han secado. En esos Llanos donde ahora veinte años pacían tantos millares de rumiantes, vaga tranquilo el tigre, que ha reconquistado sus dominios; algunas familias de pordioseros recogen algarroba para mantenerse. Así han pagado los Llanos los males que extendieron sobre la República. «¡Ay de tí, Betsaida y Corazain! En verdad os digo que Sodoma y Gomorra fueron mejor tratadas que lo que debeis serlo vosotras!»

CAPÍTULO III

SOCIABILIDAD. — CÓRDOBA. — BUENOS AIRES

(1825)

> La société du moyen âge était composée des debris de mille autres sociétés. Toutes les formes de liberté et servitude se recontraient: la liberté monarchique du roi, la liberté individuelle du prêtre, la liberté privilegiée des villes, la liberté représentative de la nation, l'esclavage romain, le servaje barbare, la servitude de l'aubain.
>
> CHATEAUBRIAND.

Facundo posee La Rioja como árbitro y dueño absoluto, no hay mas voz que la suya, mas interés que el suyo. Cómo no hay letras, no hay opiniones; y como no hay opiniones diversas, La Rioja es una máquina de guerra que irá adonde la lleven. Hasta aquí Facundo nada ha hecho de nuevo, sin embargo; esto era lo mismo que habían hecho el doctor Francia, Ibarra, López, Bustos; lo que habían intentado Güemes y Araoz en el Norte; destruir todo el derecho para hacer valer el suyo propio. Pero un mundo de ideas, de intereses contradictorios se agitaba fuera de La Rioja, y el rumor lejano de las discusiones de la prensa y de los partidos llegaba hasta su residencia en los Llanos. Por otra parte, él no había podido elevarse sin que el ruido que hacía el edificio de la civilizacion que destruía, no se oyese

á la distancia, y los pueblos vecinos no fijasen en él sus miradas. Su nombre había pasado los límites de La Rioja; Rivadavia lo invitaba á contribuir á la organizacion de la República; Bustos y López á oponerse á ella; el gobierno de San Juan se preciaba de contarlo entre sus amigos, y hombres desconocidos venían á los Llanos á saludarlo y pedirle apoyo para sostener este ó el otro partido. Presentaba la República Argentina en aquella época un cuadro animado é interesante. Todos los intereses, todas las ideas, todas las pasiones se habían dado cita para agitarse y meter ruido. Aquí un caudillo que no quería nada con el resto de la República; allí un pueblo que nada mas pedía que salir de su aislamiento; allá un gobierno que trasportaba la Europa á la América; acullá otro que odiaba hasta el nombre de civilizacion; en unas partes se rehabilitaba el Santo Tribunal de la Inquisicion; en otras se declaraba la libertad de las conciencias como el primero de los derechos del hombre; unos gritaban federacion, otros gobierno central. Cada una de estas diversas faces tenía intereses y pasiones fuertes, invencibles en su apoyo. Yo necesito aclarar un poco este caos para mostrar el papel que tocó desempeñar á Quiroga, y la grande obra que debió realizar. Para pintar el comandante de campaña que se apodera de la ciudad y la aniquila al fin, he necesitado describir el suelo argentino, los hábitos que engendra, los caracteres que desenvuelve. Ahora para mostrar á Quiroga saliendo ya de su provincia y proclamando un principio, una idea, y llevándola á todas partes en la punta de las lanzas, necesito tambien trazar la carta geográfica de las ideas y de los intereses que se agitaban en las ciudades. Para este fin necesito examinar dos ciudades, en cada una de las cuales predominaban las ideas opuestas: Córdoba y Buenos Aires, tales como existían hasta 1825.

Córdoba era, no diré la ciudad mas coqueta de la América, porque se ofendería de ello su gravedad española, pero sí una de las ciudades mas bonitas del continente. Sita en una hondonada que forma un terreno elevado, llamado *Los Altos*, se ha visto forzada á replegarse sobre sí misma, á estrechar y reunir sus regulares edificios de ladrillo. El cielo es purísimo, el invierno seco y tónico, el verano ardiente y

tormentoso. Hácia el oriente tiene un bellísimo paseo de formas caprichosas, de un golpe de vista mágico. Consiste en un estanque de agua encuadrado en una vereda espaciosa, que sombrean sauces añosos y colosales. Cada costado es de una cuadra de largo, encerrado bajo una reja de fierro de cuatro varas de alto, con enormes puertas á los cuatro costados, de manera que el paseo es una prision encantada en que se da vueltas siempre en torno de un vistoso cenador de arquitectura griega, que está inmóvil en el centro del finjido lago. En la plaza principal está la magnífica catedral de órden romano con su enorme cúpula recortada en arabescos, único modelo que yo sepa que haya en la América del Sur de la arquitectura de la Edad Media. A una cuadra está el templo y convento de la Compañía de Jesús, en cuyo presbiterio hay una trampa que da entrada á subterráneos que se extienden por debajo de la ciudad y van á parar no se sabe todavía adónde; tambien se han encontrado los calabozos en que la Sociedad sepultaba vivos á sus reos. Si queréis, pues, conocer monumentos de la Edad Media y examinar el poder y las formas de aquella célebre órden, id á Córdoba, donde estuvo uno de sus grandes establecimientos centrales de América.

En cada cuadra de la sucinta ciudad hay un soberbio convento, un monasterio, ó una casa de beatas ó de ejercicios. Cada familia tenía entónces, un clérigo, un fraile, una monja ó un corista; los pobres se contentaban con poder contar entre los suyos un belermita, un motilon, un sacristan ó un monacillo.

Cada convento ó monasterio tenía una ranchería contigua, en que estaban reproduciéndose ochocientos esclavos de la órden, negros, zambos, mulatos y mulatillas de ojos azules, rubias, rozagantes, de piernas bruñidas como el mármol; verdaderas circasianas dotadas de todas las gracias, con mas una dentadura de orígen africano, que servía de cebo á las pasiones humanas, todo para mayor honra y provecho del convento á que estas huríes pertenecían.

Andando un poco en la visita que hacemos, se encuentra la célebre Universidad de Córdoba, fundada nada menos que el año de 1613, y en cuyos claustros sombríos han pasado su juventud ocho generaciones de doctores en ambos derechos, ergotistas insignes, comentadores y casuistas

Oigamos al célebre dean Funes describir la enseñanza y espíritu de esta famosa Universidad que ha provisto durante dos siglos de teólogos y doctores á una gran parte de la América: «El curso teológico duraba cinco años y medio... La teologia participaba de la corrupcion de los estudios filosóficos. Aplicada la filosofía de Aristóteles á la teología, formaba una mezcla de profano y espiritual. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, cuestiones frívolas é impertinentes, esto fué lo que vino á formar el gusto dominante de estas escuelas.» Si queréis penetrar un poco mas en el espíritu de libertad que daría esta instruccion, oid al dean Funes todavía: «Esta Universidad nació y se creó exclusivamente en manos de los jesuitas, quienes la establecieron en su colegio llamado Máximo, de la ciudad de Córdoba.» Muy distinguidos abogados han salido de allí, pero literatos ninguno que no haya ido á rehacer su educacion en Buenos Aires y con los libros europeos.

Esta ciudad docta no ha tenido hasta hoy teatro público, no conoció la ópera, no tiene aun diarios, y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espiritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico: la conversacion de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesion de monjas, recepcion de las borlas de doctor.

Hasta dónde puede esto influir en el espíritu de un pueblo ocupado de estas ideas durante dos siglos, no puede decirse, pero algo debe influir, porque ya lo veis, el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está á cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes á pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la Cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas, el paseo es un claustro con verjas de fierro; cada manzana tiene un claustro de monjas ó frailes; la Universidad es un claustro en que todos llevan sotana, manteo; la legislacion

que se enseña, la teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media, es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oído, es verdad, decir, que Buenos Aires está por ahí, pero si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: «¿Tiene Universidad? Pero será de ayer; veamos: ¿cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como este? Entonces, eso no es nada...»

«¿Por qué autor estudian ustedes legislacion allá? preguntaba el grave doctor Jigena á un jóven de Buenos Aires.—Por Bentham.—¿Por quién dice Vd.? Por Benthancito? señalando con el dedo el tamaño del volúmen en dozavo en que anda la edicion de Bentham... ¡Já! ¡ja! ¡ja!... ¡por Bentancito! En un escrito mio hay mas doctrina que en esos mamotretos. ¡Qué Universidad y qué doctorzuelos!—¿Y Vds. por quién enseñan?—¡Oh! ¡el cardenal de Luca!... ¿Qué dice Vd.? ¡Diecisiete volúmenes en folio!...

Es verdad que el viajero que se acerca á Córdoba, busca y no encuentra en el horizonte la ciudad santa, la ciudad mística, la ciudad con capelo y borlas de doctor. Al fin, el arriero le dice: «Vea, ahí... abajo... entre los pastos...» Y en efecto, fijando la vista en el suelo y á corta distancia, vénse asomar una, dos, tres, diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la Edad Media.

Por lo demas, el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participa del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería, y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el ergo andaba por las cocinas, en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones. Añádese que durante toda la revolucion, Córdoba ha sido el asilo de los españoles en todas las demas partes maltratados. Estaban allí como en casa. ¿Qué mella haría la revolucion de 1810 en un pueblo educado por los jesuitas, y enclaustrado por la naturaleza, la educacion y el arte? ¿Qué asidero encontrarían

las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably, Reynal y Voltaire, si por fortuna atravesaban la pampa para descender á la catacumba española, en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato para hacer frente á toda idea nueva, en aquellas inteligencias que como su paseo, tenían una idea inmóvil en el centro, rodeada de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas?

Hácia los años de 1816, el ilustrado y liberal dean Funes, logró introducir en aquella antigua Universidad los estudios hasta entonces tan despreciados: matemáticas, idiomas vivos, derecho público, física, dibujo y música. La juventud cordobesa empezó desde entonces á encaminar sus ideas por nuevas vías, y no tardó mucho en sentirse los efectos, de lo que trataremos en otra parte, porque por ahora solo caracterizo el espíritu maduro, tradicional, que era el que predominaba.

La revolucion de 1810 encontró en Córdoba un oído cerrado, al mismo tiempo que las provincias todas respondían á un tiempo: «¡á las armas! ¡á la libertad!» En Córdoba empezó Liniers á levantar ejércitos para que fuesen á Buenos Aires á ajusticiar la revolucion; á Córdoba mandó la Junta uno de los suyos y sus tropas á decapitar á la España. Córdoba, en fin, ofendida del ultraje, y esperando venganza y reparacion, escribió con la mano docta de la Universidad, y en el idioma del breviario y los comentadores, aquel célebre anagrama que señalaba al pasajero la tumba de los primeros realistas sacrificados en los altares de la patria:

C	L	A	M	O	R
oncha	iniers	llende	oreno	rellana	odríguez

¡Ya lo veis, Córdoba protesta y clama al cielo contra la revolucion de 1810!

En 1820 un ejército se subleva en Arequito, y su jefe, cordobés, abandona el pabellon de la patria, y se establece pacíficamente en Córdoba, que no ha tomado parte en la revolucion, y que se goza en haberle arrebatado un ejército. Bustos crea un gobierno, español, sin responsabilidad, introduce la etiqueta de corte, el quietismo

secular de la España, y así preparada, llega Córdoba al año 25 en que se trata de organizar la República y constituir la revolucion y sus consecuencias.

Examinemos ahora á Buenos Aires. Durante mucho tiempo lucha con los indígenas que la barren de la haz de la tierra, vuelve á levantarse, cae en seguida, hasta que por los años 1620 se levanta ya en el mapa de los dominios españoles lo suficiente para elevarla á capitanía general, separándola de la del Paraguay á que hasta entonces estaba sometida. En 1777 era Buenos Aires ya muy visible, tanto que fué necesario rehacer la geografía administrativa de las colonias, para ponerla al frente de un virreinato creado exprofeso para ella.

En 1806, el ojo especulador de la Inglaterra recorre el mapa americano, y solo ve á Buenos Aires, su rio, su porvenir. En 1810, Buenos Aires pulula de revolucionarios avezados en todas las doctrinas anti-españolas, francesas, europeas. ¿Qué movimiento de ascension se ha estado operando en la ribera occidental del Rio de la Plata? La España colonizadora no era ni comerciante ni navegante: el Río de la Plata era para ella poca cosa; la España *oficial* miró con desden una playa y un rio. Andando el tiempo, el rio había depuesto su sedimento de riquezas sobre esa playa; pero muy poco del espíritu español, del gobierno español. La actividad del comercio había traído el espíritu y las ideas generales de Europa; los buques que frecuentaban sus aguas traían libros de todas partes, y noticia de todos los acontecimientos políticos del mundo. Nótese que la España no tenía otra ciudad comerciante en el Atlántico.

La guerra con los ingleses aceleró el movimiento de los ánimos hacia la emancipacion, y despertó el sentimiento de la propia importancia. Buenos Aires es un niño que vence á un gigante, se infatúa, se cree un héroe, y se aventura á cosas mayores. Llevada de este sentimiento de la propia suficiencia, inicia la revolucion con una audacia sin ejemplo; la lleva por todas partes, se cree encargada de lo Alto de la realizacion de una grande obra. El *Contrato Social* vuela de mano en mano; Mably y Raynal son los oraculos de la prensa; Robespierre y la Convencion los modelos. Buenos Aires se cree una

continuacion de la Europa, y si no confiesa francamente que es francesa y norte-americana en su espíritu y tendencias, niega su orígen español, porque el gobierno español, dice, la ha recogido despues de adulta. Con la revolucion vienen los ejércitos y la gloria, los triunfos y los reveses, las revueltas y las sediciones.

Pero Buenos Aires, en medio de todos estos vaivenes, muestra la fuerza revolucionaria de que está dotada. Bolívar es todo, Venezuela es la peana de aquella colosal figura; Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios, Belgrano, Rondeau, San Martin, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, sus brazos, no su cabeza ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse: el general tal libertó el país, sino la junta, el directorio, el congreso, el gobierno, de tal ó tal época mandó al general tal que hiciese tal cosa, etc. El contacto con los europeos de todas las naciones es mayor aun desde los principios, que en ninguna parte del continente hispano-americano; la *desespañolizacion y la europeificacion* se efectúan en diez años de un modo radical, solo en Buenos Aires se entiende.

No hay mas que tomar una lista de vecinos de Buenos Aires, para ver cómo abundan en los hijos del país los apellidos ingleses, franceses, alemanes, italianos. El año 1820 se empieza á organizar la sociedad segun las nuevas ideas de que está impregnada, y el movimiento continúa hasta que Rivadavia se pone á la cabeza del gobierno. Hasta este momento Rodriguez y Las Heras han estado echando los cimientos ordinarios de los gobiernos libres. Ley de olvido, seguridad individual, respeto á la propiedad, responsabilidad de la autoridad, equilibrio de los poderes, educacion pública, todo en fin se cimenta y constituye pacíficamente. Rivadavia viene de Europa, se trae á la Europa; mas todavía, desprecia á la Europa; Buenos Aires, y por supuesto decian, la República Argentina, realizará lo que la Francia republicana no ha podido, lo que la aristocracia inglesa no quiere lo que la Europa despotizada echa de menos. Esta no era una ilusion de Rivadavia; era el pensamiento general de la *ciudad*, era su espiritu, y su tendencia.

El mas ó el menos en las pretensiones dividia los partidos, pero no ideas antagonistas en el fondo. ¿Y qué

otra cosa había de suceder en un pueblo que solo en catorce años había escarmentado á la Inglaterra, correteado la mitad del continente, equipado diez ejércitos, dado cien batallas campales, vencido en todas partes, mezclándose en todos los acontecimientos, violado todas las tradiciones, ensayado todas las teorías, aventurádolo todo, y salido bien en todo; que vivía, se enriquecía, se civilizaba? ¿Qué había de suceder, cuando las teorías de gobierno, la fe política que le había dado la Europa, estaba plagada de errores, de teorías absurdas y engañosas, de malos principios; porque sus políticos no tenían obligacion de saber mas que los grandes hombres de la Europa, que hasta entonces no sabían nada en materia de organizacion política? Este es un hecho grave que quiero hacer notar. Hoy los estudios sobre las constituciones, las razas, las creencias, la historia en fin, han hecho vulgares ciertos conocimientos prácticos que nos aleccionan contra el brillo de las teorías concebidas *á priori*; pero antes de 1820, nada de esto había trascendido por el mundo europeo.

Con las paradojas del *Contrato Social* se sublevó la Francia; Buenos Aires hizo lo mismo; Voltaire había desacreditado al cristianismo, se desacreditó tambien en Buenos Aires; Montesquieu distinguió tres poderes, y al punto tres poderes tuvimos nosotros; Benjamin Constant y Bentham anulaban al ejecutivo, nulo de nacimiento se le constituyó allí; Smith y Say predicaban el comercio libre, libre el comercio, se repitió. Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. Solo despues de la revolucion de 1830 en Francia y de sus resultados incompletos, las ciencias sociales toman nueva direccion, y se comienzan á desvanecer las ilusiones.

Desde entonces empiezan á llegarnos libros europeos que nos demuestran que Voltaire no tenía mucha razon, que Rousseau era un sofista, que Mably y Raynal unos anárquicos, que no hay tres poderes, ni contrato social, etc., etc. Desde entonces sabemos algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, de antecedentes históricos. Tocqueville nos revela por la primera vez el secreto de Norte América; Sismondi nos descubre el vacío de las

constituciones; Thierry, Michelet y Guizot el espíritu de la historia; la revolucion de 1830 toda la decepcion del constitucionalismo de Benjamin Constant; la revolucion española, todo lo que hay de incompleto y atrasado en nuestra raza. ¿De qué culpan, pues, á Rivadavia y á Buenos Aires? ¿De no tener mas saber que los sabios europeos que los extraviaban? Por otra parte, ¿cómo no abrazar con ardor las ideas generales el pueblo que había contribuido tanto y con tan buen suceso á generalizar la revolucion? ¿Cómo ponerle rienda al vuelo de la fantasía del habitante de una llanura sin límites, dando frente á un rio sin ribera opuesta, á un paso de la Europa, sin conciencia de sus propias tradiciones, sin tenerlas en realidad; pueblo nuevo, improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande? *¡Al gran pueblo argentino salud!*

Porque estas palabras que nuestra cancion nacional recuerda, y con las que se nos ha mecido desde la cuna, no las inventó la vanidad del autor; las tomó de Pradt y de la prensa de Europa, de las gacetas y comunicaciones oficiales de los demas estados americanos. Todos le llamaban grande, todos se habían complotado á impulsarlo á las grandes cosas.

Así educada, mimada hasta entonces por la fortuna, Buenos Aires se entregó á la obra de constituirse ella y la República, como se habia entregado á la de libertarse ella y la América, con decision, sin medios términos, sin contemporizacion con los obstáculos. Rivadavia era la encarnacion viva de ese espíritu poético, grandioso, que dominaba la sociedad entera. Rivadavia, pues, continuaba la obra de Las Heras en el ancho molde en que debia vaciarse un gran Estado americano, una república. Traía sabios europeos para la prensa y las cátedras, colonias para los desiertos, naves para los rios, intereses y libertad para todas las creencias, crédito y Banco Nacional para impulsar la industria; todas las grandes teorías sociales de la época para modelar su gobierno; la Europa, en fin, á vaciarla de golpe en la América y realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos. ¿Era quimérico este proyecto? Protesto que nó. Todas sus crea-

ciones subsisten, salvo las que la barbarie de Rosas halló incómodas para sus atentados.

La libertad de cultos, que el alto clero de Buenos Aires apoyó, no ha sido restringida ; la poblacion europea se disemina por las estancias, y toma las armas de su motu propio para romper con el único obstáculo que la priva de las bendiciones que le ofreciera aquel suelo ; los rios están pidiendo á gritos que se rompan las cataratas oficiales que les estorban ser navegados ; y el Banco Nacional es una institucion tan hondamente arraigada, que él ha salvado la sociedad de la miseria á que la habría conducido el tirano.

Sobre todo por lo fantástico y estemporáneo que fuese aquel gran sistema, á que se encaminan y precipitan todos los pueblos americanos ahora, era por lo menos ligero y tolerable para los pueblos, y por mas que los hombres sin conciencia lo vociferen todos los dias, Rivadavia nunca derramó una gota de sangre, ni destruyó la propiedad de nadie ; y de la presidencia fastuosa descendió voluntariamente á la pobreza noble y humilde del proscrito. Rosas, que tanto lo calumnia, se ahogaría en el lago que podria formar toda la sangre que ha derramado ; y los cuarenta millones de pesos fuertes del tesoro nacional y los cincuenta de fortunas particulares que ha consumido en diez años, para sostener la guerra formidable que sus brutalidades han encendido, en manos del *fatuo*, del *iluso* Rivadavia, se habrían convertido en canales de navegacion, ciudades edificadas, y grandes y multiplicados establecimientos de utilidad pública.

Que le quede, pues, á este hombre ya inútil para su patria, la gloria de haber representado la civilizacion europea en sus mas nobles aspiraciones, y que sus adversarios cobren la suya de mostrar la barbarie americana en sus formas mas odiosas y repugnantes ; porque Rosas y Rivadavia son los dos extremos de la República Argentina, que se liga á los salvajes por la pampa y á la Europa por el Plata.

No es el elogio sino la apoteosis la que hago de Rivadavia y su partido, que han muerto para la República Argentina como elemento político, no obstante que Rosas se obstine suspicazmente en llamar unitarios á sus actuales enemigos. El antiguo partido unitario, como el de la Gironda, sucum-

bió hace muchos años. Pero en medio de sus desaciertos y sus ilusiones fantásticas, tenía tanto de noble y grande, que la generacion que le sucede le debe los mas pomposos honores fúnebres.

Muchos de aquellos hombres quedan aun entre nosotros, pero no ya como partido organizado; son las momias de la República Argentina, tan venerables y nobles como las del imperio de Napoleon. Estos unitarios del año 25 forman un tipo separado, que nosotros sabemos distinguir por la figura, por los modales, por el tono de la voz, y por las ideas. Me parece que entre cien argentinos reunidos yo diría: éste es *unitario*. El unitario tipo, marcha derecho, la cabeza alta; no da vuelta, aunque sienta desplomarse un edificio; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y ademanes concluyentes; tiene ideas fijas, invariables; y á la víspera de una batalla se ocupará todavía de discutir en toda forma un reglamento ó de establecer una nueva formalidad legal; porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde á sus ídolos, la constitucion, las garantías individuales.

Su religion es el porvenir de la República, cuya imágen colosal, indefinible, pero grandiosa y sublime, se le aparece á todas horas cubierta con el manto de las pasadas glorias y no le deja ocuparse de los hechos que presencia. Estoy seguro de que el alma de cada unitario degollado por Rosas, ha abandonado el cuerpo desdeñando al verdugo que lo asesina, y aun sin creer que la cosa ha sucedido. Es imposible imaginarse una generacion mas razonadora, mas *deductiva*, mas emprendedora, y que haya carecido en mas alto grado de sentido práctico. Llega la noticia de un triunfo de sus enemigos; todos lo repiten, el parte oficial lo detalla, los dispersos vienen heridos. Un *unitario* no cree en tal triunfo, y se funda en razones tan concluyentes que os hace dudar de lo que vuestros ojos están viendo. Tiene tal fe en la superioridad de su causa, y tanta constancia y abnegacion para consagrarle su vida, que el destierro, la pobreza, ni el lapso de los años entibiarán en un ápice su ardor.

En cuanto á temple de alma y energía, son infinitamente superiores á la generacion que les ha sucedido. Sobre todo lo que mas los distingue de nosotros son sus modales

finos, su política ceremoniosa, y sus ademanes pomposamente cultos. En los estrados no tienen rival, y no obstante que ya están desmontados por la edad, son mas galanes, mas bulliciosos y alegres con las damas que no lo son sus hijos.

Hoy dia las formas se descuidan entre nosotros á medida que el movimiento democrático se hace mas pronunciado, y no es fácil darse idea de la cultura y refinamiento de la sociedad en Buenos Aires hasta 1828. Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París; nada faltaba, ni aun la petulancia francesa, que se dejaba notar entonces en el elegante de Buenos Aires.

Me he detenido en estos pormenores para caracterizar la época en que se trataba de constituir la República, y los elementos diversos que se estaban combatiendo. Córdoba. española por educacion literaria y religiosa, estacionaria y hostil á las innovaciones revolucionarias; y Buenos Aires, todo novedad, todo revolucion y movimiento, son las dos faces prominentes de los partidos que dividían las ciudades todas; en cada una de las cuales estaban luchando estos dos elementos diversos que hay en todos los pueblos cultos.

No sé si en América se presenta un fenómeno igual á este; es decir, dos partidos, retrógrado y revolucionario, conservador y progresista. representados altamente cada uno por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraidas de fuentes distintas: Córdoba de la España, los concilios, los comentadores, el digesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu, y la literatura francesa entera.

Á estos elementos de antagonismo se añadía otra causa no menos grave; tal era el aflojamiento de todo vínculo nacional, producido por la revolucion de la Independencia. Cuando la autoridad es sacada de un centro para fundarla en otra parte, pasa mucho tiempo antes de echar raíces. El *Republicano* decía el otro dia, que «la autoridad no es mas que un convenio entre gobernantes y gobernados». ¡Aquí hay muchos *unitarios* todavía! La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nacion dá á un hecho permanente. Donde hay deliberacion y voluntad, no hay autoridad. Aquel estado de transicion se llama

federalismo; y despues de toda revolucion y cambio consiguiente de autoridad, todas las naciones tienen sus dias y sus intentos de *federacion*.

Me explicaré. Arrebatado á la España Fernando VII, la autoridad, aquel hecho permanente, deja de ser, y la España se reune en juntas provinciales que niegan la autoridad á los que gobiernan en nombre del rey. Esto es *federacion de la España*. Llega la noticia á la América, y se desprende de la España, separándose en varias secciones: *federacion de la América*.

Del virreinato de Buenos Aires salen al fin de la lucha, cuatro Estados: Bolivia, Paraguay, Banda Oriental y República Argentina: *federacion del virreinato*.

La República se divide en provincias, no por las antiguas intendencias, sino por ciudades: *federacion de las ciudades*.

No es que la palabra *federacion* signifique separacion; sino que dada la separacion prévia, expresa la union de partes distintas. La República Argentina se hallaba en esta crísis social, y muchos hombres notables y bien intencionados de las *ciudades* creían que es posible hacer *federaciones* cada vez que un hombre ó un pueblo se sienten sin respeto por una autoridad nominal y de puro convenio. Así, pues, había esta otra manzana de discordia en la República, y los partidos, despues de haberse llamado realistas y patriotas, congresistas y ejecutivistas, pelucones y liberales, concluyeron por llamarse federales y unitarios. Miento, que no concluye aun la fiesta; que á don Juan Manuel Rosas se le ha antojado llamar á sus enemigos presentes y futuros, *salvajes*, *inmundos*, *unitarios*, y uno nacerá *salvaje* estereotipado allí dentro de veinte años, como son federales hoy todos los que llevan la carátula que él les ha puesto. ¡Cómo se reirá en sus adentros ese miserable de la imbecilidad de los pueblos!

Pero la República Argentina está geográficamente constituida de tal manera, que ha de ser unitaria siempre, *aunque el rótulo de la botella* diga lo contrario. Su llanura continua, sus rios confluentes á un puerto único la hacen fatalmente una é indivisible. Rivadavia, mas conocedor de las necesidades del país, aconsejaba á los pueblos que se uniesen bajo una constitucion comun, haciendo nacional

el puerto de Buenos Aires. Agüero, su eco en el Congreso, decía á los porteños con su acento magistral y unitario: « Demos voluntariamente á los pueblos lo que mas tarde nos reclamarán con las armas en la mano ».

El pronóstico falló por una palabra. Los pueblos no reclamaron de Buenos Aires el puerto con las armas, sino con la *barbarie*, que le mandaron en Facundo y Rosas. Pero Buenos Aires se quedó con la barbarie y el puerto, que solo á Rosas ha servido y no á las provincias. De manera que Buenos Aires y las provincias se han hecho el mal mutuamente sin reportar ninguna ventaja.

Todos estos antecedentes he necesitado establecer para continuar con la vida de Juan Facundo Quiroga, porque aunque parezca ridículo decirlo, Facundo es el rival de Rivadavia. Todo lo demas es transitorio, intermediario y de poco momento; el partido federal de las ciudades era un eslabon que se ligaba al partido bárbaro de las campañas. La República era solicitada por dos fuerzas unitarias: una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior; otra que partía de las campañas, y se apoyaba en los caudillos que ya habian logrado dominar las ciudades; la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, am ericana.

Estas dos fuerzas habían llegado á su mas alto punto de desenvolvimiento, y solo una palabra se necesitaba para trabar la lucha; y ya que el partido revolucionario se llamaba *unitario*, no había inconveniente para que el partido adverso adoptase la denominacion de *federal*, sin comprenderla.

Pero aquella fuerza bárbara estaba diseminada por toda la República, dividida en provincias, en cacicazgos; necesitábase una mano poderosa para fundirla y presentarla en un todo homogéneo, y Quiroga ofreció su brazo para realizar esta grande obra.

El gaucho argentino, aunque de instintos comunes con los pastores, es eminentemente provincial: lo hay porteño, santefecino, cordobés, llanista, etc. Todas sus aspiraciones las encierra en su provincia; las demas son enemigas ó extrañas; son diversas tribus que se hacen entre sí la guerra. López apoderado de Santa Fé, no se cura de lo que pasa alrededor suyo, salvo que vengan á importunarlo, que

entoces monta á caballo y echa fuera á los intrusos. Pero como no estaba en sus manos que las provincias no se tocasen por todas partes, no podía tampoco evitar que al fin se uniesen en un interés comun, y de ahí les viniese esa misma *unidad* que tanto se interesaban en combatir.

Recuérdese que al principio dije que las correrías y viajes de la juventud de Quiroga habían sido la base de su futura ambicion. Efectivamente, Facundo, aunque gaucho, no tiene apego á un lugar determinado; es riojano, pero se ha educado en San Juan, ha vivido en Mendoza, ha estado en Buenos Aires. Conoce la República; sus miradas se extienden sobre un grande horizonte; dueño de La Rioja, quisiera naturalmente presentarse revestido del poder en el pueblo en que aprendió á leer, en la ciudad donde levantó unas tapias, en aquella otra donde estuvo preso é hizo una accion gloriosa. Si los sucesos lo atraen fuera de su provincia, no se resistirá á salir por cortedad ni encogimiento. Muy distinto de Ibarra ó López, que no gustan sino de defenderse en su territorio, él acometerá el ajeno, y se apoderará de él. Así la Providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes é inapercibibles, y la unidad bárbara de la República va á iniciarse á causa de que un gaucho malo ha andado de provincia en provincia levantando tapias y dando puñaladas.

CAPÍTULO IV

ENSAYOS.—ACCCIONES DEL TALA Y DEL RINCON

> ¡Cuánto dilata el día! porque mañana quiero galopar diez cuadras sobre un campo sembrado de cadáveres.
>
> *Shackespeare.*

Tal como lo hemos pintado era en 1825 la fisonomía política de la República cuando el gobierno de Buenos Aires invitó á las provincias á reunirse en un congreso para darse una forma de gobierno general. De todas partes fué acogida esta idea con aprobacion, ya fuese que cada caudillo contase con *constituirse* caudillo legítimo de su provincia, ya que el brillo de Buenos Aires ofuscase todas las miradas, y no fuese posible negarse sin escándalo á

una pretension tan racional. Se ha impuesto al gobierno de Buenos Aires como una falta haber promovido esta cuestion, cuya solucion debia ser tan funesta para él mismo y para la civilizacion; pero toda civilizacion, como las religiones mismas, es generalizadora, propagandista, y mal creería un hombre que no deseara que todos creyesen como él.

Facundo recibió en La Rioja la invitacion, y acogió la idea con entusiasmo, quizá por aquellas simpatías que los espíritus altamente dotados tienen por las cosas esencialmente buenas.

A esta sazon la República se preparaba para la guerra del Brasil, y á cada provincia se había encomendado la formacion de un regimiento para el ejército. A Tucuman vino con este encargo el general La Madrid que, impaciente por obtener los reclutas y elementos necesarios para levantar su regimiento, no trepidó mucho en derrocar aquellas autoridades morosas, y subir él al gobierno á fin de expedir los decretos convenientes al efecto. Este acto subversivo ponía al gobierno de Buenos Aires en una posicion delicada. Había desconfianza en los gobiernos, celos de provincia, y el coronel La Madrid venido de Buenos Aires y trastornando un gobierno provincial, lo hacia aparecer á los ojos de la nacion como instigador. Para desvanecer esta sospecha el gobierno de Buenos Aires insta á Facundo que invada á Tucuman y restablezca las autoridades provinciales. La Madrid explica al gobierno el motivo real, aunque bien frívolo por cierto, que lo ha impulsado, y protesta de su adhesion inalterable. Pero ya era tarde; Facundo estaba en movimiento, y era preciso prepararse á rechazarlo. La Madrid pudo disponer de un armamento que pasaba para Salta; pero por delicadeza, por no agravar mas los cargos que contra él pesaban, se contentó con tomar 50 fusiles y otros tantos sables, suficientes, segun él, para acabar con la fuerza invasora.

Es el general La Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de 14 años empezó á hacer la guerra á los españoles, y los prodigios de su valor romanesco pasan los límites de lo posible; se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la

espada de La Madrid ha salido mellada y destilando sangre; el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballos, cañones, infantes, aunque la batalla se pierda. Decía que es un tipo natural de aquel país, no por esta valentía fabulosa, sino porque es oficial de caballería, y poeta ademas. Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras, el cantor de que hablé en la primera parte; es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado á la libertad. Desgraciadamente, no es un general cuadrado como lo pedía Napoleon; el valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporcion de ciento á uno. Y si no, ved lo que hace en Tucuman; pudiendo, no reune fuerzas suficientes, y con un puñado de hombres presenta la batalla, no obstante que lo acompaña el coronel Diaz Velez poco menos valiente que él. Facundo traía doscientos infantes y sus *Colorados* de caballería, La Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y á Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino despues de concluido todo. Queda la infantería en columna cerrada; La Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; voltéanle el caballo, se endereza, vuelve á cargar su amo; mata, hiere, acuchilla todo lo que está á su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería. Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y la bala y bayoneta lo traspasan, asándolo ademas con el fogonazo. Facundo vuelve al fin á recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada, y La Madrid muerto, bien muerto. Su ropa estaba ahí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver, que no puede reconocerse entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo. El coronel Diaz Velez, prisionero, dice que su hermano tenía una lanzada en una pierna; no hay cadáver allí con herida semejante.

La Madrid, acribillado de once heridas, se había arrastrado hasta unos matorrales, donde su asistente lo encontró delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: ¡No me rindo! Nunca se había rendido el coronel La Madrid hasta entonces.

He aquí la famosa accion del Tala, primer ensayo de Quiroga fuera de los términos de la provincia. Ha vencido en ella al valiente de los valientes, y conserva su espada como trofeo de la victoria. ¿Se detendrá ahí? Pero veamos la fuerza que Rivadavia ha opuesto al coronel del Regimiento número 15, que ha trastornado un gobierno para equipar su cuerpo. Facundo enarbola en el Tala una bandera que no es argentina, que es de su invencion. Es un paño negro con una calavera y huesos cruzados en el centro. Esta es su bandera, que ha perdido al principio del combate, y que «va á recobrar, dice á sus soldados dispersos, aunque sea en la puerta del infierno.» La muerte, el espanto, el infierno, se presentan en el pabellon y la proclama del general de los Llanos. ¿Habéis visto este mismo paño mortuorio sobre el féretro de los muertos cuando el sacerdote canta *Portæ inferi?*

Pero hay algo mas todavía que revela desde entonces el espíritu de la fuerza pastora, árabe, tártara, que va á destruir las ciudades. Los colores argentinos son el celeste y el blanco; el cielo trasparente de un día sereno, y la luz nítida del disco del sol; la paz y la justicia para todos. A fuerza de odiar la tiranía y la violencia, nuestro pabellon y nuestras armas escomulgan el blason y los trofeos guerreros. Dos manos en señal de union sostienen el gorro frigio del liberto; las ciudades unidas, dice este simbolo, sostendrán la libertad adquirida; el sol principia á iluminar el teatro de este juramento, y la noche va desapareciendo poco á poco. Los ejércitos de la República que llevan la guerra á todas partes para hacer efectivo aquel porvenir de luz, y tornar en día la aurora que el escudo de armas anuncia, visten azul obscuro y con cabos diversos, visten á la europea. Bien; en el seno de la república, del fondo de sus entrañas se levanta el color *colorado*, y se hace el vestido del soldado, el pabellon del ejército, y últimamente, la cucarda nacional, que, so pena de la vida, ha de llevar todo argentino.

¿Sabéis lo que es el color colorado? Yo no lo sé tampoco; pero voy á reunir algunas reminiscencias.

Tengo á la vista un cuadro de las banderas de todas las naciones del mundo. Solo hay una europea culta, en que el colorado predomine, no obstante el origen bárbaro de sus pabellones. Pero hay otras coloradas; leo: Argel, pabellon colorado con calavera y huesos; Túnez, pabellon colorado; Mogol, idem; Turquía, pabellon colorado con creciente; Marruecos, Japon, colorado con la cuchilla exterminadora; Siam, Surate, etc., lo mismo.

Recuerdo que los viajeros que intentan penetrar en el interior del Africa, se proveen de paño *colorado* para agasajar á los príncipes negros. El rey de Elve, dicen los hermanos Lardner, llevaba un surtú español de paño *colorado* y pantalones del mismo color.

Recuerdo que los presentes que el gobierno de Chile manda á los caciques de Arauco, consisten en mantas y ropas *coloradas*, porque este color agrada mucho á los salvajes.

La capa de los emperadores romanos que representaban al dictador, era de púrpura, esto es, *colorada*.

El manto real de los reyes bárbaros de Europa fué siempre *colorado*.

La España ha sido el último país europeo que ha repudiado el *colorado*, que llevaba en la capa grana.

Don Carlos en España, el pretendiente absoluto, iza una bandera *colorada*.

El Reglamento Regio de Génova,(1) disponiendo que los senadores lleven toga purpúrea, *colorada*, previene que se practique así particularmente «in escecuzione di giudicato criminale ad effectto de incutere colla grave sua decorosa presenza il *terrore* e lo *spavento* nel cativi».

El verdugo en todos los estados europeos vestia de *colorado* hasta el siglo pasado.

Artigas agrega al pabellon argentino una franja diagonal *colorada*.

Los ejércitos de Rosas visten de *colorado*.

Su retrato se estampa en una cinta *colorada*.

¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? Es

(1) El señor Alberdi me suministra este dato tomado en su viaje á Italia.

casualidad que Argel, Túnez, el Japon, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes, los Nerones romanos, los reyes bárbaros, *il terrore e l'spavento*, el verdugo y Rosas, se hallen vestidos con un color proscrito hoy dia por las sociedades cristianas y cultas? ¿No es el *colorado* el símbolo que expresa violencia, sangre y barbarie? Y sino, ¿por qué este antagonismo?

La revolucion de la independencia argentina se simboliza en dos tiras celestes y una blanca, cual si dijera: ¡justicia, paz, justicia!

¡La reaccion encabezada por Facundo y aprovechada por Rosas, se simboliza en una cinta colorada, que dice: ¡terror, sangre, barbarie!

La especie humana ha dado en todos tiempos este significado al color grana, colorado, púrpura; id á estudiar el gobierno en los pueblos que ostentan este color, y hallaréis á Rosas y á Facundo; el terror, la barbarie, la sangre corriendo todos los dias. En Marruecos el emperador tiene la singular prerrogativa de matar él mismo á los criminales.

Necesito detenerme sobre este punto. Toda civilizacion se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero. ¿Por qué usamos hoy la barba entera? Por los estudios que se han hecho en estos tiempos sobre la Edad Media; la direccion impresa á la literatura romántica se refleja en la moda. ¿Por qué varía ésta todos los dias? Por la libertad del pensamiento; esclavizadlo, y tendréis vestido invariable; así en Asia, donde el hombre vive bajo gobiernos como el de Rosas, lleva desde los tiempos de Abraham vestido talar.

Aun hay mas; cada civilizacion ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolucion en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje, la civilizacion romana; otro, la Edad Media; el frac no principia en Europa sino despues del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo sino la nacion mas civilizada; de frac visten todos los pueblos cristianos, y cuando el sultan de Turquía Abdul Medjil quiere introducir la civilizacion europea en sus estados, depone el turbante, el caftan y las bombachas, para vestir frac, pantalon y corbata.

Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y

Rosas han hecho al frac y á la moda. El año de 1840 un grupo de mazorqueros rodea en la obscuridad de la noche á un individuo que iba con levita por las calles de Buenos Aires. Los cuchillos están á dos dedos de su garganta. « Soy Simon Pereira, exclama. — Señor, el que anda vestido así, se expone. — Por lo mismo me visto ; ¿ quién sino yo anda con levita ? Lo hago para que me conozcan desde lejos. » Este señor es primo y compañero de negocios de don Juan Manuel Rosas. Pero para terminar las explicaciones que me propongo dar sobre el color *colorado* iniciado por Facundo, é ilustrar por sus símbolos el carácter de la guerra civil, debo referir aquí la historia de la *cinta colorada* que hoy sale ya á ostentarse afuera. En 1820 aparecieron en Buenos Aires con Rosas los *Colorados de las Conchas ;* la campaña mandaba ese contingente. Rosas á los veinte años reviste al fin la *ciudad* de colorado ; casas, puertas, empapelados, vajillas, tapices, colgaduras, etc., etc. Ultimamente, consagra este color oficialmente, y lo impone como una medida de estado.

La historia de la cinta colorada es muy curiosa. Al principio fué una divisa que adoptaron los entusiastas ; mandóse despues llevarlo á todos, para que *probase la uniformidad* de la opinion. Se deseaba obedecer, pero al mudar de vestido se olvidaba. La policía vino en auxilio de la memoria, se distribuían mazorqueros por las calles, y sobre todo en las puertas de los templos, y á la salida de las señoras se distribuían sin misericordia zurriagazos con vergas de toro. Pero aun quedaba mucho que arreglar. ¿ Llevaba uno la cinta negligentemente anudada? — ¡Vergazos ! era unitario. — ¡ Llevábala chica ! — Vergazos ! era unitario. — ¿ No la llevaba ? — ¡ Degollarlo por contumaz ! No paró ahí ni la solicitud del gobierno, ni la educacion pública. No bastaba ser federal, ni llevar la cinta, que era preciso ademas que ostentase el retrato del Ilustre Restaurador sobre el corazon en señal de amor *intenso*, y los letreros *mueran los salvajes inmundos unitarios* (1). ¿ Creeríase que con esto estaba terminada la obra de envilecer á un pueblo culto, y hacerle renunciar á toda dignidad

(1) Puede verse esta cinta en la botonadura de los domésticos de la Legacion Argentina. El Enviado y los *atachés* han tenido pudor de ostentar el retrato. (*Nota de la edicion de 1845*).

personal? ¡Ah! todavía no estaba bien disciplinado. Amanecia una mañana en una esquina de Buenos Aires un figuron pintado en papel, con una cinta flotante de media vara. En el momento que alguno la veía, retrocedía despavorido llevando por todas partes la alarma; entrábase en la primer tienda, y salia de allí con una cinta de media vara. Diez minutos despues toda la ciudad se presentaba en las calles cada uno con su cinta flotante de media vara de largo. Aparecia otro dia otro figuron con una ligera alteracion en la cinta; la misma maniobra.

Si alguna señorita se olvidaba del moño colorado, la policía le pegaba *gratis* uno en la cabeza con brea derretida! ¡Así se ha conseguido uniformar la opinion! ¡Preguntad en toda la República Argentina si hay uno que no sostenga y crea ser federal...! Ha sucedido mil veces que un vecino ha salido á la puerta de su casa, y visto barrida la parte frontera de la calle, al momento ha mandado barrer, le ha seguido su vecino, y en media hora ha quedado barrida toda la calle entera, creyéndose que era una órden de la policía. Un pulpero iza una bandera por llamar la atencion; vélo el vecino, y temeroso de ser tachado de tardo por el gobernador, iza la suya; ízanla los del frente, ízanla en toda la calle, pasa á otras, y en un momento queda empavesada Buenos Aires. La policía se alarma, inquiere qué noticia tan fausta se ha recibido que ella ignora sin embargo!... ¡Y este era el pueblo que rendía á once mil ingleses en las calles, y mandaba despues cinco ejércitos por el continente americano á caza de españoles!

Es que el terror es una enfermedad del ánimo que aqueja á las poblaciones, como el cólera mórbus, la viruela, la escarlatina. Nadie se libra al fin del contagio. Y cuando se trabaja diez años consecutivos para inocularlo, no resisten al fin ni los ya vacunados. No os riais, pues, pueblos hispano-americanos, al ver tanta degradacion! Mirad que sois españoles y la inquisicion educó así á la España! Esta enfermedad la traemos en la sangre. ¡Cuidado, pues!

Volvamos á tomar el hilo de los hechos. Facundo entró triunfante á Tucuman, y regresó á La Rioja pasados unos pocos dias, sin cometer actos notables de violencia y sin imponer contribuciones. Es que la regularidad constitu-

cional de Rivadavia había formado una conciencia pública que no era posible arrastrar de un golpe.

Facundo regresa á La Rioja; pero enemigo de la Presidencia que lo ha comisionado para deponer á La Madrid, Quiroga no sabia qué decir fijamente sobre el motivo de esta oposicion á la Presidencia, lo que es muy natural. El mismo no podría haberse dado cuenta de ello. « Yo no soy federal, decía siempre, ¿ que soy tonto ? ». « Sabe Vd., decía una vez á don Dalmacio Velez, por qué he hecho la guerra ? ¡ Por esto ! » y sacaba una onza de oro. Mentia Facundo.

Otras veces decía : « Carril, gobernador de San Juan, me hizo un desaire, desatendiendo mi recomendacion por Carita, y me eché por eso en la oposicion al Congreso. » Mentía.

Sus enemigos decían: «Tenía muchas acciones en la Casa de Moneda, y propusieron venderla al Gobierno Nacional en 300.000 pesos. Rivadavia rechazó esta propuesta porque era un robo escandaloso, y Facundo se alistó desde entonces entre sus enemigos.» El hecho es cierto, pero no fué este el motivo.

Créese que cedió á las sugestiones de Bustos é Ibarra, para oponerse; pero hay un documento que acredita lo contrario. En carta que escribía al general La Madrid en 1832, le decía: « Cuando fuí invitado por los muy nulos y bajos Bustos é Ibarra, no considerándolos capaces de hacer oposicion con provecho al déspota presidente don Bernardino Rivadavia, los desprecié ; pero habiéndome asegurado el edecan del finado Bustos, coronel don Manuel de Castillo, que usted estaba de acuerdo en este negocio y era el mas interesado en él, no trepidé un momento en decidirme á arrostrar todo compromiso, contando únicamente con su espada para esperar un desenlace feliz... ¡ Cuál fué mi chasco ! ... »

No era federal, ¿ni cómo había de serlo? ¡Qué ! es necesario ser tan ignorante como un caudillo de campaña para conocer la forma de gobierno que mas conviene á la República? ¿Cuanta menos instruccion tiene un hombre, tanta mas capacidad es la suya para juzgar de las arduas cuestiones de la alta politica ? ¿Pensadores como Lopez, como Ibarra, como Facundo, eran los que con sus estudios históricos, sociales, geográficos, filosóficos, legales, iban á resolver el

problema de la conveniente organizacion de un Estado? ¡Eh!.... Dejemos esas torpezas á don Juan Manuel Rosas, que sabe que clavando á los hombres un trapo colorado en el pecho, las cuestiones están resueltas! Dejemos á un lado las palabras vanas con que con tanta impudencia se han burlado de los incautos. Facundo dió contra el gobierno que lo había mandado á Tucuman, por la misma razon que dió contra Aldao que lo mandó á La Rioja! Se sentía fuerte y con voluntad de obrar; impulsábalo á ello un instinto ciego, indefinido, y obedecía á él; era el comandante de campaña, el gaucho malo, enemigo de la justicia civil, del órden civil, del hombre decente, del sabio, del frac, de la *ciudad*, en una palabra. La destruccion de todo esto le estaba encomendada de lo Alto, y no podía abandonar su mision.

Por este tiempo una singular cuestion vino á complicar los negocios. En Buenos Aires, puerto de mar, residencia de diez y seis mil extranjeros, el gobierno propuso conceder á estos extranjeros la libertad de cultos, y la parte mas ilustrada del clero sostuvo y sancionó la ley; los conventos fueron secularizados y rentados los sacerdotes. En Buenos Aires este asunto no metió bulla, porque eran puntos estos en que las opiniones estaban de acuerdo, las necesidades eran patentes. La cuestion de libertad de cultos es en América una cuestion de política y de economía. Quien dice libertad de cultos, dice inmigracion europea y poblacion. Tan no causó impresion en Buenos Aires, que Rosas no se ha atrevido á tocar nada de lo acordado entonces; y es preciso que sea un absurdo inconcebible aquello que Rosas no intente.

En las provincias, empero, esta fué una cuestion de religion, de salvacion y condenacion eterna. Imagináos cómo la recibiría Córdoba! En Córdoba se levantó una inquisicion. San Juan experimentó una sublevacion *católica*, porque así se llama el partido, para distinguirse de los *libertinos*, sus enemigos. Sofocada esta revolucion en San Juan, sábese un dia que Facundo está á las puertas de la ciudad con una bandera negra dividida por una cruz sanguinolenta, rodeada de este lema: *¡Religion ó muerte!*

¿Recuerda el lector que he copiado de un manuscrito, que Facundo *nunca se confesaba, ni oía misa, ni rezaba, y que él mismo decía que no creía en nada?* Pues bien; el espíritu de partido

aconsejó á un célebre predicador llamarlo *El Enviado de Dios*, é inducir á la muchedumbre á seguir sus banderas. Cuando este mismo sacerdote abrió los ojos y se separó de la cruzada criminal que había predicado, Facundo decía que nada mas sentia, que no haberlo á las manos para darle seiscientos azotes.

Llegado á San Juan, los principales de la ciudad, los magistrados que no habían fugado, los sacerdotes complacidos por aquel auxilio divino, salen á encontrarlo y en una calle forman dos largas filas. Facundo pasa sin mirarlos; síguenle á la distancia, turbados, mirándose unos á otros en la comun humillacion, hasta que llegan al centro de un potrero de alfalfa, alojamiento que el general pastor, este *hicso* moderno, prefiere á los adornados edificios de la ciudad. Una negra que lo había servido en su infancia se presenta á ver á su Facundo; la sienta á su lado, conversa afectuosamente con ella, mientras que los sacerdotes, los notables de la ciudad están de pie, sin que nadie les dirija la palabra, sin que el jefe se digne despedirlos.

Los *católicos* debieron quedar un poco dudosos de la importancia é idoneidad del auxilio que tan inesperadamente les venía. Pocos dias despues, sabiendo que el cura de la Concepcion era *libertino*, mandó traerlo con sus soldados, vejarlo en el tránsito, ponerle una barra de grillos, mandándole prepararse para morir. Porque han de saber mis lectores chilenos, que por entonces había en San Juan sacerdotes *libertinos*, curas, clérigos, frailes, que pertenecían al partido de la presidencia. Entre otros, el presbítero Centeno, muy conocido en Santiago, fué con otros seis, uno de los que mas trabajaron en la reforma eclesiástica. Mas era necesario hacer algo en favor de la religion para justificar el lema de la bandera. Con laudable fin escribe una esquelita á un sacerdote adicto suyo, pidiéndole consejo sobre la resolucion que ha tomado, dice, de fusilar á todas las autoridades, en virtud de no haber decretado aun la devolucion de las temporalidades.

El buen sacerdote, que no había previsto lo que importa armar el crímen en nombre de Dios, tuvo por lo menos escrúpulo sobre la forma en que se iba á hacer reparacion, y consiguió que se les dirigiese un oficio pidiéndoles ú ordenándoles que así lo hiciesen.

¿Hubo cuestion religiosa en la República Argentina? Yo lo negaría redondamente, si no supiese que cuanto mas bárbaro y por tanto mas religioso es un pueblo, tanto mas susceptible es de preocuparse y fanatizarse. Pero las masas no se movieron espontáneamente, y los que adoptaron aquel lema, Facundo, Lopez, Bustos, etc., eran completamente indiferentes. Esto es capital. Las guerras religiosas del siglo XV en Europa son mantenidas de ambas partes por creyentes sinceros, exaltados, fanáticos y decididos hasta el martirio, sin miras políticas, sin ambicion. Los puritanos leían la Biblia en el momento antes del combate, oraban y se preparaban con ayunos y penitencias. Sobre todo, el signo en que se conoce el espíritu de los partidos, es que realizan sus propósitos cuando llegan á triunfar, aun mas allá de donde estaban asegurados antes de la lucha. Cuando esto no sucede, hay decepcion en las palabras. Despues de haber triunfado en la República Argentina el partido que se apellida católico, ¿qué ha hecho por la religion ó los intereses del sacerdocio?

Lo único que, yo sepa, es haber expulsado á los jesuítas y degollado cuatro sacerdotes respetables en Santos Lugares (1), despues de haberles desollado vivos la corona y las manos; poner al lado del Santisimo Sacramento el retrato de Rosas y sacarlo en procesion bajo de palio. ¿Cometió jamas profanaciones tan horribles el partido *libertino*? ¿El partido ultra-católico ha desechado jamas la cooperacion del jesuitismo?

Pero ya es demasiado detenerme sobre este punto. Facundo en San Juan ocupó su tiempo en jugar, abandonando á las autoridades el cuidado de reunirle las sumas que necesitaba para resarcirse de los gastos que le imponía la defensa de la religion. Todo el tiempo que permaneció allí, habitó un toldo en el centro de un potrero de alfalfa, y ostentó, porque era ostentacion meditada, el

---

(1) Estos sacerdotes fueron el cura Villafañe, de la provincia de Tucuman, de edad de setenta y seis años.

Dos curas Frias, perseguidos de Santiago del Estero, establecidos en la campaña de Tucuman, el uno de sesenta y cuatro años, el otro de sesenta y seis.

El canónigo Cabrera, de la catedral de Córdoba, de sesenta años. Los cuatro fueron conducidos á Buenos Aires y degollados en Santos Lugares, previas las profanaciones referidas.

chiripá. Reto é insulto que hacía á una ciudad donde la mayor parte de los ciudadanos cabalgaban en silla inglesa y donde los trajes y gustos bárbaros de la campaña eran detestados, por cuanto es una provincia esclusivamente agricultora.

Una campaña mas todavía sobre Tucuman contra el general La Madrid completó el *debut* ó exhibicion de este nuevo emir de los pastores. El general La Madrid había vuelto al gobierno de Tucuman sostenido por la provincia, y Facundo se creyó en el deber de desalojarlo. Nueva expedicion, nueva batalla, nueva victoria. Omito sus pormenores, porque en ellos no encontraremos sinó pequeñeces. Un hecho hay, sin embargo, ilustrativo. La Madrid tenía en la batalla del Rincon 110 hombres de infantería; cuando la accion se terminó, habían muerto sesenta en la línea, y excepto uno, los cincuenta restantes estaban heridos. Al día siguiente La Madrid se presenta de nuevo á combatir, y Quiroga le manda uno de sus ayudantes desnudo, á decirle simplemente que la accion principiaría por los cincuenta prisioneros que deja hincados, y una compañía de soldados apuntándoles, con cuya intimacion La Madrid abandonó toda tentativa de hacer ninguna resistencia.

En todas estas tres expediciones en que Facundo ensaya sus fuerzas, se nota todavía pocá efusion de sangre, pocas violaciones de la moral. Es verdad que se apodera en Tucuman de ganados, cueros, suelas, é impone gruesas contribuciones en especies metálicas; pero aun no hay azotes á los ciudadanos, no hay ultrajes á las señoras; son los males de la conquista, pero aun sin sus horrores; el sistema pastoril no se desenvuelve sin freno y con toda la ingenuidad que muestra mas tarde.

¿Qué parte tenía el gobierno legítimo de La Rioja en estas expediciones? ¡Oh! las formas existen aún, pero el espíritu estaba todo en el comandante de campaña. Blanco deja el mando, harto de humillaciones, y Agüero entra en el gobierno. Un dia Quiroga raya su caballo en la puerta de su casa, y le dice: «Señor gobernador, vengo á avisarle que estoy acampado á dos leguas con mi escolta.» Agüero renuncia. Trátase de elegir nuevo gobernador, y á peticion de los vecinos, él se digna indicarles á Galvan. Recíbese éste, y en la noche es asaltado por una

partida; fuga, y Quiroga se rie mucho de la aventura. La Junta de Representantes se componía de hombres que ni leer sabían.

Necesita dinero para la primera expedicion á Tucuman y pide al tesorero de la Casa de Moneda 8.000 pesos por cuenta de sus acciones, que no había pagado; en Tucuman pide 25.000 pesos para pagar á sus soldados, que nada reciben, y mas tarde pasa la cuenta de 18.000 pesos á Dorrego para que le abone los costos de la expedicion que había hecho por órden del gobernador de Buenos Aires. Dorrego se apresura á satisfacer tan justa demanda. Esta suma se la reparten entre él y Moral, gobernador de La Rioja, que le sugirió la idea; seis años despues daba en San Juan 700 azotes al mismo Moral en castigo de su ingratitud.

Durante el gobierno de Blanco, se traba una disputa en una partida de juego. Facundo toma de los cabellos á su contendor, lo sacude y le quiebra el pescuezo. El cadáver fué enterrado y apuntada la partida: «muerto de muerte natural.» Al salir para Tucuman, manda una partida á casa de Zárate, propietario pacífico pero conocido por su valor y su desprecio á Quiroga; sale aquel á la puerta, y apartando á la mujer é hijas, lo fusilan, dejando á la viuda el cuidado de enterrarlo. De vuelta de la expedicion se encuentra con Gutierrez, ex-gobernador de Catamarca y partidario del Congreso, y le insta que vaya á vivir á La Rioja, donde estará seguro. Pasan ambos una temporada en la mayor intimidad; pero un dia que le ha visto en las carreras rodeado de gauchos amigos, lo prenden dándole una hora para prepararse á morir. El espanto reina en La Rioja; Gutierrez es un hombre respetable, que se ha granjeado el afecto de todos. El presbítero doctor Colina, el cura Herrera, el padre provincial Tarrima, el padre Cernadas, guardian de San Francisco, y el padre prior de Santo Domingo se presentan á pedirle que al menos dé al reo tiempo para testar y confesarse. «Ya veo, contestó, que Gutierrez tiene aquí muchos partidarios. A ver! una ordenanza! Lleve á estos hombres á la cárcel y que mueran en lugar de Gutierrez.» Son llevados, en efecto; dos se echan á llorar á gritos y á correr para salvarse, á otro le sucede algo peor que

desmayarse; los otros son puestos en capilla. Al oir la historia, se echa á reir Facundo y los manda poner en libertad.

Estas escenas con los sacerdotes son frecuentes en el *Enviado de Dios*. En San Juan hace pasearse á un negro vestido de clérigo, en Córdoba à nadie desea coger sino al doctor Castro Barros, con quien tiene que arreglar una cuenta; en Mendoza anda con un clérigo prisionero con sentencia de muerte, y es sentado para ser fusilado; en Atiles hace lo mismo con el cura de Alguia, en Tucuman con el prior de un convento. Es verdad que á ninguno fusila; eso estaba reservado á Rosas, jefe tambien del partido católico; pero los veja, los humilla, los ultraja, lo que no estorba que todos los viejos y las beatas dirijan sus plegarias al cielo por que dé la victoria á sus armas.

Pero la historia de Gutierrez no concluye aquí. Quince dias despues recibe órden de salir desterrado con escolta. Llegado que hubo á un alojamiento, se enciende fuego para cenar, y Gutierrez se comide á soplarlo. El oficial le descarga un palo, sucédense otros, y los sesos saltan por los alrededores. Un chasque sale inmediatamente avisando al gobernador Moral que habiendo querido fugarse el reo... El oficial no sabia escribir, y entre las provisiones de viaje había traído desde La Rioja el oficio cerrado.

Estos son los acontecimientos principales que ocurren durante los primeros ensayos de fusion de la República que hace Facundo; porque este es un simple ensayo; todavía no ha llegado el momento de la alianza de todas las fuerzas pastoras, para que salga de la lucha la nueva organizacion de la República. Rosas es ya grande en la campaña de Buenos Aires, pero aun no tiene nombre, ni títulos; trabaja, empero, la agita, la subleva. La Constitucion dada por el Congreso es rechazada de todos los pueblos en que los caudillos tienen influencia. En Santiago del Estero se presenta el enviado en traje de etiqueta, y lo recibe Ibarra en mangas de camisa y *chiripá*. Rivadavia renuncia, *en razon de que la voluntad de los pueblos está en oposicion*, «pero el vandalaje os va á devorar!» añade en su despedida. Hizo bien en renunciar! Rivadavia tenía por mision presentarnos el constitucionalismo de Benja-

min Constant con todas sus palabras huecas, sus decepciones y sus ridiculeces. Rivadavia ignoraba que cuando se trata de la civilizacion y la libertad de un pueblo, un gobierno tiene ante Dios y ante las generaciones venideras arduos deberes que desempeñar y que no hay caridad ni compasion en abandonar á una nacion por treinta años á las devastaciones y á la cuchilla del primero que se presente á despedazarla y degollarla. Los pueblos en su infancia son unos niños que nada preven, y es preciso que los hombres de alta prevision y de alta comprension les sirvan de padre. El vandalaje nos ha devorado, en efecto, y es bien triste gloria el vaticinarlo en una proclama, y no hacer el menor esfuerzo por estorbarle.

CAPÍTULO V

GUERRA SOCIAL.—LA TABLADA

> «Il y a un quatriéme élément qui arrive, ce sont les barbares, ce sont des hordes nouvelles, qui viennent se jeter dans la société antique avec une compléte fraicheur de mœurs, d'áme et d'esprit; qui n'ont rien fait, qui sont prêts à tout recevoir avec toute l'aptitude de l'ignorance la plus docile, et la plus naive.»
>
> *Lherminier.*

La presidencia ha caído en medio de los silbos y las rechiflas de sus adversarios. Dorrego, el hábil jefe de la oposicion en Buenos Aires, es el amigo de los gobiernos del interior, sus fautores y sostenedores en la campaña parlamentaria en que logró triunfar. En el exterior, la victoria parece haberse divorciado con la República, y aunque sus armas no sufren desastres en el Brasil, se siente por todas partes la necesidad de la paz. La oposicion de los jefes del interior había debilitado el ejército, destruyendo ó negando los contingentes que debían reforzarlo. En el interior reina una tranquilidad aparente; pero el suelo parece removerse, y rumores extraños turban la quieta superficie. La prensa de Buenos Aires brilla con resplandores siniestros, la amenaza está en el fondo de los artículos que se lanzan diariamente oposicion y gobierno.

La administracion Dorrego siente que el vacío empieza

á hacerse en torno suyo, que el partido de la *ciudad* que se ha denominado federal y lo ha elevado, no tiene elementos para sostenerse con brillo despues de la presidencia. La administracion Dorrego no había resuelto ninguna de las cuestiones que tenían dividida la república, mostrando, por el contrario, toda la impotencia del federalismo.

Dorrego era *porteño* antes de todo. ¿Qué le importaba el interior? El ocuparse de sus intereses, habría sido manifestarse *unitario*; es decir, nacional. Dorrego había prometido á los caudillos y pueblos todo cuanto podía, afianzar la perpetuidad de los unos y favorecer los intereses de los otros; elevado, empero, al gobierno, ¿qué nos importa, decía allá en sus círculos, que los tiranuelos despoticen á esos pueblos? ¿Qué valen para nosotros cuatro mil pesos anuales dados á Lopez, dieciocho mil á Quiroga, para nosotros que tenemos el puerto y la aduana que nos produce millon y medio, que el *fatuo* de Rivadavia quería convertir en rentas nacionales?—Porque no olvidemos que el sistema de aislamiento se traduce por una frase cortísima: cada uno para sí. ¿Pudo preveer Dorrego y su partido que las provincias vendrían un dia á castigar á Buenos Aires por haberles negado su influencia civilizadora y que á fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habian de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte?

Pero Dorrego podía haberlo visto, si él ó los suyos hubiesen tenido mejores ojos. La provincias estaban ahí, á las puertas de la ciudad, esperando la ocasion de penetrar en ella. Desde los tiempos de la Presidencia los decretos de la autoridad civil encontraban una barrera impenetrable en los arrabales exteriores de la ciudad. Dorrego había empleado como instrumento de oposicion esta resistencia exterior, y cuando su partido triunfó, condecoró al aliado de extramuros con el dictado de *Comandante General de Campaña.* ¿Qué lógica de hierro es esta que hace escalon indispensable para un caudillo, su elevacion á comandante de campaña? Donde no existe este andamio, como sucedía entonces Buenos Aires, se levanta exprofeso, como si se quisiese antes de meter el lobo en el redil, exponerlo á las miradas de todos y elevarlo en los escudos.

Dorrego, mas tarde, encontró que el *Comandante de Campaña*, que había estado haciendo bambolear la Presidencia y tan poderosamente había contribuido á derrocarla, era una palanca aplicada constantemente al gobierno, y que caído Rivadavia y puesto en su lugar Dorrego, la palanca continuaba su trabajo de desquiciamiento. Dorrego y Rosas están en presencia el uno del otro, observándose y amenazándose. Todos los del círculo de Dorrego recuerdan su frase favorita: «¡el *gaucho* picaro!» «Que siga enredando, decía, y el dia menos pensado lo fusilo.» Así decían tambien los Ocampo cuando sentían sobre su hombro la robusta garra de Quiroga!

Indiferente para los pueblos del interior, débil con su elemento federal de la *ciudad*, y en lucha ya con el poder de la campaña que había llamado en su auxilio, Dorrego, que ha llegado al gobierno por la oposicion parlamentaria y la polémica, trata de atraerse á los unitarios, á quienes ha vencido. Pero los partidos no tienen ni caridad ni prevision. Los unitarios se le rien en las barbas, se complotan, y se pasan la palabra: «Vacila, dicen, dejémoslo caer.» Los unitarios no comprendían que con Dorrego venían replegándose á la *ciudad* los que habían querido hacerse intermediarios entre ellos y la campaña, y que el móstruo de que huían no buscaba á Dorrego, sino á la *ciudad*, á las instituciones civiles, á ellos mismos, que eran su mas alta expresion.

En este estado de cosas, concluida la paz con el Brasil, desembarca la primera division del ejército mandado por Lavalle. Dorrego conocía el espíritu de los veteranos de la Independencia, que se veían cubiertos de heridas, encaneciendo bajo el peso del morrion, y sin embargo, apenas eran coroneles, mayores, capitanes; gracias si dos ó tres habían ceñido la banda de general, mientras que en el seno de la República y sin traspasar jamas las fronteras, había decenas de caudillos que en cuatro años habían elevádose de *gauchos malos* á comandantes, de comandantes á generales, de generales á conquistadores de pueblos, y al fin á soberanos absolutos de ellos. ¿Para qué buscar motivo al odio implacable que bullía bajo las corazas de los veteranos? ¿Qué les aguardaba despues de que el nuevo órden de cosas les había estorbado hacer, como

ellos pretendían ondear sus penachos por las calles de la capital del Imperio?

El 1º de Diciembre amanecieron formados en la plaza de la Victoria los cuerpos de línea desembarcados. El gobernador Dorrego había tomado la campaña; los unitarios llenaban las avenidas, hendiendo el aire con sus vivas y sus gritos de triunfo. Algunos dias despues setecientos coraceros mandados por oficiales generales salían por la calle del Perú, con rumbo á la Pampa, á encontrar algunos millares de gauchos, indios amigos y alguna fuerza regular, encabezados por Dorrego y Rosas. Un momento despues estaba el campo de Navarro lleno de cadáveres, y al dia siguiente un bizarro oficial que hoy está al servicio de Chile, entregaba en el cuartel general á Dorrego prisionero. Una hora mas tarde, el cadáver de Dorrego yacia traspasado de balazos. El jefe que había ordenado su ejecucion anunciaba el hecho á la ciudad en estos términos llenos de abnegacion y altanería:

«Paticipo al Gobierno Delegado, que el coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi órden al frente de los regimientos que componen esta division.

«La historia, señor Ministro, juzgará imparcialmente si el señor Dorrego ha debido ó no morir, y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseido de otro sentimiento que el del bien público.

«Quiera el pueblo de Buenos Aires persuadirse que la muerte del coronel Dorrego es el mayor sacrificio que puedo hacer en su obsequio.

«Saluda al señor Ministro con toda consideracion.

Juan Lavalle».

¿Hizo mal Lavalle? Tantas veces lo han dicho, que sería fastidioso añadir un sí en apoyo de los que *despues* de palpadas las consecuencias han desempeñado la fácil tarea de incriminar los motivos de donde procedieron. Cuando el mal existe, es porque está en las *cosas*, y allí solamente ha de ir á buscársele; si un *hombre* lo representa, haciendo desaparecer la *personificacion*, se le renueva. César asesinado renació mas terrible en Octavio. Este

sentir de Louis Blanc, espresado ántes por Lherminier y otros mil, enseñado por la historia tantas veces, sería un anacronismo objetarlo á nuestros partidos educados hasta 1829 con las exageradas ideas de Mably, Reynal, Rousseau, sobre los déspotas, la tiranía, y tantas otras palabras que aun vemos quince años despues formando el fondo de las publicaciones de la prensa.

Lavalle no sabía, por entonces, que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de las ideas, intereses y fines del partido que representan.

Si Lavalle, en lugar de Dorrego, hubiese fusilado á Rosas, habría quizá ahorrado al mundo un espantoso escándalo, á la humanidad un oprobio, y á la República mucha sangre y muchas lágrimas; pero aun fusilando á Rosas, la *campaña* no habría carecido de representantes, y no se habría hecho mas que cambiar un cuadro histórico por otro. Pero lo que hoy se afecta ignorar, es que no obstante la responsabilidad puramente personal que del acto se atribuye Lavalle, la muerte de Dorrego era una consecuencia necesaria de las ideas dominantes entonces, y que dando cima á esta empresa, el soldado intrépido hasta desafiar el fallo de la historia, no hacía mas que realizar el voto confesado y proclamado del ciudadano.

Sin duda que nadie me atribuirá el designio de justificar al muerto, á espensas de los que sobreviven. Lavalle hacía lo que todos deseaban haber hecho, salvo quizás las formas, lo menos sustancial sin duda en caso semejante. ¿Qué había estorbado la proclamacion de la Constitucion de 1826, sino la hostilidad contra ella de Ibarra, Lopez, Bustos, Quiroga, Ortiz, los Aldao, cada uno dominando una provincia y algunos de ellos influyendo sobre las demas? Luego, ¿qué cosa debia parecer mas lógica en aquel tiempo y para aquellos hombres lógicos *á priori* por educacion literaria, sino allanar el único obstáculo que, segun ellos, se presentaba para la suspirada organizacion de la República? Estos errores políticos que pertenecen á una época mas bien que á un hombre, son, sin embargo, muy dignos de consideracion, porque de ellos depende la explicacion de muchos fenómenos sociales. Lavalle fusilando á Dorrego, como se proponía fusilar á Bustos, López,

Facundo y los demas caudillos, respondía á una exigencia de su época, de su partido.

Todavía en 1834 había hombres en Francia que creían que haciendo desaparecer á Luis Felipe, la república francesa volveria á alzarse gloriosa y grande como en tiempos pasados. Acaso tambien la muerte de Dorrego fué uno de esos hechos fatales, predestinados, que forman el nudo del drama histórico, y que eliminados lo dejan incompleto, frío, absurdo. Estábase incubando hacía tiempo en la República la guerra civil; Rivadavia la había visto venir, pálida, frenética, armada de tea y puñales; Facundo, el caudillo mas joven y emprendedor, había paseado sus hordas por las faldas de los Andes, y encerrádose á su pesar en su guarida; Rosas, en Buenos Aires, tenía ya su trabajo maduro y en estado de ponerlo en exhibicion; era una obra de diez años realizada en derredor del fogon del gaucho, en la pulpería al lado del cantor.

Dorrego estaba de mas para todos; para los unitarios que lo menospreciaban; para los caudillos, á quienes era indiferente; para Rosas, en fin, que ya estaba cansado de aguardar y de surgir á la sombra de los partidos de la *ciudad;* que queria gobernar pronto, incontinenti; en una palabra, pugnaba por producirse aquel elemento que no era, porque no podía serlo, federal en el sentido estricto de la palabra: aquello que se estaba removiendo y agitando desde Artigas hasta Facundo, tercer elemento social, lleno de vigor y de fuerza, impaciente por manifestarse en toda su desnudez, por medirse con las ciudades y la civilizacion europea.

Si quitais de la historia la muerte de Dorrego, ¿Facundo habría perdido la fuerza de expansion que sentía rebullirse en su alma; Rosas habría interrumpido la obra de personificacion de la campaña en que estaba atareado sin descanso ni tregua desde mucho antes de manifestarse en 1820, ó cesado el movimiento iniciado por Artigas é incorporado ya en la circulacion de la sangre de la República? ¡No! lo que Lavalle hizo, fué dar con la espada un corte al nudo gordiano en que había venido á enredarse toda la sociabilidad argentina; dando una sangría, quiso evitar el cáncer lento, la estagnacion; poniendo

fuego á la mecha, hizo que reventase la mina por la mano de unitarios y federales preparada de mucho tiempo atrás.

Desde este momento nada quedaba que hacer para los tímidos, sino taparse los oídos y cerrar los ojos. Los demas vuelan á las armas por todas partes; el tropel de los caballos hace retemblar la pampa, y el cañon enseña su negra boca á la entrada de las ciudades.

Me es preciso dejar á Buenos Aires, para volver al fondo de las demas provincias á ver lo que en ellas se prepara. Una cosa debo notar de paso, y es que Lopez vencido en varios encuentros, solicitaba en vano una paz tolerable; que Rosas piensa seriamente en trasladarse al Brasil [1]. Lavalle se niega á toda transaccion, y sucumbe. ¿No veis al unitario entero en este desden del gaucho, en esta confianza en el triunfo de la ciudad? Pero ya lo he dicho, la *montonera* fué siempre débil en los campos de batalla, pero terrible en una larga campaña. Si Lavalle hubiera adoptado otra línea de conducta, y conservado el puerto en poder de los hombres de la ciudad, ¿qué habría sucedido?... El gobierno de sangre de la pampa ¿habría tenido lugar?

Facundo estaba en su elemento. Una campaña debía abrirse, los *chasques* se cruzan por todas partes; el aislamiento feudal va á convertirse en confederacion guerrera; todo es puesto en requisicion para la próxima campaña; y no es que sea necesario ir hasta las orillas del Plata para encontrar un buen campo de batalla; no; el general Paz con ochocientos veteranos ha venido á Córdoba, batido y destrozado á Bustos, y apoderádose de la ciudad que está á un paso de los llanos, y que ya asedian é importunan con su algazara las montoneras de la sierra de Córdoba.

Facundo apresura sus preparativos; arde por llegar á las manos con un general manco, que no puede manejar una lanza ni hàcer describir círculos al sable. Ha vencido á La Madrid; ¡qué podrá hacer Paz! De Mendoza debe reunírsele don Félix Aldao con un regimiento de auxiliares

---

(1) Tengo estos hechos de don Domingo de Oro, quien estaba por entonces al lado de Lopez, y servia de padrino á Rosas, muy desvalido para con aquel en aquellos momentos.

perfectamente equipados *de colorado*, y disciplinados; y no estando aun lista una fuerza de setecientos hombres de San Juan, Facundo se dirige á Córdoba con 4.000 hombres ansiosos de medir sus armas con los coraceros del núm. 2 y los altaneros jefes de línea.

La batalla de la Tablada es tan conocida, que sus pormenores no interesan ya. En la *Revue des Deux Mondes* se encuentra brillantemente descrita; pero hay algo que debe notarse. Facundo acomete la ciudad con todo su ejército, y es rechazado durante un día y una noche de tentativas de asalto, por cien jóvenes dependientes de comercio, treinta artesanos artilleros, diez y ocho soldados tiradores, seis coraceros enfermos, parapetados detrás de zanjas hechas á la ligera y defendidas por solo cuatro piezas de artillería. Solo cuando anuncia su designio de incendiar la hermosa ciudad, puede obtener que le entreguen la plaza pública, que es lo único que no está en su poder. Sabiendo que Paz se acerca, deja como inútil la infantería y artillería, y marcha á su encuentro con las fuerzas de caballería, que eran, sin embargo, de triple número que el ejército enemigo. Allí fué el duro batallar, allí las repetidas cargas de caballería; pero todo inútil!

Aquellas enormes masas de jinetes que van á revolcarse sobre los ochocientos veteranos, tienen que volver atrás á cada minuto, y volver á cargar para ser rechazados de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañon y la espada de Ituzaingó hacen al frente. ¡Inútil! En vano remolinean los caballos al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones. ¡Inútil! Son las olas de una mar embravecida que vienen á estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca; á veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque; pero un momento despues sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del agitado elemento. De cuatrocientos auxiliares sólo quedan sesenta, de seiscientos *colorados* no sobrevive un tercio; y los demas cuerpos sin nombre se han deshecho, y convertidose en una masa informe é indisciplinada que se disipa por los campos. Facundo vuela á la ciudad, y al amanecer del día siguiente estaba como el tigre en acecho, con sus cañones é infantes;

todo, empero, quedó muy en breve terminado, y mil quinientos cadáveres patentizaron la rabia de los vencidos y la firmeza de los vencedores.

Sucedieron en estos días de sangre dos hechos que siguen despues repitiéndose. Las tropas de Facundo mataron en la ciudad al mayor Tejedor, que llevaba en la mano una bandera parlamentaria; en la batalla del segundo día, un coronel de Paz fusiló nueve oficiales prisioneros. Ya veremos las consecuencias.

En la Tablada de Córdoba se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad bajo sus mas altas inspiraciones, Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van á disputarse el dominio de la República. Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado por largos años una vida errante que solo alumbran de vez en cuando los reflejos siniestros del puñal que gira en torno suyo; valiente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gaucho de á caballo como el primero, dominándolo todo por la violencia y el terror, no conoce mas poder que el de la fuerza brutal, no tiene fe sino en el caballo; todo lo espera del valor, de la lanza, del empuje terrible de sus cargas de caballería. ¿Dónde encontrareis en la República Argentina un tipo mas acabado del ideal del gaucho malo? ¿Creeis que es torpeza dejar en la *ciudad* su infantería y artillería? No; es instinto, es gala de gaucho; la infantería deshonraría el triunfo cuyos laureles debe coger desde á caballo.

Paz, es por el contrario, el hijo legítimo de la ciudad, el representante mas cumplido del poder de los pueblos civilizados. Lavalle, La Madrid, y tantos otros son argentinos siempre, soldados de caballería, brillantes como Murat, si se quiere; pero el instinto gaucho se abre paso por entre la coraza y las charreteras. Paz es militar á la europea; no cree en el valor solo si no se subordina á la táctica, la estrategia y la disciplina; apenas sabe andar á caballo; es, ademas, manco y no podría manejar una lanza. La ostentacion de fuerzas numerosas le incomoda; pocos soldados, pero bien instruidos. Dejadle formar un ejército, esperad que os diga: ya está en estado, y concededle que escoja el terreno en que ha de dar la batalla, y podéis fiarle entonces la suerte de la República. Es el espíritu

guerrero de la Europa hasta en el arma en que ha servido, es artillero y por tanto matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá por ecuaciones, hasta daros la incógnita, que es la victoria.

El general Paz no es un genio, como el artillero de Tolon, y me alegro de que no lo sea; la libertad pocas veces tiene mucho que agradecer á los genios. Es un militar hábil, y un administrador honrado, que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia lo que otros aguardan de la fuerza brutal; es, en una palabra, el representante legítimo de las *ciudades*, de la civilizacion europea, que estamos amenazados de ver interrumpida en nuestra patria. ¡Pobre general Paz! ¡Gloríate en medio de tus repetidos contratiempos! ¡Contigo andan los Penates de la República Argentina! Todavía el destino no ha decidido entre tí y Rosas, entre la *ciudad* y la pampa, entre la banda celeste, y la cinta *colorada!* Tenéis la única cualidad de espíritu que vence al fin la resistencia de la materia bruta, la que hizo el poder de los mártires! Tenéis fe. ¡Nunca habéis dudado! ¡La fe os salvará y en tí la civilizacion!

Algo debe haber de predestinado en este hombre. Desprendido del seno de una revolucion mal aconsejada como la del 1º de Diciembre, él es el único que sabe justificarla con la victoria; arrebatado de la cabeza de su ejército por el poder sublime del gaucho, anda de prision en prision diez años, y Rosas mismo no se atreve á matarlo, como si un ángel tutelar velara sobre la conservacion de sus dias. Escapado como por milagro en medio de una noche tempestuosa, las olas agitadas del Plata le dejan al fin tocar la ribera oriental; rechazado aquí, desairado allá, le entregan al fin las fuerzas extenuadas de una provincia que ha visto sucumbir ya dos ejércitos. De estas migajas que recoge con paciencia y prolijidad, forma sus medios de resistencia, y cuando los ejércitos de Rosas han triunfado por todas partes y llevado el terror y la matanza á todos los confines de la República, el general manco, el general boleado, grita desde los pantanos de Caguazú: ¡la República vive aun! Despojado de sus laureles por la mano de los mismos á quienes ha salvado, y arrojado indignamente de la cabeza de su

ejército, se salva de entre sus enemigos en el Entre Ríos, porque el cielo desencadena sus elementos para protegerlo, y porque el gaucho del bosque, Montiel, no se atreve á matar al buen manco que no mata á nadie. Llegado á Montevideo, sabe que Rivera ha sido derrotado, acaso porque él no estuvo para enredar al enemigo en sus propias maniobras. Toda la *ciudad* consternada se agolpa á su humilde morada de fugitivo á pedirle una palabra de consuelo, una vislumbre de esperanza. «Si me dieran veinte dias, no toman la plaza,» es la única respuesta que da sin entusiasmo, pero con la seguridad del matemático. Dale Oribe lo que Paz pide, y tres años van corriendo desde aquel dia de consternacion para Montevideo.

Cuando ha afirmado bien la plaza y habituado á la guarnicion improvisada á pelear diariamente, como si fuese esta una ocupacion como cualquiera otra de la vida, váse al Brasil, se detiene en la Corte mas tiempo que el que sus parciales desearan, y cuando Rosas esperaba verlo bajo la vigilancia de la policía imperial, sabe que está en Corrientes disciplinando seis mil hombres, que ha celebrado una alianza con el Paraguay, y mas tarde llega á sus oídos que el Brasil ha invitado á la Francia y á la Inglaterra para tomar parte en la lucha; de manera que la cuestion entre la *campaña* pastora y las *ciudades*, se ha convertido al fin en cuestion entre el manco matemático, el científico Paz, y el gaucho bárbaro Rosas; entre la pampa por un lado, y Corrientes, el Paraguay, el Uruguay, el Brasil, la Inglaterra y la Francia por otro.

Lo que mas honra á este general, es que los enemigos á quienes ha combatido no le tienen ni rencor ni miedo. La *Gaceta* de Rosas, tan pródiga en calumnias y difamaciones, no acierta á injuriarlo con provecho, descubriendo á cada paso el respeto que á sus detractores inspira; llámale manco boleado, castrado, porque siempre ha de haber una brutalidad y una torpeza mezclada con los gritos sangrientos del caribe. Si fuese á penetrarse en lo íntimo del corazon de los que sirven á Rosas, se descubriría la afeccion que todos tienen al general Paz, y los antiguos federales no han olvidado que él era el que estaba siempre protegiéndolos contra el encono de los antiguos unitarios. ¡Quién sabe si la Providencia, que

tiene en sus manos la suerte de los Estados, ha querido guardar este hombre, que tantas veces ha escapado á la destruccion, para volver á reconstituir la República bajo el imperio de las leyes que permiten la libertad sin la licencia, y que hacen inútil el terror y las violencias que los estúpidos necesitan para mandar! Paz es provinciano, y como tal presenta ya una garantía de que no sacrificaría las provincias á Buenos Aires y al puerto, como lo hace hoy Rosas, para tener millones con que empobrecer y barbarizar á los pueblos del interior; como los federales de las *ciudades* acusaban al Congreso de 1826.

El triunfo de la Tablada abría una nueva época para la ciudad de Córdoba, que hasta entonces, segun el mensaje pasado á la Representacion provincial por el general Paz, «había ocupado el último lugar entre los pueblos argentinos»; «recordad que ha sido, continúa el mensaje, donde se han cruzado las medidas y puesto obstáculo á todo lo que ha tenido tendencia á constituir la nacion, ó esta misma provincia, ya sea bajo el sistema federal, ya bajo el unitario.»

Córdoba, como todas las ciudades argentinas, tenía su elemento liberal, ahogado hasta entonces por un gobierno absoluto y quietista, como el de Bustos. Desde la entrada de Paz, este elemento oprimido se manifiesta en la superficie, mostrando cuanto se ha robustecido durante los nueve años de aquel gobierno español.

He pintado antes en Córdoba, la antagonista en ideas á Buenos Aires; pero hay una circunstancia que la recomienda poderosamente para el porvenir. La ciencia es el mayor de los títulos para el cordobés; dos siglos de Universidad han dejado en las conciencias esta civilizadora preocupacion, que no existe tan hondamente arraigada en las otras provincias del interior, de manera que no bien cambiara la direccion y materia de los estudios, pudo Córdoba contar ya con un mayor número de sostenedores de la civilizacion, que tiene por causa y efecto el dominio y cultivo de la inteligencia.

Ese respeto á las luces, ese valor tradicional concedido á los títulos universitarios, desciende en Córdoba hasta las clases inferiores de la sociedad, y no de otro modo puede explicarse cómo las masas *cívicas* de Córdoba abra-

zaron la revolucion civil que traía Paz, con un ardor que no se ha desmentido diez años despues, y que ha preparado millares de víctimas de entre las clases artesana y proletaria de la ciudad, á la ordenada y fria rabia del mazorquero. Paz traía consigo un intérprete para entenderse con las masas cordobesas de la ciudad: ¡Barcala! el coronel negro que tan gloriosamente se había ilustrado en el Brasil, y que se paseaba del brazo con los jefes del ejército; Barcala, el liberto consagrado durante tantos años á mostrar á los artesanos el buen camino, y á hacerles amar una revolucion que no distinguía ni color ni clase para condecorar el mérito; Barcala fué el encargado de popularizar el cambio de ideas y miras obrado en la ciudad, y lo consiguió mas allá de lo que se creía deber esperarse. Los cívicos de Córdoba pertenecen desde entonces á la *ciudad*, al órden civil, á la civilizacion.

La juventud cordobesa se ha distinguido en la actual guerra por la abnegacion y constancia que ha desplegado, siendo infinito el número de los que han sucumbido en los campos de batalla, en las matanzas de la mazorca, y mayor aun el de los que sufren los males de la expatriacion. En los combates de San Juan quedaron las calles sembradas de esos doctores cordobeses, á quienes barrían los cañones que intentaban arrebatar al enemigo.

Por otra parte, el clero, que tanto había fomentado la oposicion al congreso y á la Constitucion, había tenido sobrado tiempo para medir el abismo á que conducían la civilizacion, los defensores del *culto exclusivo* de la clase de Facundo, Lopez y demas, y no vaciló en prestar adhesion decidida al general Paz.

Así, pues; los doctores como los jóvenes, el clero como las masas, aparecieron desde luego unidos bajo un solo sentimiento, dispuestos á sostener los principios proclamados por el nuevo orden de cosas. Paz pudo contraerse ya á reorganizar la provincia, y á anudar relaciones de amistad con las otras. Celebróse un tratado con Lopez, de Santa Fe, á quien don Domingo de Oro inducía á aliarse con el general Paz; Salta y Tucuman lo estaban ya antes de la Tablada, quedando solo las provincias occidentales en estado de hostilidad.

CAPÍTULO VI

GUERRA SOCIAL. — ONCATIVO

¿ Que cherchez vous ? Si vous êtes jaloux de voir un assemblage effrayant de maux et d'horreurs, vous l'avez trouvé.

SHAKESPEARE.

¿Qué había sido de Facundo entretanto? En la Tablada lo había dejado todo: armas, jefes, soldados, reputacion ; todo, excepto la rabia y el valor. Moral, gobernador de La Rioja, sorprendido por la noticia de tamaño descalabro, se aprovecha de un ligero pretexto para salir fuera de la ciudad, dirigiéndose hacia Los Pueblos, y desde Sañogasta dirige un oficio á Quiroga, cuya llegada supo allí, ofreciéndole los recursos de la provincia. Antes de la expedicion á Córdoba, las relaciones entre ambos jefes de la provincia, gobernador nominal y caudillo, el mayordomo y el señor, habían aparecido resfriadas. Facundo no había encontrado tanto armamento como el que resultaba de los cómputos que podían hacerse sumando el que existía en la provincia en tal época, mas el traído de Tucuman, de San Juan, de Catamarca, etc. Otra circunstancia singular agrava las sospechas que en el ánimo de Quiroga pesan contra el gobernador. Sañogasta es la casa señorial de los Doria Dávila, enemigos de Facundo, y el gobernador, previendo las consecuenciss que el espíritu suspicaz de Facundo deducirá de la fecha y lugar del oficio, lo data en Uanchin, punto distante cuatro leguas. Sabe, empero, Quiroga que que es de Sañogasta de donde le escribía Moral, y toda duda queda aclarada. Bárcena, un instrumento odioso de matanzas que él ha adquirido en Córdoba, y Fontanel salen con partidas á recorrer Los Pueblos y prender á todos los vecinos acomodados que encuentren. La batida, sin embargo, no ha sido feliz; la caza ha husmeado á los lebreles, y huye despavorida en todas direcciones. Las partidas volvieron con solo once vecinos, que fueron fusilados en el acto. Don Inocencio Moral, tio del gobernador, con dos hijos, uno de catorce años de edad y el otro de

veinte; Ascueta, Gordillo, Cantos, chileno, Sotomayor, Barrios, otro Gordillo, Corro, transeunte de San Juan, y Pasos, fueron las víctimas de aquella jornada. El último, don Mariano Pasos, había experimentado ya en otra ocasion el resentimiento de Quiroga. Al salir para una de sus expediciones, había dicho aquel á un señor Rincon, comerciante como él, al ver el desaliño y desorden de las tropas: «¡Qué gente para ir á pelear!» Sabido esto por Quiroga, hace llamar á ambos aristarcos, cuelga al primero en un pilar de las casas de Cabildo, y le hace dar doscientos azotes, mientras que el otro permanece con los calzones quitados para recibir su parte, de que Quiroga le hace merced. Mas tarde, este agraciado fué gobernador de La Rioja, y muy adicto al general.

El gobernador Moral, sabiendo lo que le aguardaba, huyó pues, de la provincia, bien que mas tarde recibió setecientos azotes por ingrato; pues este mismo Moral es el que participó de los 18.000 pesos arrancados á Dorrego.

Aquel Bárcena de que hablé antes fué el encargado de asesinar al comisionado de la Compañía inglesa de minas. Le he oido yo mismo los horribles pormenores del asesinato, cometido en su propia casa, apartando á la mujer y los hijos para que dejasen paso á las balas y á los sablazos. Este mismo Bárcena era el jefe de la mazorca que acompañó á Oribe á Córdoba, y que en un baile que se daba en celebracion del triunfo sobre Lavalle, hacía rodar por el salon las cabezas ensangrentadas de tres jóvenes cuya familias estaban allí. Porque debe tenerse presente que el ejército que vino á Córdoba en persecucion de Lavalle, traía una compañía de mazorqueros, que llevaban al costado izquierdo la cuchilla convexa, á manera de una pequeña cimitarra, que Rosas mandó hacer exprofeso en las cuchillerías de Buenos Aires para degollar hombres.

¿Qué motivo tuvo Quiroga para estas atroces ejecuciones? Dícese que en Mendoza dijo á Oro, que su único objeto había sido aterrar. Cuéntase que continuando las matanzas en la campaña sobre infelices campesinos, sobre el que acertaba á pasar por Atiles, campamento general, uno de los Villafañes le dijo con el acento de la compasion, del temor y la súplica: «Hasta cuándo, mi general?

—¿No sea Vd. bárbaro, contestó Quiroga, cómo me rehago sin esto?» — Hé aquí su sistema todo entero: el terror sobre el ciudadano, para que abandone su fortuna; el terror sobre el gaucho, para que con su brazo sostenga una causa que ya no es la suya; el terror suple á la falta de actividad y trabajo para administrar, suple al entusiasmo, suple á la estrategia, suple á todo. Y no hay que alucinarse, el terror es un medio de gobierno que produce mayores resultados que el patriotismo y la espontaneidad. La Rusia lo ejercita desde los tiempos de Ivan, y ha conquistado todos los pueblos bárbaros; los bandidos de los bosques obedecen al jefe que tiene en su mano esta coyunda que domeña las cervices mas altivas. Es verdad que degrada á los hombres, los empobrece, les quita toda elasticidad de ánimo, que un dia, en fin, arranca á los Estados lo que habrían podido dar en diez años; pero ¿qué importa todo esto al czar de las Rusias, al jefe de bandidos, ó al caudillo argentino?

Un bando de Facundo ordenó que todos los habitantes de la ciudad de La Rioja emigrasen á los Llanos so pena de la vida, y esta órden se cumplió al pié de la letra. El enemigo implacable de la *ciudad* temía no tener tiempo suficiente para ir matando poco á poco, y le da el golpe de gracia. ¿Qué motiva esta inútil emigracion? ¿Temía Quiroga? ¡Oh! si, temía en este momento! En Mendoza levantaban un ejército los unitarios que se habian apoderado del gobierno; Tucuman y Salta estaban al norte, y al oriente Córdoba, la Tablada y Paz; estaba pues cercado, y una batida general podía al fin *empacar* al Tigre de los Llanos.

Facundo había hecho alejar sus ganados hacia la cordillera, mientras que Villafañe acudía á Mendoza con fuerzas en apoyo de los Aldaos, y él aglomeraba sus nuevos reclutas en Atiles. Estos terroristas tienen tambien sus momentos de terror; Rosas tambien lloraba como un chiquillo y se daba contra las murallas cuando supo la revolucion de Chascomús, y once enormes baúles entraban en su casa para recoger sus efectos y embarcarse, una hora antes de que le llegara la noticia del triunfo de Alvarez. ¡Pero, por Dios! ¡no asustéis nunca á los terroristas! ¡Ay de los pueblos desde que el conflicto pasa! ¡Entonces son

las matanzas de Septiembre, y la exposicion en el mercado de pirámides de cabezas humanas!

Quedaban en La Rioja, no obstante de la orden de Facundo, una niña y un sacerdote: la Severa y el padre Colina. La historia de la Severa Villafañe es un romance lastimero, es un cuento de hadas en que la mas hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva, disfrazada de pastora unas veces, mendigando un asilo y un pedazo de pan otras, para escapar á las asechanzas de algun gigante espantoso, de algun sanguinario Barba Azul. La Severa ha tenido la desgracia de excitar la concupiscencia del tirano, y no hay quien la valga para librarse de sus feroces halagos. No es solo virtud lo que la hace resistir á la seduccion; es repugnancia invencible, instintos bellos de mujer delicada que detesta los tipos de la fuerza brutal, porque teme que ajen su belleza. Una mujer bella trocará muchas veces un poco de deshonor propio, por un poco de la gloria que rodea á un hombre célebre; pero de esa gloria noble y alta que para descollar sobre los hombres no necesita de encorvarlos ni envilecerlos, á fin de que en medio de tanto matorral rastrero pueda alcanzarse á ver el arbusto espinoso y descolorido. No es otra la causa de la fragilidad de la piadosa Mme. Maintenon, la que se atribuye á Mme. Roland, y tantas otras mujeres que hacen el sacrificio de su reputacion por asociarse á nombres esclarecidos. La Severa resiste años enteros. Una vez escapa de ser envenenada por su tigre en una pasa de higo; otra, el mismo Quiroga, despechado, toma opio para quitarse la vida. Un dia se escapa de las manos de los asistentes del general, que van á extenderla de pies y manos en una muralla, para alarmar su pudor; otro, Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre y bofetadas, la arroja por tierra, y con el tacon de su bota le quiebra la cabeza. ¡Dios mío! ¿no hay quien favorezca á esta pobre niña? ¿No tiene parientes, no tiene amigos? ¡Si tal! Pertenece á las primeras familias de La Rioja, el general Villafañe es su tío, tiene hermanos que presencian estos ultrajes, hay un cura que la cierra la puerta cuando viene á esconder su virtud detrás del santuario. La Severa huye al fin á Catamarca, y se encierra en un beaterio. Dos años despues pasaba

por allí Facundo, y manda qne se abra el asilo y la superiora traiga á su presencia á las reclusas. Una hubo que dió un grito al verlo y cayó exánime. ¿No es este un lindo romance? ¡Era la Severa!

Pero vamos á Atiles donde se está preparando un ejército para ir á recobrar la reputacion perdida en la Tablada; porque no se trata sino de reputacion de gaucho cargador. Dos unitarios de San Juan han caído en su poder; un joven Castro y Calvo, chileno, y un Alejandro Carril. Quiroga le pregunta á éste. «¿Cuánto dá por su vida?—Veinte y cinco mil pesos», contesta.—«¿Y usted, cuánto dá? dice al otro.—Yo sólo puedo dar cuatro mil; soy comerciante y nada mas poseo.»—Se conoce, en efecto, que es comerciante. Mandan traerse las sumas de San Juan y ya hay treinta mil pesos para la guerra, reunidos á tan poca costa. Mientras el dinero llega, Facundo los aloja bajo un algarrobo, los ocupa en hacer cartuchos pagándoles dos reales diarios por su trabajo.

El gobierno de San Juan tiene conocimiento de los esfuerzos que la familia de Carril hace para mandar el rescate á aquel Duguesclin que no ha hallado oro bastante para apreciarse á si mismo; y se aprovecha del descubrimiento. Gobierno de ciudadanos, aunque federal, no se atrevía á fusilar ciudadanos, y se siente impotente para arrancar dinero á los unitarios. El gobierno intima orden de salir para Atiles á los presos que pueblan las cárceles; las madres y las esposas saben lo que significa Atiles, y unas primero, otras despues, logran reunir las sumas pedidas, para hacer volver á sus deudos del camino que conduce á la guarida del tigre. Asi, Quiroga gobierna á San Juan con solo su nombre terrorífico.

Cuando los Aldaos están fuertes en Mendoza y no ha dejado en la Rioja un solo hombre, viejo ó joven, soltero ó casado, en estado de llevar las armas, Facundo se trasporta á San Juan á establecer en aquella poblacion, rica entonces en unitarios acaudalados, sus cuarteles generales. Llega y hace dar seiscientos azotes á un ciudadano notable por su influencia, sus talentos y su fortuna. Facundo anda en persona al lado del cañon que lleva la víctima moribunda por las cuatro esquinas de la plaza; porque Facundo es muy solícito en esta parte de la administracion; no es como Rosas

que desde el fondo de su gabinete, donde está tomando mate, expide á la mazorca las órdenes que debe ejecutar, para achacar despues al *entusiasmo federal* del pobre pueblo todas las atrocidades con que ha hecho estremecer á la humanidad. No creyendo aun bastante este paso previo á toda otra medida, Facundo hace traer á un viejecito cojo á quien se acusa ó no se acusa, de haber servido de baqueano á algunos prófugos, y lo hace fusilar en el acto, sin confesion, sin permitirle decir una palabra, porque el *Enviado de Dios* no se cuida siempre de que sus víctimas se confiesen.

Preparada así la *opinion pública*, no hay sacrificios que la ciudad de San Juan no esté pronta á hacer en defensa de la federacion; las contribuciones se distribuyen sin réplica salen armas de debajo de tierra; Facundo compra fusiles, sables á quien se los presenta. Los Aldaos triunfan de la incapacidad de los unitarios, por la violacion de los tratados del Pilar, y entonces Quiroga pasa á Mendoza. Allí era el terror inútil; las matanzas diarias ordenadas por el fraile, de que dí detalles en su biografia, tenían helada como un cadáver á la ciudad; pero Facundo necesitaba confirmar allí el espanto que su nombre infundia por todas partes. Algunos jóvenes sanjuaninos han caido prisioneros; estos por lo menos le pertenecen. A uno de ellos manda hacer esta pregunta: ¿Cuántos fusíles puede entregar dentro de cuatro dias? — El joven contesta que si se le da tiempo para mandar á Chile á procurarlos, y á su casa á recolectar fondos, verá lo que puede hacer. — Quiroga reitera la pregunta, pidiendo que conteste categóricamente. — Ninguno! — Un minuto despues llevaban á enterrar el cadáver, y seis sanjuaninos mas le seguían á cortos intervalos. La pregunta sigue haciéndose de palabra ó por escrito á los prisioneros mendocinos, y las respuestas son mas ó menos satisfactorias. Un reo de mas alto caracter se presenta: el general Alvarado ha sido aprehendido, y Facundo lo hace traer á su presencia. Siéntese, general, le dice, ¿en cuántos dias podrá entregarme seis mil pesos por su vida? — En ninguno, señor, no tengo dinero. — Eh! pero tiene usted amigos que no lo dejarán fusilar. — No tengo, señor; yo era un simple transeunte por esta provincia cuando, forzado por el voto público, me hice cargo del gobierno. — ¿Para dónde quiere usted retirarse? continúa despues de un momento de silen-

cio. — Para dónde S. E. lo ordene. — Diga usted, ¿adónde quiere ir? — Repito que donde se me ordene. — ¿Qué le parece San Juan? — Bien, señor. — ¿Cuánto dinero necesita? — Gracias, señor, no necesito. — Facundo se dirige á un escritorio, abre dos gavetas rehenchidas de oro, y retirándose le dice: — Tome, general, lo que necesite. — Gracias, señor; nada. Una hora despues el coche del general Alvarado estaba á la puerta de su casa cargado con su equipaje y el general Villafañe que debia acompañarlo á San Juan, donde á su llegada le entregó cien onzas de oro de parte del general, suplicándole que no se negase á admitirlas.

Como se vé, el alma de Facundo no estaba del todo cerrada á las nobles inspiraciones. Alvarado era un antiguo soldado, un general grave y circunspecto, y poco mal le había causado. Mas tarde decía de él: « Este general Alvarado es un buen militar, pero no entiende nada de esta guerra que hacemos nosotros. »

En San Juan le trajeron un francés Barreau, que había escrito de él lo que un francés puede escribir. Facundo le pregunta si es el autor de los artículos que tanto lo han herido, y con la respuesta afirmativa, ¿qué espera usted ahora? replica Quiroga. — Señor, la muerte. — Tome usted esas onzas, y váyase noramala.

En Tucuman estaba Quiroga tendido sobre un mostrador. ¿Dónde está el general? le pregunta un andaluz que se ha achispado un poco para salir con honor del lance. — Ahí adentro, ¿qué se le ofrece? — Vengo á pagar cuatrocientos pesos que me ha puesto de contribucion... ¡cómo no le cuesta nada á ese animal! — ¿Conoce, patron, al general? — Ni quiero conocerlo ¡foragido! — Pase adelante, tomemos un trago de caña. — Mas avanzado estaba este original diálogo, cuando un ayudante se presenta, y dirigiéndose á uno de los interlocutores: — Mi general, le dice... — Mi general!... repite el andaluz abriendo un palmo de boca... Pues qué... ¿vos sois el general?... ¡canario! Mi general, continúa hincándose de rodillas, soy un pobre diablo, pulpero... qué quiere V. S... me arruina... pero el dinero está pronto... vamos... no hay que enfadarse! Facundo suelta la risa, lo levanta, lo tranquiliza, y le entrega su contribucion, tomando solo doscientos pesos prestados, que le devuelve religio-

samente mas tarde. Dos años despues un mendigo paralítico le gritaba en Buenos Aires:—Adios, mi general, soy el andaluz de Tucuman; estoy paralítico.—Facundo le dió seis onzas.
Estos rasgos prueban la teoría que el drama moderno ha explotado con tanto brillo; á saber, que aún en los caracteres históricos mas negros, hay siempre una chispa de virtud que alumbra por momentos y se oculta. Por otra parte, ¿por qué no ha de hacer el bien el que no tiene freno que contenga sus pasiones? Esta es una prerogativa del despotismo, como cualquiera otra.

Pero volvamos á tomar el hilo de los acontecimientos públicos. Despues de inaugurado el terror en Mendoza de un modo tan solemne, Facundo se retira al Retamo, adonde los Aldaos llevan la contribucion de cien mil pesos que han arrancado á los unitarios aterrados. Allí está la mesa de juego que acompaña siempre á Quiroga, allí acuden los aficionados del partido, allí, en fin, es el trasnochar á la claridad opaca de las antorchas. En medio de tantos horrores y de tantos desastres, el oro circula allí á torrentes, y Facundo gana al fin de quince dias los cien mil pesos de la contribucion, los muchos miles que guardan sus amigos federales, y cuanto puede apostarse á una carta. La guerra, empero, pide erogaciones, y vuelven á trasquilar las ovejas ya trasquiladas. Esta historia de las jugarretas famosas del Retamo, en que hubo noche que ciento treinta mil pesos estaban sobre la carpeta, es la historia de toda la vida de Quiroga. «Mucho se juega, general, le decía un vecino en su última expedicion á Tucuman.—¡Eh! esto es una miseria! En Mendoza y San Juan podía uno divertirse! Allá sí que corría dinero! Al fraile le gané una noche cincuenta mil pesos; al clérigo Lima otra, veinticinco mil; pero esto!... estas son pij...!»

Un año se pasa en estos aprestos de guerra, y al fin en 1830 sale un nuevo y formidable ejército para Córdoba, compuesto de las divisiones reclutadas en La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis. El general Paz, deseoso de evitar la efusion de sangre, aunque estuviese seguro de agregar un nuevo laurel á los que ya ceñian sus sienes, mandó al mayor Paunero, oficial lleno de prudencia, energía y sagacidad, al encuentro de Quiroga, proponiéndole no solo la paz, sino una alianza. Créese que Quiroga iba dispuesto

á abrazar cualquier coyuntura de transaccion; pero las sugestiones de la comision mediadora de Buenos Aires que no traía otro objeto que evitar toda transaccion, y el orgullo y la presuncion de Quiroga, que se veía á la cabeza de un nuevo ejército mas poderoso y mejor disciplinado que el primero, le hicieron rechazar las propuestas pacíficas del modesto general Paz.

Facundo esta vez había combinado algo que tenía visos de plan de campaña. Inteligencias establecidas en la Sierra de Córdoba habían sublevado la poblacion pastora; el general Villafañe se acercaba por el norte con una division de Catamarca, mientras que Facundo caía por el sur. Poco esfuerzo de penetracion costó al hábil Paz para penetrar los designios de Quiroga y dejarlos burlados. Una noche desapareció el ejército de las inmediaciones de Córdoba; nadie podía darse cuenta de su paradero; todos lo habían encontrado, aunque en diversos lugares y á la misma hora.

Si alguna vez se ha realizado en América algo parecido á las complicadas combinaciones estratégicas de las campañas de Bonaparte en Italia, es en esta vez en que Paz hacía cruzar la Sierra de Córdoba por cuarenta divisiones de manera que los prófugos de un combate fuesen á caer en manos de otro cuerpo apostado al efecto en lugar preciso é inevitable. La montonera aturdida, envuelta por todas partes, con el ejército á su frente, á sus costados, á su retaguardia, tuvo que dejarse coger en la red que se le había tendido, y cuyos hilos se movían á reloj desde la tienda del general.

La víspera de la batalla de Oncativo aun no habían entrado en línea todas las divisiones de esta maravillosa campaña de quince dias, en la que habían obrado combinadamente en un frente de cien leguas. Omito dar pormenor alguno sobre aquella memorable batalla en que el general Paz, para dar valor á su triunfo, publicaba en el boletín de la muerte de 70 de los suyos, no obstante no haber perdido sino doce hombres en un combate en que se encontraban ocho mil soldados y veinte piezas de artillería. Una simple maniobra había derrotado al valiente Quiroga, y tantos horrores, tantas lágrimas derramadas para formar aquel ejército, habían terminado en dar á Facundo una temporada de jugarretas, y algunos miles de prisioneros inútiles á Paz.

CAPÍTULO VII

GUERRA SOCIAL — CHACON

> *Ricardo.*—Un cheval! Vite un cheval!...
> Mon royaume pour un cheval!!
>
> SHAKESPEARE.

Facundo, el gaucho malo de los Llanos, no vuelve á sus pagos esta vez, que se encamina hacia Buenos Aires, y debe á esta direccion imprevista de su fuga, salvar de caer en manos de sus perseguidores. Facundo ha visto que nada le queda que hacer en el interior; no hay esta vez tiempo de martirizar y estrujar á los pueblos para que no den recursos sin que el vencedor llegue por todas partes en su auxilio.

Esta batalla de Oncativo, ó la Laguna Larga, era muy fecunda en resultados; por ella, Córdoba, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Catamarca, Tucuman, Salta y Jujuy quedaban libres de la dominacion de caudillos. La unidad de la República, propuesta por Rivadavia por las vías parlamentarias, empezaba á hacerse efectiva desde Córdoba por medio de las armas; y el general Paz, al efecto, reunió un congreso de agentes de aquellas provincias, para que acordasen lo que mas conviniera para darse instituciones. Lavalle habia sido menos afortunado en Buenos Aires, y Rosas, que estaba destinado á figurar un papel tan sombrio y espantoso en la historia argentina, ya empezaba á influir en los negocios públicos y gobernaba la ciudad. Quedaba, pues, la República dividida en dos fracciones: una en el interior, que deseaba hacer capital de la Union á Buenos Aires; otra en Buenos Aires, que fingía no querer ser capital de la República, á no ser que abjurase la civilizacion europea y el órden civil.

La batalla aquella había dejado en descubierto otro grande hecho; á saber, que la *montonera* había perdido su fuerza primitiva, y que los ejércitos de las ciudades podían medirse con ella y destruirla. Este es un hecho fecundo en la historia argentina. A medida que el tiempo pasa, las bandas pastoras pierden su espontaneidad primitiva. Facundo necesita ya de terror para moverlas, y en batalla campal se presentan como azoradas en presencia de las

tropas disciplinadas y dirigidas por las máximas estratégicas que el arte europeo ha enseñado á los militares de las *ciudades*.

En Buenos Aires, empero, el resultado es diverso; Lavalle no obstante su valor, que ostenta en el Puente de Márquez y en todas partes, no obstante sus numerosas tropas de línea, sucumbe al fin de la campaña, encerrado en el recinto de la ciudad por los millares de gauchos que han aglomerado Rosas y Lopez; y por un tratado que tiene al fin los efectos de una capitulacion, se desnuda de la autoridad, y Rosas penetra en Buenos Aires. ¿Por qué es vencido Lavalle? No por otra razon, à mi juicio, sino porque es el mas valiente oficial de caballería que tiene la República Argentina, es el general argentino, y no el general europeo; las cargas de caballería han hecho su fama romanesca.

Cuando la derrota de Torata, ó Moquegua, no recuerdo bien, Lavalle protegiendo la retirada del ejército, dá cuarenta cargas en dia y medio, hasta que no le quedan veinte soldados para dar otras. No recuerdo si la caballería de Murat hizo jamas un prodigio igual. Pero ved las consecuencias funestas que trae este hecho para la República. Lavalle en 1839 recordando que la montonera lo ha vencido en 1830, abjura toda su educacion guerrera à la europea, y adopta el sistema montonero. Equipa cuatro mil caballos, y llega hasta las goteras de Buenos Aires con sus brillantes bandas, al mismo tiempo que Rosas, el gaucho de la Pampa, que lo ha vencido en 1830, abjura por su parte sus instintos montoneros, anula la caballería en sus ejércitos, y solo confía el éxito de la campaña á la infantería reglada y al cañon.

Los papeles están cambiados: el gaucho toma la casaca, el militar de la independencia el poncho; el primero triunfa, el segundo va á morir traspasado de una bala que le dispara de paso la montonera. ¡Severas lecciones, por cierto! Si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa y con el paletó francés, hoy estaríamos á orillas del Plata arreglando la navegacion por vapor de los ríos y distribuyendo terrenos á la inmigracion europea. Paz es el primer general ciudadano que triunfa del elemento pastoril, porque pone en ejercicio contra él todos los recursos del arte militar

europeo, dirigidos por una cabeza matemática. La inteligencia vence á la materia, el arte al número.

Tan fecunda en resultados es la obra de Paz en Córdoba, tan alto levanta en dos años la influencia de las ciudades. que Facundo siente imposible rehabilitar su poder de caudillo, no obstante que ya lo ha extendido por todo el litoral de los Andes, y solo la culta, la europea Buenos Aires puede servir de asilo á su barbarie.

Los diarios de Córdoba de aquella época trascribían las noticias europeas, las sesiones de las cámaras francesas; y los retratos de Casimir Périer, Lamartine, Chateaubriand, servían de modelos en las clases de dibujo: tal era el interés que Córdoba manifestaba por el movimiento europeo. Leed la *Gaceta Mercantil*, y podréis juzgar del rumbo semibárbaro que tomó desde entonces la prensa de Buenos Aires.

Facundo fuga para Buenos Aires, no sin fusilar antes dos oficiales suyos, para mantener el órden en los que le acompañaban. Su teoría del *terror* no se desmiente jamas, es su talisman, su paladiom, sus penates. Todo lo abandonará, menos esta arma favorita.

Llega á Buenos Aires, se presenta al gobierno de Rosas, encuéntrase en los salones con el general Guido, el mas cumplimentero y ceremonioso de los generales que han hecho su carrera haciendo cortesías en las antecámaras de palacio; le dirige una muy profunda á Quiroga: «Qué! me muestran los dientes, le dice éste, como si yo fuera perro». «Ahí me han mandado ustedes una comision de doctores á enredarme con el general Paz (Cavia y Cernadas). Paz me ha batido en regla.» Quiroga deploró muchas veces despues no haber dado oído á las proposiciones del mayor Paunero.

Facundo desaparece en el torbellino de la gran ciudad; apenas se oye hablar de algunas ocurrencias de juego. El general Mansilla le amenaza una vez de darle un candelerazo diciéndole: «qué se ha creído que está usted en las provincias?» Su traje de gaucho provinciano llama la atencion, el embozo del poncho, su barba entera, que ha prometido llevar hasta que se lave la mancha de la Tablada, fija por un momento la atencion de la elegante y europea ciudad; mas luego nadie se ocupa de él.

Preparábase entonces una grande expedicion sobre Córdoba. Seis mil hombres de Buenos Aires y Santa Fé se esta-

ban alistando para la empresa; López era el general en jefe; Balcarce, Enrique Martinez, y otros jefes iban bajo sus órdenes; ya el elemento pastoril domina, pero tiene aun alianza con la *ciudad*, con el partido federal: todavía hay generales. Facundo se encarga de una tentativa desesperada sobre La Rioja ó Mendoza; recibe para ello doscientos presidiarios sacados de todas las cárceles, engancha sesenta hombres mas en el Retiro, reune algunos de sus oficiales, y se dispone á marchar.

En Pavon estaba Rosas reuniendo sus caballerías *coloradas;* allí estaba tambien López de Santa Fé. Facundo se detuvo en Pavon á ponerse de acuerdo con los demas jefes. Los tres mas famosos caudillos están reunidos en la pampa: López, el discípulo y sucesor inmediato de Artigas; Facundo, el bárbaro del interior; Rosas, el lobezno que se está criando aun y que ya está en vísperas de lanzarse á cazar de su propia cuenta. Los clásicos los habrían comparado con los triunviros Lépido, Marco Antonio y Octavio, que se reparten el imperio; y la comparacion sería exacta hasta en la vileza y crueldad del Octavio argentino.

Los tres caudillos hacen prueba y ostentacion de su importancia personal. ¿Sabéis cómo? Montan á caballo los tres, y salen todas las mañanas á *gauchar* por la pampa; se bolean los caballos, los apuntan á las vizcacheras, ruedan, pechan, corren carreras. ¿Cuál es el mas grande hombre? El mas jinete, Rosas, el que triunfa al fin. Una mañana va á invitar á Lopez á la correría: «No, compañero, le contesta éste, si de hecho es usted muy bárbaro.» Rosas, en efecto, los castigaba todos los dias, los dejaba llenos de cardenales y contusiones. Estas justas del arroyo de Pavon han tenido una celebridad fabulosa por toda la República, lo que no dejó de contribuir á allanar el camino del poder al campeon de la jornada, el imperio AL MAS DE Á CABALLO!

Quiroga atraviesa la pampa con trescientos adictos arrebatados los mas de ellos al brazo de la justicia, por el mismo camino que veinte años antes, cuando solo era gaucho malo, ha huído de Buenos Aires desertando las filas de los arribeños.

En la Villa del Rio Cuarto encuentra una resistencia mas tenaz, y Facundo permanece tres dias detenido por unas zanjas que sirven de parapeto á la guarnicion. Se

retiraba ya, cuando un jastial se le presenta y le revela que los sitiadores no tienen un cartucho. ¿Quién es este traidor? El año 1818, en la tarde del 18 de Marzo, el coronel Zapiola, jefe de la caballería del ejército chileno argentino, quiso hacer ante los españoles una exhibicion del poder de la caballería de los patriotas en una hermosa llanura que está de este lado de Talca. Eran seis mil hombres los que componían aquella brillante parada. Cargan, y como la fuerza enemiga fuese mucho mayor, la línea se reconcentra, se oprime, se embaraza y se rompe en fin; muévense los españoles en este momento, y la derrota se pronuncia en aquella enorme masa de caballería. Zapiola es el último en volver su caballo, que recibe á poco trecho un balazo; y cayera en manos del enemigo, si un soldado de granaderos á caballo no se desmonta, y lo pusiera como una pluma sobre su montura, dándole á ésta con el sable para que mas á prisa disparase. Un rezagado acierta á pasar, el granadero desmontado préndese á la cola del caballo, lo detiene en la carrera, salta á la grupa, y coronel y soldado se salvan.

Llámanle el Boyero, y este hecho le abre la carrera de los ascensos. En 1820, sacábase un hombre ensartado por ambos brazos en la hoja de su espada, y Lavalle lo ha tenido á su lado como uno de tantos insignes valientes. Sirvió á Facundo largo tiempo, emigró á Chile y desde allí á Montevideo en busca de aventuras guerreras, donde murió gloriosamente peleando en la defensa de la plaza, lavándose de la falta de Rio Cuarto. Si el lector se acuerda de lo que he dicho del capataz de carretas, adivinará el carácter, valor y fuerzas del Boyero; un resentimiento con sus jefes, una venganza personal, lo impulsa á aquel feo paso, y Facundo toma la Villa del Rio Cuarto gracias á su revelacion oportuna.

En la Villa del Rio Quinto encuentra al valiente Pringles, aquel soldado de la guerra de la independencia que cercado por los españoles en un desfiladero, se lanza al mar en su caballo, y entre el ruido de los olas que se estrellan contra la ribera, hace resonar el formidable grito: *¡Viva la patria!*

El inmortal Pringles, á quien el virrey Pezuela colmándolo de presentes devuelve á su ejército, y para quien

San Martin en premio de tanto heroismo hace batir aquella singular medalla que tenia por lema: *¡Honor y gloria á los vencidos en Chancay!* Pringles muere á manos de los presidiarios de Quiroga, que hace envolver el cadáver en su propia manta.

Alentado con este no esperado triunfo, se avanza hacia San Luis, que apenas le opone resistencia. Pasada la travesía, el camino se divide en tres. ¿Cuál de ellos tomará Quiroga? El de la derecha conduce á los Llanos, su patria, el teatro de sus hazañas, la cuna de su poder; allí no hay fuerzas superiores á las suyas, pero tampoco hay recursos; el del medio lleva á San Juan, donde hay mil hombres sobre las armas, pero incapaces de resistir á una carga de caballería en que él, Quiroga, vaya á la cabeza agitando su terrible lanza; el de la izquierda, en fin, conduce á Mendoza, donde están las verdaderas fuerzas de Cuyo á las órdenes del general Videla Castillo; hay un batallon de ochocientas plazas, decidido, disciplinado, al mando del coronel Barcala; un escuadron de coraceros en disciplina que manda el teniente coronel Chenaut; milicia, en fin, y piquetes del núm. 2º de cazadores y de los Coraceros de la Guardia. ¿Cuál de estos tres caminos tomará Quiroga? Solo tiene á sus órdenes trescientos hombres sin disciplina, y él viene ademas enfermo y decaído... Facundo toma el camino de Mendoza, *llega, ve y vence*, porque tal es la rapidez con que los acontecimientos se suceden. ¿Qué ha ocurrido? ¿Traicion, cobardía? Nada de todo esto. Un plagio impertinente hecho á la estrategia europea, un error clásico por una parte, y una preocupacion argentina, un error romántico por otra, han hecho perder del modo mas vergonzoso la batalla. Ved como.

Videla Castillo sabe oportunamente que Quiroga se acerca, y no creyendo, como ningun general podía creer, que invadiese á Mendoza, destaca á las Lagunas los piquetes que tiene de tropas veteranas, que con algunos otros destacamentos de San Juan, forman al mando del mayor Castro una buena fuerza de observacion, capaz de resistir un ataque y de forzar á Quiroga á tomar el camino de los Llanos. Hasta aqui no hay error. Pero Fa-

cundo se dirige á Mendoza y el ejército entero sale á su encuentro.

En el lugar llamado el Chacon hay un campo despejado que el ejército en marcha deja á su retaguardia; mas oyéndose á pocas cuadras el tiroteo de una fuerza que viene batiéndose en retirada, el general Videla manda contramarchar á toda prisa á ocupar el campo despejado de Chacon. Doble error: primero porque una retirada á la proximidad de un enemigo temible hiela el ánimo del soldado bisoño que no comprende bien la causa del movimiento; segundo, y mayor todavía, porque el campo mas quebrado, y mas impracticable es mejor para batir á Quiroga que no trae sino un piquete de infantería.

Imagináos qué haría Facundo en un terreno intransitable contra seiscientos infantes, una batería formidable de artillería y mil caballos por delante? No es este el convite del oso á la garza? Pues bien, todos los jefes son argentinos, gente de á caballo; no hay gloria verdadera sino se conquista á sablazos; ante todo es preciso campo abierto para las cargas de caballería: hé aquí el error de la estrategia argentina.

La línea se forma en lugar conveniente. Facundo se presenta á la vista en un caballo blanco; el Boyero se hace reconocer y amenaza desde ella á sus antiguos compañeros de armas. Principia el combate, y se manda cargar á unos escuadrones de milicias. Error de argentinos iniciar la batalla con cargas de caballería, error que ha hecho perder la República en cien combates; porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones, pues si os levantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho mas ó menos civilizado, pero siempre el gaucho. Sobre este error nacional viene un plagio europeo. En Europa, donde las grandes masas de tropas están en columna y el campo de batalla abraza aldeas y villas diversas, las tropas de *élite* quedan en las reservas para acudir adonde la necesidad las requiera. En América la batalla campal se da por lo comun en campo raso, las tropas son poco numerosas, lo recio del combate es de corta duracion, de manera que siempre interesa iniciarlo con ventaja. En el caso presente, lo menos conveniente era dar una carga de caballería, y si se quería dar, debia echarse mano

de la mejor tropa para arrollar de una vez los trescientos hombres que constituían la batalla y las reservas enemigas. Lejos de eso, se sigue la rutina mandando milicias numerosas, que avanzan al frente, empiezan á mirar á Facundo, cada soldado teme encontrarse con su lanza, y cuando oye el grito de *¡ á la carga !* se queda clavado en el suelo, retrocede, lo cargan á su vez, retrocede y envuelve las mejores tropas. Facundo pasa de largo hacia Mendoza, sin curarse de generales, infantería y cañones que á su retaguardia deja. Hé aquí la batalla de Chacon, que dejó flanqueado al ejército de Córdoba, que estaba á punto de lanzarse sobre Buenos Aires. El éxito mas completo coronó la inconcebible audacia de Quiroga. Desalojarlo de Mendoza era ya inútil: el prestigio de la victoria y el terror le darían medios de resistencia á la par que por la derrota quedaban desmoralizados sus enemigos; se correría sobre San Juan, donde hallarían recursos y armas, y se empeñaría una guerra interminable y sin éxito. Los jefes se marcharon á Córdoba y la infantería con los oficiales mendocinos capituló el dia siguiente. Los unitarios de San Juan emigraron á Coquimbo en número de doscientos, y Quiroga quedó pacífico poseedor de Cuyo y La Rioja. Jamas habian sufrido aquellos dos pueblos catástrofe igual, no tanto por los males que directamente hizo Quiroga, sino por el desórden de todos los negocios que trajo aquella emigracion en masa de la parte acomodada de la sociedad.

Pero el mal fué mayor bajo el aspecto del retroceso que experimentó el espíritu de *ciudad*, que es lo que me interesa hacer notar. Muchas veces lo he dicho, y esta vez debo repetirlo: consultada la posicion mediterránea de Mendoza era hasta entonces un pueblo eminentemente civilizado, rico en hombres ilustrados, y dotado de un espíritu de empresa y de mejora que no hay en pueblo alguno de la República Argentina; era la Barcelona del interior. Este espíritu había tomado todo su auge durante la administracion de Videla Castillo. Construyéronse fuertes al sud, que á mas de alejar los límites de la provincia, la han dejado para siempre asegurada contra las irrupciones de los salvajes; emprendióse la desecacion de los ciénagos inmediatos; adornóse la ciudad; formáronse sociedades de agricultura, industria, minería y educacion pública, diri-

gidas y secundadas todas por hombres inteligentes, entusiastas y emprendedores; fomentóse una fábrica de tejidos de cáñamo y lana, que proveía de vestidos y lonas para las tropas; formóse una maestranza, en la que se construían espadas, sables, corazas, lanzas, bayonetas y fusiles, sin que en éstos entrase mas que el cañon de fabricacion extranjera; fundiéronse balas de cañon huecas y tipos de imprenta. Un francés Charon, químico, dirigía estos últimos trabajos, como tambien el ensayo de los metales de la provincia. Es imposible imaginarse desenvolvimiento mas rápido ni mas extenso de todas las fuerzas civilizadoras de un pueblo. En Chile ó en Buenos Aires todas estas fabricaciones no llamarían mucho la atencion, pero en una provincia interior y con solo el auxilio de artesanos del país, es un esfuerzo prodigioso. La prensa gemía bajo el peso de diarios y publicaciones periódicas, en las que el verso no se hacía esperar. Con las disposiciones que yo le conozco á ese pueblo, en diez años de un sistema semejante hubiérase vuelto un coloso; pero las pisadas de los caballos de Facundo vinieron luego á hollar estos retoños vigorosos de la civilizacion y el Fraile Aldao hizo pasar el arado y sembrar de sangre el suelo durante diez años. ¡Qué había de quedar!

El movimiento impreso entonces á las ideas no se contuvo aun despues de la ocupacion de Quiroga; los miembros de la Sociedad de Minería emigrados en Chile, se consagraron desde su arribo al estudio de la química, la mineralogía y la metalurgia. Godoy Cruz, Correa, Villanueva, Doncel y muchos otros, reunieron todos los libros que trataban de la materia, recolectaron de toda la América colecciones de metales diversos, registraron los archivos chilenos para informarse de la historia del mineral de Uspallata, y á fuerza de diligencia lograron entablar trabajos allí, en que con el auxilio de la ciencia adquirida sacaron utilidad de la escasa cantidad de metal útil que aquellas minas contienen, porque el mineral de Uspallata es un cadáver.

De esta época data la nueva explotacion de minas en Mendoza, que hoy se está haciendo con ventaja. Los mineros argentinos, no satisfechos con estos resultados, se desparramaron por el territorio de Chile, que les ofrecía un rico anfiteatro para ensayar su ciencia, y no es poco lo que han hecho en Copiapó y otros puntos en la explotacion y beneficio, y

en la introduccion de nuevas máquinas y aparatos. Godoy Cruz, desengañado de las minas, dirigió á otro rumbo sus investigaciones, y con el cultivo de la morera creyó resolver el problema del porvenir de las provincias de San Juan y Mendoza, que consiste en hallar una produccion que en *poco volúmen encierre mucho valor.*

La seda llena esta condicion impuesta á aquellos pueblos centrales, por la inmensa distancia á que están de los puertos y el alto precio de los fletes. Godoy Cruz no se contentó con publicar en Santiago un folleto voluminoso y completo sobre cultivo de la morera, la cria del gusano de seda y de la cochinilla, sino que distribuyéndole gratis en aquellas provincias, ha estado durante diez años *agitando* sin descanso, propagando la morera, estimulando á todos á dedicarse á su cultivo, exagerando sus ventajas ópimas; mientras que él aquí mantenía relaciones con la Europa para instruirse de los precios corrientes, mandando muestras de la seda que cosechaba, haciéndose conocedor práctico de sus defectos y perfecciones, aprendiendo y enseñando á hilar. Los frutos de esta grande y patriótica obra han correspondido á las esperanzas del noble artífice; hasta el año pasado había ya en Mendoza algunos millones de moreras, y la seda recogida por quintales había sido hilada, torcida, teñida y vendida á Europa en Buenos Aires y Santiago á cinco, seis y siete pesos libra; porque la joyante de Mendoza no cede en brillo y finura á la mas afamada de España ó Italia.

El pobre viejo ha vuelto al fin á su patria á deleitarse en el espectáculo de un pueblo entero consagrado á realizar el mas fecundo cambio de industria, prometiéndose que la muerte no cerrará sus ojos antes de ver salir para Buenos Aires una caravana de carretas cargadas en el fondo de la América con la preciosa produccion que ha hecho por tantos siglos la riqueza de la China, y que se disputan hoy las fábricas de Leon, París, Barcelona y de toda la Italia. ¡ Gloria eterna del espíritu unitario, de ciudad y de civilizacion! Mendoza, á su impulso, se ha anticipado á toda la América española en la explotacion en grande de esta rica industria! (1) Pedidle al espíritu de Facundo y de Rosas una sola

(1) El éxito final no ha justificado tan halagüeñas esperanzas, la industria de la seda languidece hoy en Mendoza, y desaparecerá por falta de fomento. (*Nota de la edicion e 1851.*)

gota de interés por el bien público, de dedicacion á algún objeto de utilidad; torcedlo y esprimidlo, y solo destilará *sangre y crímenes!*

Me detengo en estos pormenores, porque en medio de tantos horrores como los que estoy condenado á describir, es grato pararse á contemplar las hermosas plantas que hemos visto pisoteadas del salvaje inculto de las pampas; me detengo con placer, porque ellos probarán á los que aun dudaren, que la resistencia á Rosas y su sistema, aunque se haya hasta aquí mostrado débil en sus medios, solo la defensa de la civilizacion europea, la de sus resultados y formas, es la que ha dado durante quince años tanta abnegacion, tanta constancia á los que hasta aquí han derramado su sangre, ó han probado las tristezas del destierro.

Hay allí un mundo nuevo que está á punto de desenvolverse, y que no aguarda mas para presentarse cuan brillante es, sino que un general afortunado logre apartar el pie de hierro que tiene hoy oprimida la inteligencia del pueblo argentino. La historia, por otra parte, no ha de tejerse solo con crímenes y empaparse en sangre; ni es por demas traer á la vista de los pueblos extraviados las páginas casi borradàs de las pasadas épocas. Que siquiera deseen para sus hijos mejores tiempos que los que ellos alcanzan; porque no importa que hoy el caníbal de Buenos Aires se canse de derramar sangre, y permita volver á ver sus hogares á los que ya trae subyugados y anulados la desgracia y el destierro.

Nada importa esto para el progreso de un pueblo. El mal que es preciso remover es el que nace de un gobierno que tiembla á la presencia de los hombres pensadores é ilustrados, y que para subsistir necesita alejarlos ó matarlos; nace de un sistema que, reconcentrando en *un solo hombre* toda voluntad y toda accion, el bien que él no haga, porque no lo conciba, no lo pueda ó no lo quiera, no se sienta nadie dispuesto á hacerlo por temor de atraerse las miradas suspicaces del tirano; ó bien porque donde no hay libertad de obrar y de pensar, el espíritu público se extingue, y el egoismo que se reconcentra en nosotros mismos ahoga todo sentimiento de interés por lo demas. *Cada uno para sí*, el azote del verdugo para todos: he ahí el resúmen de la vida y gobierno de los pueblos esclavizados.

Si el lector se fastidia con estos razonamientos, contaréle

crimenes espantosos. Facundo, dueño de Mendoza, tocaba para proveerse de dinero y soldados, los recursos que ya nos son bien conocidos. Una tarde cruzan la ciudad en todas direcciones partidas que están acarreando á un olivar cuantos oficiales encuentran de los que habían capitulado en Chacon; nadie sabe el objeto, ni ellos temen por lo pronto nada, fiados en la fe de lo estipulado. Varios sacerdotes reciben, empero, órden de presentarse igualmente; cuando ya hay suficiente número de oficiales reunidos, se manda á los sacerdotes confesarlos; lo que efectuado, se les forma en fila, y de uno en uno empiezan á fusilarlos bajo la direccion de Facundo, que indica al que parece conservar aun la vida, y señala con el dedo el lugar donde deben darle el balazo que ha de ultimarlo.

Concluida la matanza, que dura una hora, porque se hace con lentitud y calma, Quiroga explica á algunos el motivo de aquella terrible violacion de la fe de los tratados. « Los unitarios, dice, le han muerto en Chile al general Villafañe, y usa de represalias. » El cargo es fundado, aunque la satisfaccion sea un poco grosera. « Paz, decía otra vez, me fusiló nueve oficiales, yo le he fusilado noventa y seis, estamos á mano. » Paz no era responsable de un acto que é lamentó profundamente, y que era motivado por la muerte de un parlamentario suyo. Pero el sistema de no dar cuartel, seguido por Rosas con tanto teson, y de violar todas las formas recibidas, pactos, tratados, capitulaciones, es efecto de causas que no dependen del carácter personal de los caudillos. El derecho de gentes que ha suavizado los horrores de la guerra, es el resultado de siglos de civilizacion ; el salvaje mata á su prisionero, no respeta convenio alguno siempre que halla ventaja en violarlo: ¿qué freno contendrá al salvaje argentino, que no conoce ese derecho de gentes de las ciudades cultas ? ¿ Dónde habrá adquirido la conciencia del derecho? ¿En la Pampa ? La muerte de Villafañe ocurrió en territorio chileno. Su matador sufrió ya la pena del talion, ojo por ojo, diente por diente. La justicia humana ha quedado satisfecha; pero el carácter del protagonista de aquel sangriento drama, hace demasiado á mi asunto para que me prive del placer de introducirlo.

Entre los emigrados sanjuaninos que se dirigían á Coquimbo, iba un mayor del ejército del general Paz, dotado

de esos caracteres originales que desenvuelve la vida argentina. El mayor Navarro, de una familia distinguida de San Juan, de formas diminutas y de cuerpo flexible y endeble, era célebre en el ejército por su temerario arrojo. A la edad de diez y ocho años montaba guardia como alférez de milicias en la noche en que en 1820 se sublevó en San Juan el número 1 de los Andes. Cuatro compañias forman en frente del cuartel é intiman rendicion á los cívicos. Navarro queda solo en la guardia, entorna la puerta, y con su florete defiende la entrada; catorce heridas entre golpes de sable y bayoneta, lo franquean, y el alférez apretándose con una mano tres bayonetazos que ha recibido cerca de la ingle, con el otro brazo cubriéndose cinco que le han traspasado el pecho, y ahogàndose con la sangre que corre á torrentes de la cabeza, se dirije desde allí á su casa, donde recobra la salud y la vida despues de siete meses de una curacion desesperada y casi imposible.

Dado de baja por la disolucion de los cívicos, se dedica al comercio, pero al comercio acompañado de peligros y aventuras. Al principio introduce cargamentos por contrabando en Córdoba; despues trafica desde Córdoba con los indios; y últimamente se casa con la hija de un cacique, vive santamente con ella, se mezcla en las guerras salvajes, se habitúa á comer carne cruda y beber la sangre en la degolladera de los caballos, hasta que en cuatro años se hace un salvaje hecho y derecho. Sabe allí que la guerra del Brasil va á principiar, y dejando á sus amados salvajes, sienta plaza en el ejército en su grado de alférez, y tan buena maña se da y tantos sablazos distribuye, que al fin de la campaña es capitan graduado de mayor y uno de los predilectos de Lavalle, el catador de valientes. En Puente Márquez deja atónito al ejército con sus hazañas, y despues de todas aquellas correrías, queda en Buenos Aires con los demas oficiales de Lavalle. Arbolito, Pancho, el ñato, Molina, y otros bandidos de la campaña eran los altos personajes que ostentaban su valor por cafés y mesones. La animosidad con los oficiales del ejército era cada dia mas envenenada. En el Café de la Comedia estaban algunos de estos héroes de la época, y brindaban á la muerte del general Lavalle; Navarro, que los ha oído, se acerca, tómale el vaso á uno, sirve para ambos, y dice: «tome usted á la salud de Lavalle!» Desenvainan las espadas y lo dejan tendido. Era

preciso salvarse, ganar la campaña, y por entre las partidas enemigas, llegar á Córdoba. Antes de tomar servicio, penetra tierra adentro á visitar á su familia, á su padre político, y sabe con sentimiento que su cara mitad ha fallecido. Se despide de los suyos, y dos de sus deudos, dos mocetones, el uno su primo y su sobrino el otro, le acompañan de regreso al ejército.

De la accion de Chacon traía un fogonazo en la sien que le había arreado todo el pelo y embutido la pólvora en la cara. Con este talante y acompañamiento, y un asistente inglés tan gaucho y certero en el lazo y las bolas como el patron y los parientes, emigraba el jóven Navarro para Coquimbo; porque jóven era, y tan culto en su lenguaje y tan elegante en sus modales, como el primer pisaverde; lo que no estorbaba que cuando veía caer una res, viniese á beberle la sangre como un salvaje. Todos los dias quería volverse, y las instancias de sus amigos bastaban apenas á contenerlo. «Yo soy hijo de la pólvora, decía con su voz grave y sonora: la guerra es mi elemento.» «La primer gota de sangre que ha derramado la guerra civil, decía otras veces, ha salido de estas venas, y de aquí ha de salir la última.» «Yo no puedo ir mas adelante, repetía parando su caballo: eche de menos sobre mis hombros las paletas de general.» «En fin, exclama otras veces, ¿qué dirán mis compañeros, cuando sepan que el mayor Navarro ha pisado el suelo extranjero sin un escuadron con lanza en ristre?»

El dia que pasaron la cordillera hubo una escena patética. Era preciso deponer las armas, no había forma de hacer concebir á los indios que habiá países donde no era permitido andar con la lanza en la mano. Navarro se acercó á ellos, les habló en la lengua; fuése animando poco á poco; dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos, y los indios clavaron con muestras de angustia sus lanzones en el suelo. Todavía despues de emprendida la marcha, volvieron sus caballos y dieron vuelta en torno de ellas, como si les dijesen un eterno adios!

Con estas disposiciones de espíritu pasó el mayor Navarro á Chile, y se alojó en Guanda, que está situado en la boca de la quebrada que conduce á la Cordillera. Allí supo

que Villafañe volvía á reunirse á Facundo, y anunció públicamente su propósito de matarlo.

Los emigrados que sabían lo que las palabras importaban en boca del mayor Navarro, despues de procurar en vano disuadirlo, se alejaron del lugar de la escena. Advertido Villafañe pidió auxilio á la autoridad, que le dió unos milicianos, los cuales lo abandonaron desde que se informaron de lo que se trataba. Pero Villafañe iba perfectamente armado y traía ademas seis riojanos. Al pasar por Guanda Navarro salió á su encuentro, y mediando entre ambos un arroyo, le anunció en frases solemnes y claras su designio de matarlo, con lo que se volvió tranquilo á la casa en que estaba á la sazon almorzando. Villafañe tuvo la indiscrecion de alojarse en Tilo, lugar distante solo cuatro leguas de aquel en que el reto había tenido lugar.

A la noche, Navarro requiere sus armas y una comitiva de nueve hombres que lo acompañan, y que deja en lugar conveniente cerca de la casa de Tilo avanzándose él solo á la claridad de la luna. Cuando hubo penetrado en el patio abierto de la casa, grita á Villafañe, que dormía con los suyos en el corredor: « Villafañe, levántate! Vengo á matarte; el que tiene enemigos no duerme. » Toma éste su lanza, Navarro se desmonta del caballo, desenvaina la espada, se acerca y lo traspasa. Entonces dispara un pistoletazo, que era la señal de avanzar que había dado á su partida, la cual se echa sobre la comitiva del muerto, la mata ó dispersa. Hacen traer los animales de Villafañe, cargan su equipaje y marchan en lugar de él á la República Argentina á incorporarse al ejército. Extraviando caminos, llegan al Rio IV donde se encuentran con el coronel Echavarría perseguido por los enemigos. Navarro vuela en su ayuda, y habiendo caído muerto el caballo de su amigo, le insta que monte á su grupa.

No consiente éste; obstínase Navarro en no fugar sin salvarlo, y últimamente se desmonta de su caballo, lo mata, y muere al lado de su amigo, sin que su familia pudiese descubrir tan triste fin, sino despues de tres años, en que el mismo que lo ultimó contara la trágica historia, y desenterrase para mayor prueba los dos esqueletos de los dos infelices amigos. Hay en toda la vida de este malogrado

jóven tal originalidad, que vale sin duda la pena de hacer una digresion en favor de su memoria.

Durante la corta emigracion del mayor Navarro, habían ocurrido sucesos que cambiaban completamente la faz de los negocios públicos. La célebre captura del general Paz, arrebatado de la cabeza de su ejército por un tiro de bolas, decidía de la suerte de la República, pudiendo decirse que no se constituyó en aquella época, y las leyes y las ciudades no afianzaron su dominio, por accidente tan singular; porque Paz con un ejército de cuatro mil quinientos hombres perfectamente disciplinados, y con un plan de operaciones combinado sabiamente, estaba seguro de desbaratar el ejército de Buenos Aires.

Los que le han visto despues triunfar en todas partes, juzgarán que no había mucha presuncion de su parte en anticipaciones tan felices. Pudiéramos hacer coro á los moralistas que dan á los acontecimientos mas fortuitos el poder de trastornar la suerte de los imperios; pero si es fortuito el acertar un tiro de bolas sobre un general enemigo, no lo es que venga de la parte de los que atacan las *ciudades*, del gaucho de la pampa, convertido en elemento político. Así, puede decirse que la civilizacion fué *boleada* aquella vez.

Facundo, despues de vengar tan cruelmente á su general Villafañe, marchó á San Juan á preparar la expedicion sobre Tucuman, adonde el ejército de Córdoba se había retirado despues de la pérdida del general, lo que hacía imposible todo propósito invasor. A su llegada todos los ciudadanos federales, como en 1827, salieron á su encuentro; pero Facundo no gustaba de las recepciones.

Manda una partida que salga adelante de la calle en que estaban reunidos, deja á otra atrás, hace poner guardias en todas las avenidas, y tomando él por otro camino, entra en la ciudad dejando presos á sus oficiosos huéspedes, que tuvieron que pasar el resto del dia y la noche entera agrupados en la calle, haciéndose lugar entre las patas de los caballos para dormitar un poco. El que lea esto se indignará del ultraje afrentoso é insolente hecho á sus partidarios mismos, á los que con su cooperacion lo han elevado. Yo no veo en esto sino una faz histórica y característica de la lucha argentina. Facundo deja de fingirse federal como lo

entendian los hombres de las *ciudades;* es el enemigo de todos los que llevan frac, es el elemento bárbaro que se presenta en toda su desnudez, y es preciso hacerlo sentir á los ilusos que se cuentan aun entre sus partidarios.

Cuando hubo llegado á la plaza, hace detener en medio de ella su coche, manda cesar el repique de las campanas, y arroja á la calle todo el amueblado de la casa que las autoridades han preparado para recibirle: alfombrado, colgaduras, espejos, sillas, mesas, todo se hacina en confusa mezcla en la plaza, y no desciende sino cuando se cerciora que no quedan sino las paredes limpias, una mesa pequeña, una sola silla y una cama. Es un espartano diría otro que yo, que no veo en todos estos miserables manejos sino la insolencia brutal de un bárbaro que insulta á las *ciudades*, afectando desdeñar sus goces, su lujo y sus usos civilizados. Mientras que esta operacion se efectúa, llama á un niño que acierta á pasar cerca de su coche, le pregunta su nombre, y al oir el apellido Rosa, le dice: «su padre don Ignacio de la Rosa fué un grande hombre: ofrezca á su madre de usted mis servicios.»

Al dia siguiente amanece en la plaza un banquillo de fusilar, de seis varas de largo. ¿Quiénes van á ser las víctimas? Los unitarios han fugado en masa, hasta los tímidos que no son unitarios! Facundo empieza á distribuir contribuciones á las señoras en defecto de sus maridos, padres ó hermanos ausentes; y no son por eso menos satisfactorios los resultados. Omito la relacion de todos los acontecimientos de este período, que no dejarían escuchar los sollozos y gritos de las mujeres amenazadas de ir al banquillo y de ser azotadas; dos ó tres fusilados, cuatro ó cinco azotados, una ú otra señora condenada á hacer de comer á los soldados, y otras violencias sin nombre.

Pero hubo un dia de terror glacial que no debo pasar en silencio. Era el momento de salir la expedicion sobre Tucuman; las divisiones empiezan á desfilar una en pos de otra; en la plaza están los troperos cargando los bagajes, una mula se espanta y se entra al templo de Santa Ana. Facundo manda que la enlacen en la iglesia; el arriero va á tomarla con las manos, y en este momento un oficial que entra á caballo por órden de Qui-

roga, enlaza mula y arriero, y los saca á la cincha unidos, sufriendo el infeliz las pisadas, golpes y coces de la bestia.

Algo no está listo en aquel momento; Facundo hace comparecer á las autoridades negligentes. Su Excelencia el Señor Gobernador y Capitan General de la Provincia recibe una bofetada, el Jefe de Policía se escapa corriendo de recibir un lanzaso, y ambos ganan la calle de sus oficinas á dar las órdenes que han omitido. ¿Os parece esto mucha degradacion? No: así son los pueblos, así es el hombre cuando se ha perdido toda conciencia del derecho, cuando la fuerza brutal se desencadena. ¿Qué hace el niño cuando su padre enfurecido se venga despedazándolo á azotes? Llora y se somete, porque no hay en la tierra apoyo para su derecho. Así lo hacen los gobernadores y los pueblos; lloran y se someten, porque la resistencia es inútil, la dignidad una provocacion, y la muerte recibida quedaría sin gloria y sin vengadores.

Mas tarde, Facundo ve uno de sus oficiales que da de *cintarazos* á dos soldados que peleaban; lo llama, lo acomete con la lanza, el oficial se prende del asta para salvar su vida, bregan, y al fin el oficial se la quita y se la entrega respetuosamente; nueva tentativa de traspasarlo con ella, nueva lucha, nueva victoria del oficial, que vuelve á entregársela. Facundo entonces reprime su rabia, llama en su auxilio, apodéranse seis hombres del atlético oficial, lo estiran en una ventana, y bien amarrado de pies y manos Facundo lo traspasa repetidas veces con aquella lanza que por dos veces le había sido devuelta, hasta què el oficial ha apurado la última agonía, hasta que reclina la cabeza y el cadáver yace yerto y sin movimiento. Las furias están desencadenadas, el general Huidobro es amenazado con la lanza, si bien tiene el valor de desenvainar su espada y prepararse á defender su vida.

Y sin embargo de todo esto, Facundo no es cruel, no es sanguinario; es el bárbaro, no mas, que no sabe contener sus pasiones, y que una vez irritadas no conocen freno ni medida; es el terrorista que á la entrada á una ciudad fusila á uno y azota á otro; pero con economía, muchas veces con discernimiento; el fusilado es un ciego, un paralítico ó un sacristan; cuando mas el infeliz azota-

do es un ciudadano ilustre, un joven de las primeras familias. Sus brutalidades con las señoras vienen de que no tiene conciencia de las delicadas atenciones que la debilidad merece; las humillaciones afrentosas impuestas á los ciudadanos provienen de que es campesino grosero, y gusta por ello de maltratar y herir en el amor propio y el decoro á aquellos que sabe que lo desprecian. No es otro el motivo que hace del terror un sistema de gobierno. ¿Qué habría hecho Rosas sin él en una sociedad como era antes la de Buenos Aires? ¿Qué otro medio de imponer al público ilustrado el respeto que la conciencia niega á lo que de suyo es abyecto y despreciable?

Es inaudito el cúmulo de atrocidades que se necesita amontonar unas sobre otras para pervertir á un pueblo, y nadie sabe los ardides, los estudios, las observaciones y la sagacidad que ha empleado don Juan Manuel Rosas para someter la *ciudad* á esa influencia mágica que trastorna en seis años la conciencia de lo justo y de lo bueno, que quebranta al fin los corazones mas esforzados y los doblega al yugo. El terror de 1793 en Francia era un efecto, no un instrumento; Robespierre no guillotinaba nobles y sacerdotes para crearse una reputacion, ni elevarse él sobre los cadáveres que amontonaba. Era una alma adusta y severa aquella que había creído que era preciso amputar á la Francia todos sus miembros aristocráticos para cimentar la revolucion. «Nuestros nombres, decía Danton, bajarán á la posteridad execrados, pero habremos salvado la República.» El terror entre nosotros es una invencion gubernativa para ahogar toda conciencia, todo espíritu de ciudad, y forzar al fin á los hombres á reconocer como cabeza pensadora el pie que les oprime la garganta; es un desquite que toma el hombre inepto armado del puñal para vengarse del desprecio que sabe que su nulidad inspira á un público que le es infinitamente superior. Por eso hemos visto en nuestros dias repetirse las extravagancias de Calígula que se hacía adorar como Dios, y asociaba al imperio á su caballo. Era que Calígula sabía que era él el último de los romanos, á quienes tenía, no obstante, bajo su pie. Facundo se daba aires de inspirado, de adivino, para suplir á su incapacidad natural de influir sobre los ánimos. Rosas se

hacía adorar en los templos, y tirar su retrato por las calles en un carro á que iban uncidos generales y señoras, para crearse el prestigio que echaba de menos. Pero Facundo es cruel solo cuando la sangre se le ha venido á la cabeza y á los ojos, y ve todo colorado. Sus cálculos fríos se limitan á fusilar á un hombre, á azotar á un ciudadano; Rosas no se enfurece nunca, calcula en la quietud y el recogimiento de su gabinete, y desde allí salen las órdenes á sus sicarios.

CAPÍTULO VIII

GUERRA SOCIAL — CIUDADELA

> Les habitants de Tucuman finissent leurs journées par des réunions champêtres, où à l'ombre de beaux arbree improvisent, au son d'une guitarre rustique, des chants alternatifs dans le genre de ceux que Virgile et Théocrite ont embellis. Tout, jusqu'aux prénoms grecs rappelle au voyageur étonné l'antique Arcadie.
>
> MALTE-BRUN.

La expedicion salió, y los sanjuaninos federales, y mujeres y madres de unitarios, respiraron al fin, como si despertaran de una horrible pesadilla. Facundo desplegó en esta campaña un espíritu de órden y una rapidez en sus marchas, que mostraban cuánto lo habían aleccionado los pasados desastres. En veinticuatro dias atravesó con su ejército cerca de trescientas leguas de territorio, de manera que estuvo á punto de sorprender á pié algunos escuadrones del ejército enemigo que, con la noticia inesperada de su próximo arribo, lo vió presentarse en la Ciudadela, antiguo campamento de los ejércitos de la patria bajo las órdenes de Belgrano. Sería inconcebible el cómo se dejó vencer un ejército como el que mandaba La Madrid en Tucuman, con jefes tan valientes y soldados tan aguerridos, si causas morales y preocupaciones anti-estratégicas no viniesen á dar la solucion de tan extraño enigma.

El general La Madrid, jefe del ejército, tenía entre sus súbditos al general Lopez, especie de caudillo de Tucuman que le era desafecto personalmente; y á mas de que una retirada desmoraliza las tropas, el general La Madrid no

era el mas adecuado para dominar el espíritu de los jefes subalternos. El ejército se presentaba á la batalla medio *federalizado*, medio *montonerizado;* mientras que el de Facundo traía esa unidad que dan el terror y la obediencia á un caudillo que no es *causa*, sino *persona*, y que por tanto aleja el libre albedrío y ahoga toda individualidad. Rosas ha triunfado de sus enemigos por esta *unidad* de hierro que hace de todos sus satélites instrumentos pasivos, ejecutores ciegos de su suprema voluntad. La víspera de la batalla el teniente coronel Balmaceda pide al general en jefe que se le permita dar la primera carga. Si así se hubiese efectuado, ya que era de regla principiar las batallas por cargas de caballería, y ya que un subalterno se toma la libertad de pedirlo, la batalla se hubiera ganado, porque el 2º de Coraceros no halló jamás ni en el Brasil ni en la República Argentina quien resistiese su empuje. Accedió el general á la demanda del comandante del 2º, pero un coronel halló que le quitaban el mejor cuerpo; el general Lopez, que se comprometian al principio las tropas de *élite* que debían formar la reserva, segun todas las reglas; y el general en jefe, no teniendo suficiente autoridad para acallar estos clamores, mandó á la reserva al escuadron invencible y al insigne cargador que lo mandaba.

Facundo desplega su batalla á distancia tal que lo pone al abrigo de la infantería que manda Barcala, y que debilita el efecto de ocho piezas de artillería que dirige el inteligente Arengreen. ¿Había previsto Facundo lo que sus enemigos iban á hacer? Una guerrilla ha precedido, en la que la partida de Quiroga arrolla la division tucumana. Facundo llama al jefe victorioso: «¿Por qué se ha vuelto usted?—Porque he arrollado al enemigo hasta la ceja del monte.—¿Por qué no penetró en el monte acuchillando?—Porque habían fuerzas superiores.—¡A ver! ¡cuatro tiradores!»... y el jefe es ejecutado. Oíase de un extremo al otro de la línea de Quiroga el tintin de las espuelas y de los fusiles de los soldados que temblaban, no de miedo del enemigo, sino del terrible jefe que á su retaguardia andaba, corriendo la línea, y blandiendo su lanza de cabo de ébano. Esperan como un alivio y un desahogo del terror que los oprime, que se les mande echarse sobre el enemigo: lo harán pedazos, romperán la línea de bayonetas á trueque

de poner algo de por medio entre ellos y la imágen de Facundo, que los persigue como un fantasma airado. Como se ve, pues, campeaba de un lado el terror, del otro la anarquía. A la primera tentativa de carga, desbándase la caballería de La Madrid; sigue la reserva, y cinco jefes á caballo quedan tan solo con la artilleria que menudeaba sus detonaciones, y la infantería que se echaba á la bayoneta sobre el enemigo. ¿Para qué mas pormenores? El detalle de una batalla lo da el que triunfa.

La consternacion reina en Tucuman, la emigracion se hace en masa, porque en aquella ciudad los federales son contados. ¡Era la tercera visita de Facundo! Al dia siguiente debe repartirse una contribucion. Quiroga sabe que en un templo hay escondidos efectos preciosos; preséntase al sacristan, á quien interroga sobre el caso; es una especie de imbécil que contesta sonriéndose. — «¿Te ries? ¡A ver!.. ¡cuatro tiradores!...» que lo dejan en el sitio. y las listas de la contribucion se llenan en una hora, Las arcas del general se rehinchan de oro. Si alguno no ha comprendido bien, no le quedará duda cuando vea pasar presos para ser azotados, al guardian de San Francisco y al presbítero Colombres. Facundo se presenta en seguida al depósito de prisioneros, separa los oficiales, y se retira á descansar de tanta fatiga, dejando órden de que se les fusile á todos.

Es Tucuman un país tropical en donde la naturaleza ha hecho ostentacion de sus mas pomposas galas; es el eden de América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imagináos los Andes cubiertos de un manto verdinegro de vegetacion colosal, dejando escapar por debajo de la orla de este vestido, doce rios que corren á distancias iguales en direccion paralela, hasta que empiezan á inclinarse todos hácia un rumbo, y forman reunidos un canal navegable que se aventura en el corazon de la América. El país comprendido entre los afluentes y el canal tiene á lo mas cincuenta leguas. Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos, pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia.

El nogal entreteje su anchuroso ramage con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer á su lado el clásico laurel,

que á su vez resguarda sobre su follaje el mirto consagrado á Venus, dejando todavía espacio para que alcen sus varas el nardo balsámico y la azucena de los campos. El odorífero cedro se ha apoderado por ahí de una cenefa de terreno que interrumpe el bosque; y el rosal cierra el paso en otras con su tupidos y espinosos mimbres. Los troncos añosos sirven de terreno á diversas especies de musgos florecientes, y las lianas y moreras festonean, enredan y confunden todas estas diversas generaciones de plantas. Sobre toda esta vegetacion que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riqueza de colorido, revoloteaban enjambres de mariposas doradas, esmaltados picaflores, millones de loros color de esmeralda, urracas azules, y tucanes naranjados. El estrépito de estas aves vocingleras os aturde todo el dia, cual si fuera el ruido de una canora catarata. El mayor Andrews, un viajero inglés que ha dedicado muchas páginas á la descripcion de tantas maravillas, cuenta que salía por las mañanas á extasiarse en la contemplacion de aquella soberbia y brillante vegetacion; que penetraba en los bosques aromáticos, y delirando, arrebatado por la enagenacion que lo dominaba, se internaba en donde veía que había obscuridad, espesura, hasta que al fin regresaba á su casa donde le hacían notar que se había desgarrado los vestidos, rasguñado y herido la cara, de la que venía á veces destilando sangre sin que él lo hubiese sentido.

La ciudad está cercada por un bosque de muchas leguas formado exclusivamente de naranjos dulces, acopados á determinada altura, de manera de formar una bóveda sin límites, sostenida por un millon de columnas lisas y torneadas. Los rayos de aquel sol tórrido no han podido mirar nunca las escenas que tienen lugar sobre la alfombra de verdura que cubre la tierra bajo aquel toldo inmenso. ¡Y qué escenas! Los domingos van las beldades tucumanas á pasar el dia en aquellas galerías sin límites; cada familia escoge un lugar aparente, apártanse las naranjas que embarazan el paso, si es el otoño; ó bien sobre la gruesa alfombra de azahares que tapiza el suelo, se balancean las parejas del baile, y con los perfumes de sus flores se dilatan debilitándose á lo lejos los sonidos melodiosos de los tristes cantares que acom-

paña la guitarra. ¿Creeis, por ventura, que esta descripcion es plagiada de las *Mil y una Noches*, ú otros cuentos de hadas à la oriental? Daos prisa mas bien á imaginaros lo que no digo de la voluptuosidad y belleza de las mujeres que nacen bajo un cielo de fuego, y que desfallecidas van á la siesta á reclinarse muellemente bajo la sombra de los mirtos y laureles, á dormirse embriagadas por las esencias que ahogan al que no está habituado á aquella atmósfera.

Facundo había ganado una de esas enramadas sombrias, acaso para meditar sobre lo que debía hacer con la pobre ciudad que había caído como una ardilla bajo la garra del leon. La pobre ciudad en tanto, estaba preocupada con la realizacion de un proyecto lleno de inocente coquetería. Una diputacion de niñas rebosando juventud, candor y beldad, se dirige hácia el lugar donde Facundo yace reclinado sobre su poncho. La mas resuelta ó entusiasta camina delante, vacila, se detiene, empújanla las que las siguen; páranse todas sobrecogidas de miedo, vuelven las púdicas caras, se alientan unas á otras, y deteniéndose, avanzando tímidamente y empujándose entre sí, llegan al fin à su presencia. Facundo las recibe con bondad; las hace sentar en torno suyo, las deja recobrarse, é inquiere al fin el objeto de aquella agradable visita. Vienen á implorar por la vida de los oficiales del ejército que van á ser fusilados.

Los sollozos se escapan de entre la escogida y tímida comitiva, la sonrisa de la esperanza brilla en algunos semblantes, y todas las seducciones delicadas de la mujer son puestas en requisicion para lograr el piadoso fin que se han propuesto. Facundo está vivamente interesado, y por entre la espesura de su barba negra alcanza à discernirse en las facciones la complacencia y el contento. Pero necesita interrogarlas una á una, conocer sus familias, la casa donde viven, mil pormenores que parecen entretenerlo y agradarle, y que ocupan una hora de tiempo, mantienen la espectacion y la esperanza; al fin les dice con la mayor bondad: «¿No oyen ustedes esas descargas?»

¡Ya no hay tiempo! ¡los han fusilado! Un grito de horror sale de entre aquel coro de ángeles, que se escapa como una bandada de palomas perseguidas por el halcon. Los

habian fusilado en efecto! ¡Pero cómo! Treinta y tres oficiales de coroneles abajo, formados en la plaza, desnudos enteramente, reciben parados la descarga mortal. Dos hermanitos hijos de una distinguida familia de Buenos Aires, se abrazan para morir, y el cadáver del uno resguarda de las balas al otro. «Yo estoy libre, grita; me he salvado por la ley.» ¡Pobre iluso! ¡cuánto hubiera dado por la vida! ¡Al confesarse había sacado una sortija de la boca donde, para que no se la quitaran, habíala escondido, encargando al sacerdote devolverla á su linda prometida, que al recibirla dió en cambio la razon, que no ha recobrado hasta hoy la pobre loca!

Los soldados de caballería enlazan cada uno su cadáver y lo lleva arrastrando al cementerio, si bien algunos pedazos de cráneos, un brazo y otros miembros quedan en la plaza de Tucuman, y sirven de pasto á los perros. ¡Ah! ¡cuántas glorias arrastradas así por el lodo! ¡Don Juan Manuel Rosas hacia matar del mismo modo y casi al mismo tiempo en San Nicolás de los Arroyos veinte y ocho oficiales, fuera de ciento y mas que habian perecido oscuramente. ¡Chacabuco, Maipú, Junin, Ayacucho, Ituzaingó! ¿por qué han sido tus laureles una maldicion para todos los que los llevaron?

Si al horror de estas escenas puede añadirse algo, es la suerte que cupo al respetable coronel Arraya, padre de ocho hijos: prisionero con tres lanzadas en la espalda, se le hizo entrar en Tucuman á pie, desnudo, desangrándose y cargado con ocho fusiles. Extenuado de fatiga fué preciso concederle una cama en una casa particular. A la hora de la ejecucion en la plaza algunos tiradores penetran hasta su habitacion, y en la cama lo transpasaban á balazos haciéndole morir en medio de las llamaradas de las incendiadas sábanas.

El coronel Barcala, el ilustre negro, fué el único jefe exceptuado de esta carnicería, porque Barcala era el amo de Córdoba y de Mendoza, en donde los *cívicos* lo idolatraban. Era un instrumento que podía conservarse para lo futuro; ¿quién sabe lo que mas tarde podrá suceder?

Al día siguiente principia en toda la ciudad una operacion que se llama *secuestro*. Consiste en poner centinelas en las puertas de todas las tiendas y almacenes, en las barra-

cas de cueros, en las curtiembres de suelas, en los depósitos de tabaco. En todas, porque en Tucuman no hay federales, esta planta que no ha podido crecer sinó despues de tres buenos riegos de sangre que ha dado al suelo Quiroga, y otro mayor que los tres juntos que le otorgó Oribe. Ahora dicen que hay federales que llevan una cinta que lo acredita, en la que está escrito: *¡ Mueran los salvajes inmundos unitarios !* ¡ Cómo dudarlo un momento !

Todas aquellas propiedades mobiliarias y los ganados de las campañas, pertenecen de derecho á Facundo. Doscientas cincuenta carretas con la dotacion de diez y seis bueyes cada una, se ponen en marcha para Buenos Aires llevando los productos del país. Los efectos europeos se ponen en un depósito que surte á un baratillo, en el que los comandantes desempeñan el oficio de baratilleros. Se vende todo y á vil precio.

Hay mas todavía : Facundo en persona vende camisas, enaguas de mujeres, vestidos de niños; los despliega, los enseña y agita ante la muchedumbre. Un medio, un real, todo es bueno; la mercadería se despacha, el negocio está brillante, faltan brazos, la multitud se agolpa, se ahoga en la apretura. Solo sí empieza á notarse que pasados algunos dias, los compradores escasean, y en vano se les ofrecen pañuelos de espumilla bordados por cuatro reales, nadie compra.

¿ Qué ha sucedido ? ¿ Remordimientos de la plebe ? Nada de eso. Se ha agotado el dinero circulante; las contribuciones por una parte, el secuestro por otro, la venta barata, han reunido el último medio que circulaba en la provincia. Si alguno queda en poder de los adictos ú oficiales, la mesa de juego está ahí para dejar al fin y al postro vacías todas las bolsas. En la puerta de calle de la casa del general están secándose al sol hileras de zurrones de plata forrados de cuero. Ahí permanecen la noche sin custodia, y sin que los transeuntes se atrevan siquiera á mirar.

¡ Y no se crea que la ciudad ha sido abandonada al pillaje, ó que el soldado haya participado de aquel botin inmenso ! No ; Quiroga repetía despues en Buenos Aires en los círculos de sus *compañeros* : « Yo jamas he consentido en que el soldado robe, porque me ha parecido inmoral. » Un chacarero se queja á Facundo en los primeros dias, de que

sus soldados le han tomado algunas frutas. Hácelos formar, y los culpables son reconocidos. Seiscientos azotes es la pena que cada uno sufre. El vecino, espantado, pide por las víctimas y le amenazan con llevar la misma porcion. Porque así es el gaucho argentino, mata porque le mandan sus caudillos matar, y no roba porque no se lo mandan. Si queréis averiguar cómo no se sublevan estos hombres, y no se desencadenan contra el que no les da nada en cambio de su sangre y de su valor, preguntadle á don Juan Manuel Rosas todos los prodigios que pueden hacerse con el terror. Él sabe mucho de eso! No solo al miserable gaucho, sino al ínclito general, al ciudadano fastuoso y envanecido se le hacen obrar milagros! ¿ No os decía que el terror produce resultados mayores que el patriotismo?

El coronel del ejército de Chile, don Manuel Gregorio Quiroga, ex gobernador federal de San Juan, y jefe de estado mayor del ejército de Quiroga, convencido de que aquel botin de medio millon es solo para el general, que acaba de dar de bofetadas á un comandante que ha guardado para sí algunos reales de la venta de un pañuelo, concibe el proyecto de sustraer algunas alhajas de valor de las que están amontonadas en el depósito general y resarcirse con ellas de sus sueldos.

Descúbresele el robo, y el general le manda amarrar contra un poste y exponerlo á la vergüenza pública; y cuando el ejército regresa á San Juan, el coronel del ejército de Chile, ex gobernador de San Juan, el jefe de estado mayor, marcha á pie por caminos apenas practicables, acollarado con un novillo; el compañero del novillo sucumbió en Catamarca, sin que se sepa si el novillo llegó á San Juan! En fin, sabe Facundo que un jóven Rodriguez, de lo mas esclarecido de Tucuman, ha recibido carta de los prófugos; lo hace aprehender, lo lleva él mismo á la plaza, lo cuelga y le hace dar seiscientos azotes. Pero los soldados no saben dar azotes como los que aquel crímen exige, y Quiroga toma las gruesas riendas que sirven para la ejecucion, batiéndolas en el aire con su brazo hercúleo, y descarga cincuenta azotes para que sirvan de modelo.

Concluido el acto, él en persona remueve la tina de salmuera, le refriega las nalgas, le arranca los pedazos

flotantes, y le mete el puño en las concavidades que aquellos han dejado. Facundo vuelve á su casa, lee las cartas interceptadas, y encuentra en ellas encargos de los maridos á sus mujeres, libranzas de los comerciantes, recomendaciones de que no tengan cuidado por ellos, etc. Una palabra no hay que pueda interesar á la política; entonces pregunta por el jóven Rodríguez y le dicen que está espirando. En seguida se pone á jugar y gana miles.

Don Francisco Reto y don N. Lugones han murmurado entre sí algo sobre los horrores que presencian. Cada uno recibe trescientos azotes y la órden de retirarse á sus casas cruzando la ciudad desnudos *completamente*, las manos puestas en la cabeza, y las asentaderas chorreando sangre; soldados armados van á la distancia para hacer que la órden se ejecute puntualmente. ¿Y queréis saber lo que es la naturaleza humana, cuando la infamia está entronizada y no hay á quien apelar en la tierra contra los verdugos? Lugones, que es de carácter travieso, se da vuelta hacia su compañero de suplicio, y le dice con la mayor compostura: « Páseme, compañero, la tabaquera, pitemos un cigarro! » En fin, la disentería se declara en Tucuman, y los médicos aseguran que no hay remedio, que viene de afecciones morales, del terror, enfermedad contra la cual no se ha hallado remedio en la República Argentina hasta el dia de hoy.

Facundo se presenta un dia en una casa, y pregunta por la señora á un grupo de chiquillos que juegan á las nueces; el mas atisbado contesta que no está.— « Dile que yo he estado aquí.—¿Y quién es Vd.?— Soy Facundo Quiroga...» El niño cae redondo, y solo el año pasado ha empezado á dar indicios de recobrar un poco de razon; los otros echan á correr llorando á gritos, uno se sube á un árbol, otro salta unas tapias y se da un terrible golpe... ¿Qué quería Facundo con esta señora?... Era una hermosa viuda que había atraido sus miradas y venía á solicitarla! Porque en Tucuman el cupido ó el sátiro no estaba ocioso. Agrádale una jovencita, la habla y la propone llevarla á San Juan. Imagináos lo que una pobre niña podría contestar á esta deshonrosa proposicion hecha por un tigre.

Se ruboriza y balbuciando, contesta que ella no podía

resolver... que su padre... Facundo se dirige al padre; y el angustiado padre disimulando su horror, objeta que quién le responde de su hija, que la abandonarán. Facundo satisface á todas las objeciones, y el infeliz padre, no sabiendo lo que se dice, y creyendo cortar aquel mercado abominable, propone que se le haga un documento... Facundo toma la pluma y extiende la seguridad requerida, pasando papel y pluma al padre para que firme el convenio. El padre es padre al fin, y la naturaleza habla diciendo: «No firmo, mátame!—¡Eh! viejo cochino!» le contesta Quiroga, y toma la puerta ahogándose de rabia...

Quiroga, el campeon de la *causa que han jurado los pueblos*, como se estila decir por allá, era bárbaro, avaro y lúbrico, y se entregaba á sus pasiones sin embozo; su sucesor no saquea los pueblos, es verdad, no ultraja el pudor de las mujeres, no tiene mas que una pasion, una necesidad, la sed de *sangre humana*, y la de despotismo. En cambio, sabe usar de las palabras y de las formas que satisfacen á la exigencia de los indiferentes. Los *salvajes*, los *sanguinarios*, los *pérfidos*, *inmundos* unitarios; el *sanguinario* duque de Abrantes, el *pérfido* Ministro del Brasil, la *federacion!* el *sentimiento americano!* el oro *inmundo* de la Francia, las *pretensiones inicuas* de la Inglaterra, la *conquista* europea!! Palabras asi bastan para encubrir la mas espantosa y larga serie de crímenes que ha visto el siglo XIX. Rosas! Rosas! Rosas! me prosterno y humillo ante tu poderosa inteligencia! ¡Sois grande como el Plata; como los Andes! ¡Solo tú has comprendido cuán despreciable es la especie humana, sus libertades, su ciencia y su orgullo! Pisoteadla! que todos los gobiernos del mundo civilizados te acatarán á medida que seas mas insolente! Pisoteadla! que no te faltarán perros fieles que recogiendo el mendrugo que les tiras, vayan á derramar su sangre en los campos de batalla, ó á ostentar en el pecho vuestra marca colorada por todas las capitales americanas. Pisoteadla! ¡oh! sí, pisoteadla!....

En Tucuman, Salta y Jujuy quedaba, por la invasion de Quiroga, interrumpido ó debilitado un gran movimiento industrial y progresivo en nada inferior al que de Mendoza indicamos. El doctor Colombres, á quien Facundo cargaba

de prisiones, había introducido y fomentado el cultivo de la caña de azúcar, á que tanto se presta el clima, no dándose por satisfecho de su obra hasta que diez grandes ingenios estuvieron en movimiento. Costear plantas de la Habana, mandar agentes á los ingenios del Brasil para estudiar los procedimientos y aparejos, destilar la melaza, todo se había realizado con ardor y suceso, cuando Facundo echó sus caballadas en los cañaverales, y desmontó gran parte de los nacientes ingenios.

Una sociedad de agricultura publicaba ya sus trabajos y se preparaba á ensayar el cultivo del añil y de la cochinilla. A Salta se habían traído de Europa y de Norte América talleres y artífices para tejidos de lana, paños abatanados, jergones para alfombras, y tafiletes, de todo lo que ya se había alcanzado resultados satisfactorios. Pero lo que mas preocupaba á aquellos pueblos, porque es lo que mas vitalmente les interesa, era la navegacion del Bermejo, grande arteria comercial, que pasando por las inmediaciones ó términos de aquellas provincias, afluye al Paraná y abre una salida á las inmensas riquezas que aquel cielo tropical derrama por todas partes.

El porvenir de aquellas hermosas provincias depende de la habilitacion para el comercio de las vías acuáticas; de ciudades mediterráneas, pobres y poco populosas, podrían convertirse en diez años en otros tantos focos de civilizacion y de riqueza, si pudiesen, favorecidas por un gobierno hábil, consagrarse á allanar los ligeros obstáculos que se oponen á su desenvolvimiento. No son estos sueños quiméricos de un porvenir probable, pero lejano, no.

En Norte América las márgenes del Mississipi y de sus afluentes se han cubierto en menos de diez años, no solo de populosas y grandes ciudades, sino de Estados nuevos que han entrado á formar parte de la Union; y el Mississipi no es mas aventajado que el Paraná; ni el Ohio, el Illinois, ó el Arkansas recorren territorios mas feraces ni comarcas mas extensas que las del Pilcomayo, el Bermejo, el Paraguay y tantos grandes ríos que la Providencia ha colocado entre nosotros para marcarnos el camino que han de seguir mas tarde las nuevas poblaciones que formarán la Union argentina. Rivadavia había puesto en la carpeta

de su bufete, como asunto vital, la navegacion interna de los rios; en Salta y Buenos Aires se había formado una gran asociacion que contaba con medio millon de pesos, y el ilustre Sola realizado su viaje y publicado la carta del rio. ¡Cuánto tiempo perdido desde 1825 hasta 1845! ¡Cuánto tiempo mas aun, hasta que Dios sea servido ahogar el monstruo de la Pampa! Porque Rosas, oponiéndose tan tenazmente á la libre navegacion de los rios, pretextando temores de intrusion europea, hostilizando á las ciudades del interior, y abandonándolas á sus propias fuerzas, no obedece simplemente á las preocupaciones españolas contra los extranjeros, no cede solamente á las sugestiones de porteño ignorante que posee el puerto y la aduana general de la República, sin cuidarse de desenvolver la civilizacion y la riqueza de toda esa nacion, para que su puerto esté lleno de buques cargados de productos del interior y su aduana de mercaderías; sino que principalmente sigue sus instintos de gaucho de la pampa que ¡mira con horror el agua, con desprecio los buques, y que no conoce mas dicha, ni felicidad igual á la de montar en buen parejero para trasportarse de un lugar á otro. ¿Qué le importa la morera, el azúcar, el añil, la navegacion de los rios, la inmigracion europea, y todo lo que sale del estrecho círculo de ideas en que se ha criado? ¿Qué le va en fomentar el interior, á él que vive en medio de las riquezas y posee una aduana que sin nada de eso le da dos millones de fuertes anuales? Salta, Jujuy, Tucuman, Santa Fe, Corrientes y Entre Rios serían hoy otras tantas Buenos Aires, si se hubiese continuado el movimiento industrial y civilizador tan poderosamente iniciado por los antiguos unitarios, y del que, sin embargo, han quedado tan fecundas semillas.

Tucuman tiene hoy una grande explotacion de azúcares y licores, que sería su riqueza, si pudiese sacarlos á poco costo de flete á la costa, á permutarlos por las mercaderías en esa ingrata y torpe Buenos Aires, desde donde le viene hoy el movimiento barbarizador impreso por el gaucho de la marca colorada.

Pero no hay males que sean eternos, y un dia abrirán los ojos esos pobres pueblos á quienes se les niega toda libertad de moverse, y se les priva de todos los hombres capaces é inteligentes, que podrían llevar á cabo la obra de realizar en

pocos años el porvenir grandioso á que están llamados por la naturaleza aquellos países que hoy permanecen estacionarios, empobrecidos y devastados.

¿Por qué son perseguidos en todas partes, ó mas bien por qué eran unitarios *salvajes*, y no federales *sabios*, toda esa multitud de hombres animosos y emprendedores, que consagraban su tiempo á diversas mejoras sociales; éste á fomentar la educacion pública, aquél á introducir el cultivo de la morera, este otro al de la caña de azúcar, ese otro á seguir el curso de los grandes rios, sin otro interés personal, sin otra recompensa que la gloria de merecer bien de sus conciudadanos? ¿Por qué ha cesado este movimiento y esta solicitud? ¿Por qué no vemos levantarse de nuevo el genio de la civilizacion europea, que brillaba antes, aunque en bosquejo, en la República Argentina? ¿Por qué su gobierno *unitario* hoy, como no lo intentó jamas el mismo Rivadavia, no ha dedicado una sola mirada á examinar los inextinguibles y no tocados recursos de un suelo privilegiado? ¿Por qué no se ha consagrado una vigésima parte de los millones que devora una guerra fratricida y de exterminio, á fomentar la educacion del pueblo y promover su ventura? ¿Qué se le ha dado en cambio de sus sacrificios y de sus sufrimientos? Un trapo colorado! A esto ha estado reducida la solicitud del gobierno durante quince años, esta es la única medida de administracion nacional, el único punto de contacto entre el amo y el siervo: marcar el ganado!

CAPÍTULO IX

BARRANCA-YACO

> El fuego que por tanto tiempo abrazó la Albania, se apagó ya. Se ha limpiado toda la sangre roja, y las lágrimas de nuestros hijos han sido enjugadas. Ahora nos atamos con el lazo de la federacion y de la amistad.
>
> COLDEN'S *History of six nations.*

El vencedor de la Ciudadela ha empujado fuera de los confines de la República á los últimos sostenedores del sistema unitario. Las mechas de los cañones están apagadas, y las pisadas de los caballos han dejado de turbar el silen-

cio de la pampa. Facundo ha vuelto á San Juan y desbandado su ejército, no sin devolver en efectos de Tucuman las sumas arrancadas por la violencia á los ciudadanos, ¿Qué queda por hacer? La paz es ahora la condicion normal de la República, como lo había sido antes un estado perpetuo de oscilacion y de guerra.

Las conquistas de Quiroga habían terminado por destruir todo sentimiento de independencia en las provincias, toda regularidad en la administracion. El nombre de Facundo llenaba el vacío de las leyes; la libertad y el espíritu de ciudad habían dejado de existir; y los caudillos de provincia reasumídose en uno general para una porcion de la República. Jujuy, Salta, Tucuman, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza y San Luis, reposaban mas bien que se movían, bajo la influencia de Quiroga. Lo diré todo de una vez: el federalismo había desaparecido con los unitarios, y la fusion unitaria mas completa acababa de obrarse en el interior de la República en la persona del vencedor.

Así, pues, la organizacion unitaria que Rivadavia había querido dar á la República y que había ocasionado la lucha, venia realizándose desde el interior; á no ser que para poner en duda este hecho, concibamos que puede existir federacion de ciudades que han perdido toda espontaneidad y están á merced de un caudillo. Pero no obstante la decepcion de las palabras usuales, los hechos son tan claros que ninguna duda dejan. Facundo habla en Tucuman con desprecio de la soñada federacion; propone á sus amigos que se fijen para presidente de la República en un provinciano; indica para candidato al doctor don José Santos Ortiz, ex gobernador de San Luis, su amigo y secretario. «No es gaucho bruto como yo, es doctor y hombre de bien, dice; sobre todo, el hombre que sabe hacer justicia á sus enemigos, merece toda confianza.»

Como se ve, en Facundo, despues de haber derrotado á los unitarios y dispersado á los doctores, reaparece su primera idea antes de haber entrado en la lucha, su decision por la presidencia, y su convencimiento de la necesidad de poner órden en los negocios de la República. Sin embargo, algunas dudas lo asaltan. «Ahora, general, le dice alguno, la nacion se constituirá bajo el

sistema federal; no queda ni la sombra de los unitarios. —¡Hum! contesta meneando la cabeza, todavía hay *trapitos que machucar* (1), y con aire significativo añade: los amigos de abajo (2) no quieren constitucion.» Estas palabras las vertía ya desde Tucuman. Cuando le llegaron comunicaciones de Buenos Aires y gacetas en que se registraban los ascensos concedidos á los oficiales generales que habían hecho la estéril campaña de Córdoba, Quiroga decía al general Huidobro: «Vea Vd. si han sido para mandarme dos títulos en blanco para premiar á mis oficiales, despues que nosotros lo hemos hecho todo. ¡Porteños habían de ser!» Sabe que López tiene en su poder su caballo moro sin mandárselo, y Quiroga se enfurece con la noticia. «¡Gaucho ladron de vacas! exclama, ¡caro te va á costar el placer de montar en bueno!» Y como las amenazas y los denuestos continuasen, Huidobro y otros jefes se alarman de la indiscrecion con que se vierte de una manera tan pública.

¿Cuál es el pensamiento secreto de Quiroga? ¿Qué ideas lo preocupan desde entonces? Él no es gobernador de ninguna provincia, no conserva ejército sobre las armas, tan solo le quedaba un nombre reconocido y temido en ocho provincias, y aun armamento. A su paso por La Rioja ha dejado escondido en los bosques todos los fusiles, sables, lanzas y tercerolas que ha recolectado en los ocho pueblos que ha recorrido; pasan de doce mil armas. Un parque de veintiseis piezas de artillería queda en la ciudad con depósitos abundantes de municiones y fornituras; dieciseis mil caballos escogidos van á pacer en la quebrada de Uaco, que es un inmenso valle cerrado por una estrecha garganta.

La Rioja es, ademas de la cuna de su poder, el punto central de las provincias que están bajo su influencia. A la menor señal, el arsenal aquel proveerá de elementos de guerra á doce mil hombres. Y no se crea que lo de esconder los fusiles en los bosques es una ficcion poética. Hasta el año 1841 se han estado desenterrando depósitos de fusiles, y créese todavía, aunque sin funda-

(1) Frase vulgar tomada del modo de lavar de la plebe golpeando la ropa; quiere decir que todavía faltan muchas dificultades que vencer.

(2) Pueblos de abajo, Buenos Aires, etc.; de arriba, Tucuman, etc.

mento, que no se han exhumado todas las armas escondidas bajo de tierra entonces. El año 1830 el general La Madrid se apoderó de un tesoro de treinta mil pesos pertenecientes á Quiroga, y muy luego fué denunciado otro de quince.

Quiroga le escribía despues haciéndole cargo de cincuenta y nueve mil pesos, que, segun su dicho, contenían aquellos dos entierros, que sin duda entre otros había dejado en La Rioja desde antes de la batalla de Oncativo, al mismo tiempo que daba muerte y tormento á tantos ciudadanos á fin de arrancarles dinero para la guerra. En cuanto á las verdaderas cantidades escondidas, el general La Madrid ha sospechado despues que la asercion de Quiroga fuese exacta, por cuanto habiendo caido prisionero el descubridor, ofreció diez mil pesos por su libertad, y no habiéndola obtenido, se quitó la vida degollándose. Estos acontecimientos son demasiado ilustrativos para que me excuse de referirlos.

El interior tenía, pues, un jefe; y el derrotado de Oncativo, á quien no se habían confiado otras tropas en Buenos Aires, que unos centenares de presidiarios, podia ahora mirarse como el segundo, si no el primero, en poder. Para hacer mas sensible la escision de la República en dos fracciones, las provincias litorales del Plata habían celebrado un convenio ó federacion, por la cual se garantían mutuamente su independencia y libertad; verdad es que el federalismo feudal existía allí fuertemente constituido en López, de Santa Fé, Ferré, Rosas, jefes natos de los pueblos que dominaban; porque Rosas empezaba ya á influir como árbitro en los negocios públicos. Con el vencimiento de Lavalle, había sido llamado al gobierno de Buenos Aires, desempeñándolo hasta 1832 con la regularidad que podría haberlo hecho otro cualquiera. No debo omitir un hecho, sin embargo, que es un antecedente necesario. Rosas solicitó desde los principios ser investido de *facultades extraordinarias;* y no es posible detallar las resistencias que sus partidarios de la *ciudad* le oponían.

Obtúvolas, empero, á fuerza de ruegos y de seducciones para mientras tanto durase la guerra de Córdoba; concluida la cual, empezaron de nuevo las exigencias de hacerle desnudarse de aquel poder ilimitado. La ciudad

de Buenos Aires no concebía por entonces, cualesquiera que fuesen las ideas de partido que dividiesen á sus políticos, cómo podia existir un gobierno absoluto. Rosas, empero, resistía blandamente, mañosamente. «No es para hacer uso de ellas, decia, sino porque, como dice mi secretario García Zúñiga, es preciso, como el maestro de escuela, estar con el *chicote* en la mano para que respeten la autoridad.» La comparacion esta le había parecido irreprochable y la repetia sin cesar.

Los ciudadanos, niños; el gobernador, el hombre, el maestro. El ex gobernador no descendía, empero, á confundirse con los ciudadanos; la obra de tantos años de paciencia y de accion estaba á punto de terminarse; el periodo legal en que había ejercido el mando le había enseñado todos los secretos de la ciudadela; conocía sus avenidas, sus puntos mal fortificados, y si salia del gobieruo, era solo para poder tomarlo desde afuera por asalto, sin restricciones constitucionales, sin trabas ni responsabilidad. Dejaba el baston, pero se armaba de la espada, para venir con ella mas tarde, y dejar uno y otro, por el hacha y las varas, antigua insigna de los reyes romanos.

Una poderosa expedicion de que él se había nombrado jefe, se habia organizado durante el último período de su gobierno, para asegurar y ensanchar los límites de la provincia hacia el sur, teatro de las frecuentes incursiones de los salvajes. Debia hacerse una batida general bajo un plan grandioso; un ejército compuesto de tres divisiones obraría sobre un frente de cuatrocientas leguas, desde Buenos Aires hasta Mendoza. Quiroga debía mandar las fuerzas del interior, mientras que Rosas seguiría la costa del Atlántico con su division. Lo colosal y lo útil de la empresa ocultaba á los ojos del vulgo el pensamiento puramente político que bajo velo tan especioso se disimulaba. Efectivamente ¿qué cosa mas bella que asegurar la frontera de la República hacia el sur, escogiendo un gran rio por límite con los indios, y resguardándola con una cadena de fuertes, propósito en manera alguna impracticable, y que en el *Viaje de Cruz desde Concepcion á Buenos Aires* había sido luminosamente desenvuelto? Pero Rosas estaba muy distante de ocuparse de empresas que solo al bienestar de la República propendiesen. Su ejército hizo un paseo marcial

hasta el rio Colorado, marchando con lentitud, y haciendo observaciones sobre el terreno, clima y demas circunstancias del país que recorría.

Algunos toldos de indios fueron desbaratados, alguna chusma hecha prisionera, á esto limitáronse los resultados de aquella pomposa expedicion, que dejó la frontera indefensa como antes, y como se conserva hasta el dia de hoy. Las divisiones de Mendoza y San Luis tuvieron resultados menos felices aun, y regresaron despues de una estéril excursion á los desiertos del sur. Rosas enarboló entonces por la primera vez su bandera colorada, semejante en todo á la de Argel ó á la del Japon, y se hizo dar el título de Héroe del Desierto, que venía en corroboracion del que ya había obtenido de Ilustre Restaurador de las Leyes, de esas mismas leyes que se proponía abrogar por su base (1).

---

(1) Estancieros del sur de Buenos Aires me han aseverado despues que la expedicion aseguró la frontera, alejando á los bárbaros indómitos y sometiendo muchas tribus, que han formado una barrera que pone á cubierto las estancias de las incursiones de aquellos, y que á merced de estas ventajas obtenidas, la poblacion ha podido extenderse hacia el sur. La geografia hizo tambien importantes conquistas, descubriendo territorios desconocidos hasta entonces, y aclarando muchas dudas. El general Pacheco hizo un reconocimiento del Rio Negro, donde Rosas se hizo adjudicar la isla de Choelechoel, y la division de Mendoza descubrió todo el curso del Rio Salado hasta su desagüe en la laguna de Yauquenes. Pero un gobierno inteligente habría asegurado de esta vez para siempre las fronteras del sur de Buenos Aires. El Rio Colorado, navegable desde poco mas abajo de Cobu-Sebu, cuarenta leguas distante de Concepcion, donde lo atravesó don Luis de la Cruz, ofrece en todo su curso desde la cordillera de los Andes hasta el Atlántico, una frontera á poca costa impasable para los indios. Por lo que hace á la provincia de Buenos Aires, un fuerte establecido en la Laguna del Monte en que desagua el arroyo Guamini, sostenido por otro á las inmediaciones de la Laguna de las Salinas hacia el sur, otro en la sierra de la Ventana hasta apoyarse en el Fuerte Argentino, en Bahia Blanca, habrian permitido la poblacion del espacio de territorio inmenso que media entre este último punto y el Fuerte de la Independencia en la Sierra del Tandil, limite de la poblacion de Buenos Aires al sur. Para completar este sistema de ocupacion, requeriase, ademas, establecer colonias agrícolas en Bahia Blanca y en la embocadura del Rio Colorado, de manera que sirviesen de mercado para la exportacion de los productos de los países circunvecinos; pues careciendo de puertos toda la costa intermediaria hasta Buenos Aires, los productos de las estancias mas avanzadas al sur se pierden, no pudiendo transportarse las lanas, sebos, cueros, astas, etc., sin perder su valor en los fletes.

La navegacion y poblacion de Rio Colorado adentro traeria, á mas de los productos que puede hacer nacer, la ventaja de desalojar á los salvajes poco numerosos que quedarian cortados hacia el norte, haciéndolos buscar el territorio al sur del Colorado.

Lejos de haberse asegurado de una manera permanente las fronteras, los bárbaros han invadido desde la época de la expedicion al sur, y despoblado toda la campaña de Córdoba y de San Luis; la primera hasta San José del Morro que está en la misma latitud que la ciudad. Ambas provincias viven desde entonces en continua alarma,

Facundo, demasiado penetrante para dejarse alucinar sobre el objeto de la gran expedicion, permaneció en San Juan hasta el regreso de las divisiones del interior. La de Huidobro, que había entrado al desierto por frente de San Luis, salió en derechura de Córdoba, y á su aproximacion fué sofocada una revolucion capitaneada por los Castillos, que tenía por objeto quitar del gobierno á los Reinafé, que obedecian á la influencia de Lopez. Esta revolucion se hacía por los intereses y bajo la inspiracion de Facundo; los primeros cabecillas fueron desde San Juan, residencia de Quiroga, y todos sus fautores: Arredondo, Camargo, etc., eran sus decididos partidarios. Los periódicos de la época no dijeron nada empero, sobre las conexiones de Facundo con aquel movimiento; y cuando Huidobro se retiró á sus acantonamientos, y Arredondo y otros caudillos fueron fusilados, nada quedó por hacerse ni decirse sobre aquellos movimientos; porque la guerra que debían hacerse entre sí las dos fracciones de la República, los dos caudillos que se disputaban sordamente el mando, debía serlo solo de emboscadas, de lazos y de traiciones. Es un combate mudo, en que no se miden fuerzas, sino audacia de parte del uno, y astucia y amaño de parte del otro. Esta lucha entre Quiroga y Rosas es poco conocida, no obstante que abraza un período de cinco años. Ambos se detestan, se desprecian, no se pierden de vista un momento, porque cada uno de ellos siente que su vida y su porvenir dependen del resultado de este juego terrible.

Creo oportuno hacer sensible por un cuadro la geografía política de la República desde 1822 adelante, para que el lector comprenda mejor los movimientos que empiezan á operarse.

---

con tropas constantemente sobre las armas, lo que con el sistema de depredacion de las gobernantes, hace una plaga mas ruinosa qne las incursiones de los salvajes. La cría de ganado está casi extinguida, y los estancieros apresuran su extincion para librarse al fin de las exacciones de los gobernantes por un lado, y de las depredaciones de los indios por otro.

Por un sistema de politica inexplicable, Rosas prohibe á los gobiernos de la frontera, emprender expedicion alguna contra los indios, dejando que invadan periódicamente el pais y asolen mas de doscientas leguas de frontera. Esto es lo que Rosas no hizo como debia hacerlo en la tan decantada expedicion al sur, cuyos resultados fueron efímeros dejando subsistente el mal, que ha tomado despues mayor agravacion que antes. (*Nota de la edicion de 1851*).

REPÚBLICA ARGENTINA

REGION DE LOS ANDES	LITORAL DEL PLATA
Unidad bajo la influencia de Quiroga	*Federacion bajo el pacto de la Liga Litoral*
Jujuy	Corrientes — Ferré
Salta	
Tucuman	
Catamarca	Entre Rios } Lopez
La Rioja	Santa Fé } Lopez
San Juan	Córdoba } Lopez
Mendoza	
San Luis	Buenos Aires — Rosas

Federacion feudal

Santiago del Estero
bajo la dominacion de Ibarra

Lopez de Santa-Fé extendía su influencia sobre Entre-Rios por medio de Echagüe, santafecino y criatura suya, y sobre Córdoba por los Reinafé. Ferré, hombre de espíritu independiente, provincialista, mantuvo á Corrientes fuera de la lucha hasta 1839; bajo el gobierno de Beron de Astrada volvió las armas de aquella provincia contra Rosas, que con su acrecentamiento de poder había hecho ilusorio el pacto de la Liga. Ese mismo Ferré, por ese espíritu de provincialismo estrecho, declaró desertor en 1840 á Lavalle por haber pasado el Paraná con el ejército correntino; y despues de la batalla de Caaguazú quitó al general Paz el ejército victorioso, haciendo así malograr las ventajas decisivas que pudo producir aquel triunfo.

Ferré en estos procedimientos, como en la Liga Litoral que en años atrás había promovido, estaba inspirado por el espíritu provincial de independencia y aislamiento, que había despertado en todos los ánimos la revolucion de la independencia. Así, pues; el mismo sentimiento que había echado á Corrientes en la oposicion á la Constitucion unitaria de 1826, le hacía desde 1838 echarse en la oposicion á Rosas que centralizaba el poder. De aquí nacen los desaciertos de aquel caudillo, y los desastres que se siguieron á la batalla de Caaguazú, estéril no solo para la República

en general, sino para la provincia misma de Corrientes, pues centralizado el resto de la nacion por Rosas, mal podría ella conservar su independencia feudal y federal.

Terminada la expedicion al sur, ó por mejor decir, desbaratada porque no tenía verdadero plan ni fin real, Facundo se marchó á Buenos Aires acompañado de su escolta y de Barcala, y entra en la ciudad sin haberse tomado la molestia de anunciar á nadie su llegada. Estos procedimientos subversivos de toda forma recibida, podrían dar lugar á muy largos comentarios, sino fueran sistemáticos y caracteristicos. ¿Qué objeto llevaba á Quiroga esta vez á Buenos Aires? Es otra invasion que como la de Mendoza, hace sobre el centro del poder de su rival? ¿El espectáculo de la civilizacion ha dominado al fin su rudeza selvática, y quiere vivir en el seno del lujo y de las comodidades? Yo creo que todas estas causas reunidas aconsejaron á Facundo su mal aconsejado viaje á Buenos Aires. El poder educa, y Quiroga tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten á un hombre corresponder siempre á su nueva posicion, por encumbrada que sea. Facundo se establece en Buenos Aires, y bien pronto se ve rodeado de los hombres mas notables; compra seiscientos mil pesos de fondos públicos, juega á la alta y baja; habla con desprecio de Rosas; declárase unitario entre los unitarios, y la palabra constitucion no abandona sus labios. Su vida pasada, sus actos de barbarie, poco conocidos en Buenos Aires, son explicados entonces y justificados por la necesidad de vencer, por la de su propia conservacion. Su conducta es mesurada, su aire noble é imponente, no obstante que lleva *chaqueta*, el poncho terciado, y la barba y el pelo enormemente abultados.

Quiroga, durante su residencia en Buenos Aires hace algunos ensayos de su poder personal. Un hombre con cuchillo en mano no quería entregarse á un sereno. Acierta á pasar Quiroga por el lugar de la escena, embozado en su poncho como siempre; párase á ver, y súbitamente arroja el poncho, lo abraza é inmoviliza. Despues de desarmarlo, él mismo lo conduce á la policía, sin haber querido dar su nombre al sereno, como tampoco lo dió en la policía, donde fué, sin embargo, reconocido por un oficial; los diarios publicaron al dia siguiente aquel acto de arrojo. Sabe una

vez que cierto boticario ha hablado con desprecio de sus actos de barbarie en el interior. Facundo se dirige á su botica, y lo interroga. El boticario se le impone y le dice que allí no está en las provincias para atropellar á nadie impunemente.

Este suceso llena de placer á toda la ciudad de Buenos Aires. ¡ Pobre Buenos Aires, tan candorosa, tan engreída con sus instituciones ! Un año mas y seréis tratada con mas brutalidad que fué tratado el interior por Quiroga ! La policía hace entrar sus satélites á la habitacion misma de Quiroga en persecucion del huésped de la casa, y Facundo que se ve tratado tan sin miramiento, extiende el brazo, coge el puñal, se endereza en la cama donde está recostado, y en seguida vuelve á reclinarse y abandona lentamente el arma homicida. Siente que hay allí otro poder que el suyo, y que pueden meterlo en la cárcel, si se hace justicia á sí mismo.

Sus hijos están en los mejores colegios; jamas les permite vestir sino frac ó levita, y á uno de ellos que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo pone de tambor en un batallon hasta que se arrepienta de su locura. Cuando algun coronel le habla de enrolar en su cuerpo en clase de oficial á alguno de sus hijos: « si fuera en un regimiento mandado por Lavalle, contesta burlándose, ya; pero en estos cuerpos!... » Si se habla de escritores, ninguno hay que en su concepto pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él. Los únicos hombres honrados que tiene la República son Rivadavia y Paz: « ambos tenían las mas sanas intenciones ». A los unitarios solo exige un secretario como el Dr. Ocampo, un político que redacte una constitucion, y con una imprenta se marchará á San Luis, y desde allí la enseñará á toda la República en la punta de una lanza.

Quiroga, pues, se presenta como el centro de una nueva tentativa de reorganizar la República; y pudiera decirse que conspira abiertamente, si todos estos propósitos, todas aquellas bravatas no careciesen de hechos que viniesen á darles cuerpo. La falta de hábitos de trabajo, la pereza de pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror, acaso la novedad del teatro de accion, paralizan su pensamiento, lo mantienen en una espectativa funesta que lo compromete

últimamente, y lo entrega maniatado á su astuto rival. No han quedado hechos ningunos que acrediten que Quiroga se proponía obrar inmediatamente, si no son sus inteligencias con los gobernadores del interior, y sus indiscretas palabras repetidas por unitarios y federales, sin que los primeros se resuelvan á fiar su suerte en manos como las suyas, ni los federales lo rechacen como desertor de sus filas.

Y mientras tanto que se abandona así á una peligrosa indolencia, ve cada dia acercarse el boa que ha de sofocarlo en sus redobladas lazadas. El año 1833, Rosas se hallaba ocupado de su fantástica expedicion, y tenía su ejército obrando al sur de Buenos Aires, desde donde observaba al gobierno de Balcarce. La provincia de Buenos Aires presentó poco despues uno de los espectáculos mas singulares. Me imagino lo que sucedería en la tierra si un poderoso cometa se acercase á ella; al principio el malestar general, despues rumores sordos, vagos; en seguida las oscilaciones del globo atraído fuera de su órbita, hasta que al fin los sacudimientos convulsivos, el desplome de las montañas, el cataclismo, traerían el caos que precede á cada una de las creaciones sucesivas de que nuestro globo ha sido teatro.

Tal era la influencia que Rosas ejercía en 1834. El gobierno de Buenos Aires se sentía cada vez mas circunscrito en su accion, mas embarazado en su marcha, mas dependiente del Héroe del Desierto. Cada comunicacion de éste era un reproche dirigido á su gobierno, una cantidad exorbitante exigida para el ejército, alguna demanda inusitada; luego la campaña no obedecía á la ciudad, y era preciso poner á Rosas la queja de este desacato de sus adictos. Mas tarde la desobediencia entraba en la ciudad misma; últimamente, hombres armados recorrían las calles á caballo disparando tiros, que daban muerte á algunos transeuntes. Esta desorganizacion de la sociedad iba de dia en dia aumentándose como un cáncer, y avanzando hasta el corazon si bien podía discernirse el camino que traía desde la tienda de Rosas á la campaña, de la campaña á un barrio de la ciudad, de allí á cierta clase de hombres, los carniceros, que eran los principales instigadores.

El gobierno de Balcarce había sucumbido en 1833, al empuje de este desbordamiento de la campaña sobre la ciudad. El partido de Rosas trabajaba con ardor para abrir

un largo y despejado camino al Héroe del Desierto, que se aproximaba á recibir la ovacion merecida, el gobierno; pero el partido federal de la *ciudad* burla todavía sus esfuerzos si quiere hacer frente. La Junta de Representantes se reune en medio del conflicto que trae la acefalía del gobierno, y el general Viamont, á su llamado, se presenta con la prisa en traje de casa y se atreve aún á hacerse cargo del gobierno. Por un momento parece que el orden se restablece, y la pobre ciudad respira; pero luego principia la misma agitacion, los mismos manejos, los grupos de hombres que recorren las calles, que distribuyen latigazos á los pasantes.

Es indecible el estado de alarma en que vivió un pueblo entero durante dos años con este extraño y sistemático desquiciamiento. De repente se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de mansana en manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban á la mitad del dia? ¡Quién sabe! Alguno había dicho que venían... que se divisaba un grupo... que se había oído el tropel lejano de caballos.

Una de estas veces marchaba Facundo Quiroga por una calle seguido de un ayudante, y al ver á estos hombres con frac que corren por las veredas, á las señoras que huyen sin saber de qué, Quiroga se detiene, pasea una mirada de desden sobre aquellos grupos, y dice á su edecan: « Este pueblo se ha enloquecido.» Facundo había llegado á Buenos Aires poco despues de la caída de Balcarce. « Otra cosa hubiera sucedido, decía, si yo hubiese estado aquí.—Y qué habría hecho, general? le replicaba uno de los que escuchándole había; S. E. no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires. » Entonces Quiroga levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: ¡Mire Ud.! habria salido á la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado, le habría dicho: « sígame!» y ese hombre me habría seguido! Tal era la avasalladora energía de las palabras de Quiroga, tan imponente su fisonomía, que el incrédulo bajó la vista aterrado y por largo tiempo nadie se atrevió á desplegar los labios.

El general Viamont renuncia al fin, porque ve que no se

puede gobernar, que hay una mano poderosa que detiene las ruedas de la administracion. Búscase alguien que quiera reemplazarlo; se pide por favor á los mas animosos que se hagan cargo del baston, y nadie quiere; todos se encojen de hombros y ganan sus casas amedrentados. Al fin se coloca á la cabeza del gobierno al Dr. Maza, el maestro, el mentor y amigo de Rosas, y creen haber puesto remedio al mal que los aqueja. ¡Vana esperanza! El malestar crece léjos de disminuir.

Anchorena se presenta al gobierno pidiendo que reprima los desórdenes, y sabe que no hay medio alguno á su alcance, que la fuerza de la policía no obedece, que hay órdenes de afuera. El general Guido, el Dr. Alcorta, dejan oir todavía en la Junta de Representantes algunas protestas enérgicas contra aquella agitacion convulsiva en que se tiene á la ciudad; pero el mal sigue; y para agravarlo, Rosas reprocha al gobierno desde su campamento los desórdenes que él misma fomenta. ¿Qué es lo que quiere este hombre? ¿Gobernar? Una comision de la Sala va á ofrecerle el gobierno; le dice que solo él puede poner término á aquella angustia, á aquella agonía de dos años. Pero Rosas no quiere gobernar, y nuevas comisiones, nuevos ruegos. Al fin halla medio de conciliarlo todo. Les hará el favor de gobernar, si los tres años que abraza el período legal se prolongan á cinco, y se le entrega la *suma* del poder público, palabra nueva cuyo alcance solo él comprende.

En estas transacciones se hallaba la ciudad de Buenos Aires y Rosas, cuando llega la noticia de un desavenimiento entre los gobiernos de Salta, Tucuman y Santiago del Estero que podia hacer estallar la guerra. Cinco años van corridos desde que los unitarios han desaparecido de la escena política, y dos desde que los federales de la ciudad, los *lomos negros*, han perdido toda influencia en el gobierno; cuando mas tienen valor para exigir algunas condiciones que hagan tolerable la capitulacion. Rosas, entre tanto que la *ciudad* se rinde á discrecion, con sus instituciones, sus garantías individuales, con sus responsabilidades impuestas al gobierno, agita fuera de Buenos Aires otra máquina no menos complicada.

Sus relaciones con Lopez de Santa Fe, son activas, y tiene

ademas una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el gobierno de Córdoba está bajo la influencia de Lopez, que ha puesto á su cabeza á los Reinafé. Invítase á Facundo á ir á interponer su influencia para apagar las chispas que se han levantado en el norte de la República; nadie sino él está llamado para desempeñar esta mision de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide al fin. El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y al subir á la galera, dirige en presencia de varios amigos, sus adioses á la ciudad. « Si salgo bien, dice, agitando la mano, te volveré á ver; ¡sino adiós para siempre! » ¿Qué siniestros presentimientos vienen á asomar, en aquel momento su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napoleon al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito á pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos, y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir á las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven á aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalacion; camina todos los dias hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha de nuevo á las cuatro. Acompáñale el Dr. Ortiz su secretario, y un joven conocido, á quien á su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta á que llega, hace preguntar inmediatamente: «¿á qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires?— Hace una hora.— Caballos, sin pérdida de momento!» grita Quiroga, y la marcha continúa. Para hacer mas penosa la situacion, parecía que las cataratas del cielo se habian abierto; durante tres dias la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdiccion de Santa Fe la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia, cuando en la posta de Pavon sabe que no hay caballos, y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes

de procurarse nuevos tiros es una agonía mortal para Facundo, que grita á cada momento: ¡caballos! ¡caballos! Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver á este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: «si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demas.» En el paso del Rio III acuden los gauchos de la vecindad á ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que á hombros.

Ultimamente llega á la ciudad de Córdoba á las nueve y media de la noche, y una hora despues del arribo del chasque de Buenos Aires, á quien ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude á la posta donde Facundo está aun en la galera pidiendo caballos, que no hay en aquel momento; salúdalo con respeto y efusion, suplícale que pase la noche en la ciudad donde el gobierno se prepara á hospedarlo dignamente. ¡Caballos necesito! es la breve respuesta que da Quiroga; ¡caballos! replica á cada nueva manifestacion de interés ó de solicitud de parte de Reinafé, que se retira al fin humillado, y Facundo parte para su destino á las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entre tanto, estaba agitada por los mas extraños rumores; los amigos del jóven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel á visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. y N.; las pistolas han sido compradas en tal almacen; han sido vistos N. y N., para encargarse de la ejecucion, y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo, y hace abortar todos los preparativos. Jamas se ha premeditado un atentado con mas descaro; toda Córdoba está instruida de los mas mínimos detalles del crímen que el gobierno intenta; y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga en tanto llega á su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles, y regresa por Córdoba á despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucuman, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazon y sus oídos, y le hace obstinarse en volver á desafiar á sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas á su paso por La Rioja, y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo, aviso tras de aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado, sabe el nuevo y mas inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. ¡A Córdoba! grita á los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje (1).

Antes de llegar á la posta del Ojo de Agua, un jóven sale del bosque y se dirige hácia la galera, requiriendo al postillon que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela, y le pregunta lo que se le ofrece.—Quiero hablar al doctor Ortiz. Desciende éste, y sabe lo siguiente. En las inmediaciones del lugar llamado Barranca Yaco está apostado Santos Perez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados, y matar en seguida de postillon arriba; nadie debe escapar, esta es la órden. El jóven, que ha sido en otro

(1) En la causa criminal seguida contra los cómplices en la muerte de Quiroga, el reo Cabanillas declaró en un momento de efusion, de rodillas en presencia del doctor Maza (degollado por los agentes de Rosas) que él no se habia propuesto sino salvar á Quiroga; que el 24 de diciembre habia escrito á un amigo de éste, un francés, que le hiciese decir á Quiroga que no pasase por el monte de San Pedro, donde él estaba aguardándolo con veinticinco hombres para asesinarlo por órden de su gobierno; que Toribio Junco (un gaucho de quien Santos Pérez decía: hay otro mas valiente que yo, es Toribio Junco), habia dicho al mismo Cabanillas, que observando cierto desórden en la conducta de Santos Pérez, empezó á acecharlo, hasta que un dia lo encontró arrodillado en la capilla de la Vírgen de Tulumba, con los ojos arrasados de lágrimas; que preguntándole la causa de su quebranto, le dijo: estoy pidiendo á la Vírgen me ilumine sobre si debo matar á Quiroga segun me lo ordenan, pues me presentan este acto como convenido entre los gobernadores López, de Santa Fe, y Rosas de Buenos Aires, único medio de salvar la República. (*Nota de la edicion de 1851.*)

tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido á salvarlo, tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario asustado pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al jóven Sandivaras, le da las gracias por su buena accion, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga. «No ha nacido todavía, le dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar á Facundo Quiroga. A un grito mio, esa partida mañana se pondrá á mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya Vd., amigo, sin cuidado.»

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticia hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinacion en ir á desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevacion, lo llevan maniatado á la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene á menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicacion me la daba á mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros de la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va á una muerte cierta é inevitable, y que carece de valor y de la temeridad que anima á Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto mas, cuanto que siendo por fortuna sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos; porque si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquella en que un triste deber, el de acompañar á un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla ([1]).

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y lo interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar

(1) Tuve estos detalles del malogrado doctor Piñero, muerto en 1846 en Chile, pariente del doctor Ortiz, compañero de viaje de Quiroga desde Buenos Aires hasta Córdoba. Es triste necesidad sin duda no poder citar sino los muertos en apoyo de la verdad. (*Nota de la edicion de 1851.*)

de su confianza. ¡Qué pormenores va á oir! Santos Perez ha estado allí con una partida de treinta hombres una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable, están ya apostados en el lugar designado, deben morir todos los que acompañan á Quiroga, así lo ha dicho Santos Perez al mismo maestro de posta. Esta confirmacion de la noticia recibida de antemano, no altera en nada la determinacion de Quiroga, que despues de tomar una taza de chocolate, segun su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana tambien la cama, no para dormir sino para acordarse de su esposa, de sus hijos á quienes no volverá á ver mas. ¿Y todo por qué? Por no arrostrar el enojo de un temible amigo, por no incurrir en la tacha de desleal. A media noche la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va á buscar á su confidente. «¿Duerme, amigo? le pregunta en voz baja.—¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible!—¿Con que no hay duda? ¡Qué suplicio el mio!—Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos tambien! Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... á quién mandaré? á hacerlo morir inocentemente!

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo por salvar su vida y la de su compañero; despierta á Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí, que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin mas réplica. Quiroga manda á su asistente, que es un valiente negro, á que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera, y las cargue; á esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el dia por fin, y la galera se pone en camino. Acompáñale á mas del postillon que va en el tiro el niño aquel, dos correos que se han reunido por casualidad, y el negro que va á caballo. Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir á nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos

y en un momento inutilizan los caballos, y descuartizan al postillon, correos y asistente. Quiroga entónces asoma la cabeza, y hace por el momento vacilar á aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y á la cuestion de Quiroga: ¿Qué significa esto?» recibe por toda contestacion un balazo en un ojo, que le deja muerto.

Entonces Santos Perez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario, y manda, concluida la ejecucion, tirar hácia el bosque la galera llena de cadáveres con los caballos hechos pedazos y el postillon que con la cabeza abierta se mantiene aun á caballo.—¿Qué muchacho es este? pregunta viendo al niño de la posta, único que queda vivo.—Este es un sobrino mio, contesta el sargento de la partida, yo respondo de él con mi vida.— Santos Perez se acerca al sargento, le atraviesa el corazon de un balazo, y en seguida desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, á pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza á Santos Perez. Despues, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto en las breñas de las rocas ó en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si á la vacilante claridad de las estrellas se aventura á salir de su guarida, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño; y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, lo arredra ver venir por el que él deja al niño animando su caballo. Facundo decía tambien que un solo remordimiento lo aquejaba: la muerte de los veintiseis oficiales fusilados en Mendoza!

¿ Quién es, mientras tanto, este Santo Perez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras mas obstinadas é intangibles de la Sierra, y por largo tiempo el pago de Santa Catalina fué una republiqueta adonde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras

mas elevadas habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios solo alcanzó á ser su asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra y rizada. Largo tiempo fué despues perseguido por la justicia y nada menos que cuatrocientos hombres andaban en su busca. Al principio los Reinafé lo llamaron, y en la casa de gobierne fué recibido amigablemente. Al salir de la entrevista empezó á sentir una extraña descompostura de estómago, que le sugirió la idea de consultar á un médico amigo suyo, quien informado por él de haber tomado una copa de licor que se le brindó, le dió un elixir que le hizo arrojar oportunamente el arsénico que el licor disimulaba. Mas tarde, y en lo mas recio de la persecucion, el comandante Casanova, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadron de que el comandante Casanova era jefe, hacía el ejercicio al frente de su casa, Santos Perez se desmonta en la puerta y le dice: — «Aquí estoy; ¿qué quería decirme? — ¡Hombre! Santo Perez, pase por acá, siéntese — ¡No! ¿Para qué me ha hecho llamar?» — El comandante sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en el momento. Su astuto y osado interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desden y volviéndole la espalda, le dice: «Estaba seguro de que quería agarrarme por traicion! He venido por convencerme no mas.» Cuando se dió órden al escuadron de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin, una noche lo cogieron dentro de la ciudad de Córdoba, por una venganza femenil.

Había dado de golpes á la querida con quien dormía; ésta, sintiéndolo profundamente dormido, se levanta con precaucion, le toma las pistolas y el sable, sale á la calle y lo denuncia á una patrulla. Cuando despierta rodeado de fusiles apuntados á su pecho, echa mano á las pistolas, y no encontrándolas: «Estoy rendido, dice con serenidad: me han quitado las pistolas!» El dia que lo entraron á Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa de gobierno.

A su vista gritaba el populacho: *¡Muera Santos Perez!* y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan solo estas palabras: «tuviera aquí mi cuchillo!» Al bajar del carro

que lo conducía á la cárcel gritó repetidas veces: « Muera el tirano ! » y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca como la de Danton, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban de vez en cuando en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El gobierno de Buenos Aires dió un aparato solemne á la ejecucion de los asesinos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo expuesta á exámen del pueblo; y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuidos por millares, como tambien extractos del proceso, que se dió á luz en un volúmen en folio. La historia imparcial espera todavía datos y revelaciones para señalar con su dedo al instigador de los asesinos.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

GOBIERNO UNITARIO

> No se sabe bien por qué es que *quiere gobernar*. Una sola cosa ha podido averiguarse, y es que está poseido de una furia que lo atormenta, *quiere gobernar!* Es un oso que ha roto las rejas de su jaula, y desde que tenga en sus manos *su gobierno*, pondrá en fuga á todo el mundo. ¡Ay de aquel que caiga en sus manos! no lo largará hasta que espire bajo *su gobierno*. Es una sanguijuela que no se desprende hasta que no está repleta de sangre.
>
> LAMARTINE.

He dicho en la introduccion de estos ligeros apuntes que, para mi entender, Facundo Quiroga es el núcleo de la guerra civil de la República Argentina, y la expresion mas franca y candorosa de una de las fuerzas que han luchado con diversos nombres durante treinta años. La muerte de Quiroga no es un hecho aislado ni sin consecuencia; antecedentes sociales que he desenvuelto antes, la hacían casi inevitable; era un desenlace político, como el que podría haber dado una guerra.

El gobierno de Córdoba, que se encargó de consumar el atentado, era demasiado subalterno entre los que se habían establecido, para que osase acometer la empresa con tanto descaro, si no se hubiese creído apoyado de los que iban á cosechar los resultados. El asesinato de Quiroga es, pues, un acto *oficial*, largamente discutido entre varios gobiernos, preparado con anticipacion, y llevado á cabo con tenacidad como una medida de estado. Por lo que con su muerte no queda terminada la serie de hechos que me he propuesto coordinar, y para no dejarla trunca é incompleta, necesito continuar un poco mas adelante en el camino que llevo, para examinar los resultados que produce en la política interior de la República, hasta que el número de cadáveres que cubran el sendero sea ya tan grande, que me sea for-

zoso detenerme, hasta esperar que el tiempo y la intemperie los destruyan, para que desembaracen la marcha. Por la puerta que deja abierta el asesinato de Barranca-Yaco, entrará el lector conmigo en un teatro donde todavía no se ha terminado el drama sangriento.

Facundo muere asesinado el 18 de febrero; la noticia de su muerte llega á Buenos Aires el 24, y á principio de marzo ya estaban arregladas todas las bases del gobierno necesario é inevitable del Comandante General de Campaña, que desde 1833 ha tenido en tortura á la ciudad, fatigádola, angustiádola, desesperádola, hasta que le ha arrancado al fin entre sollozos y gemidos la *suma del poder público*, porque Rosas no se ha contentado esta vez con exigir la dictadura las facultades extraordinarias, etc. No; lo que pide es lo que la frase expresa: tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, culto, ideas, conciencia, vida, haciendas, preocupaciones; sumad todo lo que tiene poder sobre la sociedad, y lo que resulte será la suma del poder público pedida. El 5 de abril la Junta de Representantes, en cumplimiento de lo estipulado, elige gobernador de Buenos Aires por cinco años al general Don Juan Manuel Rosas, Héroe del Desierto, Ilustre Restaurador de las Leyes, Depositario de la Suma del Poder Público.

Pero no le satisface la eleccion hecha por la Junta de Representantes; lo que medita es tan grande, tan nuevo, tan nunca visto, que es preciso tomarse antes todas las seguridades imaginables, no sea que mas tarde se diga que el pueblo de Buenos Aires no le ha delegado la *suma del poder público*. Rosas gobernador propone á las mesas electorales esta cuestion; ¿Convienen en que Don Juan Manuel Rosas sea gobernador por cinco años, con la suma del poder público? Y debo decirlo en obsequio de la verdad histórica, nunca hubo gobierno mas popular, mas deseado, ni mas bien sostenido por la opinion.

Los unitarios que en nada habían tomado parte, lo recibian al menos con indiferencia; los federales, *lomos negros*, con desden, pero sin oposicion; los ciudadanos pacíficos lo esperaban como una bendicion y un término á las crueles oscilaciones de dos largos años; la campaña, en fin, como el símbolo de su poder y la humillacion de los *cajetillas* de la *ciudad*. Bajo tan felices disposiciones, principiáronse las

elecciones ó ratificaciones en todas las parroquias, y la votacion fué unánime, excepto tres votos que se opusieron á la delegacion de la suma del poder público. ¿Concíbese cómo ha podido suceder que en una provincia de cuatrocientos mil habitantes, segun lo asegura la *Gaceta*, solo hubiese tres votos contrarios al gobierno? ¿Sería acaso que los disidentes no votaron? ¡Nada de eso! No se tiene aun noticia de ciudadano alguno que no fuese á votar; los enfermos se levantaron de la cama á ir á dar su asentimiento, temerosos de que sus nombres fuesen inscritos en algun negro registro, porque así se había insinuado.

El terror estaba ya en la atmósfera, y aunque el trueno no había estallado aún, todos veían la nube negra y torva que venía cubriendo el cielo dos años había. La votacion aquella es única en los anales de los pueblos civilizados, y los nombres de los tres locos, mas bien que animosos opositores, se han conservado en la tradicion del pueblo de Buenos Aires.

Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden ántes de todo el reposo de que por largos años han carecido, aun á espensas de la libertad ó de los fines que ambicionaban; este es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías é imperios. Roma, cansada de las luchas de Mario y de Sila, de patricios y plebeyos, se entregó con delicia á la dulce tiranía de Augusto, el primero que encabeza la lista execrable de los emperadores romanos.

La Francia despues del terror, despues de la impotencia y desmoralizacion del Directorio, se entregó á Napoleón que por un camino sembrado de laureles, la sometió á los aliados que la devolvieron á los Borbones.

Rosas tuvo la habilidad de acelerar aquel cansancio, de crearlo á fuerza de hacer imposible el reposo. Dueño una vez del poder absoluto, ¿quién se lo pedirá mas tarde, quién se atreverá á disputarle sus títulos á la dominacion? Los romanos daban la dictadura en casos raros y por término corto fijo; y aun así, el uso de la dictadura temporal autorizó la perpetua, que destruyó la república y trajo todo el desenfreno del Imperio. Cuando el término del gobierno de Rosas espira, anuncia su determinacion

decidida de retirarse á la vida privada; la muerte de su cara esposa, la de su padre, han ulcerado su corazon; necesita ir lejos del tumulto de los negocios públicos á llorar á sus anchas pérdidas tan amargas. El lector debe recordar al oir este lenguaje en la boca de Rosas que no veía á su padre desde su juventud, y á cuya esposa había dado dias tan amargos, algo parecido á las hipócritas protestas de Tiberio ante el senado romano. La Sala de Buenos Aires le ruega, le suplica que continúe haciendo sacrificios por la patria; Rosas se deja persuadir, continúa tan solo por seis meses mas; pasan los seis meses y se abandona la farsa de la eleccion. Y en efecto, ¿qué necesidad tiene de ser electo un jefe que ha arraigado el poder en su persona? ¿Quién le pide cuenta temblando del terror que les ha inspirado á todos?

Cuando la aristocracia veneciana hubo sofocado la conspiracion de Tiépolo, en 1300, nombró de su seno diez individuos que, investidos de facultades discrecionales, debían perseguir y castigar á los conjurados, pero limitando la duracion de su autoridad á solo diez dias. Oigamos al conde De Daru, en su célebre *Historia de Venecia*, referir el suceso. «Tan inminente se creyó el peligro, dice, que se creó una autoridad dictatorial despues de la victoria. Un consejo de diez miembros fué nombrado para velar por la conservacion del Estado. Se le armó de todos los medios, librósele de todas las formas, de todas las responsabilidades, quedáronle sometidas todas las cabezas.

«Verdad es que su duracion no debía pasar de diez dias; fué necesario, sin embargo, prorrogarla por diez mas, despues por veinte, en seguida por dos meses; pero al fin fué prolongada seis veces seguidas por este último término. A la vuelta de un año de existencia se hizo continuar por cinco. Entonces se encontró demasiado fuerte para prorrogarse á sí mismo durante diez años mas, hasta que fué aquel terrible tribunal declarado perpétuo. Lo que había hecho por prolongar su duracion lo hizo por extender sus atribuciones. Instituido solamente para conocer en los crímenes de Estado, ese tribunal se había apoderado de la administracion. So pretexto de velar por la seguridad de la República, se entrometió en la paz y en la

guerra, dispuso de las rentas, y concluyó por arrogarse el poder soberano (1).»

En la República Argentina no es un consejo el que se ha apoderado así de la autoridad suprema, es un hombre, y un hombre bien indigno. Encargado temporalmente de las Relaciones Exteriores, depone, fusila, asesina á los gobernadores de las provincias que le hicieron el encargo. Revestido de la suma del poder público en 1835 por solo cinco años, en 1845 está revestido aun de aquel poder. Y nadie sería hoy tan candoroso para esperar que lo deje, ni que el pueblo se atreva á pedírselo. Su gobierno es de por vida, y si la Providencia hubiese de consentir que muriese pacíficamente como el doctor Francia, largos años de dolores y miserias aguardan á aquellos desgraciados pueblos, víctimas hoy del cansancio de un momento.

El 13 de abril de 1835 se recibió Rosas del gobierno, y su talante desembarazado y su aplomo en la ceremonia, no dejó de sorprender á los ilusos que habían creído tener un rato de diversion al ver el desmayo y *gaucherie* del gaucho. Presentóse de casaca de general desabotonada, que dejaba ver un chaleco amarillo de cotonía. Perdónenme los que no comprendan el espíritu de esta singular *toilette* el que recuerde aquella circunstancia.

En fin, ya tiene el gobierno en sus manos. Facundo ha muerto un mes antes; la ciudad se ha entregado á su discrecion; el pueblo ha confirmado del modo mas auténtico esta entrega de toda garantía y de toda institucion. Es el Estado una tabla rasa en que él va á escribir una cosa nueva, original; es él un poeta; un Platon que va á realizar su república ideal, segun él la ha concebido; es este un trabajo que ha meditado veinte años, y que al fin puede dar á luz sin que vengan á estorbar su realizacion tradiciones envejecidas, preocupaciones de la época, plagios hechos á la Europa, garantías individuales, instituciones vigentes. Es un genio, en fin, que ha estado lamentando los errores de su siglo y preparándose para destruirlos de un golpe. Todo va á ser nuevo, obra de su ingenio: vamos á ver este portento.

De la Sala de Representante adonde ha ido á recibir el

(1) *Histoire de Venise*, tom. II, lib. VII, pág. 81.

baston, se retira en un coche *colorado*, mandado pintar exprofeso para el acto, al que están atados cordenes de seda *colorado*, y á los que se uncen aquellos hombres que desde 1833 han tenido la ciudad en continua alarma por sus atentados y su impunidad; llámase la *Sociedad Popular*, y lleva el *puñal* á la cintura, chaleco *colorado*, y una cinta *colorada*, en la que se lee: *Mueran los unitarios*. En la puerta de su casa le hacen guardia de honor estos mismos hombres: despues acuden los ciudadanos, despues los generales, porque es necesario hacer aquella manifestacion de adhesion sin límites á la persona del Restaurador.

Al dia siguiente aparece una proclama y una lista de proscripcion, en la que entra uno de sus concuñados, el Dr. Alsina. La proclama aquella, que es uno de los pocos escritos de Rosas, es un documento precioso que siento no tener á mano. Era un programa de su gobierno, sin disfraz, sin rodeos: *el que no está conmigo es mi enemigo*, tal era el axioma de política consagrado en ella. Se anuncia que va á correr sangre, y tan solo promete no atentar contra las propiedades. ¡Ay de los que provoquen su cólera!

Cuatro dias despues la parroquia de San Francisco anuncia su intencion de celebrar una misa y *Tedeum* en accion de gracias al Todopoderoso, etc., etc., invitando al vecindario á solemnizar con su presencia el acto. Las calles circunvecinas están empavesadas, alfombradas, tapizadas, decoradas. Es aquello un bazar oriental en que se ostentan tejidos de damasco, púrpura, oro y pedrerías, en decoraciones caprichosas. El pueblo llena las calles, los jóvenes acuden á la novedad, las señoras hacen de la parroquia su paseo de la tarde. El *Tedeum* se posterga de un dia á otro, y la agitacion de la ciudad, el ir y venir, la excitacion, la interrupcion de todo trabajo dura cuatro, cinco dias consecutivos. La *Gaceta* repite los mas mínimos detalles de la espléndida funcion.

Ocho dias despues otra parroquia anuncia su *Tedeum*; los vecinos se proponen rivalizar en entusiasmo, y oscurecer la pasada fiesta. ¡Qué lujo de decoraciones, qué ostentacion de riquezas y adornos! El retrato del Restaurador está en la calle en un dosel en que los terciopelos *colorados* se mezclan con los galones y las cordonaduras de oro. Igual movimiento por mas dias aún; se vive en la calle, en

la parroquia privilegiada. Pocos dias despues, otra parroquia, otra fiesta en otro barrio. Pero ¿hasta cuándo fiestas? ¡Qué! ¿No se cansa este pueblo de espectáculos? ¿Qué entusiasmo es aquel que no se resfría en un mes? ¿Por qué no hacen todas las parroquias su funcion á un tiempo? No; es el entusiasmo sistemático, ordenado, administrado poco á poco.

Un año despues todavía no han concluido las parroquias de dar su fiesta; el vértigo *oficial* pasa de la ciudad á la campaña, y es cosa de nunca acabar. La *Gaceta* de la época está ahí ocupada año y medio en describir fiestas federales. El *retrato* se mezcla en todas ellas, tirado en un carro hecho para él, por los generales, las señoras, los federales *netos*. «Et le peuple, enchanté d'un tel spectacle, enthousiasmé du *Tedeum* chanté moult bien á Notre-Dame, le peuple oublia qu'il payait fort cher tout, et se retirait fort joyeux (1).»

De las fiestas sale al fin de año y medio el color *colorado* como insignia de adhesion *á la causa*; el retrato de Rosas, colocado en los altares primero, pasa despues á ser parte del equipo de cada hombre, que debe llevarlo en el pecho, en señal de *amor intenso á la persona* del Restaurador. Por último, de entre estas fiestas se desprende al fin la terrible Mazorca, cuerpo de policía, entusiasta, federal, que tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y aguarrás á los descontentos primero, y despues, no bastando este tratamiento flojístico, degollar á aquellos que se les indique.

La América entera se ha burlado de aquellas famosas fiestas de Buenos Aires, y mirádolas como el colmo de la degradacion de un pueblo; pero yo no veo en ellas sino un designio político, el mas fecundo en resultados. ¿Cómo encarnar en una república que no conoció reyes jamás, la idea de la *personalidad de gobierno?* La cinta colorada es una materializacion del terror, que os acompaña á todas partes, en la calle, en el seno de la familia; es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse; y las ideas se nos graban siempre por asociacion. La vista de un árbol en el campo nos recuerda lo que íbamos conversando diez años antes al pasar por cerca de él; figuráos las ideas que trae consigo

(1) *Chronique du moyen âge.*

asociadas la cinta colorada, y las impresiones indelebles que ha debido dejar unidas á la imágen de Rosas!

Así, en una comunicacion de un alto funcionario de Rosas, he leído en estos dias, «que es un signo que su gobierno ha mandado llevar á sus empleados en señal de conciliacion y de paz». Las palabras *Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios*, son por cierto muy conciliadoras, tanto que solo en el destierro ó en el sepulcro habrá quienes se atrevan á negar su eficacia. La mazorca ha sido un instrumento poderoso de conciliacion y de paz, y sino id á ver los resultados, y buscad en la tierra ciudad mas conciliada y pacífica que la de Buenos Aires. A la muerte de su esposa que una chanza brutal de su parte ha precipitado, manda que se le tributen honores de capitan general, y ordena un luto de dos años á la ciudad y campaña de la provincia, que consiste en un ancho crespon atado al sombrero con una cinta colorada. Imagináos una ciudad culta, hombres y niños vestidos á la europea, *uniformados* dos años enteros con un ribete colorado en el sombrero! ¿Os parece ridículo? ¡No! nada hay ridículo cuando todos sin excepcion participan de la extravagancia, y sobre todo cuando el azote ó las lavativas de ají están ahi para poneros sérios como estátuas si os viene la tentacion de reiros.

Los serenos cantan á cada cuarto de hora: *¡Viva el Ilustre Restaurador! ¡Viva doña Encarnacion Ezcurra! ¡Mueran los impíos unitarios!* El sargento primero al pasar lista á su compañia repite las mismas palabras; el niño al levantarse de la cama saluda al día con la frase sacramental. No hace un mes que una madre argentina alojada en una fonda de Chile, decía á uno de sus hijos que despertaba repitiendo en voz alta: «¡Vivan los federales! ¡mueran los salvajes, asquerosos unitarios!» Cállate hijo, no digas eso aquí, que no se usa; ya no digas mas, no sea que te oigan!

Su temor era fundado: le oyeron! ¿Qué político ha producido la Europa que haya tenido el alcance para comprender el medio de crear la idea de la *personalidad* del jefe del gobierno, ni la tenacidad prolija de incubarla quince años, ni que haya tocado medios mas variados ni mas conducentes al objeto? Podemos en esto, sin embargo, consolarnos de que la Europa haya suministrado un modelo al genio americano. La mazorca, con los mismos caracteres, compuesta

de los mismos hombres, ha existido en la Edad Media en Francia, en tiempo de las guerras entre los partidos de los Armagnac y del duque de Borgoña. En la *Historia de París* escrita por La Fosse, encuentro estos singulares detalles: «Estos instigadores del asesinato, á fin de reconocer por todas partes á los borgoñones, habían ya ordenado que llevasen en el vestido la cruz de San Andrés, principal atributo del escudo de Borgoña, y para estrechar mas los lazos del partido, imaginaron en seguida formar una hermandad bajo la invocacion del mismo San Andrés. Cada cófrade debía llevar por signo distintivo á mas de la cruz, una corona de rosas... ¡Horrible confusion! ¡el símbolo de inocencia y de ternura sobre la cabeza de los degolladores!.... ¡Rosas y sangre!... La sociedad odiosa de los *cabochiens*, es decir, la horda de carniceros y desolladores, fué soltada por la ciudad, como una tropa de tigres hambrientos, y estos verdugos sinnúmero se bañaron en sangre humana [1].»

Poned en lugar de la cruz de San Andrés la cinta colorada; en lugar de las rosas coloradas, el chaleco colorado; en lugar de *cabochiens*, mazorqueros; en lugar de 1418, fecha de aquella sociedad, 1835, fecha de esta otra; en lugar de París, Buenos Aires; en lugar del duque de Borgoña, Rosas; y tendréis el plagio hecho en nuestros dias. La mazorca como los *cabochiens* se compuso en su orígen de los carniceros y desolladores de Buenos Aires. ¡Qué instructiva es la historia! ¡Cómo se repite á cada rato!...

Otra creacion de aquella época fué el *censo de las opiniones*. Esta es una institucion verdaderamente original. Rosas mandó levantar en la ciudad y la campaña, por medio de los jueces de paz, un registro en el que se anotó el nombre de cada vecino, clasificándolo de unitario, indiferente, federal, ó federal neto. En los colegios se encargó á los rectores, y en todas partes se hizo con la mas severa escrupulosidad, comprobándolo despues, y admitiendo los reclamos que la inexactitud podía originar. Estos registros reunidos despues en la oficina de gobierno, han servido para suministrar gargantas á la cuchilla infatigable de la mazorca durante siete años!

Sin duda que pasma la osadía del pensamiento de formar

(1) *Histoire de Paris*, tomo III, pág. 176.

la estadística de las opiniones de un pueblo entero, caracterizarlas segun su importancia, y con el registro á la vista seguir durante diez años la tarea de desembarazarse de todas las cifras adversas, destruyendo en la *persona* el gérmen de la hostilidad. Nada igual me presenta la historia sino las clasificaciones de la Inquisicion que distinguía las opiniones heréticas en mal sonantes, ofensivas de oídos piadosos, cuasi herejia, herejía, herejía perniciosa etc., etc.; pero al fin la Inquisicion no hizo el catastro de la España para exterminarla en las generaciones, en el individuo antes de ser denunciado al Santo Tribunal.

Como mi ánimo es solo mostrar el nuevo órden de instituciones que suplanta á las que estamos copiando de la Europa, necesito acumular las principales, sin atender á las fechas. La ejecucion que llamamos *fusilar* queda desde luego sustituida por la de *degollar*. Verdad es que se fusila una mañana cuarenta y cuatro indios en una plaza de la ciudad, para dejar yertos á todos con esta matanza que, aunque de salvajes, era al fin de hombres; pero poco á poco se abandona, y el *cuchillo* se hace el instrumento de la justicia.

¿De dónde ha tomado tan peregrinas ideas de gobierno este hombre horriblemente extravagante? Yo voy á consignar algunos datos. Rosas desciende de una familia perseguida por *goda* durante la revolucion de la independencia. Su educacion doméstica se resiente de la dureza y terquedad de las antiguas costumbres señoriales. Yo he dicho que su madre, de un carácter duro, tétrico, se ha hecho servir de rodillas hasta estos últimos años; el silencio lo ha rodeado durante su infancia, y el espectáculo de la autoridad y de la servidumbre han debido dejarle impresiones duraderas.

Algo de extravagante ha habido en el carácter de la madre, y esto se ha reproducido en don Juan Manuel y dos de sus hermanas. Apenas llegado á la pubertad se hace insoportable á su familia, y su padre lo destierra en una estancia. Rosas, con cortos intervalos, ha residido en la campaña de Buenos Aires cerca de treinta años; y ya el año 24 era una autoridad que las sociedades industriales ganaderas consultaban en materia de arreglos de estancias.

Es el primer jinete de la República Argentina, y cuando digo de la República Argentina, sospecho que de toda la tierra, porque un equitador ni un árabe tiene que habérselas con el potro salvaje de la pampa.

Es un prodigio de actividad; sufre accesos nerviosos en que la vida predomina tanto que necesita saltar sobre un caballo, echarse á correr por la pampa, lanzar gritos desacompasados, rodar, hasta que al fin extenuado el caballo, sudando él á mares, vuelve á las habitaciones fresco ya y dispuesto para el trabajo. Napoleon y Lord Byron padecían de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de la vida.

Rosas se distingue desde temprano en la campaña por las vastas empresas de leguas de siembras de trigo que acomete y lleva á cabo con suceso, y sobre todo por la administracion severa, por la disciplina de hierro que introduce en sus estancias. Esta es su obra maestra, su tipo de gobierno, que ensayará mas tarde para la *ciudad* misma. Es preciso conocer el gaucho argentino y sus propensiones innatas, sus hábitos inveterados. Si andando en la pampa le vais proponiendo darle una estancia con ganados que lo hagan rico propietario; si corre en busca de la médica de los alrededores para que salve á su madre, á su esposa querida que deja agonizando, y se atraviesa un avestruz por su paso, echará á correr detras de él olvidando la fortuna que le ofrecéis, la esposa ó la madre moribunda; y no es él solo que está dominado de este instinto; el caballo mismo relincha, sacude la cabeza y tasca el freno de impaciencia por volar detrás del avestruz. Si á la distancia de diez leguas de su habitacion el gaucho echa de menos su cuchillo, se vuelve á tomarlo, aunque esté á una cuadra del lugar adonde iba; porque el cuchillo es para él lo que la respiracion á la vida misma.

Pues bien, Rosas ha conseguido que en sus estancias, que se unen con diversos nombres desde los Cerrillos hasta el arroyo Cachagualefú, anduviesen los avestruces en rebaños, y dejasen al fin de huir á la aproximacion del gaucho, tan seguros y tranquilos pacen en las posesiones de Rosas; y esto mientras que han sido ya extinguidos en todas las adyacentes campañas. En cuanto al cuchillo, ninguno de sus peones lo cargó jamas, no obstante que la mayor parte

de ellos eran asesinos perseguidos por la justicia. Una vez él, por olvido, se ha puesto el puñal á la cintura, y el mayordomo se lo hace notar; Rosas se baja los calzones y manda que se le den los doscientos azotes, que es la pena impuesta en su estancia al que lleva cuchillo.

Habrá gentes que duden de este hecho confesado y publicado por él mismo; pero es auténtico, como lo son las extravagancias y rarezas sangrientas que el mundo civilizado se ha negado obstinadamente á creer durante diez años. La autoridad ante todo, el respeto á lo mandado, aunque sea ridículo ó absurdo ; diez años estará en Buenos Aires y en toda la República haciendo azotar y degollar hasta que la cinta colorada sea una parte de la existencia del individuo, como el corazon mismo. Repetirá en presencia del mundo entero, sin contemporizar jamas, en cada comunicacion oficial : *¡ Mueran los asquerosos, salvajes, inmundos unitarios !* hasta que el mundo entero se eduque y se habitúe á oir este grito sanguinario, sin escándalo, sin réplica, y ya hemos visto á un magistrado de Chile tributar su homenaje y aquiescencia á este hecho, que al fin á nadie interesa.

¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en *su gobierno*, en desprecio del sentido común, de la tradicion, de la conciencia, y de la práctica inmemorial de los pueblos civilizados? Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la *Estancia de ganados* en que ha pasado toda su vida, y en la Inquisicion en cuya tradicion ha sido educado. Las fiestas de las parroquias son una imitacion de la *hierra* del ganado, á que acuden todos los vecinos; la *cinta colorada* que clava á cada hombre, mujer ó niño, es la *marca* con que el propietario reconoce su ganado; el degüello á cuchillo, erigido en medio de ejecucion pública, viene de la costumbre de *degollar* las reses que tiene todo hombre en la campaña; la prision sucesiva de centenares de ciudadanos sin motivo conocido y por años enteros, es el rodeo con que se dociliza el ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la mazorca, las matanzas ordenadas, son otros tantos medios de *domar* á la *ciudad*, dejarla al fin como el ganado mas manso y ordenado que se conoce.

Esta proligidad y arreglo ha distinguido en su vida privada á don Juan Manuel Rosas, cuyas estancias eran citadas como el modelo de la disciplina de los peones y la mansedumbre del ganado. Si esta explicacion parece monstruosa y absurda, dénme otra; muéstrenme la razon por qué coinciden de un modo tan espantoso, su manejo de una estancia, sus prácticas y administracion, con el gobierno, práctica y administracion de Rosas; hasta su respeto de entonces por la propiedad, es efecto de que el gaucho gobernador es *propietario!* Facundo respetaba menos la propiedad que la vida. Rosas ha perseguido á los ladrones de ganado con igual obstinacion que á los unitarios. Implacable se ha mostrado su gobierno contra los cuereadores de la campaña, y centenares han sido degollados. Esto es laudable sin duda; yo sólo explico el origen de la antipatía.

Pero hay otra parte de la sociedad que es preciso moralizar, enseñar á obedecer, á entusiasmarse cuando *deba* entusiasmarse, á aplaudir cuando *deba* aplaudir, á callar cuando *deba* callar. Con la posesion de la *Suma del Poder Público* la Sala de Representantes queda inútil, puesto que la ley emana directamente de la *persona* del jefe de la República. Sin embargo, conserva la forma, y durante quince años son reelectos unos treinta individuos que están al corriente de los negocios. Pero la tradicion tiene asignado otro papel á la Sala; allí Alcorta, Guido y otros han hecho oir en tiempo de Balcarce y Viamonte acentos de libertad, y reproches al instigador de los desórdenes; necesita, pues, quebrantar esta tradicion, y dar una leccion severa para el porvenir.

El Dr. D. Vicente Maza, presidente de la Sala y de la Cámara de Justicia, consejero de Rosas, y el que mas ha contribuido á elevarlo, ve un dia que su retrato ha sido quitado de la sala del Tribunal, por un destacamento de la mazorca; en la noche rompen los vidrios de las ventanas de su casa donde ha ido á asilarse; al dia siguiente escribe á Rosas, en otro tiempo su protegido, su ahijado politico, mostrándole la extrañeza de aquellos procedimientos, y su inocencia de todo crímen. A la noche del tercer dia se dirije á la Sala, y estaba dictando al escribiente su renuncia, cuando el cuchillo que corta

su garganta interrumpe el dictado. Los representantes empiezan á llegar, la alfombra está cubierta de sangre, el cadáver del presidente yace tendido aun; el señor Irigoyen propone que al dia siguiente se reunan el mayor número posible de rodados para acompañar debidamente al cementerio á la ilustre víctima. D. Baldomero García dice: «me parece bien, pero... no muchos coches... para qué?» Entra el general Guido, y le comunican la idea, á que contesta clavándoles unos ojos tamaños, y mirándolos de hito en hito, «¿coches? ¿acompañamiento? Que traigan el carro de la policía y se lo lleven ahora mismo.» «Eso decía yo, continúa García, para qué coches!»... La *Gaceta* del dia siguiente anunció que los impíos unitarios habían asesinado á Maza. Un gobernador del interior decía aterrado al saber esta catástrofe: «es imposible que sea Rosas el que lo ha hecho matar!» A lo que su secretario añadió: «Y si él lo ha hecho, razon ha de haber tenido.» en lo que convinieron todos los circunstantes.

Efectivamente, razon tenía. Su hijo el coronel Maza tenía tramada una conspiracion en que entraba todo el ejército, y despues Rosas decía que habia muerto al anciano padre por no darle el pesar de ver morir á su querido hijo.

Pero aun me falta entrar en el vasto campo de la política general de Rosas con respecto á la República entera. Tiene ya su *gobierno*; Facundo ha muerto dejando ocho provincias huérfanas, unitarizadas bajo su influencia. La República marcha visiblemente á la unidad del gobierno, á que su superficie llana, su puerto único la condena. Se ha dicho que es federal, llámasela Confederacion Argentina, pero todo va encaminándose á la unidad mas absoluta; desde 1835 viene fundiéndose desde el interior en formas, prácticas é influencias. No bien se recibe Rosas del gobierno en 1835, cuando declara por una proclamacion que los *impíos unitarios* han asesinado alevosamente al ilustre general Quiroga, y que él se propone castigar atentado tan espantoso, que ha privado á la Federacion de su columna mas poderosa. ¡Qué!... decían abriendo un palmo de boca los pobres unitarios al leer la proclama, ¡qué!.. ¿los Reinafé son unitarios? ¿No

son hechura de Lopez, no entraron en Córdoba persiguiendo el ejército de Paz, no están en activa y amigable correspondencia con Rosas? ¿No salió de Buenos Aires Quiroga por solicitud de Rosas? ¿No iba un chasque delante de él, que anunciaba á los Reinafé su próxima llegada? ¿No tenían los Reinafé preparada de antemano la partida que debía asesinarlo?... Nada; los impíos unitarios han sido los asesinos, y desgraciado el que dude de ello!... Rosas manda á Córdoba á pedir los preciosos restos de Quiroga, la galera en que fué muerto, y se le hacen en Buenos Aires las exequias mas suntuosas que hasta entonces se habían visto, se manda cargar luto á la *ciudad* entera. Al mismo tiempo dirige una circular á todos los gobiernos en la que les pide que lo nombren *á él*, juez árbitro para seguir causa y juzgar á los impíos unitarios que han asesinado á Quiroga; les indica la forma en que han de autorizarlo, y por cartas particulares, les encarece la importancia de la medida, los halaga, seduce y ruega. La autorizacion es unánime, y los Reinafé son depuestos, y presos todos los que han tenido parte, noticia, ó atingencia con el crimen, y conducidos á Buenos Aires.

Un Reinafé se escapa y es alcanzado en el territorio de Bolivia; otro pasa el Paraná y mas tarde cae en manos de Rosas, despues de haber escapado en Montevideo de ser robado por un capitan de buque. Rosas y el doctor Maza siguen la causa de noche, á puertas cerradas. El Dr. Gamboa que se toma alguna libertad en la defensa de un reo subalterno, es declarado impío unitario por un decreto de Rosas. En fin, son ajusticiados todos los criminales que se han aprehendido, y un voluminoso extracto de la causa vé la luz pública. Dos años despues había muerto Lopez de Santa Fé de enfermedad natural, si bien el médico mandado por Rosas para asistirlo, recibió mas tarde una casa de la Municipalidad por recompensa de sus servicios al gobierno.

Cullen, el secretario de López en la época de la muerte de Quiroga, y que á la de López queda de gobernador de Santa Fé por disposicion testamentaria del finado, es depuesto por Rosas, y sacado al fin de Santiago del Estero donde se ha asilado, y á cuyo gobernador manda

Rosas una talega de onzas ó la declaracion de guerra, si el amigo no entrega á su amigo. El gobernador prefiere las onzas; Cullen es entregado á Rosas, y al pisar la frontera de Buenos Aires encuentra una partida y un oficial que le hace desmontarse del caballo y lo fusila. La *Gaceta* de Buenos Aires publicaba despues una carta de Cullen á Rosas en que había indicios claros de la complicacion del gobierno de Santa Fé en el asesinato de Quiroga, y como el finado López, decía la *Gaceta*, tenía plena confianza en su secretario, ignoraba el atroz crímen que éste estaba preparando.

Nadie podía replicar entonces que si López lo ignoraba, Rosas no, porque á él era dirigida la carta. Ultimamente el doctor don Vicente Maza, el secretario de Rosas y procesador de los reos, murió tambien degollado en la sala de sesiones; de manera que Quiroga, sus asesinos, los jueces de los asesinos, y los instigadores del crímen, todos tuvieron en dos años la mordaza que la tumba pone á las revelaciones indiscretas. Id ahora á preguntar quién mandó matar á Quiroga. ¿López? No se sabe. Un mayor Muslera, de auxiliares, decía una vez en presencia de muchas personas en Montevideo: «hasta ahora he podido descubrir por qué me ha tenido preso é incomunicado el general Rosas durante dos años y cinco meses. La noche anterior á mi prision estuve en su casa.

«Su hermana y yo estábamos sentados en un sofá, mientras que él se paseaba á lo largo de la sala con muestras visibles de descontento. ¿A que no adivina, me dijo la señora, por qué está así Juan Manuel? Es porque me está viendo este ramito *verde* que tengo en las manos. Ahora verá, añadió tirándolo al suelo. Efectivamente, don Juan Manuel se detuvo á poco andar, se acercó á nosotros y me dijo con tono familiar: ¿Y qué se dice en San Luis de la muerte de Quiroga?—¿Dicen, señor, que S. E. es quien lo ha hecho matar.—¿Sí? Así se corre... Continuó paseándose, me despedí despues, y al dia siguiente fuí preso, y he permanecido hasta el dia que llegó la noticia de la victoria de Yungay, en que con doscientos mas fuí puesto en libertad.» El mayor Muslera murió tambien combatiendo contra Rosas, lo que no

ha estorbado que se continúe hasta el dia de hoy diciendo lo mismo que había oído aquel.

Pero el vulgo no ha visto en la muerte de Quiroga y el enjuiciamiento de sus asesinos mas que un crímen horrible. La historia verá otra cosa; en lo primero, la fusion de la República en una unidad compacta, y en el enjuiciamiento de los Reinafé, gobernadores de una provincia, el *hecho* que constituye á Rosas jefe del gobierno unitario absoluto, que desde aquel dia y por aquel acto se constituye en la República Argentina. Rosas investido del poder de juzgar á otro gobernador, establece en las conciencias de los demas la idea de la autoridad suprema de que está investido.

Juzga á los Reinafé por un crímen averiguado; pero en seguida manda fusilar sin juicio previo á Rodríguez, gobernador de Córdoba que sucedió á los Reinafé, por no haber obedecido á todas sus instrucciones; fusila en seguida á Cullen, gobernador de Santa Fé, por razones que él solo conoce; y últimamente, expide un decreto por el cual declara que ningun gobierno de las demas provincias será reconocido válido, mientras no obtenga su *exequatur*. Si aun se duda que ha asumido el mando supremo, y que los demas gobernadores son simples bajáes, á quienes puede mandar el cordon morado cada vez que no cumplan con sus órdenes, expedirá otro en el que deroga todas las leyes existentes de la República desde el año 1810 adelante, aunque hayan sido dictadas por los congresos generales ó cualquiera otra autoridad competente; declarando ademas, írrito y de ningun valor todo lo que á consecuencia y en cumplimiento de esas leyes se hubiese obrado hasta entonces. Yo pregunto: ¿qué legislador, qué Moisés ó Licurgo, llevó mas adelante el intento de refundir una sociedad bajo un plan nuevo? La revolucion de 1810 queda por este decreto derogada, ley ni arreglo ninguno queda vigente, el campo para las innovaciones limpio como la palma de la mano, y la República entera sometida sin dar una batalla siquiera y sin consultar á los caudillos.

La *suma del poder público* de que se había investido para Buenos Aires solo, la extiende á toda la República, porque no solo no se dice que es el sistema unitario el que

se ha establecido, del que la persona de Rosas es el centro, sino que con mayor teson que nunca se grita: *¡ Viva la federacion, mueran los unitarios !* El epíteto unitario deja de ser el distintivo de un partido, y pasa á expresar todo lo que es execrado: los asesinos de Quiroga son *unitarios;* Rodríguez es *unitario;* Cullen *unitario;* Santa Cruz, que trata de establecer la confederacion perú-boliviana, *unitario.* Es admirable la paciencia que ha mostrado Rosas en fijar el sentido de ciertas palabras, y el teson de repetirlas.

En diez años se habrá visto escrito en la República Argentina treinta millones de veces: *¡ Viva la Confederacion ! ¡ Viva el ilustre Restaurador ! ¡ mueran los salvajes unitarios !* y nunca el cristianismo ni el mahometismo multiplicaron tanto sus símbolos respectivos, la cruz y la creciente, para estereotipar la creencia moral en exterioridades materiales y tangibles. Todavía era preciso afinar aquel dicterio de *unitario:* fué primero lisa y llanamente *unitarios,* mas tarde los *impíos* unitarios, favoreciendo con eso las preocupaciones del partido ultra-católico que secundó su elevacion. Cuando se emancipó de ese pobre partido, y el cuchillo alcanzó tambien á la garganta de curas y canónigos, fué preciso abandonar la denominacion de impíos; la casualidad suministró una coyuntura.

Los diarios de Montevideo empezaron á llamar *salvaje* á Rosas; una dia la *Gaceta* de Buenos Aires apareció con esta agregacion al tema ordinario: mueran los *salvajes* unitarios; repitiólo la mazorca, repitiéronlo todas las comunicaciones oficiales, repitiéronlo los gobernadores del interior y quedó consumada la adopcion. «Repita usted la palabra *salvaje,* escribia Rosas á López, hasta la saciedad, hasta aburrir, hasta cansar. Yo sé lo que digo, amigo.» Mas tarde se le agregó *inmundos,* mas tarde *asquerosos,* mas tarde, en fin, don Baldomero Garcia decía en una comunicacion al gobierno de Chile, que sirvió de cabeza de proceso á Bedoya, que era aquel emblema y aquel letrero «una señal de conciliacion y de paz», porque todo el sistema se reduce á burlarse del sentido comun.

La unidad de la República se realiza á fuerza de negarla; y desde que todos dicen federacion, claro está que hay uni-

dad. Rosas se llama encargado de las relaciones exteriores de la República, y solo cuando la fusion está consumada y ha pasado á tradicion, á los diez años despues, don Baldomero García en Chile cambia aquel título por el de Director Supremo de los asuntos de la República.

Hé aquí, pues, la República unitarizada, sometida toda ella al arbitrio de Rosas; la antigua cuestion de los partidos de ciudad desnaturalizada; cambiado el sentido de las palabras, é introducido el régimen de la estancia de ganados en la administracion de la República mas guerrera, mas entusiasta por la libertad, y que mas sacrificios hizo para conseguirla.

La muerte de López le entregaba à Santa Fé, la de los Reinafé à Córdoba, la de Facundo á las ocho provincias de la falda de los Andes. Para tomar posesion de todas ellas, bastáronle algunos obsequios personales, algunas cartas amistosas, y algunas erogaciones del erario. Los auxiliares acantonados en San Luis recibieron un magnífico vestuario, y sus sueldos empezaron à pagarse de las cajas de Buenos Aires.

El padre Aldao, á mas de una suma de dinero, empezó à recibir su sueldo de general de manos de Rosas; y el general Heredia de Tucuman, que con motivo de la muerte de Quiroga, escribía á un amigo suyo: «¡ Ay, amigo! No sabe lo que ha perdido la República con la muerte de Quiroga! ¡ Qué porvenir, qué pensamiento tan grande de hombre! quería constituir la República y llamar á todos los emigrados para que contribuyesen con sus luces y saber á esta grande obra»; el general Heredia recibió un armamento y dinero para preparar la guerra contra el *impío unitario* Santa Cruz, y se olvidó bien pronto del cuadro grandioso que Facundo había desenvuelto á su vista en las conferencias que con él tuvo antes de su muerte.

Una medida administrativa que influía sobre toda la nacion, vino á servir de ensayo y manifestacion de esta fusion unitaria y dependencia absoluta de Rosas. Rivadavia había establecido correos que de ocho en ocho dias llevaban y traían la correspondencia de las provincias à Buenos Aires, y uno mensual á Chile, y otro á Bolivia, que daban el nombre á las dos líneas generales de comunicacion establecidas en la República. Los gobiernos civilizados del mundo po-

nen hoy toda solicitud en aumentar á costa de gastos inmensos los correos, no solo de ciudad á ciudad, dia por dia y hora por hora, sino en el seno mismo de las grandes ciudades, estableciendo estafetas de barrio, y entre todos los puntos de la tierra por medio de las líneas de vapores que atraviesan el Atlántico, ó costean el Mediterráneo; porque la riqueza de los pueblos, la seguridad de las especulaciones de comercio, todo depende de la facilidad de adquirir noticias.

En Chile vemos todos los dias, ó los reclamos de los pueblos para que se aumenten los correos, ó bien la solicitud del gobierno para multiplicarlos por mar ó por tierra. En medio de este movimiento general del mundo para acelerar las comunicaciones de los pueblos, don Juan Manuel Rosas, para mejor gobernar sus provincias, suprime los correos, que no existen en toda la República hace catorce años. En su lugar establece chasques de gobierno que despacha él, cuando hay una orden ó una noticia que comunicar á sus subalternos.

Esta medida horrible y ruinosa ha producido, sin embargo, para su sistema las consecuencias mas útiles. La espectacion, la duda, la incertidumbre se mantienen en el interior; los gobernadores mismos se pasan tres ó cuatro meses sin recibir un despacho, sin saber sino de oidas lo que en Buenos Aires ocurre. Cuando un conflicto ha pasado, cuando una ventaja se ha obtenido, entonces parten los chasques al interior conduciendo cargas de *Gacetas*, partes y boletines con una carta al amigo, al compañero y gobernador, anunciándole que los *salvajes unitarios* han sido derrotados; que la Divina Providencia vela por la conservacion de la República.

Ha sucedido en 1843, que en Buenos Aires las harinas tenían un precio exorbitante y las provincias del interior lo ignoraban; algunos que tuvieron noticias privadas de sus corresponsales, mandaron cargamentos que les dejaron pingües utilidades. Entonces las provincias de San Juan y Mendoza en masa se movieron á especular sobre las harinas. Millares de cargas atraviesan la pampa, llegan á Buenos Aires y encuentran... que hacía dos meses que habían bajado de precio, hasta no costear ni los fletes. Mas tarde se corre en San Juan que las harinas han tomado va-

lor en Buenos Aires, los cosecheros suben el precio; suben las propuestas; se compra el trigo por cantidades exorbitantes, se acumula en varias manos; hasta que al fin una arrea que llega descubre que no ha habido alteracion ninguna en la plaza, que ella deja su carga de harina porque no hay ni compradores. ¡Imagináos si podéis, pueblos colocados á inmensas distancias, ser gobernados de este modo!

Todavía en estos últimos años las consecuencias de sus tropelías le han servido para consumar su obra unitaria. El Gobierno de Chile, despreciado en sus reclamaciones sobre males inferidos á sus súbditos, creyó oportuno cortar las relaciones comerciales con las provincias de Cuyo. Rosas aplaudió la medida y se calló la boca. Chile le proporcionaba lo que él no se había atrevido á intentar, que era cerrar todas las vías de comercio que no dependiesen de Buenos Aires. Mendoza y San Juan, La Rioja y Tucuman que proveían de ganados, harina, jabon y otros ramos valiosos á las provincias del norte de Chile, han abandonado este tráfico. Un enviado ha venido á Chile, que esperó seis meses en Mendoza, hasta que se cerrase la cordillera, y que hasta aquí hace tres que no ha hablado una palabra de abrir el comercio.

Organizada la República bajo un plan de combinaciones tan fecundas en resultados, contrájose Rosas á la organizacion de su poder en Buenos Aires, echándole bases duraderas. La campaña lo había empujado sobre la ciudad; pero abandonando él la estancia por el Fuerte, necesitando moralizar esa misma campaña como propietario, y borrar el camino por donde otros comandantes de campaña podían seguir sus huellas, se consagró á levantar un ejército, que se engrosaba de dia en día, y que debia servir á contener la República en la obediencia, y á llevar el estandarte de la santa causa á todos los pueblos vecinos.

No era solo el ejército la fuerza que habia sustituído á la adhesion de la campaña y á la opinion pública de la *ciudad*. Dos pueblos distintos de razas diversas vinieron en su apoyo. Existe en Buenos Aires una multitud de negros, de los millares quitados por los corsarios durante la guerra del Brasil. Forman asociaciones segun los pueblos africanos á que pertenecen, tienen reuniones públicas, caja municipal,

y un fuerte espíritu de cuerpo que los sostiene en medio de los blancos.

Los africanos son conocidos por todos los viajeros como una raza guerrera, llena de imaginacion y de fuego, y aunque feroces cuando están excitados, dóciles, fieles y adictos al amo ó al que los ocupa. Los europeos que penetran en el interior del Africa toman negros á su servicio, que los defienden de los otros negros, y se exponen por ellos á los mayores peligros.

Rosas se formó una opinion pública, un pueblo adicto en la poblacion negra de Buenos Aires, y confió á su hija doña Manuelita, esta parte de su gobierno. La influencia de las negras para con ella, su favor para con el gobierno, han sido siempre sin límites. Un joven sanjuanino estaba en Buenos Aires cuando Lavalle se acercaba en 1840; había pena de la vida para el que saliese del recinto de la ciudad. Una negra vieja que en otro tiempo habia pertenecido á su familia y habia sido vendida en Buenos Aires, lo reconoce; sabe que está detenido: « Amito, le dice, cómo no me había avisado; en el momento voy á conseguirle pasaporte.—¿Tú?—Yo, amito, la señorita Manuelita no me lo negará.» Un cuarto de hora despues, la negra volvía con el pasaporte firmado por Rosas con orden á las partidas de dejarlo salir libremente.

Los negros ganados así para el gobierno, ponian en manos de Rosas un celoso espionaje en el seno de cada familia, por los sirvientes y esclavos, proporcionándole ademas, excelentes é incorruptibles soldados de otro idioma y de una raza salvaje. Cuando Lavalle se acercó á Buenos Aires, el Fuerte y Santos Lugares estaban llenos, á falta de soldados, de negras entusiastas vestidas de hombre para engrosar las fuerzas. La adhesion de los negros dió al poder de Rosas una base indestructible. Felizmente las continuas guerras han exterminado ya la parte masculina de esta poblacion, que encontraba su patria y su manera de gobernar en el amo á quien servía. Para intimar la campaña, atrajo á los fuertes del sur algunas tribus salvajes cuyos caciques estaban á sus órdenes.

Asegurados estos puntos principales, el tiempo irá consolidando la obra de organizacion unitaria que el crimen había iniciado, y sostenian la decepcion y la astucia. La

República así reconstruida, sofocado el federalismo de las provincias, y por persuasion, conveniencia ó temor, obedeciendo todos sus gobiernos á la impulsion que se les da desde Buenos Aires, Rosas necesita salir de los límites de su Estado para ostentar afuera, para exhibir á la luz pública la obra de su ingenio. ¿De qué le habría servido absorberse las provincias si al fin había de permanecer, como el doctor Francia, sin brillo en el exterior, sin contacto ni influencia sobre los pueblos vecinos? La fuerte unidad dada á la República solo es la base firme que necesita para lanzarse y producirse en un teatro mas elevado, porque Rosas tiene conciencia de su valer y espera una nombradía imperecedera.

Invitado por el gobierno de Chile, toma parte en la guerra que este Estado hace á Santa Cruz. ¿Qué motivos le hacen abrazar con tanto ardor una guerra lejana y sin antecedentes para él? Una idea fija que lo domina desde mucho antes de ejercer el gobierno supremo de la República, á saber: la reconstruccion del antiguo virreinato de Buenos Aires.

No es que por entonces conciba apoderarse de Bolivia, sino que habiendo cuestiones pendientes sobre límites, reclama la provincia de Tarija; lo demas lo daran el tiempo y las circunstancias. A la otra orilla del Plata tambien hay una desmembracion del virreinato, la República Oriental. Allí Rosas halla medios de establecer su influencia con el gobierno de Oribe, y si no obtiene que no lo ataque la prensa, consigue al menos que el pacífico Rivadavia, los Agüero, Varelas y otros unitarios de nota sean expulsados del territorio oriental.

Desde entonces la influencia de Rosas se encarna mas y mas en aquella República, hasta que al fin el ex-presidente Oribe se constituye general de Rosas, y los emigrados argentinos se confunden con los nacionales en la resistencia que oponen á esta conquista disfrazada con nombres especiosos. Mas tarde y cuando el doctor Francia muere, Rosas se niega á reconocer la independencia del Paraguay, siempre preocupado de su idea favorita, la reconstruccion del antiguo virreinato.

Pero todas estas manifestaciones de la Confederacion Argentina no bastan á mostrarlo en toda su luz: necesita-

se un campo mas vasto, antagonistas mas poderosos, cuestiones de mas brillo, una potencia europea, en fin, con quien habérselas y mostrarle lo que es un gobierno americano original; y la fortuna no se esquiva esta vez para ofrecérsela.

La Francia mantenía en Buenos Aires, en calidad de agente consular, un joven de corazon y capaz de simpatías ardientes por la civilizacion y la libertad. M. Roger está relacionado con la juventud literata de Buenos Aires, y mira con la indignacion de un corazon joven y francés, los actos de inmoralidad, la subversion de todo principio de justicia y la esclavitud de un pueblo que estima altamente. Yo no quiero entrar en la apreciacion de los motivos ostensibles que motivaron el bloqueo de la Francia, sino en las causas que venían preparando una coalicion entre Rosas y los agentes de los poderes europeos. Los franceses sobre todo se habían distinguido ya desde 1828 por su decision entusiasta por la causa que sostenían los antiguos unitarios. M. Guizot ha dicho en pleno parlamento que sus conciudadanos son muy entrometidos: yo no pondré en duda autoridad tan competente; lo único que aseguraré es que, entre nosotros, los franceses residentes se mostraron siempre franceses, europeos, y hombres de corazon; si despues en Montevideo se han mostrado lo que en 1828, eso probará que en todos tiempos son entrometidos, ó bien que hay algo en las cuestiones políticas del Plata que les toca muy de cerca.

Sin embargo, yo no comprendo como concibe M. Guizot que en un país cristiano, en que los franceses residentes tienen sus hijos y su fortuna, y esperan hacer de él su patria definitiva, han de mirar con indiferencia el que se levante y afiance un sistema de gobierno que destruye todas las garantías de las sociedades civilizadas, y abjura todas las tradiciones, doctrinas y principios que ligan aquel país á la gran familia europea.

Si la escena fuese en Turquia ó en Persia, comprendo muy bien que serían entrometidos por demas los extranjeros que se mezclasen en las querellas de los habitantes; entre nosotros, y cuando las cuestiones son de la clase de las que allí se ventilan, hallo muy difícil creer que el mismo M. Guizot conservase cachaza suficiente para no desear siquie-

ra el triunfo de aquella causa que mas de acuerdo está con su educacion, hábitos é ideas europeas. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los europeos, de cualquier nacion que sean, han abrazado con calor un partido, y para que esto suceda, causas sociales muy profundas deben militar para vencer el egoismo natural al hombre extranjero; mas indiferentes se han mostrado siempre los americanos mismos.

La *Gaceta* de Rosas se queja hasta hoy de la hostilidad puramente personal de Purvis y otros agentes europeos que favorecen á los enemigos de Rosas aun contra las órdenes expresas de sus gobiernos. Estas antipatías personales de europeos civilizados, mas que la muerte de Bacle, prepararon el bloqueo. El joven Roger quiso poner el peso de la Francia en la balanza en que no alcanzaba á pesar bastante el partido europeo civilizado que destruia Rosas, y M. Martigny tan apasionado, como él, lo secundó en aquella obra mas digna de esa Francia ideal que nos ha hecho amar la literatura francesa, que de la verdadera Francia, que anda arrastrándose hoy día tras de todas las cuestiones de hechos mezquinos y sin elevacion de ideas.

Una desavenencia con la Francia era para Rosas el bello ideal de su gobierno, y no sería dado saber quién agriaba mas la discusion, si M. Roger con sus reclamos, su deseo de hacer caer aquel tirano bárbaro, ó Rosas animado de su ojeriza contra los extranjeros y sus instituciones, trajes, costumbres é ideas de gobierno «Este bloqueo, decía Rosas frotándose las manos de contento y entusiasmo, va á llevar mi nombre por todo el mundo, y la América me mirará como el defensor de su independencia.» Sus anticipaciones han ido mas allá de lo que él podía prometerse, y sin duda que Mehemet-Allí ni Abdel-Kader gozan hoy en la tierra de una nombradía mas sonada que la suya.

En cuanto á Defensor de la Independencia Americana, título que él se ha arrogado, los hombres ilustrados de América empiezan hoy á disputárselo, y acaso los hechos vengan tristemente á mostrar que solo Rosas podía echar á la Europa sobre la América, y forzarla á intervenir en las cuestiones que de este lado del Atlántico se agitan. La triple intervencion que se anuncia es la primera que ha tenido lugar en los nuevos Estados americanos.

El bloqueo francés fué la via pública por la cual llegó á

manifestarse sin embozo el sentimiento llamado propiamente *americanismo.* Todo lo que de bárbaros tenemos, todo lo que nos separa de la Europa culta, se mostró desde entonces en la República Argentina organizado en sistema, y dispuesto á formar de nosotros una entidad á parte de los pueblos de procedencia europea. A la par de la destruccion de todas las instituciones que nos esforzamos por todas partes en copiar á la Europa, iba la persecucion al frac, á la moda, á las patillas, á los peales del calzon, á la forma del cuello del chaleco, y al peinado que traía el figurín; y á estas exterioridades europeas, se sustituía el pantalon ancho y suelto, el chaleco colorado, la chaqueta corta, el poncho, como trajes nacionales, eminentemente americanos, y este mismo D. Baldomero García que hoy nos trae á Chile el *Mueran los salvajes asquerosos inmundos unitarios* como «signo de conciliacion y de paz,» fué botado á empujones del Fuerte un dia en que como magistrado acudía á un besamanos, por tener el salvajismo asqueroso é inmundo de presentarse con frac.

Desde entonces la *Gaceta* cultiva, ensancha, agita y desenvuelve en el ánimo de sus lectores el odio á los europeos, el desprecio de los europeos que quieren conquistarnos. A los franceses los llama *titiriteros tiñosos;* á Luis Felipe *guarda chanchos* unitario; y á la política europea, *bárbara, asquerosa, brutal, sanguinaria, cruel, inhumana.* El bloqueo principia y Rosas escoge medios de resistirlo dignos de una guerra entre él y la Francia. Quita á los catedráticos de la universidad sus rentas, á las escuelas primarias de hombres y de mujeres las dotaciones cuantiosas que Rivadavia les había asignado; cierra todos los establecimientos filantrópicos; los locos son arrojados á las calles, y los vecinos se encargan de encerrar en sus casas á aquellos peligrosos desgraciados.

¿No hay una exquisita penetracion en estas medidas? ¿No se hace la verdadera guerra á la Francia, que en luces está á la cabeza de la Europa, atacándola en la educacion pública? El Mensaje de Rosas anuncia todos los años que el celo de los ciudadanos mantiene los establecimientos públicos. ¡Bárbaro! es la *ciudad* que trata de salvarse de no ser convertida en pampa, si abandona la educacion que

la liga al mundo civilizado! Efectivamente, el Dr. Alcorta y otros jóvenes dan lecciones gratis en la Universidad durante muchos años, á fin de que no se cierren los cursos; los maestros de escuela continúan enseñando y piden á los padres de familia una limosna para vivir, porque quieren continuar dando lecciones.

La Sociedad de Beneficencia recorre secretamente las casas en busca de suscriciones, improvisa recursos para mantener á las heróicas maestras, que con tal que no se mueran de hambre, han jurado no cerrar sus escuelas, y el 25 de mayo presentan sus millares de alumnas todos los años, vestidas de blanco, á mostrar su aprovechamiento en los exámenes públicos!... ¡Ah! ¡corazones de piedra! ¿Nos preguntaréis todavía por qué combatimos?

Diera con lo que precede por terminadas las consecuencias que de la vida de Facundo Quiroga se han derivado en los hechos históricos y en la política de la República Argentina, si por conclusion de estos apuntes aun no me quedara que apreciar las consecuencias morales que ha traído la lucha de las campañas pastoras con las ciudades, y los resultados ya favorables, ya adversos, que ha dado para el porvenir de la República.

CAPÍTULO II

PRESENTE Y PORVENIR

> Après avoir été conquérant, après s'être déployé tout entier, il s'épuise, il a fait son temps, il est conquis lui même : ce jour-là il quitte la scène du monde, parce qu'alors il est devenu inutile à l'humanité.
>
> COUSIN.

El bloqueo de la Francia duraba dos años había, y el Gobierno *americano*, animado del espíritu *americano*, hacía frente á la Francia, al principio europeo, á las pretensiones europeas. El bloqueo francés, empero, había sido fecundo en resultados sociales para la República Argentina, y servía á manifestar en toda su desnudez la situacion de los espíritus y los nuevos elementos de lucha que debían encender la guerra encarnizada que solo puede terminar con la caída de aquel gobierno monstruoso. El gobierno personal de Rosas continuaba sus estragos en Buenos Aires, su fusion

unitaria en el interior, al paso que en el exterior se presentaba haciendo frente gloriosamente á las pretensiones de una potencia europea, [y reivindicando el poder americano contra toda tentativa de invasion. Rosas ha probado, se decía por toda la América, y aun se dice hoy, que la Europa es demasiado débil para conquistar un Estado americano que quiere sostener sus derechos.

Sin negar esta verdad incuestionable, yo creo que lo que Rosas puso de manifiesto, es la supina ignorancia en que viven en Europa sobre los intereses europeos en América, y los verdaderos medios de hacerlos prosperar, sin menoscabo de la independencia americana. A Rosas, ademas, debe la República Argentina en estos últimos años haber llenado de su nombre, de sus luchas y de la discusion de sus intereses el mundo civilizado, y puéstola en contacto mas inmediato con la Europa, forzando á sus sabios y á sus políticos á contraerse á estudiar este mundo trasatlántico, que tan importante papel está llamado á figurar en el mundo futuro.

Yo no digo que hoy estén mucho mas avanzados en conocimientos, sino que ya están en vía de experimento, y que al fin la verdad ha de ser conocida. Mirado el bloqueo francés bajo su aspecto material, es un hecho obscuro que á ningún resultado histórico conduce; Rosas cede de sus pretensiones, la Francia deja podrirse sus buques en las aguas del Plata; he aquí toda la historia del bloqueo.

La aplicacion del nuevo sistema de Rosas había traído un resultado singular; á saber, que la poblacion de Buenos Aires se había fugado, y reunídose en Montevideo. Quedaban, es verdad, en la orilla izquierda del Plata las mujeres, los hombres materiales, *aquellos que pacen su pan bajo la férula de cualquier tirano*, los hombres, en fin, para quienes el interés de la libertad, la civilizacion y la dignidad de la patria, es posterior al de comer ó dormir; pero toda aquella escasa porcion de nuestras sociedades y de todas las sociedades humanas, para la cual entra por algo en los negocios de la vida el vivir bajo un gobierno racional, y preparar sus destinos futuros, se hallaba reunida en Montevideo, adonde, por otra parte, con el bloqueo y la falta de seguridad individual, se había trasladado el comercio de Buenos Aires y las principales casas extranjeras.

Hallábanse, pues, en Montevideo los antiguos unitarios con todo el personal de la administracion de Rivadavia, sus mantenedores, dieciocho generales de la República, sus escritores, los ex-congresales, etc.; estaban ahí, ademas, los federales de la *ciudad*, emigrados de 1833 adelante; es decir, todas las notabilidades hostiles á la Constitucion de 1826, expulsadas por Rosas con el apodo de *lomos negros*. Venían despues los fautores de Rosas, que no habían podido ver sin horror la obra de sus manos, ó que sintiendo aproximarse á ellos el cuchillo exterminador, habían, como Tallien y los termidorianos, intentado salvar sus vidas y la patria, destruyendo lo mismo que ellos habían creado.

Ultimamente, había llegado á reunirse en Montevideo un cuarto elemento que no era ni unitario, ni federal, ni ex-rosista, y que ninguna afinidad tenía con aquellos, compuesto de la nueva generacion que había llegado á la virilidad en medio de la destruccion del orden antiguo y la plantacion del nuevo. Como Rosas ha tenido tan buen cuidado y tanto teson de hacer creer al mundo que sus enemigos son hoy los unitarios del año 26, creo oportuno entrar en algunos detalles sobre esta última faz de las ideas que han agitado la República.

La numerosa juventud que el colegio de Ciencias Morales fundado por Rivadavia había reunido de todas las provincias, la que la universidad, el seminario y los muchos establecimientos de educacion que pululaban en aquella ciudad que tuvo un día el candor de llamarse la Atenas americana, habían preparado para la vida pública, se encontraba sin foro, sin prensa, sin tribuna, sin esa vida pública, sin teatro en fin en que ensayar las fuerzas de una inteligencia juvenil y llena de actividad. Por otra parte, el contacto inmediato que con la Europa habían establecido la revolucion de la Independencia, el comercio y la administracion de Rivadavia tan eminentemente europea, había echado á la juventud argentina en el estudio del movimiento político y literario de la Europa y de la Francia sobre todo.

El romanticismo, el electismo, el socialismo, todos aquellos diversos sistemas de ideas tenían acalorados adeptos, y el estudio de las teorías sociales se hacía á la sombra del despotismo mas hostil á todo desenvolvimiento de ideas. El Dr. Alsina, dando leccion en la Universidad sobre legis-

lacion, despues de explicar lo que era el despotismo, añadía esta frase final: «En suma, señores, ¿quieren ustedes tener una idea cabal de lo que es el despotismo? Ahí tienen ustedes el gobierno de don Juan Manuel Rosas con facultades extraordinarias.» Una lluvia de aplausos siniestros y amenazadores ahogaba la voz del osado catedrático.

Al fin esa juventud que se esconde con sus libros europeos á estudir en secreto, con su Sismondi, su Lherminier, su Tocqueville; sus revistas Británica, de Ambos Mundos, Enciclopédica; su Jouffroi, su Cousin, su Guizot, etc., etc., se interroga, se agita, se comunica y al fin se asocia indeliberadamente, sin saber fijamente para qué, llevada de una impulsion que cree puramente literaria, como si las letras corrieran peligro de perderse en aquel mundo bárbaro, ó como si la buena doctrina perseguida en la superficie, necesitase ir á esconderse en el asilo subterráneo de las catacumbas, para salir de allí compacta y robustecida á luchar con el poder.

El Salon Literario de Buenos Aires, fué la primera manifestacion de este espíritu nuevo. Algunas publicaciones periódicas, algunos opúsculos en que las doctrinas europeas aparecian mal digeridas aun, fueron sus primeros ensayos. Hasta entonces nada de política, nada de partidos; aun había muchos jovenes que preocupados con las doctrinas históricas francesas, creyeron que Rosas, su gobierno, su sistema original, su reaccion contra la Europa era una manifestacion nacional, americana, una civilizacion en fin con sus caracteres y formas peculiares. No entraré á apreciar ¡ni la importancia real de estos estudios ni las fases incompletas, presuntuosas y aun ridículas que presentaba aquel movimiento literario: eran ensayos de fuerzas inexpertas y juveniles que no merecerían recuerdo si no fuesen precursores de un movimiento mas fecundo en resultados. Del seno del Salon Literario se desprendió un grupo de cabezas inteligentes, que asociándose secretamente, proponíase formar un carbonarismo que debía echar en toda la República las bases de una reaccion civilizada contra el gobierno bárbaro que había triunfado.

Tengo por fortuna el acta original de esta asociacion á la vista, y puedo con satisfaccion contar los nombres

que la suscribieron. Los que los llevan están hoy diseminados por Europa y América, excepto algunos que han pagado á la patria su tributo con una muerte gloriosa en los campos de batalla.

Casi todos los que sobreviven son hoy literatos distinguidos, y si un dia los poderes intelectuales han de tener parte en la direccion de los negocios de la República Argentina, muchos y muy completos instrumentos hallará en esta escogida pléyada largamente preparada por el talento, el estudio, los viajes, la desgracia y el espectáculo de los errores y desaciertos que han presenciado ó cometido ellos mismos.

«En nombre de Dios», dice el acta, «de la patria, de los héroes y mártires de la Independencia Americana, en nombre de la sangre y de las lágrimas inútilmente derramadas en nuestra guerra civil, todos y cada uno de los miembros de la asociacion de la jóven generacion argentina:

« Creyendo que todos los hombres son iguales,

« Que todos son libres, que todos son hermanos, iguales en derechos y deberes,

« Libres en el ejercicio de sus facultades para el bien de todos,

« Hermanos para marchar á la conquista de aquel bien y al lleno de los destinos humanos;

« Creyendo en el progreso de la humanidad, teniendo fé en el porvenir,

« Convencidos de que la union constituye la fuerza;

« Que no puede existir fraternidad ni union sin el vínculo de los principios;

« Y deseando consagrar sus esfuerzos á la libertad y felicidad de su patria, y á la regeneracion completa de la sociedad argentina:

« 1º Juran concurrir con su inteligencia, sus bienes y sus brazos á la realizacion de los principios formulados en las *palabras simbólicas* que forman las bases del pacto de la alianza;

« 2º Juran no desistir de la empresa, sean cuales fueren los peligros que amaguen á cada uno de los miembros sociales;

« 3º Juran sostenerlos á todo trance y usar de todos

los medios que tengan en sus manos para difundirlos y propagarlos;

« 4º Juran fraternidad recíproca, union estrecha y perpetuo silencio sobre lo que pueda comprometer la existencia de la Asociacion ».

Las *palabras simbólicas*, no obstante la obscuridad emblemática del título, eran solo el credo político, que reconoce y confiesa el mundo cristiano, con la sola agregacion de la prescindencia de los asociados de las ideas é intereses que antes habían dividido á unitarios y federales, con quienes podían ahora armonizar, puesto que la comun desgracia los había unido en el destierro.

Mientras estos nuevos apóstoles de la República y de la civilizacion europea se preparaban á poner á prueba sus juramentos, la persecucion de Rosas llegaba ya hasta ellos, jóvenes sin antecedentes políticos, despues de haber pasado por sus partidarios mismos, por los federales *lomos negros* y por los antiguos unitarios. Fuéles preciso pues salvar con sus vidas las doctrinas que tan sensatamente habían formulado, y Montevideo vió venir unos en pos de otros centenares de jóvenes que abandonaban su familia, sus estudios y sus negocios para ir á buscar á la ribera oriental del Plata un punto de apoyo para desplomar si podían aquel poder sombrío que se hacía un parapeto de cadáveres, y tenía de avanzada una horda de asesinos legalmente constituida.

He necesitado entrar en estos pormenores para caracterizar un gran movimiento que se operaba por entonces en Montevideo, y que ha escandalizado á la América dando á Rosas una poderosa arma moral para robustecer su gobierno y su principio *americano*. Hablo de la alianza de los enemigos de Rosas con los franceses que bloqueaban á Buenos Aires, que Rosas ha echado en cara eternamente como un baldon á los unitarios. Pero en honor de la verdad histórica y de la justicia, debo declarar, ya que la ocasion se presenta, que los verdaderos unitarios, los hombres que figuraron hasta 1829 no son responsables de aquella alianza; los que cometieron aquel delito de leso americanismo; los que se echaron en los brazos de la Francia para salvar la civilizacion europea, sus instituciones, hábitos é ideas en las orillas del Plata, fueron los jó-

venes; en una palabra, fuimos *nosotros*! Sé muy bien que en los Estados americanos halla éco Rosas, aun entre hombres liberales y eminentemente civilizados, sobre este delicado punto y que para muchos es todavía un error afrentoso el haberse asociado los argentinos á los *extranjeros* para derrocar á un tirano. Pero cada uno debe reposar en sus convicciones, y no descender á justificarse de lo que cree firmemente y sostiene de palabra y obra. Así, pues, diré en despecho de quien quiera que sea, que la gloria de haber comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera á nosotros.

Los unitarios mas eminentes, como los americanos, como Rosas y sus satélites, estaban demasiado preocupados de esa idea de la nacionalidad, que es el patrimonio del hombre desde la tribu salvaje y que le hace mirar con horror al extranjero.

En los pueblos castellanos este sentimiento ha ido hasta convertirse en una pasion brutal capaz de los mayores y mas culpables excesos, capaz del suicidio. La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra, llevaba el amor á los pueblos europeos asociado al amor á la civilizacion, á las instituciones y á las letras que la Europa nos había legado, y que Rosas destruía en nombre de la América, sustituyendo otro vestido al vestido europeo, otras leyes á las leyes europeas, otro gobierno al gobierno europeo.

Esta juventud, impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba á buscar en los europeos enemigos de Rosas sus antecesores, sus padres, sus modelos; el apoyo contra la América tal como la presentaba Rosas, bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo.

Si los resultados no han correspondido á sus expectaciones, suya no fué la culpa; ni los que les afean aquella alianza pueden tampoco vanagloriarse de haber acertado mejor; pues si los franceses pactaron al fin con el tirano no por eso intentaron nada contra la independencia argentina, y si por un momento ocuparon la isla de Martin

Garcia, llamaron luego un jefe argentino que se hiciese cargo de ella. Los argentinos, antes de asociarse á los franceses habían exigido declaraciones públicas de parte de los bloqueadores de respetar el territorio argentino y las habían obtenido solemnes.

En tanto la idea que tanto combatieron los unitarios al principio, y que llamaban una traicion á la patria, se generalizó y los dominó y sometió á ellos mismos; y cunde hoy por toda la América, y se arraiga en los ánimos.

En Montevideo, pues, se asociaron la Francia y la República Argentina europea para derrocar el monstruo del *americanismo* hijo de la pampa; desgraciadamente, dos años se perdieron en debates, y cuando la alianza se firmó, la cuestion de Oriente requirió las fuerzas navales de Francia y los aliados argentinos quedaron solos en la brecha. Por otra parte, las preocupaciones unitarias estorbaron que se adoptasen los verdaderos medios militares y revolucionarios para obrar contra el tirano, yendo á estrellarse los esfuerzos intentados contra elementos que se habían dejado formarse mas poderosos.

Mr. Martigny, uno de los pocos franceses que habiendo vivido largo tiempo entre los americanos, sabía comprender sus intereses y los de la Francia en América, francés de corazon que deploraba todos los dias los extravíos, preocupaciones y errores de esos mismos argentinos á quienes quería salvar, decía de los antiguos unitarios: « son los emigrados franceses de 1789: no han olvidado nada, ni aprendido nada. » Y efectivamente, vencidos en 1829 por la *montonera*, creían que todavía la montonera era un elemento de guerra, y no querían formar ejército de línea; dominados entonces por las campañas pastoras, creían ahora inútil apoderarse de Buenos Aires; con preocupaciones invencibles contra los *gauchos*, los miraban aun como sus enemigos natos, parodiando, sin embargo, su táctica guerrera, sus hordas de caballería, y hasta su traje en los ejércitos.

Una revolucion radical, empero, se habia estado operando en la República, y el haberla comprendido á tiempo habría bastado para salvarla. Rosas, elevado por la campaña y apenas asegurado del gobierno, se había consagrado á quitarle todo su poder. Por el veneno, por la traicion, por el cuchillo, había dado muerte á todos los comandantes de

campaña que habian ayudado á su elevacion, y sustituido en su lugar hombres sin capacidad, sin reputacion, armados, sin embargo, del poder de matar sin responsabilidad.

Las atrocidades de que era teatro sangriento Buenos Aires, habían, por otra parte, hecho huir á la campaña á una inmensa multitud de ciudadanos, que mezclándose con los gauchos, iban obrando lentamente una fusion radical entre los hombres del campo y los de la ciudad; la comun desgracia los reunía; unos y otros execraban aquel monstruo sediento de sangre y de crímenes, ligándolos para siempre en un voto comun. La campaña, pues, había dejado de pertenecer á Rosas, y su poder, faltándole aquella base y la de la opinion pública, había ido á apoyarse en una horda de asesinos disciplinados, y en un ejército de línea. Rosas, mas perspicaz que los unitarios, se había apoderado del arma que ellos gratuitamente abandonaban, la infantería y el cañon. Desde 1835 disciplinaba rigorosamente sus soldados y cada dia se desmontaba un escuadron para engrosar los batallones.

No por eso Rosas contaba con el espíritu de sus tropas, como no contaba con la campaña ni los ciudadanos. Las conspiraciones cruzaban diariamente sus hilos que venían de diversos focos, y la unanimidad del designio hacía por la exuberancia misma de los medios, casi imposible llevar nada á cabo. Ultimamente, la mayor parte de sus jefes y todos los cuerpos de línea estaban complicados en una conjuracion que encabezaba el jóven coronel Maza, quien, teniendo en sus manos la suerte de Rosas durante cuatro meses, perdía un tiempo precioso en comunicarse con Montevideo y revelar sus planes.

Al fin sucedió lo que debia suceder, la conspiracion fué descubierta, y Maza murió llevándose consigo el secreto de la complicidad de la mayor parte de los jefes que continúan hoy al servicio de Rosas. Mas tarde no obstante este contraste, estalló la sublevacion en masa de la campaña, encabezada por el coronel Cramer, Castelli y centenares de hacendados pacíficos. Pero aun esta revolucion tuvo mal éxito, y setecientos gauchos pasaron por la angustia de abandonar su pampa y su parejero y embarcarse para ir á continuar en otra parte la guerra. Todos estos inmensos elementos estaban en poder de los unitarios; pero sus

preocupaciones no les dejaba aprovecharlos; pedían ante todo que aquellas fuerzas nuevas, actuales, se subordinasen á nombres antiguos y pasados.

No concebían la revolucion sino bajo las órdenes de Soler, Alvear, Lavalle ú otro de reputacion, de gloria clásica; y mientras tanto sucedía en Buenos Aires lo que en Francia había sucedido en 1830, á saber, que todos los generales querían la revolucion, pero les faltaba corazon y entrañas; estaban gastados, como esos centenares de generales franceses que en los días de julio cosecharon los resultados del valor del pueblo á quien no quisieron prestar su espada para triunfar. Faltáronnos los jóvenes de la Escuela Politécnica para que encabezasen á una ciudad que solo pedia una voz de mando para salir á las calles, y desbaratar la mazorca y desalojar al caníbal. La mazorca, malogradas estas tentativas, se encargó de la fácil tarea de inundar las calles de sangre y de helar el ánimo de los que sobrevivían á fuerza de crímenes.

El gobierno francés al fin mandó á Mr. Mackau á terminar á *todo trance* el bloqueo, y con los conocimientos de Mr. Mackau sobre las cuestiones americanas, se firmó un tratado que dejaba á merced de Rosas el ejército de Lavalle que llegaba en aquellos momentos mismos á las goteras de Buenos Aires, y malograba para la Francia las simpatías profundas de los argentinos por ella y la de los franceses por los argentinos; porque la fraternidad galo-argentina estaba cimentada en una afeccion profunda de pueblo á pueblo, y en tal comunidad de intereses é ideas que aun hoy, despues de los desbarros de la política francesa, no ha podido en tres años despegar de las murallas de Montevideo á los heroicos extranjeros que se han aferrado á ellas como al último atrincheramiento que á la civilizacion europea queda en las márgenes del Plata. Quizá esta ceguedad del ministerio ha sido útil á la República Argentina; era preciso que desencantamiento semejante nos hubiese hecho conocer la Francia poder, la Francia gobierno, muy distinta de esa Francia ideal y bella, generosa y cosmopolita, que tanta sangre ha derramado por la libertad; y que sus libros, sus filósofos, sus revistas nos hacían amar desde 1810.

La política que al gobierno francés trazan todos sus pu-

blicistas, Considerant, Damiron y otros, simpática por el progreso, la libertad y la civilizacion, podría haberse puesto en ejercicio en el Rio de la Plata, sin que por eso bambolease el trono de Luis Felipe, que han creído acuñar con la esclavitud de la Italia, de la Polonia y de la Bélgica; y la Francia habría cosechado en influencias y simpatías lo que no le dió su pobre tratado Mackau, que afianzaba un poder hostil por naturaleza á los intereses europeos, que no pueden medrar en América sino bajo la sombra de instituciones civilizadoras y libres. Digo lo mismo con respecto á la Inglaterra, cuya política en el Rio de la Plata haria sospechar que tiene el secreto designio de dejar debilitarse, bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1807, para volver á probar fortuna cuando una guerra europea ú otro gran movimiento, deja la tierra abandonada al pillaje, y añadir esta posesion á las concesiones necesarias para firmar un tratado, como el definitivo de Viena en que se hizo conceder Malta, el Cabo y otros territorios adquiridos por un golpe de mano. Porque ¿cómo sería posible concebir de otro modo, si la ignorancia en que viven en Europa de la situacion de América no lo disculpase, cómo sería posible concebir, digo, que la Inglaterra, tan solícita en formarse mercados para sus manufacturas, haya estado durante veinte años viendo tranquilamente, si no coadyuvando en secreto á la aniquilacion de todo principio civilizador en las orillas del Plata y dando la mano para que se levante cada vez que le ha visto bambolearse, al tiranuelo ignorante que ha puesto una barra al rio para que la Europa no pueda penetrar hasta el corazon de la América á sacar las riquezas que encierra y que nuestra inhabilidad desperdicia? ¿Cómo tolerar al enemigo implacable de los *extranjeros* que, con su inmigracion á la sombra de un gobierno simpático á los europeos y protector de la seguridad individual, habrían poblado en estos últimos veinte años las costas de nuestros inmensos rios, y realizado los mismos prodigios que en menos tiempo se han consumado en las riberas del Missisipi? ¿Quiere la Inglaterra consumidores, cualquiera que el gobierno de un país sea? Pero ¿qué han de consumir seiscientos mil gauchos, pobres sin industria como sin necesidades, bajo un gobierno que extinguiendo las costumbres y gustos europeos, disminuye

necesariamente el consumo de productos europeos? ¿Habremos de creer que la Inglaterra desconoce hasta este punto sus intereses en América? ¿Ha querido poner su mano poderosa para que no se levante en el sur de la América un Estado como el que ella engendró en el norte? ¡Qué ilusion! Ese Estado se levantará en despecho suyo, aunque sieguen sus retoños cada año, porque la grandeza del Estado está en la pampa pastosa, en las producciones tropicales del norte, y en el gran sistema de rios navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni navegantes ni industriosos, y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primeras; y ella y nosotros ganaremos en el cambio; la Europa nos pondrá el remo en la mano y nos remolcará rio arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegacion.

Se ha repetido de órden de Rosas en todas las prensas europeas que él es el único capaz de gobernar en los pueblos semi-bárbaros de la América. No es tanto de la América tan ultrajada que me lastimo, sino de las pobres manos que se han dejado guiar para estampar esas palabras. Es muy curioso que solo sea capaz de gobernar aquel que no ha podido obtener un dia de reposo, y que despues de haber destrozado, envilecido y ensangrentado su patria, se encuentra que cuando creía cosechar el fruto de tantos crímenes, está enredado con tres estados americanos, con el Uruguay, el Paraguay y el Brasil; y que aún le quedan á su retaguardia Chile y Bolivia, con quienes tiene todas las exterioridades del estado de guerra; porque por mas precauciones que el gobierno de Chile tome para no malquistarse con el monstruo, la malquerencia está en el modo de ser íntimo de ambos pueblos, en las instituciones que los rigen y las tendencias diversas de su política. Para saber lo que Rosas pretenderá de Chile, basta tomar la Constitucion del Estado; pues bien, ahí está la guerra; entregadle la Constitucion, ya sea directa ó indirectamente, y la paz vendrá en pos; esto es, estaréis conquistados para el gobierno *americano*.

La Europa, que ha estado diez años alejándose del contacto con la República Argentina, se ve llamada hoy por el Brasil, para que lo proteja contra el malestar que le hace

sufrir la proximidad de Rosas. ¿No acudirá á este llamado? Acudirá mas tarde, no haya miedo; acudirá cuando la República misma salga del aturdimiento en que la han dejado los millares de asesinates con que la han amedrentado, porque los asesinatos no constituyen un Estado; acudirá cuando el Uruguay y el Paraguay pidan que se haga respetar el tratado hecho entre el leon y el cordero; acudirá cuando la mitad de la América del sur se halle trastornada por el desquiciamiento que trae la subversion de todo principio de moral y de justicia.

La República Argentina está organizada hoy en una máquina de guerra, que no puede dejar de obrar, sin anular el poder que ha absorbido todos los intereses sociales. Concluida en el interior la guerra, ha salido ya al exterior; el Uruguay no sospechaba ahora diez años que él tuviese que habérselas con Rosas; el Paraguay no se lo imaginaba ahora cinco; el Brasil no lo temía ahora dos; Chile no lo sospechaba todavía; Bolivia lo miraría como ridículo: pero ello vendrá por la naturaleza de las cosas, porque esto no depende de la voluntad de los pueblos ni de los gobiernos, sino de las condiciones inherentes á toda faz social. Los que esperan que el mismo hombre ha de ser primero el azote de su pueblo y el reparador de sus males despues, el destructor de las instituciones que traen la sancion de la humanidad civilizada, y el organizador de la sociedad, conocen muy poco la historia. Dios no procede así; un hombre, una época para cada faz, para cada revolucion, para cada progreso.

No es mi ánimo trazar la historia de este reinado del terror, que dura desde 1832 hasta 1845, circunstancia que lo hace único en la historia del mundo. El detalle de todos sus espantosos excesos no entra en el plan de mi trabajo. La historia de las desgracias humanas, y de los extravíos á que puede entregarse un hombre cuando goza del poder sin freno, se engrosará en Buenos Aires de horribles y raros datos. Solo he querido pintar el orígen de este gobierno y ligarlo á los antecedentes, caracteres, hábitos y accidentes nacionales que ya desde 1810 venían pugnando por abrirse paso y apoderarse de la sociedad. He querido, ademas, mostrar los resultados que ha traído, y las consecuencias

de aquella espantosa subversion de todos los principios en que reposan las sociedades humanas.

Hay un vacío en el gobierno de Rosas que por ahora no me es dado sondar, pero que el vértigo que ha enloquecido á la sociedad ha ocultado hasta aquí. Rosas no *administra*, no gobierna en el sentido oficiàl de la palabra. Encerrado meses en su casa, sin dejarse ver de nadie, él solo dirige la guerra, las intrigas, el espionage, la mazorca, todos los diversos resortes de su tenebrosa política; todo lo que no es útil para la guerra, todo lo que no perjudica á sus enemigos, no forma parte del gobierno, no entra en la administracion.

Pero no se vaya á creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza; no, es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo. Existía antes de él y de Quiroga el espíritu federal en las provincias, en las ciudades, en los federales y en los unitarios mismos; él lo extingue, y organiza en provecho suyo el sistema unitario que Rivadavia quería en provecho de todos. Hoy todos esos caudillejos del interior, degradados, envilecidos, tiemblan de desagradarlo, y no respiran sin su consentimiento. La idea de los unitarios está realizada, solo está demas el tirano; el dia que un buen gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas, y todo dispuesto para la *union.*

La guerra civil ha llevado á los porteños al interior, y á los provincianos de unas provincias á otras. Los pueblos se han conocido, se han estudiado, y se han acercado mas de lo que el tirano quería; de ahí viene su cuidado de quitarles los correos, de violar la correspondencia y vigilarlos á todos. La *union* es íntima.

Existían antes dos sociedades diversas, las *ciudades* y las campañas; echándose las campañas sobre las *ciudades* se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las ciudades.

La montonera ha desaparecido con la despoblacion de La Rioja, San Luis, Santa Fé y Entre Rios, sus focos antiguos, y hoy los *gauchos* de las tres primeras corretean los llanos y la pampa en sosten de los enemigos de Rosas. ¿Aborrece Rosas á los extranjeros? Los extranjeros toman parte en

favor de la civilizacion americana, y durante tres años, burlan en Montevideo su poder, y muestran á toda la República, que no es invencible Rosas, y que aún puede lucharse contra él. Corrientes vuelve á armarse, y bajo las órdenes del mas hábil y mas europeo general que la República tiene, se está preparando ahora á principiar la lucha *en forma*, porque todos los errores pasados son otras tantas lecciones para lo venidero. Lo que ha hecho Corrientes lo han de hacer mas hoy, mas mañana, todas las provincias, porque les va en ello la vida y el porvenir.

¿Ha privado á sus conciudadanos de todos los derechos y desnudádolos de toda garantía? Pues bien; no pudiendo hacer lo mismo con los extranjeros, éstos son los únicos que se pasean con seguridad en Buenos Aires. Cada contrato que un hijo del país necesita celebrar, lo hace bajo la firma de un extranjero, y no hay sociedad, no hay negocio en que los extranjeros no tengan parte. De manera que el derecho y las garantías existen en Buenos Aires bajo el despotismo mas horrible. ¡Qué buen sirviente parece este irlandés, decia á su patron un transeunte por Buenos Aires.—Sí, contestaba aquel, lo he tomado por eso; porque estoy seguro de no ser espiado por mis criados, y porque me presta su firma para todos mis contratos. Aquí solo estos sirvientes tienen segura su vida y sus propiedades.

¿Los gauchos, la plebe y los compadritos lo elevaron? Pues él los extinguirá: sus ejércitos los devorarán. Hoy no hay lechero, sirviente, panadero, peon gañan, ni cuidador de ganado, que no sea alemán, inglés, vasco, italiano, español, porque es tal el consumo de hombres que ha hecho en diez años; tanta carne humana necesita el *americanismo*, que al cabo la poblacion americana se agota y va toda á enregimentarse en los cuadros que la metralla ralea desde que el sol sale hasta que anochese.

Cuerpo hay al frente de Montevideo que no conserva hoy un soldado y solo dos oficiales de los que lo compusieron al principio. La poblacion argentina desaparece y la extranjera ocupa su lugar en medio de los gritos de la mazorca y de la *Gaceta:* *¡Mueran los extranjeros!* como la unidad se realiza gritando: *¡Mueran los unitarios!* como la federacion ha muerto gritando: *¡Viva la federacion!*

¿No quiere Rosas que se naveguen los rios? Pues bien, el

Paraguay toma las armas para que se le permita navegarlos libremente; se asocia á los enemigos de Rosas, al Uruguay, á la Inglaterra y á la Francia, que todos desean que se deje el tránsito libre para que se exploten las inmensas riquezas del corazon de la América. Bolivia se asociará, quiera que no, á este movimiento, y Santa Fé, Córdoba, Entre Rios, Corrientes, Jujuy, Salta y Tucuman, lo secundarán desde que comprendan que todo su interés, todo su engrandecimiento futuro depende de que esos rios, á cuyas riberas duermen hoy en lugar de vivir, lleven y traigan las riquezas del comercio que hoy solo explota Rosas con el puerto, cuya posesion le da millones para empobrecer á las provincias.

La cuestion de la libre navegacion de los rios que desembocan en el Plata es hoy una cuestion europea, americana y argentina á la vez, y Rosas tiene en ella guerra interior y exterior hasta que caiga, y los rios sean navegados libremente. Así lo que no se consiguió por la importancia que los unitarios daban á la navegacion de los rios, se consigue hoy por la torpeza del gaucho de la pampa.

¿Ha perseguido Rosas la educacion pública y hostilizado y cerrado los colegios, la universidad y expulsado á los jesuitas? No importa; centenares de alumnos argentinos cuentan en su seno los colegios de Francia, Chile, Brasil, Norte-América, Inglaterra, y aún España. Ellos volverán, luego á realizar en su patria las instituciones que ven brillar en todos esos estados libres; y pondrán su hombro para derrocar al tirano semi bárbaro. ¿Tiene una antipatía mortal á los poderes europeos? Pues bien, los poderes europeos necesitan estar bien armados, bien fuertes en el Rio de la Plata, y mientras Chile y los demas Estados libres de América no tienen sino un cónsul y un buque de guerra extranjero en sus costas, Buenos Aires tiene que hospedar enviados de segundo órden, y escuadras extranjeras, que están á la mira de sus intereses y para contener las demasías del potro indómito y sin freno que está á la cabeza del Estado.

¿Degüella, castra, descuartiza á sus enemigos para acabar de un solo golpe y con una batalla la guerra? Pues bien; ha dado ya veinte batallas, ha muerto veinte mil hombres.

ha cubierto de sangre y de crímenes espantosos toda la República, ha despoblado la campaña y la ciudad para engrosar sus sicarios, y al fin de diez años de triunfo su posicion precaria es la misma. Si sus ejércitos no toman á Montevideo, sucumbe; si la toman, quédale el general Paz con ejércitos, quédale el Paraguay vírgen, quédale el Imperio del Brasil, quédale Chile y Bolivia que han de estallar al fin, quédale la Europa que lo ha de enfrenar, quédanle por último, diez años de guerra, de despoblacion y pobreza para la República; ó sucumbir, no hay remedio. ¿Triunfará? pero sus adictos habrán perecido, y otra poblacion y otros hombres reemplazarán el vacío que ellos dejen. ¿Volverán los emigrados á cosechar los frutos de su triunfo?

¿Ha encadenado la prensa, y puesto una mordaza al pensamiento, para que no discuta los intereses de la patria, para que no se ilustre é instruya, para que no revele los crímenes horrendos que ha cometido, y que nadie quiere creer á fuerza de ser espantosos é inauditos? ¡Insensato! ¿Qué es lo que has hecho? Los gritos que quieres ahogar cortando la garganta, para que por la herida se escape la voz y no llegue á los lábios, resuenan hoy por toda la redondez de la tierra. Las prensas de Europa y América te llaman á porfía el execrable Neron, el tirano brutal. Todos tus crímenes han sido contados; tus víctimas hallan partidarios y simpatías por todas partes, y gritos vengadores llegan hasta vuestros oídos. Toda la prensa europea discute hoy los intereses argentinos como si fueran los suyos propios, y el nombre argentino anda en tu deshonra en boca de todos los pueblos civilizados.

La discusion de la prensa está hoy en todas partes, y para oponer la verdad á tu infame *Gaceta*, están cien diarios que desde Paris y Londres, desde el Brasil y Chile, desde Montevideo y Bolivia, te combaten y publican tus maldades. Has logrado la fama á que aspirabas, sin duda; pero en la miseria del destierro, en la oscuridad de la vida privada, no cambiarían tus proscritos una sola hora de sus ócios por las que te dá tu celebridad espantosa; por las punzadas que de todas partes recibes; por los reproches que te haces á tí mismo de haber hecho tanto mal inútilmente! El *americano*, el enemigo de los europeos, condenado á gritar en francés, en inglés y en castellano: *¡Mueran los extranjeros!*

¡Mueran los unitarios! ¡Eh! eres tú, miserable, el que te sientes morir, y maldices en los idiomas de esos extranjeros, y por la prensa que es el arma de esos unitarios! ¿Qué Estado americano se ha visto condenado, como Rosas, á redactar en tres idiomas sus disculpas oficiales para responder á la prensa de todas las naciones, americanas y europeas, á un tiempo? Pero ¿adónde llegarán tus diatribas infames que el execrable lema: *¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos, unitarios!* no esté revelando la mano sangrienta é inmoral que las escribe?

De manera que lo que habría sido una discusion oscura y solo interesante para la República Argentina, lo es ahora para la América entera y la Europa. Es una cuestion del mundo cristiano.

¿Ha perseguido Rosas á los políticos, á los escritores y á los literatos? Pues ved lo que ha sucedido. Las doctrinas políticas de que los unitarios se habían alimentado hasta 1829, eran incompletas é insuficientes para establecer el gobierno y la libertad; bastó que agitase la pampa para echar por tierra su edificio basado sobre arena. Esta inexperiencia y esta falta de ideas prácticas remediólas Rosas en todos los espíritus con las lecciones crueles é instructivas que les daba su despotismo espantoso; nuevas generaciones se han levantado, educadas en aquella escuela práctica, que sabrían tapar las avenidas por donde un dia amenazaría desbordarse de nuevo el desenfreno de los génios como el de Rosas; las palabras tiranía, despotismo, tan desacreditadas en la prensa por el abuso que de ellas se hace, tienen en la República Argentina un sentido preciso, despiertan en el ánimo un recuerdo doloroso; harían sangrar cuando llegasen á pronunciarse, todas las heridas que han hecho en quince años de espantosa recordacion.

Dia vendrá que el nombre de Rosas sea un medio de hacer callar al niño que llora, de hacer temblar al viajero en la oscuridad de la noche. Su cinta colorada con la que hoy ha llevado el terror y la idea de las matanzas hasta el corazon de sus vasallos, servirá mas tarde de curiosidad nacional que enseñaremos á los que de países remotos visiten nuestras playas.

Los jóvenes estudiosos que Rosas ha perseguido, se han desparramado por toda la América, examinando las diversas

costumbres, penetrado en la vida íntima de los pueblos, estudiado sus gobiernos, y visto los resortes que en unas partes mantienen el órden sin detrimento de la libertad y del progreso, notando en otros los obstáculos que se oponen á una buena organizacion. Los unos han viajado por Europa estudiando el derecho y el gobierno; los otros han residido en el Brasil; cuáles en Bolivia, cuáles en Chile, y cuáles otros en fin, han recorrido la mitad de la Europa y la mitad de la América y traen un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia y datos preciosos que pondrán un dia al servicio de la patria, que reuna en su seno esos millares de proscritos que andan hoy diseminados por el mundo, esperando que suene la hora de la caída del Gobierno absurdo é insostenible que aún no cede al empuje de tantas fuerzas como las que han de traer necesariamente su destruccion. Que en cuanto á literatura, la República Argentina es hoy mil veces mas rica que lo fué jamas en escritores capaces de ilustrar á un Estado americano.

Si quedara duda con todo lo que he expuesto de que la lucha actual de la República Argentina lo es solo de civilizacion y barbarie, bastaría á probarlo, el no hallarse del lado de Rosas un solo escritor, un solo poeta, de los muchos que posee aquella joven nacion. Montevideo ha presenciado durante tres años consecutivos las justas literarias del 25 de Mayo, dia en que veintenas de poetas inspirados por la pasion de la patria, se han disputado un laurel. ¿Por qué la poesía ha abandonado á Rosas? ¿Por qué ni rapsodias produce hoy el suelo de Buenos Aires, en otro tiempo tan fecundo en cantares y rimas? Cuatro ó cinco asociaciones existen en el extranjero de escritores que han emprendido compilar datos para escribir la historia de la República, tan llena de acontecimientos, y es verdaderamente asombroso el cúmulo de materiales que han reunido de todos los puntos de América, manuscritos, impresos, documentos, crónicas antiguas, diarios, viajes, etc. La Europa se asombrará un dia cuando tan ricos materiales vean la luz pública, y vayan á engrosar la voluminosa coleccion de que Angelis no ha publicado sino una pequeña parte.

¿Cuántos resultados no van, pues, á cosechar esos pueblos argentinos desde el dia no remoto ya en que la sangre

derramada ahogue al tirano! ¡Cuántas lecciones! ¡Cuánta experiencia adquirida! Nuestra educacion política está consumada.

Todas las cuestiones sociales ventiladas, federacion, unidad, libertad de cultos, inmigracion, navegacion de los rios, poderes políticos, libertad, tiranía, todo se ha dicho entre nosotros, todo nos ha costado torrentes de sangre. El sentimiento de la autoridad está en todos los corazones, al mismo tiempo que la necesidad de contener la arbitrariedad de los poderes la ha inculcado hondamente Rosas con sus atrocidades. Ahora no nos queda que hacer sino lo que él no ha hecho, y reparar lo que él ha destruido.

Porque *él* durante quince años no ha tomado una medida administrativa para favorecer el comercio interior y la industria naciente de nuestras provincias, los pueblos se entregarán con ahinco á desenvolver sus medios de riqueza, sus vias de comunicacion, y el *nuevo gobierno* se consagrará á restablecer los correos y asegurar los caminos, que la naturaleza tiene abiertos por toda la extension de la República.

Porque en quince años no ha querido asegurar las fronteras del sur y del norte por medio de una línea de fuertes, porque este trabajo y este bien hecho á la República no le daba ventaja alguna contra sus enemigos; el *nuevo gobierno* situará el ejército permanente al sur, y asegurará territorios para establecer colonias militares que en cincuenta años serán ciudades y provincias florecientes.

Porque *él* ha perseguido el nombre europeo, y hostilizado la inmigracion de extranjeros, el *nuevo gobierno* establecerá grandes asociaciones para introducir poblacion y distribuirla en territorios feraces á orillas de los inmensos rios, y en veinte años sucederá lo que en Norte América ha sucedido en igual tiempo, que se han levantado como por encanto ciudades, provincias y estados en los desiertos en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes; porque la República Argentina se halla hoy en la situacion del Senado romano que, por un decreto, mandaba levantar de una vez quinientas ciudades, y las ciudades se levantan á su voz.

Porque *él* ha puesto á nuestros rios interiores una barrera insuperable para que no sean libremente navegados, el *nuevo gobierno* fomentará de preferencia la navegacion fluvial;

millares de naves remontarán los rios, é irán á extraer las riquezas que hoy no tienen salida ni valor hasta Bolivia y el Paraguay, enriqueciendo en su tránsito á Jujuy, Tucuman, Salta, Corrientes, Entre-Rios y Santa Fé, que se tornarán en ricas y hermosas ciudades, como Montevideo, como Buenos Aires. Porque *él* ha malbaratado las rentas pingües del puerto de Buenos Aires y gastado en quince años cuarenta millones de pesos fuertes que ha producido, en llevar adelante sus locuras, sus crímenes y sus venganzas horribles, el puerto será declarado propiedad nacional para que sus rentas sean consagradas á promover el bien en toda la República, que tiene derecho á ese puerto de que es tributaria.

Porque *él* ha destruido los colegios y quitado las rentas á las escuelas, el *nuevo gobierno*, organizará la educacion pública en toda la República con rentas adecuadas y con ministerio especial como en Europa, como en Chile, Bolivia y todos los países civilizados; porque el saber es riqueza, y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro, como lo son los de la costa de Africa, ó los salvajes de nuestras pampas.

Porque *él* ha encadenado la prensa, no permitiendo que haya otros diarios que los que tiene destinados para vomitar sangre, amenazas y mueras, el *nuevo gobierno* extenderá por toda la República el beneficio de la prensa, y veremos pulular libros de instruccion y publicaciones que se consagren á la industria, á la literatura, á las artes y á todos los trabajos de la inteligencia.

Porque *él* ha perseguido de muerte á todos los hombres ilustrados, no admitiendo para gobernar sino su capricho, su locura y su sed de sangre, el *nuevo gobierno* se rodeará de todos los grandes hombres que posee la República y que hoy andan desparramados por toda la tierra, y con el concurso de todas las luces de todos, hará el bien de todos en general. La inteligencia, el talento y el saber serán llamados de nuevo á dirigir los destinos públicos como en todos los países civilizados.

Porque *él* ha destruido las garantías que en los pueblos cristianos aseguran la vida y la propiedad de los ciudadanos, el *nuevo gobierno* restablecerá las formas representativas, y asegurará para siempre los derechos que todo

hombre tiene de no ser perturbado en el libre ejercicio de sus facultades intelectuales y de su actividad.

Porque *él* ha hecho del crímen, del asesinato, de la castracion y del degüello un sistema de gobierno; porque *él* ha desenvuelto todos los malos instintos de la naturaleza humana para crearse cómplices y partidarios, el *nuevo gobierno* hará de la justicia, de las formas recibidas en los pueblos civilizados, el medio de corregir los delitos públicos, y trabajará por estimular las pasiones nobles y virtuosas que ha puesto Dios en el corazon del hombre para su dicha en la tierra, haciendo de ellas el escalon para elevarse é influir en los negocios públicos.

Porque *él* ha profanado los altares poniendo en ellos su infame retrato; porque *él* ha degollado sacerdotes, vejádolos, ó hécholes abandonar su patria, el *nuevo gobierno* dará al culto la dignidad que le corresponde, y elevará la religion y sus ministros á la altura que se necesita para que moralice á los pueblos.

Porque *él* ha gritado durante quince años *mueran los salvajes unitarios*, haciendo creer que un gobierno tiene derecho de matar á los que no piensan como él, marcando á toda una nacion con un letrero y una cinta para que se crea que el que lleve la *marca* piensa como le mandan á azotes pensar, el *nuevo gobierno* respetará las opiniones diversas, porque las opiniones no son hechos ni delitos, y porque Dios nos ha dado una razon que nos distingue de las bestias, libre para juzgar á nuestro libre arbitrio.

Porque *él* ha estado continuamente suscitando querellas á los gobiernos vecinos y á los europeos; porque *él* nos ha privado del comercio con Chile, ha ensangrentado al Uruguay, malquistádose con el Brasil, atraídose un bloqueo de la Francia, los vejámenes de la marina norte americana, las hostilidades de la inglesa, y metídose en un laberinto de guerras interminables y de reclamaciones que no acabarán sino con la despoblacion de la República y la muerte de todos sus partidarios, el *nuevo gobierno*, amigo de los poderes europeos, simpático para todos los pueblos americanos, desatará de un golpe ese enredo de las relaciones extranjeras, y establecerá la tranquilidad en el exterior y en el interior, dando á cada uno su

derecho y marchando por las mismas vías de conciliacion y órden en que marchan todos los pueblos cultos.

Tal es la obra que nos queda por realizar en la República Argentina. Puede ser que tantos bienes no se obtengan de pronto, y que despues de una subversion tan radical como la que ha obrado Rosas, cueste todavía un año ó mas de oscilaciones el hacer entrar á la sociedad en sus verdaderos quicios. Pero con la caída de ese monstruo, entraremos por lo menos en el camino que conduce á porvenir tan bello, en lugar de que bajo su funesta impulsion nos alejamos mas y mas cada dia, y vamos á pasos agigantados retrocediendo á la barbarie, á la desmoralizacion y á la pobreza. El Perú padece sin duda de los efectos de sus convulsiones intestinas; pero al fin, sus hijos no han salido á millares y por docenas de años á vagar por los países vecinos; no se ha levantado un monstruo que se rodee de cadáveres, sofoque toda espontaneidad y todo sentimiento de virtud. Lo que la República Argentina necesita antes de todo, lo que Rosas no le dará jamas, porque ya no le es dado darle, es que la vida, la propiedad de los hombres, no esté pendiente de una palabra indiscretamente pronunciada, de un capricho del que manda. Dadas estas dos bases, seguridad de la vida y de la propiedad, la forma de gobierno, la organizacion política del Estado, la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias. Apenas hay un pueblo en América que tenga menos fe que el argentino en un pacto escrito, en una constitucion. Las ilusiones han pasado ya; la constitucion de la República se hará sin sentir, de sí misma, sin que nadie se la haya propuesto. Unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados.

Ni creo imposible que á la caída de Rosas se suceda inmediatamente el órden. Por mas que á la distancia parezca, no es tan grande la desmoralizacion que Rosas ha engendrado; los crímenes de que la República ha sido testigo, han sido *oficiales*, mandados por el gobierno; á nadie se ha castrado, degollado ni perseguido sin la *órden* expresa de hacerlo. Por otra parte, los pueblos obran siempre por reacciones; al estado de inquietud y de alarma en que Rosas los ha tenido durante quince años, ha de sucederse

la calma necesariamente; por lo mismo que tantos y tan horribles crímenes se han cometido, el pueblo y el gobierno huirán de cometer uno solo, á fin de que las ominosas palabras *mazorca! Rosas!* no vengan á zumbar en sus oídos, como otras tantas furias vengadoras; por lo mismo que las pretensiones exageradas de libertad que abrigan los unitarios han traído resultados tan calamitosos, los políticos serán en adelante prudentes en sus propósitos, los partidos medidos en sus exigencias. Por otra parte, es desconocer mucho la naturaleza humana creer que los pueblos se vuelven criminales, y que los hombres extraviados que asesinan cuando hay un tirano que los impulse á ello, son en el fondo malvados. Todo depende de las preocupaciones que dominan en ciertos momentos, y el hombre que hoy se ceba en sangre por fanatismo, era ayer un devoto inocente, y será mañana un buen ciudadano, desde que desaparezca la excitacion que lo indujo al crímen. Cuando la nacion francesa cayó en 1793 en manos de aquellos implacables terroristas, mas de un millon y medio de franceses se hartaron de sangre y de delitos, y despues de la caída de Robespierre y del terror, apenas sesenta insignes malvados fué necesario sacrificar con él, para volver la Francia á sus hábitos de mansedumbre y moral; y esos mismos hombres que tantos horrores habían perpetrado, fueron despues ciudadanos útiles y morales. No digo en los partidarios de Rosas, en los mazorqueros mismos hay bajo las exterioridades del crímen, virtudes que un dia deberían premiarse. Millares de vidas han sido salvadas por los avisos que los mazorqueros daban secretamente á las víctimas que la *órden* recibida les mandaba inmolar.

Independientes de estos motivos generales de moralidad que pertenecen á la especie humana en todos tiempos y en todos los países, la República Argentina tiene elementos de órden de que carecen muchos países en el mundo. Uno de los inconvenientes que estorba aquietar los ánimos en los países convulsionados, es la dificultad de llamar la atencion pública á objetos nuevos que la saquen del círculo vicioso de ideas en que vive. La República Argentina tiene por fortuna tanta riqueza que explotar, tanta novedad con que atraer los espíritus despues de un gobierno como el

de Rosas, que sería imposible turbar la tranquilidad necesaria para ir á los nuevos fines.

Cuando haya un gobierno culto y ocupado de los intereses de la nacion, qué de empresas, qué de movimiento industrial! Los pueblos pastores ocupados de propagar los *merinos* que producen millones y entretienen á toda hora del dia á millares de hombres; las provincias de San Juan y Mendoza consagradas á la cría del gusano de seda, que con apoyo y proteccion del gobierno, carecerían de brazos en cuatro años para los trabajos agrícolas é industriales que requiere; las provincias del norte entregadas al cultivo de la caña de azúcar, del añil que se produce espontáneamente; las litorales de los rios, con la navegacion libre que daría movimiento y vida á la industria del interior. En medio de este movimiento, ¿quién hace la guerra? ¿Para conseguir qué? A no ser que haya un gobierno tan estúpido, como el presente, que huye todos estos intereses, y en lugar de dar trabajo á los hombres, los lleva á los ejércitos, á hacer la guerra al Uruguay, al Paraguay, al Brasil, á todas partes, en fin.

Pero el elemento principal de órden y moralizacion que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigracion europea, que de suyo y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa de dia en dia al Plata, y si hubiera un gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaria por sí sola á sanar, en diez años no mas, todas las heridas que han hecho á la patria los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado. De Europa emigran anualmente medio millon de hombres por lo menos, que poseyendo una industria ó un oficio, salen á buscar fortuna y se fijan donde hallan tierra que poseer. Hasta el año 1840, esta inmigracion se dirigía principalmente á Norte América, que se ha cubierto de ciudades magníficas y llenado de una inmensa poblacion á merced de la inmigracion. Tal ha sido á veces la manía de emigrar, que poblaciones enteras de Alemania se han trasportado á Norte América, con sus alcaldes, curas, maestros de escuela, etc.

Pero al fin ha sucedido que en las ciudades de las costas, el aumento de poblacion ha hecho la vida tan difícil como en Europa, y los emigrados han encontrado allí el malestar y la miseria de que venían huyendo.

Desde 1840 se leen avisos en los diarios norteamericanos previniendo los inconvenientes que encuentran los emigrados, y los cónsules de América hacen publicar en los diarios de Alemania, Suiza é Italia avisos iguales para que no emigren mas. En 1843 dos buques cargados de hombres tuvieron que regresar á Europa con su carga; y en 1844, el gobierno francés mandó á Argel veinte y un mil suizos que iban inútilmente á Norte América.

Aquella corriente de emigrados que ya no encuentran ventaja en el norte, ha empezado á costear la América. Algunos se dirigen á Tejas, otros á Méjico, cuyas costas mal sanas los rechazan; el inmenso litoral del Brasil no les ofrece grandes ventajas á causa del trabajo de los negros esclavos, que quita el valor á la produccion. Tienen, pues, que recalar al Rio de la Plata, cuyo clima suave, fertilidad de la tierra y abundancia de medios de subsistir, los atrae y fija.

Desde 1836 empezaron á llegar á Montevideo millares de emigrados, y mientras Rosas dispersaba la poblacion natural de la República con sus atrocidades, Montevideo se agrandaba en un año hasta hacerse una ciudad floreciente y rica, mas bella que Buenos Aires y mas llena de movimiento y comercio. Ahora que Rosas ha llevado la destruccion á Montevideo, porque este genio maldito no nació sino para destruir, los emigrados se agolpan á Buenos Aires, y ocupan el lugar de la poblacion que el monstruo hace matar diariamente en los ejércitos, y ya en el presente año propuso á la Sala enganchar vascos para reponer sus diezmados cuadros.

El dia, pues, que un gobierno nuevo dirija á objetos de utilidad nacional los millones que hoy se gastan en hacer guerras desastrosas é inútiles y en pagar criminales, el dia que por toda Europa se sepa que el horrible monstruo que hoy desola la República, y está gritando diariamente *muerte á los extranjeros*, ha desaparecido, ese dia la inmigracion industriosa de la Europa se dirigirá en masa al Rio de la Plata; el *nuevo gobierno* se encargará de distribuirla por las provincias; los ingenieros de la República irán á trazar en todos los puntos convenientes los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados; y en diez años

quedarán todas las márgenes de los rios cubiertas de ciudades, y la República doblará su poblacion con vecinos activos, morales é industriosos. Estas no son quimeras, pues basta quererlo y que haya un gobierno menos brutal que el presente para conseguirlo.

El año 1835 emigraron á Norte América quinientas mil seiscientas cincuenta almas; ¿por qué no emigrarían á la República Argentina cien mil por año, si la horrible fama de Rosas no los amedrentase? Pues bien, cien mil por año harían en diez años un millon de europeos industriosos diseminados por toda la República, enseñándonos á trabajar, explotando nuevas riquezas, y enriqueciendo al país con sus propiedades; y con un millon de hombres civilizados la guerra civil es imposible, porque serían menos los que se hallarían en estado de desearla. La colonia escocesa que Rivadavia fundó al sur de Buenos Aires, lo prueba hasta la evidencia; ha sufrido de la guerra, pero ella jamas ha tomado parte, y ningun gaucho aleman ha abandonado su trabajo, su lechería ó su fábrica de quesos, para ir á corretear por la pampa.

Creo haber demostrado que la revolucion de la República Argentina está ya terminada, y que solo la existencia del execrable tirano que ella engendró, estorba que hoy mismo entre en una carrera no interrumpida de progresos que pudieran envidiarle bien pronto algunos pueblos americanos. La lucha de las campañas con las ciudades, se ha acabado; el odio á Rosas ha reunido á estos elementos; los antiguos federales y los viejos unitarios, como la nueva generacion, han sido perseguidos por él y se han unido.

Ultimamente, sus mismas brutalidades y su desenfreno lo han llevado á comprometer la República en una guerra exterior en que el Paraguay, el Uruguay, el Brasil, lo harían sucumbir necesariamente, si la Europa misma no se viese forzada á venir á desmoronar ese andamio de cadáveres y de sangre que lo sostiene. Los que aun abrigan preocupaciones contra los extranjeros, pueden responder á esta pregunta: ¿cuando un foragido, un furioso, ó un loco frenético llegase á apoderarse del gobierno de un pueblo, deben todos los demas gobiernos tolerar y dejar que destruya á su salvo, que asesine sin piedad, y que traiga alborotadas diez años á todas las naciones vecinas?

Pero el remedio no nos vendrá solo del exterior. La Providencia ha querido que al desenlazarse el drama sangriento de nuestra revolucion, el partido tantas veces vencido, y un pueblo tan pisoteado, se hallen con las armas en la mano, y en aptitud de hacer oir las quejas de las víctimas. La heroica provincia de Corrientes tiene hoy seis mil veteranos que á esta hora habrán entrado en campaña bajo las órdenes del vencedor de la Tablada, Oncativo y Caaguazú, el boleado, el manco Paz, como le llama Rosas. ¡Cuántas veces este furibundo que tantos millares de víctimas ha sacrificado inútilmente, se habrá mordido y ensangrentado los labios de cólera, al recordar que lo ha tenido preso diez años y no lo ha muerto, á ese mismo manco boleado que hoy se prepara á castigar sus crímenes! La Providencia habrá querido darle este suplicio de condenado, haciéndolo carcelero y guardian del que estaba destinado desde lo alto á vengar la República, la humanidad y la justicia.

¡Proteja Dios tus armas, honrado general Paz! ¡Si salvas la República, nunca hubo gloria como la tuya! ¡Si sucumbes, ninguna maldicion te seguirá á la tumba! ¡los pueblos se asociarán á tu causa, ó deplorarán mas tarde su ceguedad ó su envilecimiento!

APÉNDICE

Las proclamas que llevan la firma de Juan Facundo Quiroga, tienen tales caracteres de autenticidad que hemos creido útil insertarlas aquí, como los únicos documentos escritos que quedan de aquel caudillo. Campea en ellas la exageracion y ostentacion del propio valor, á la par del no disimulado designio de inspirar miedo á los demas. La incorreccion del lenguaje, la incoherencia de las ideas, y el empleo de voces que significan otra cosa que lo que se propone expresar con ellas ó muestran la confusion ó el estado embrionario de las ideas, revelan en estas proclamas el alma ruda aun, los instintos jactanciosos del hombre del pueblo, y el candor del que, no familiarizado con las letras, ni sospecha siquiera que haya incapacidad de su parte para emitir sus ideas por escrito.

Qué significa en efecto: «Opresores y conquistadores de la libertad»; «Ninguna resolucion es mas poderosa que la invocacion de la patria»; «Vengo á haceros partícipes de los auspicios que os extienden las provincias litorales»; «Elevad fervorosos sacrificios, dictad leyes análogas al pueblo»; todo esto es barbarie, confusion de ideas, incapacidad de desenvolver pensamientos por no conocer el sentido de las palabras. Es sin duda ingenuo aquel «libre por los principios y por propension, mi estado natural es la libertad,» frase que sería una manifestacion de la voluntariedad de su espíritu, si tuviese sentido.

En las gacetas de Buenos Aires se registra un comunicado virulento, obra suya, escrito contra el gobierno, por haber dictado una providencia sobre fondos públicos, que menoscababa el interés de los tenedores, siéndolo él de algunos millones. Mas tarde, mejor aconsejado, dió una satisfaccion al gobierno por otro comunicado. Algunas cartas de Quiroga han visto la luz pública; pero creo, que como sus proclamas, no merecen conservarse sino como curiosidades y monumentos de la época de barbarie.

La primera de estas proclamas, sin fecha, pertenece sin duda al año 1829, cuando despues de haberse rehecho de la derrota de la Tablada, vino á San Juan y á Mendoza. La segunda está datada de San Luis, de letra manuscrita, y la traía impresa desde Buenos Aires para irla esparciendo por los lugares de su tránsito. La tercera precedió á la salida del ejército destinado á combatir al general La Madrid en Tucuman, y alude á la rèciente muerte de Villafañe.

Al pie de un decreto de la Junta de Representantes de Mendoza, en que se permitía circular en la provincia papel moneda de Buenos Aires, Facundo Quiroga hizo publicar la siguiente posdata que tiene todos los caractéres de sus anteriores proclamas, la jactancia, el enredo de la frase, y su prurito de aterrar.

«El Infrascripto,» dice, «en vista del proyecto de ley que antecede, protesta por lo mas sagrado de los cielos y de la tierra, que el papel moneda no circulará en las provincias del interior, mientras él permanezca en ellas, ó partidarios de tan detestable plaga pasen por su cadáver, pues que viendo la justicia de su parte, no conoce peligro que lo arredre, ni lo haga desistir de buscarla, como lo hizo por sí solo y á su cuenta en los años 26 y 27, contra todo el poder del presidente de la República don Bernardino Rivadavia, cuando quiso ligar las provincias al carro del despotismo por medio de los Bancos subalternos de papel moneda, y con el santo fin de abrir un vasto campo á los extranjeros para que extrajesen de ellas el dinero metálico. — *San Juan, Setiembre 20 de 1833.* — JUAN FACUNDO QUIROGA.»

PROCLAMA

PUEBLOS DE LA REPÚBLICA: Destinado por el general que os dieron los RR. Nacionales, á servir de jefe de la segunda division del ejército de la Nacion, ningun sacrificio he omitido por desempeñar tan alta confianza. Los enemigos de las leyes, los asesinos del encargado del poder nacional, los insurrectos del ejército y sus vendidos secuaces, ningun medio omiten para emponzoñar los corazones y prevenir á los incautos que no me conocen. La perfidia y la detraccion es la bandera de ellos, mientras la franqueza y el valor es nuestra divisa.

ARGENTINOS: Os juro por mi espada que ninguna otra aspiracion me anima que la de la libertad. A nadie se le oculta que mi fortuna es el patrimonio y el sosten de los bravos que mando, y el dia que los pueblos hayan recuperado sus derechos, será el mismo de mi silencio y mi retiro. Nada mas aspira un hombre que no necesita ni cortejar el poder ni al que manda. Libre por principios y por propension, mi estado natural es la libertad: por ella verteré mi sangre y mil vidas, y no existirá esclavo, donde las lanzas de La Rioja se presenten.

SOLDADOS DE MI MANDO: El que quiera dejar mis filas puede retirarse, y hacer uso de mi oferta que os hago por tercera vez. Mas el que quiera enristrar la lanza contra los opresores y oprimidos (*sic*) quedad al lado mío. Los enemigos ya saben lo que leeis, y os tiemblan.

OPRESORES Y CONQUISTADORES DE LA LIBERTAD: Triunfaréis acaso de los bravos Riojanos, porque la fortuna es inconstante; pero se legará hasta el fin de los siglos la memoria de mil héroes que no saben recibir heridas por la espalda.

OPRIMIDOS: Los que deseéis la libertad ó una muerte honrosa, venid á mezclaros con vuestros compatriotas, con vuestros amigos y con vuestro camarada, — JUAN FACUNDO QUIROGA.

EL GENERAL QUIROGA

Á LOS HABITANTES DE LAS PROVINCIAS INTERIORES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

MIS COMPATRIOTAS: Ninguna resolucion es mas poderosa que la invocacion de la Patria, anunciando á sus hijos la ocasion de domar el orgullo de los opresores de los pueblos. Había formado la decision de no volver á aparecer como hombre público; mas mis principios han sofocado tales propósitos. Me tenéis ya en campaña para contribuir á que desaparezcan esos seres funestos que osadamente han despedazado los vínculos entre *el pueblo y las leyes.*

Las provincias litorales, despues de un largo sufrimiento de humillaciones muy marcadas en obsequio de la paz, y de haber perdido todas esperanzas de una reconciliacion fraternal y benéfica que consultase la libre existencia de todas, han puesto en accion sus recursos para guardar sus libertades, y salvar las vuestras. Fieles y consecuentes á la amistad, han jurado que las armas que han empuñado, no las depondrán hasta no dejar salva la Patria, libres y en tranquilidad los pueblos oprimidos de la República Argentina.

Los instantes de crisis que apuntan el término de la existencia de los pérfidos anarquistas del 1º de Diciembre, que os han sumido en los males que os agobian, se dejan sentir ya manifiestamente.

Ejércitos respetables marchan en diferentes direcciones para combatir y destruir en todos puntos á los anarquizadores. El Excmo. señor Gobernador de Santa Fé, brigadier don *Estanislao López*, es el jefe que manda las fuerzas combinadas de los gobiernos litorales aliados en perpetua federacion, y que ya están en campaña. Una division de este ejército á las órdenes del general don *Felipe Ibarra*, se interna á Santiago á engrosar las fuerzas que operan por esa parte; y el Excmo. señor Gobernador de la provincia de Buenos Aires, general don *Juan Manuel de Rosas*, se halla situado á los confines de su territorio por el norte con un fuerte ejército de reserva. En fin, todo anuncia que ya podéis contaros en el número de los *hijos de la libertad.*

Estoy, pues, en campaña, mis amigos, al frente de una division del ejército combinado y á las órdenes del Excmo. señor general en jefe para redimiros del cautiverio. Marcho á protegeros, y no á oprimiros. Vengo á haceros partícipes de los auspicios que os extienden las provincias litorales, para aliviar vuestras desgracias; y á serviros de apoyo contra la crueldad y perfidia de vuestros opresores.

No trato de sorprenderos ni de llamaros en mi auxilio; lo primero sería engañaros, lo segundo un insulto á la decision con que constantemente se han mantenido las provincias por la causa de la libertad. Esta verdad se encuentra plenamente comprobada en el hecho mismo de que habéis formado tres ejércitos de hombres puramente voluntarios para sostener los derechos de los pueblos, sin haber tenido enganche que os halagase, ni la mas remota esperanza del miserable celo del saqueo; la moral fué vuestra guía, y la seguisteis hasta la conclusion de los dos últimos ejércitos que fueron tan desgraciados, como feliz el primero. Si bien que vive vuestro amigo, — *San Luis, Marzo 22 de 1831* — JUAN FACUNDO QUIROGA.

PROCLAMA

EL GENERAL DE LA DIVISION DE LOS ANDES Á TODOS LOS HABITANTES DE LAS PROVINCIAS DE CUYO

MINISTROS DEL SANTUARIO: Elevad al Ser Supremo fervorosos sacrificios, y pedidle con la efusion de vuestros piadosos corazones, que suspenda el azote de la guerra fratricida en que yace la República Argentina.

Honorables RR. de las legislaturas provinciales: A vosotros toca el deber sagrado de dictar leyes análogas y benéficas al pueblo que os honró con tan alto cargo. La generosidad de los gobiernos litorales, de esos padres de la República, que sin reparar en sacrificios os han puesto en plena libertad para ejercer vuestras funciones, no entre el estruendo de las armas, sino en el silencio y reposo de la mas perfecta tranquilidad.

Jefes militares: Respetad y obedeced la autoridad civil; estad siempre en vigilia para sostenerla contra todo aquel que intente derrocarla: este es vuestro deber.

Ciudadanos todos: Respetad la religión de nuestros padres y sus ministros, las leyes que nos rigen y las autoridades constituidas. Si así lo hiciereis, sereis felices, y no tendréis motivos de arrepentimiento.

La division auxiliar de los Andes se retira de vuestro territorio no al descanso de una vida privada, sino á continuar sus tareas contra los enemigos implacables de la libertad y de las leyes. Ella marchará de frente, pues no conoce peligro que le arredre, se ha propuesto dar libertad á las tres provincias oprimidas en el norte, ó dejar de existir. Ella os deja libres del poder militar de los asesinos del 1º de Diciembre; y en esto mismo ha recibido la más grata recompensa á sus débiles esfuerzos. Que las tres provincias de Cuya se mantengan en union indisoluble y se sostengan mútuamente contra toda tentativa de los enemigos de su libertad, es la aspiracion y el más ardiente deseo del que os habla.

Enemigos de la libertad nacional: Sabed: que desde el 23 de Mayo del presente año, en que tuve pleno conocimiento de que vuestros partidarios cometieron el más horrendo, alevoso y negro crímen de asesinar al benemérito general don José Benito Villafañe, desenvainé mi espada contra vosotros, protesté que la justicia ocuparía el lugar de la misericordia, convencido que los delitos tolerados mil veces han sacrificado mas víctimas que los suplicios ejecutados á su tiempo. ☞ *Temblad*, de cometer el mas leve atentado. *Temblad*, si no respetáis las autoridades y las leyes. Y *temblad*, si no desistís de ese loco empeño de cautivar la libertad de los pueblos, mientras exista, — Juan Facundo Quiroga. — *San Juan, Setiembre 7 de 1831.*

EL GENERAL FRAY FÉLIX ALDAO

GOBERNADOR DE MENDOZA

Hace veintiocho años que tuvo lugar la escena que voy á referir ([1]). Eran las cinco de la tarde del 4 de febrero de 1817, hora en que el sol, aun muy elevado en el cielo, echaba sus rayos de despedida en un obscuro y hondo valle que forman las ramificaciones de la cordillera de los Andes. El rio de Aconcagua desciende por entre ellas de pedrisco en pedrisco interrumpiendo con sus murmullos el silencio de aquellas soledades alpinas. La vanguardia de la division del coronel Las Heras, que descendía á Chile por el camino de Uspallata, caminaba silenciosa por un sendero quebrado y erizado de puntas. La Guardia Vieja se divisaba en lo hondo del valle como un castillejo feudal, abandonado en la apariencia, pero ocultando un destacamento español que veía venir la columna de los insurgentes que se acercaba en silencio y apercibida para el combate.

Dos descargas de detrás de las trincheras iniciaron la jornada; una compañía de cazadores del núm. 11 se acercaba tiroteando por la orilla del rio hasta doce pasos de las murallas, mientras que otra desfilaba por las faldas escarpadas de un cerro para imposibilitar todo escape. Un momento despues, la tropa de línea tomaba los parapetos á la bayoneta, y la Guardia Vieja presentaba todos los horrores del asalto. Treinta sables se veían, en la orla de este cuadro, subir y bajar en el aire con la velocidad, el brillo del relámpago; entre estos treinta granaderos á caballo mandados por el teniente José Aldao, y en lo mas enmarañado de la refriega, veíase una figura extraña vestida de blanco, semejante á un fantasma, descargando sablazos en todas direcciones,

(1) Esto se escribia en febrero de 1845, antes de publicarse «El Facundo.»

con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable. Era el capellan segundo de la division que, arrastrado por el movimiento de las tropas, exaltado por el fuego del combate, había obedecido al fatídico de *¡á la carga!* precursor de la matanza y exterminio cuando hería los oídos de los vencedores de San Lorenzo. Al regresar la vanguardia victoriosa al campamento fortificado que ocupaba el coronel Las Heras con el resto de su division, las chorreras de sangre que cubrían el escapulario del capellan, revelaron á los ojos del jefe, que menos se había ocupado en auxiliar moribundos, que en aumentar el número de los muertos. «Padre, cada uno en su oficio: á Su Paternidad el breviario, á nosotros la espada.» Este reproche hizo una súbita impresion en el irascible capellan.

Traía aun el cerquillo desmelenado y el rostro surcado por el sudor y el polvo; dió vuelta á su caballo en ademan de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca contraída. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento, dando un golpe con el sable que aun colgaba de su cintura, dijo como para sí mismo: ¡Lo veremos! y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era este el anuncio de una resolucion irrevocable; los instintos naturales del individuo se habían revelado en el combate de la tarde, y manifestádose en la superficie con toda su verdad, á despecho del hábito de mansedumbre, ó de una profesion errada; había derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente á la destruccion.

La guerra lo llamaba, lo atraía, y quería desembarazarse del molesto saco que cubría su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillacion y de penitencia, quería cubrir sus sienes con los laureles del soldado; había resuelto ser militar como José y Francisco, sus hermanos, y en vez del pacífico valor del sacerdote que encamina al cielo el alma del guerrero moribundo, encaminar á la muerte á los enemigos de su patria. Y el temor del escándalo no era parte á retraerlo de esta resolucion, pues muchos ejemplos análogos podía citar en su apoyo; el célebre ingeniero Beltran, que iluminaba con antorchas bituminosas las hondonadas de la cordi-

llera para facilitar en medio de la noche el pasaje de los torrentes, y que preparó despues en Santiago los cohetes á la *congrève* que debían lanzarse sobre los castillos del Callao, era tambien un fraile que había colgado los hábitos á fin de hallarse mas espedito para servir á la patria; por todas partes en América, sobre todo en Méjico, se habían visto curas y monjes ponerse á la cabeza de los insurgentes, aprovechándose del prestigio que su carácter sacerdotal les daba sobre las masas; últimamente no era de devotos de lo que podía acusarse á los ejércitos revolucionarios de la época que participaban del espíritu de la reaccion que se apodera de los pueblos en las crísis sociales.

Sus instintos naturales, por otra parte, habrían vencido al fin y al cabo una conciencia poco escrupulosa, aunque su resolucion careciese de ejemplos tan influyentes y de una aquiescencia tan tolerante. De una familia pobre, pero decente, é hijo de un virtuoso vecino de Mendoza que había prestado muchos servicios como jefe de la frontera del sur, mostró desde su infancia una indocilidad turbulenta que decidió á sus padres á dedicarlo á la carrera del sacerdocio, creyendo que los deberes de tan augusta mision reformaran aquellas malas inclinaciones. ¡Error lamentable! Su noviciado fué, como su infancia, una serie de actos de violencia y de inmoralidad.

No obstante esto, recibió las órdenes sagradas el año 1806 en Chile, bajo el obispado del señor Maran, y el patrocinio del reverentísimo padre Velazco, domínico que le ayudó en su primera misa celebrada en Santiago. ¡Cuál debió ser su asombro al ver á su ahijado de órdenes, presentársele al dia siguiente de la batalla de Chacabuco, con el uniforme de Granaderos á caballo, con el terrible sable á la cintura y los aires marciales que ostenta el soldado victorioso! «¡Un dia te arrepentirás, malvado!» fué la exclamacion que el horror de aquella profanacion arrancó al buen sacerdote. Pero desgraciadamente para él y para los pueblos argentinos, la profecía no ha sido justificada por los hechos; el apóstata murió en su cama; los honores de general le rodearon en su tumba, y su muerte, si no ha sido llorada, no ha satisfecho tampoco la justicia divina en la tierra.

El coronel Las Heras en su parte oficial del combate de

la Guardia Vieja, en cumplimiento de su deber, había recomendado al fraile por haber rendido y hecho prisioneros á dos oficiales, lo que segun la ordenanza militar, constituye un título para merecer ascensos; y á su pedido, el fraile que en la Guardia Vieja hacía su primer ensayo como aficionado, pudo ya presentarse en la batalla de Chacabuco bajo el honroso carácter y uniforme de teniente, agregado á Granaderos á caballo, y obtar á los laureles que ciñen la frente del guerrero; y aunque nunca pudo librarse de la denominacion de *el fraile* con que el ejército y el público lo designó siempre, justificó desde sus primeros pasos en la escabrosa senda de la gloria, que no en vano ceñia una espada, y que había la patria rescatado un hijo que ayudaría poderosamente á su salvacion.

En todos los encuentros se mostró soldado intrépido, acuchillador terrible, enemigo implacable. La campaña de Chile, que concluyó con la completa expulsion de los españoles, fué para él un teatro glorioso en que ostentó su audacia característica y su sed de combates.

Un hecho citaré que merece un lugar distinguido entre los muchos que ocurrían en aquella época de hazañas estupendas. En la persecucion que siguió á la batalla de Maipú, un granadero español de una talla gigantesca, se abría paso por entre centenares de enemigos que le precedían y rodeaban por todos lados; cada golpe de su terrible sable echaba un cadáver mutilado á tierra; un círculo vacío en derredor suyo mostraba bien á las claras el terror que inspiraba, y los vencedores todos que habían pensado traspasarlo, habían pagado con la vida su temeridad.

El valiente Lavalle, lo seguía á corta distancia, y por confesion suya, sentía flaquear su valor romanesco, cada vez que el calor de la persecucion lo conducía á aproximársele demasiado. El teniente Aldao los alcanza, ve al terrible español, se lanza sobre él, y cuando sus compañeros esperaban verle caer abierto en dos, le ven parar el tremendo sablazo que le manda el granadero, y hundirle en seguida y revolverle hasta el puño en el corazon repetidas veces la espada. Mil vivas fueron la inmediata recompensa de su temerario arrojo.

Pero si el valiente apóstata honraba su nueva vocacion por los hechos de armas, su conducta pudiera en otra época

que aquella, haberle cubierto de baldon irreparable. Libre de la sujecion que hasta poco antes ponía á sus instintos el carácter sacerdotal, ansioso de goces, y acaso impulsado al desorden por aquella necesidad de conmociones fuertes que sienten para adormecer su conciencia los hombres que se han aventurado á dar un paso reprensible, el fraile se hizo notar desde luego por el desenfreno de sus costumbres, en las que la embriaguez, el juego y las mujeres entraban á formar el fondo de su existencia; y sin duda que pasara por alto estas tachas que afean su vida, !y que, sin embargo, eran tolerables en aquellos dias de conmociones y entre hombres que necesitaban resarcirse de los padecimientos y privaciones que les imponía una profesion de hierro, si estos vicios no hubiesen sobrevivido en él á las excitaciones que atenuaban su fealdad, influido en los principales acontecimientos de su vida, cubierto de ignominia á un pueblo entero, y conducídolo y acompañádolo hasta el sepulcro.

Aun entre sus compañeros de armas agotó la abundante indulgencia con que se miraban entonces aquellos desórdenes, y los jefes cuidaron siempre de aprovecharse de su valor, alejándole, sin embargo, del teatro principal de la accion. Cualesquiera que sean las ideas de un hombre, siente cierta repugnancia al ver á un sacerdote manchado en sangre, y entregado á la crápula y á los vicios. San Martin siempre lo tuvo agregado á los cuerpos ó en comisiones especiales.

La expedicion libertadora que zarpó de Valparaiso á las órdenes de San Martin á sustraer el Perú de la dominacion española, le contó en sus filas como capitan agregado á Granaderos á caballo. En aquel país, residencia entonces del grueso de las fuerzas españolas, el ejército libertador necesitaba auxiliares que de todas partes hostilizasen al enemigo y proveyesen de recursos al ejército.

Con este fin se organizaron en la Sierra bandas de guerrilleros, montoneras ó republiquetas, como solían llamarse, que mantuviesen en continua alarma á los realistas. Necesitábase para acaudillarlas, hombres decididos que lo intentasen todo, y para quienes todos los medios fuesen buenos, incluso el pillaje, el asesinato y todo género de violencias. El capitan Aldao, despues de haberse hallado en los

encuentros de Laca y de Pasco, fué destacado á levantar una de aquellas bandas, y obrar separadamente, segun se lo aconsejasen las circunstancias.

Dueño allí de sí mismo y sin autoridad alguna que pesase sobre él, es fácil concebir que los actos de violencia y la satisfaccion de pasiones desarregladas, encontrarían víctimas y pábulo en poblaciones tímidas é incapaces de resistir. Un hecho notable y que lo caracteriza suficientemente tuvo lugar durante su mansion en aquellos parajes apartados. Habíase propuesto defender con sus indios el pasaje del puente de Iscuchaca; pero al aproximarse un destacamento español, mas de mil indígenas huyen cobardemente, malogrando su ventajosa posicion, y entregando sin resistencia al enemigo un punto importante. El jefe, enfurecido, y no pudiendo contener á los fugitivos, se echa sobre ellos como un leon sobre un rebaño de ovejas, y no deja de matar indios sino cuando ha marcado su pasaje por entre la multitud con un larga calle de cadáveres y de heridos que caen á ambos lados á los repetidos golpes de su sable.

Por sangriento que hubiese sido un combate en el puente y por mas efectivo el fuego de los españoles, habrian perecido menos hombres que los que quedaron en aquel campo, víctimas de la cólera de uno solo.

Los acontecimientos que dieron lugar á la disolucion del ejército de San Martin, hicieron inútil su mansion en la Sierra; y con el grado efectivo de teniente coronel bajó á Lima, donde la fortuna lo favoreció en el juego hasta poner en sus manos un gran caudal. Con esta adquisicion se separó del ejército en 1823, y se dirigió á Pasco, por motivos que ignoro. Allí conoció á una jóven de familia decente, de figura agradable, que realzaban quince años y las gracias que distinguen á las mujeres peruanas; y el fraile teniente coronel, cansado de combates y amansado por los dones de la fortuna, sintió encenderse en su corazon una amorosa llama que prendió bien pronto en el del objeto que la había excitado. No fué ésta una de tantas afecciones pasajeras como las que cruzan, cual ráfagas luminosas, por la vida amasada de fatigas y de sufrimientos de un militar aventurero; era una pasion profunda, irritada aun mas por la imposibilidad en que su apostasía le ponía de santificarla con los indisolubles vínculos del matrimonio.

Afortunadamente para él, aquella jóven tuvo suficiente abnegacion para aceptar el humillante carácter de querida de un militar cuyas charreteras no alcanzaban á cubrir el feo borron de la apostasía; y sacrificándole patria y familia, se dejó robar, acompañando al que bien á su pesar no podía ser su esposo, á tierra extranjera, para ocultar allí, si era posible, los sinsabores que les imponia una posicion social que teñía con los colores del vicio una union que hubiera podido ser santa sin los votos que había hollado su raptor sin alcanzar á romperlos. Aldao vino á fijarse en San Felipe, capital de la provincia de Aconcagua, donde se consagró al comercio, llevando una vida regular, que en nada le distinguía de los demas vecinos. Pero la mal afortunada pareja estaba condenada á sufrir las consecuencias inevitables á su falsa posicion, y la iglesia, aquella esposa que había repudiado el apóstata, no podía verlo entregado á otra menos digna que ella.

El cura Espinosa empieza á inquietarlo, le amenaza hacerlo conducir á Santiago con una barra de grillos, y entregarlo á la justicia del prelado de la Orden á que había pertenecido, forzándole al fin á llevar á Mendoza, su patria, el escándalo de su ilegítima union. ¿Por qué la sociedad y las leyes se manifiestan tan severas en casos en que como éste, no hay medio que elegir, y en que lo que fuera un vicio en circunstancias ordinarias, es acaso una virtud recomendable? La Iglesia, por otra parte, se muestra implacable para con los ministros que abandonan sus filas y quieren pasar á las de la sociedad civil. Si el fraile Aldao hubiera podido legitimar su matrimonio, acaso sus pasiones, dulcificadas por los goces domésticos, le habrían retraído de los crímenes y desórdenes á que mas tarde se abandonó por despecho, quizá por horror de sí mismo.

Aldao al cruzar los Andes, debió de ser asaltado por los recuerdos que la vista de los lugares testigos de nuestras acciones despiertan siempre en el ánimo con la vivacidad de sucesos recientes. Las nevadas crestas de los Andes, que dividen hoy dos repúblicas, se alzaban tambien para él como el límite de dos fases distintas de su vida: el fraile domínico, el capellan, de aquel lado; de éste, el teniente coronel, el esposo ilegítimo de la mujer que traía á su lado. Acaso rodaban aun al viento por las breñas inmediatas algunos hara-

pos deshilachados del hábito que por allí colgó seis años antes. Mendoza, que le había visto revestido de los ornamentos sacerdotales, ofrecer en los altares el incruento sacrificio, iba ahora á verle con charreteras en lugar de casulla sobre los hombros, y por cíngulo una espada. Las mujeres y los niños al verle pasar, habrían de señalarle con el dedo, y con la sorpresa, la desaprobacion y la novedad pintadas en sus semblantes, trasmitirse al oído esta injuriosa frase: *el fraile!*

Me detengo en estas consideraciones, porque esta circunstancia de ser irrevocablemente fraile el teniente coronel don Félix Aldao, convertida en apodo en boca del pueblo, ha influido poderosamente sobre su carácter y sus acciones posteriores. El desprecio que concitaba su posicion equívoca estaba presente á sus ojos, y aún en la época de su tiranía, la palabra *fraile* lo hería como una mordedura. Aldao huyó siempre del público, y alimentó en secreto una especie de rencor contra la sociedad, tanto mas temible, cuanto mas reconcentrado era y menos posible desahogarse ni señalar la causa.

A su llegada á Mendoza en 1824 tomó una hacienda apartada, donde se consagró á la industria con una actividad y una inteligencia que le hacen honor. Allí, lejos de las miradas del público, en el seno de su familia, podía verse llamado *padre* por sus hijos, sin mas zozobra que el recuerdo amargo de que en otro sentido se le había llamado el *padre* Aldao. Así, los goces de la paternidad fueron para él un suplicio y un acusador eterno! Desgraciadamente para él y su país, ni esta felicidad facticia le fué dado gozar largo tiempo; el ruido de las armas y los ecos del clarin que llamaban á la guerra civil, penetraron en su quieta morada y lo echaron desde entonces y para siempre en la vida pública, de que no debía salir sino cargado de crímenes y abrumado de maldiciones.

Por entonces empezaban á agitarse en la República Argentina los elementos de destruccion que encerraba en su seno, y que mas tarde han producido el gobierno sanguinario y despótico que hoy la ha hecho descender tanto. El gobierno nacional de Rivadavia en Buenos Aires, rodeado del brillo artificial que tanto alucinó á sus adeptos, provocaba en el interior y en las masas resistencias sin nombre toda-

via. Las ambiciones estaban en gérmen, los caudillos no habían aparecido, los partidos no se delineaban bien, la envidia que excita una ciudad poderosa y rica entre sus vecinas pobres y atrasadas, hablaba de federacion; las preocupaciones españolas se encogían de hombros al ver desenvolverse el sistema reformador; los intereses materiales gritaban contra el comercio libre; la presidencia parecía una dominacion extranjera. Por doquier se agitaba el cáos; los nubarrones de la próxima tormenta asomaban torvos y negros en el horizonte; y como las aves que cruzan inquietas la atmósfera anuncian la próxima borrasca, los ánimos se agitaban por todas partes, la inquietud estaba pintada en los semblantes, y confusos murmullos que traía el viento llamaban en vano la atencion; porque nadie comprendía lo que querían decir, nadie preveia el desenlace de los sucesos, aunque todos sintiesen en el malestar general, que algo iba á suceder de notable ó de siniestro.

De repente el trueno estalla en San Juan á los gritos de *¡viva la religion!* de unos cuantos soldados aleccionados para ello. El gobierno de Carril, que con una seriedad imperturbable parodiaba á Rivadavia, viene abajo á culatazos, y de la noche á la mañana se ven un músico elevado á general, un zambo zapatero dictando leyes, y una especie de mono ridículo, un tal *Carita* por apodo, disponiendo de la suerte de un país. Qué sé yo de dónde desenterraron un viejo, godo empecinado, un Maradona, que diese algun barniz de decencia á este plebeyo movimiento; y desgraciadamente no faltaron sacerdotes ilusos que creyesen que se trataba de religion entre borrachos y miserables de la hez del pueblo, y que pusiesen la cruz al frente del movimiento que iniciaba la serie de crímenes que han llevado la República á la barbarie espantosa en que hoy se vé sumida. Doscientos ciudadanos fugaron á Mendoza, y allí recurrieron en su auxilio el valor de los militares que habían regresado ya de Chile y del Perú.

Don Félix Aldao fué solicitado entre otros, y se dice que opuso serias resistencias. El estrépito de las armas debía recordarle acaso todas las contradicciones de su vida pasada, y el punto de partida siempre presente á sus ojos. ¿Por qué abandonar el asilo doméstico en que había logrado ocultar su infamia y su gloria á la vez? Aldao

cedió sin embargo, y á las órdenes de su hermano José marchó á San Juan al frente de una expedicion que obtuvo un fácil triunfo sobre una chusma fanatizada, pero que no tenía ni un jefe ni oficiales capaces de dirigir su arrojo. No entraré en detalles sobre lo que en San Juan sucedió; el partido liberal creyéndose definitivamente victorioso, se abandonó á la persecucion y á las injusticias que ha pagado despues muy caramente.

Los Aldaos regresaron á Mendoza cubiertos de laureles y provistos del dinero que las larguezas de sus favorecidos les prodigaron, imponiendo contribuciones exorbitantes á sus enemigos. Pero los Aldaos habían adquirido en esta expedicion algo mas que laureles y dinero: la conciencia de su poder, si se asociaban hermanablemente para ir á sus fines. Eran tres hermanos, coroneles, valientes los tres, inteligentes y capaces.

Este triunvirato de los Aldaos ha ejercido en la República Argentina una ominosa influencia que nadie ha sabido apreciar hasta ahora. Despues de reconquistado Chile, San Martin mandó á San Juan el número 1° de los Andes á completar su efectivo, y crear un regimiento de Dragones, para aumentar el ejército que debía invadir al Perú. Los Aldaos, José y Francisco, con otros revoltosos consuman un motin militar que priva al ejército del auxilio de aquellos cuerpos; Zequeira, Bozo, Bezares, Salvadores mueren asesinados y el número 1° y los Dragones no habiendo logrado ocupar á Mendoza donde estaba el coronel Alvarado y algunas otras fuerzas del ejército, emprenden una retirada desastroza hácia Tucuman, y se disuelven con la vergüenza de haber desertado sus banderas y en la inmoralidad de la sedicion. Esto sucedia el año 1820.

En su tránsito por La Rioja, los dispersos se encuentran con un comandante de campaña que empezaba á figurar en las revueltas provinciales, y que estaba destinado á hacer resonar mas tarde su terrible nombre en la historia argentina.

Un gaucho pálido, de ojos negros y centellantes, cerrado hasta los ojos de barba espesa, lustrosa y crespa como la melena de un leon, tirotea los restos diseminados de aquellos cuerpos, protege la desercion, seduce á los soldados

y los desarma. Un voto antiguo, un sueño tenido en la espesura de los enmarañados bosques de los Llanos se realiza, y de este modo la sedicion con que los Aldaos habían deshonrado los laureles de Chacabuco y Maipú, fué á despertar en las selvas al tigre que andaba rondando las habitaciones de los pueblos civilizados. Facundo Quiroga se hace de armas, y la barbarie colonial, las pasiones brutales de la muchedumbre ignorante, las ambiciones plebeyas, los hábitos de despotismo, las preocupaciones, la sed de sangre y de pillaje en fin, habían hallado su caudillo, su héroe gaucho, su génio encarnado. Facundo Quiroga tenía ya armas, soldados no faltarían; un grito suyo iría de caverna en caverna, de bosque en bosque, retumbando por montes y llanos y mil gauchos estarían listos con sus caballos.

¡Ah! ¡Cuándo podrá escribirse la historia de la República Argentina, libre el ánimo de prevenciones de partido; y cuándo podrán leerla sus hijos, sentados en el hogar doméstico, sin un tiranuelo sombrío que les prive gozar á sus anchas del terrible drama de la revolucion que abren los leopardos de Albion vencidos por mujeres! los leones de Castilla correteados por toda la América, ya que no les fué dado divisar el humo de nuestras habitaciones; y despues de tanta gloria, Rivadavia, que no tuvo mas defecto que haberse anticipado dos siglos á su época, asustando á sus contemporáneos cual vision sobrenatural, ridícula y fascinadora á la vez; mas lejos el terrible Facundo haciendo centellar sus ojos de fiera entre los bosques, de donde se lanza sobre la bestia de la revolucion para combatirla, hasta que entre la sangre de los hombres cultos y el polvo de las masas populares. se presenta en la Babilonia, encarnado en Rosas, el tirano mas grande que ha producido el siglo XIX, que ha visto sin comprenderlo, revivirse las sociedades de la Edad Media y la doctrina de la igualdad armada de la cuchilla de Danton y de Robespierre.

Si la defensa de Montevideo cerrara gloriosamente el período revolucionario, podríamos presentarnos al mundo con un poema épico en lugar de historia, y con cuarenta años de revolucion con todas las vicisitudes y elaboraciones que los Estados de Europa no han visto desenvolverse

sino al través y al paso lento y penoso de muchos siglos. ¿Qué nos pedirían para saber si éramos nacion? ¿Gloria? Bastaría trazar con la vista un círculo en el horizonte: el Brasil, Chile, Perú, Bolivia y los bárbaros del Sur; cuan grande es la América que nos rodea, por todas partes estan nuestros trofeos y nuestros huesos! ¿Instituciones, luchas de ideas y de principios, de civilizacion y de barbarie, de libertad y de despotismo? Venid y recorred nuestro suelo; á cada legua un campo de batalla; en cada charco de sangre una idea que ha sucumbido para levantarse en otra parte! ¿Porvenir? Qué, ¿no veis ese rio, que arrastra los tributos de cincuenta canales navegables, que recorren millares de leguas desde las montañas del Perú, Bolivia y el Brasil; esas Pampas que pueden alimentar doscientos millones de toros; esos inmensos bosques, esos climas diversos que fecundan todas las producciones de la tierra? ¿Pedís poblacion? Decidle á la Europa: aquí hay un pueblo libre y en un siglo seremos innumerables como las arenas del mar; nuestras llanuras cultivadas pueden convidar á todos los habitantes de la tierra para un banquete; espacio y alimento habría para todos. ¿Pedís luces, hombres? ¡Oh¡ no somos los últimos entre los americanos! ¡Oh Dios que nos ocultais los secretos del porvenir! no nos los oculteis: ahí se estan preparando los destinos hispano-americanos algo mejor que la América del Norte ó mil veces peor que la Rusia, va á salir formidable de entre tantos escombros. La Edad Media otra vez, ó algo grande que no ha visto el mundo en política! La civilizacion francesa llevada en hombros de españoles de pró, ó... Dios sabe qué!...

Los Aldao, José y Francisco, despues de haber desquiciado el ejército libertador del Perú, promovido con los Carreras las revueltas en el interior, fueron cogidos y llevados presos á Lima, donde hubieran recibido el castigo de sus delitos, si el fraile, jefe de guerrillas en la Sierra, no hubiese descendido para interponer con San Martin en favor de ellos el mérito de sus servicios. Francisco, despues de la batalla de Ayacucho, en que servía á las órdenes de Bolivar, regresó á Chile, donde fué contratado por agentes de Rivadavia para pasar á Mendoza á organizar una fuerza que debía desalojar á Facundo Quiroga

que se había apoderado de San Juan. Había oido éste algo de *católicos* y de *libertinos* que se agitaba, por allí, y no tardó mucho tiempo en enarbolar una bandera negra cortada por una cruz roja, con este mote: *¡Religion ó Muerte!* Y si es verdad que no llevó la religion à ninguna parte, es tambien cierto que la muerte seguía por doquier sus pasos, y las violencias y la destruccion conservaron largo tiempo el rastro de sus pisadas.

Es curioso ver como estos caudillos inquietos buscaban una idea para encubrir sus ambiciones desordenadas. He visto una carta dirigida á Quiroga por un hombre politico de los suyos: «No diga, general, religion ó muerte, le escribia: eso ya no causa efecto. Federacion ahora; yo le haré una constitucion y la llevaremos á todas partes en la punta de las lanzas!» Quiroga murió asesinado cuando estaba solicitando á los unitarios para destruir á Rosas y á los federales.

Francisco Aldao llegó Mendoza con los 10.000 pesos que había recibido para la empresa contra Quiroga; pero una entrevista con sus hermanos le hizo cambiar de designio, y guardándose el dinero, asocióse á ellos para formar el triunvirato militar que tantas vidas ha costado á Mendoza y tantos ultrajes á la moral y à la civilizacion. Desde este momento, los Aldao, sin dar abiertamente la cara, trabajan en la realizacion de sus designios, pues que el campo estaba abierto á todas las ambiciones, y algo había de salir á la postre. Reciben la órden de levantar un regimiento para el ejército del Brasil, y la aceptan para servirse de ella para sus fines; llega el regimiento núm. 18 en disciplina, que huía de San Juan al aproximarse Quiroga, y secretamente lo desorganizan y disuelven.

Un obstáculo, empero, se oponía á su ambicion. Un vecino de Mendoza había criado un negrito criollo esclavo, que desde temprano habia manifestado el talento y despejo que no es raro ver en los descendientes de raza africana; leía y escribía, y criado al lado de los amos, en contacto con ellos y oyéndoles sus conversaciones, había completado una educacion suficiente para que el genio de que la naturaleza le había dotado se revelase en la primera oportunidad. Principió por ser asistente de su amo, y siguiendo una escala de ascensos, vino á ser al fin coman-

dante de un batallon de cívicos, lo que le ponía en contacto con las notabilidades políticas de la época. El negro Barcala es una de las figuras mas distinguidas de la revolucion argentina, y una de las reputaciones mas intachables que ha cruzado esta época tan borrascosa, en que tan pocos son los que no quisieran arrancar una página del libro de sus acciones.

Elevado por su mérito, nunca olvidó su color y origen era un hombre eminentemente civilizado en sus maneras gustos é ideas, y en Haití hubiera podido figurar al lado de Petion y de sus hombres mas notables. Pero lo que ha hecho de Barcala un personaje histórico, es su raro talento para la organizacion de cuerpos, y la habilidad con que hacía descender á las masas las ideas civilizadoras. Los pardos y los hombres de la plebe se transformaban en sus manos; la moral mas pura, el vestir y los hábitos de los hombres decentes, el amor á la libertad y á las luces, distinguían á los oficiales y soldados de su escuela. En Mendoza ha costado muchos años diezmar á los patricios para borrar las profundas huellas que Barcala dejó en los ánimos; y en Córdoba la revolucion de 1840 contra Rosas reunió un batallon de infantería numeroso y decidido hasta el martirio, á merced de un farol de retreta que tenía escrita esta palabra: *¡ Barcala !*

Acaba de llegar la noticia de que esos mismos cívicos de Córdoba han roto la horrible cadena que tenía encadenada la ciudad á una banda de malhechores, que componia el gobierno. El virtuoso negro había estado en Córdoba el año 1830, é iniciado á mil artesanos en el secreto de la igualdad bien entendida. Habia muerto ya, pero su nombre era una idea profundamente grabada. ¡ La mayor parte de sus discípulos han muerto ! Todos los hombres oscuros que se levantan en las revoluciones sociales, no sintiéndose capaces de elevarse al verdadero mérito, lo persiguen en los que lo poseen, y las masas populares cuando llegan al poder, establecen la igualdad *por las patas;* el cordel *nivelador* se pone á la altura de la plebe, y ¡ ay de las cabezas que lo exceden de una linea ! En Francia en 1793 se guillotinaba á los que *sabian leer*, por aristócratas ; en la República Argentina se les degüella, por *salvajes* ; y aunque el chiste parezca ridículo, no lo es cuando el asesino

que os burla así, tiene el cuchillo fatal en la mano. Todos los caudillos del interior han despejado sus provincias de abogados, doctores y gentes de letras, y Rosas ha ido á perseguirlos hasta en las aulas de la universidad y en los colegios particulares.

Los que quedan son gente útil, que sabe presentar *decentemente* ante los pueblos civilizados el gobierno español de Felipe II y de la Inquisicion. Barcala se sintió con fuerzas para ser *caballero*, y lo consiguió con una conducta intachable y conocimientos profesionales y talentos estratégicos que lo colocaban entre los militares mas *cuadrados*, segun la célebre frase de Napoleon.

En el ejército del Brasil se cubrió de gloria, y Paz y otros jefes de nota tenían por él un respeto que rayaba en veneracion. Quiroga, que mandó fusilar á todos los oficiales prisioneros en la Ciudadela, respetó la vida del que le hizo fuego hasta que los restos de su batallon estuvieron cercados por todas partes y la retirada era de todo punto imposible. Llamado á su presencia, le ofreció la vida á trueque de servir bajo sus órdenes. «Acepto, contestó el caballero negro, con tal que no se me exija pelear contra mi partido.» Quiroga había conquistado todo un ejército.

De este hombre necesitaban deshacerse los Aldao; empresa no muy difícil, despues que Lavalle, los Aldao y Barcala mismo se unieron para derrocar el gobierno de Albin Gutierrez, que se había declarado contra el nacional. Barcala y Lavalle marcharon sucesivamente á incorporarse al ejército de operaciones contra el Imperio, y los Aldao se quedaron á cosechar las tristes glorias que resultan de oprimir pueblos, revolverlos, y entregarse sin obstáculo á los desórdenes y á los placeres que proporciona el poder.

Los triunviros se habían servido de todos los partidos y servido ellos mismos á todos, para desembarazarse de los hombres mas influyentes. Consumada la revolucion en favor del gobierno nacional, se entendieron con Quiroga para destruirlo. Terminada la Constitucion de 1826 que el Congreso había discutido, se mandó á las provincias para su aceptacion. Fué bien singular la recepcion que de ella hizo Quiroga á nombre de San Juan, que por entonces ocupaba: en el centro de un potrero de alfalfa,

dos ó tres cueros de novillos sostenidos en lanzas hacían un toldo de indios para resguardar de los rayos del sol al califa de los creyentes, *al enviado de Dios*, segun lo llamaba un predicador; estaba Facundo tendido de bruces sobre una manta negra; vestía entonces calzoncillo añascado, bota de potro y espuela, chiripá de espumilla carmesí y manta de paño colorado; por toda insignia militar llevaba una gorrita con visera de oro macizo.

El doctor Zavaleta, dean de la catedral de Buenos Aires y enviado del Congreso, fué presentado y recibido en aquel palacio; desconcertado en presencia del caudillo, que permanecía tendido y sin mirarlo, balbució algunas palabras sobre su augusta mision. Facundo alargó la mano, recibió la Constitucion, y en caracteres de intento apenas inteligibles, puso en la tapa—*despachado*, y todo quedó concluído; prólogo fiel de la lucha que iba á seguirse entre la barbarie del interior y la civilizacion de Buenos Aires, entre la arbitrariedad y las garantías constitucionales. ¿Por qué no se redujeron en Buenos Aires á asegurar allá las instituciones liberales y esperar que el tiempo fuese trayendo poco á poco las ideas al interior? Porque despreciaban entonces el poder del despotismo y de la barbarie, que son, sin embargo, los dos poderes mas terribles cuando se dan la mano.

En Mendoza sucedió otro tanto, aunque con formas menos odiosas. El enviado del Congreso hizo una patética exposicion de los males de la República, conjuró á todos los patriotas á unirse bajo una Constitucion que aseguraba el órden y la armonía entre todos los gobiernos. Las lágrimas corrían de sus ojos, y de los del auditorio; pero había una resolucion tomada de antemano, y una triple ambicion que satisfacer. Volvióse, pues, sin haber alcanzado nada. Por todas partes fué recibida la Constitucion del mismo modo; no por los pueblos, á quienes no se les dejaba levantar la voz, sino por los caudillos, que necesitaban libertad de obrar para desenvolverse.

La Constitucion los habría ahogado en gérmen aun. Se necesitaba campo para las ambiciones, pretextos para la guerra; religion los unos, federacion los otros; ambicion todos: he aquí los pretextos y la causa de esta resistencia taimada, que alejaba el debate y se negaba á escuchar

todo raciocinio. El gobierno nacional cayó, y el célebre Dorrego ocupó la silla de gobierno de Buenos Aires. Los antiguos unitarios no han alcanzado á comprender que Dorrego con su ambicion y sus intrigas, era sin embargo, el único que habría podido organizar la República bajo las formas parlamentarias, sin dar lugar á que ambiciones bárbaras y retrógradas vinieran con Rosas á incorporarla bajo la férula de un despotismo sanguinario, y que ahoga todo gérmen de civilizacion y de prosperidad.

Dorrego era hijo de la cámara parlamentaria y de la prensa de oposicion, y nunca habría destruido las armas con que con tanta gloria había derrotado á la presidencia. Peor fué que mas tarde vino un gaucho de la pampa, y no comprendiendo nada de esa algarabía de libertades y garantías, dijo: esto se entiende así, y pasó á sus peones el cuchillo con que degollaban reses, para degollar hombres. ¡Así se gobierna hoy la República, como las reses del matadero!

El 1º de Diciembre de 1828 y la funesta victoria de Navarro avisaron á los caudillos del interior que de ellos se trataba. Se pasaron la palabra y se aprestaron al combate, los Aldao en Mendoza, y Facundo en los Llanos. Un regimiento llamado de Auxiliares empezó á disciplinarse en Mendoza á las órdenes del fraile coronel, que gozaba de menos prestigio entre los triunviros. Soldados de la independencia, sabían los prodigios que hace la disciplina, y los Auxiliares, vestidos con lujo, educados con rigor, fueron á ocupar el ala derecha en la famosa accion de la Tablada, en que 800 veteranos del ejército nacional á las órdenes del hábil general Paz, dejaron 3000 enemigos muertos en un combate de dos dias.

Del regimiento de Auxiliares salvaron sesenta y cinco hombres, y su jefe herido de un balazo en el costado. Un hecho insignificante por sí mismo va á revelarnos al fraile siempre luchando con su conciencia y sus recuerdos. Llegado á San Luis, donde permaneció algunos dias curando su herida, pidió una vez á su huésped *libros que hablasen contra la religion*, para entretenerse. ¿Quería pedir á los libros auxilios para aquietar los remordimientos que se levantaban en su alma cada vez que era desgraciado?

Ya veremos mas tarde que el apóstata creía todavía, y se consideraba sacerdote á despecho de sus charreteras y de su regimiento. Quiroga, derrotado, fué á esconderse en su guarida impenetrable de los Llanos. Aldao volvió naturalmente en busca de sus hermanos. Pero muchos cambios se habían obrado en su ausencia; una division de San Juan en marcha para Córdoba, se sublevó en el camino, y los unitarios se pusieron á su cabeza llenos de esperanzas y ardor, pero bisoños en el arte de la guerra. Los dos Aldao que quedaban en Mendoza cayeron sobre ellos, y despues de marchas y contramarchas, los vencieron sin disparar un tiro.

De regreso á Mendoza, las tropas vencedoras, á la noticia de la victoria de la Tablada, se sublevaron y entregaron el poder al partido liberal, que no se mostró mas cuerdo que en San Juan. Estos hombres ilusos se empeñaban en establecer desde luego las formas constitucionales por que tanto ansiaban; el respeto á las vidas era su axioma, y las discusiones parlamentarias sus medios de accion. Sus enemigos aprovechaban de esta infatuacion para burlarlos y volverlos á encadenar de nuevo. Organizóse un gobierno pomposo bajo la direccion del general Alvarado. Los hermanos José y Francisco combinaban desde la prision los medios de rehacerse; el fraile se presentó á lo lejos, y con 60 hombres y hábiles intrigas abrió la campaña contra un gobierno que contaba con un general de prestigio á la cabeza, un pueblo entero fanatizado y dos mil hombres sobre las armas.

Los presos se fugaron en el intertanto, y las vías de conciliacion tocadas por un gobierno desapercibido, sólo sirvieron para proporcionar tiempo y recursos á los Aldao. La suerte estaba echada y el destino de Mendoza decidido. Un mes bastó para que el ejército fuese encerrado y ademas tiroteado en las calles. Facundo mandó de La Rioja algunos centenares de gauchos en auxilio de los tres coroneles mendocinos, que habían reunido una montonera considerable.

La inaccion á que el general Alvarado condenaba el ejército, llevó la exasperacion hasta el último punto, y una extraña revolucion estalló en las tropas, pues lo que pedían era solo que las condujesen al combate. Al fin,

la agonía misma de los que habían sacudido el poder de los Aldao les dió alientos, y salieron en busca de sus enemigos. En el Pilar, de lúgubre memoria, viéronse rodeados no bien habían tomado acantonamientos; quemáronse en la tarde 20.000 tiros, y cien cañonazos fueron disparados de parte de los cercados; al dia siguiente hasta las doce del dia, igual estrépito, sin ningun éxito. Los Aldao sabían que las municiones se agotaban, y sus soldados se parapetaban detras de tapias y murallas. Comunicaciones de Quiroga les recomendaban no tratar y no prometer nada.

«Es preciso, les decia que tengamos el mayor número posible de enemigos para sacar contribuciones.» Pero el pueblo de Mendoza que oía el fuego incesante de dos dias, creía que pocos habría vivos ya; y las mujeres desoladas corrían por las calles pidiendo á gritos que fueran los sacerdotes, los ancianos, los hombres de prestigio, à meterse entre los combatientes y separarlos. Una comision de sacerdotes se acercó al lugar del combate, eligió un terreno neutral para tratar, y se convino en que todos se sometieran á un gobierno elegido por el pueblo. ¡Cómo debían reirse los Aldao del candor de sus enemigos! Estaban vencidos ya y presos, y siempre guardando los aires altivos de ciudadanos libres. Pero la Providencia no quiso permitir que la farsa se presentase hasta el fin. Esta comedia debía concluir por una catástrofe que llenó de espanto á sus actores mismos.

Eran las tres y media de la tarde: ajustado el convenio, las tropas habían hecho pabellones, los oficiales andaban en grupos felicitándose de un desenlace tan fácil. D. Francisco Aldao se presenta en el campo enemigo, bienvenidas cordialmente amistosas lo saludan, entáblase una conversacion animada, las chansonetas y las pullas van y vienen entre hombres que en otro tiempo han sido amigos. Un momento despues un emisario *del fraile* se presenta intimando rendicion so pena de ser pasados á cuchillo; mil gritos de indignacion partieron de todas partes; Francisco fué el blanco de los reproches mas amargos. «Señores, decía con dignidad y confianza, no hay nada, es Félix que ya ha comido!» dando á estas palabras, que repitió varias veces un énfasis particular, y à un ayudante la órden de

avisar á Félix, que él estaba allí, que el menor amago de su parte era una violacion del tratado.

La alarma corrió por todo el campo á la voz ¡traicion! ¡traicion! de los soldados; los oficiales llamaban en vano á la formacion, cuando seis balas de cañon arrojadas al grupo donde estaba Francisco, avisaron al campo que las hostilidades estaban rotas sin saberse por qué. Si los cañonazos demoran un solo minuto mas, D. José Aldao entra tambien al campo, pues lo sorprendieron en la puerta, de donde se volvió exclamando: «¡éste es Félix! ¡ya está borracho!» En efecto, borracho estaba, como era su costumbre por las tardes; tres ó cuatro dias antes, había sido preciso cargarlo en un catre para salvarlo de las guerrillas enemigas que se aproximaban.

La confusion se introdujo en el campamento y la aproximacion de los Auxiliares de D. Félix y los Azules de San Juan completaron la derrota. Un momento despues penetraba el fraile en el campo á tan poca costa tomado; sobre un cañon estaba un cadáver envuelto en una frasada; un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano lo hace mandar que le destapen la cara. «¿Quién es este? pregunta á los que lo rodean.» Los vapores del vino ofuscaban su vista á punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado.

Sus ayudantes tratan de alejarle de aquel triste espectáculo antes que reconozca el cadáver. «¿Quién es éste?» repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oir el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude la cabeza como si despertara de un sueño, y arrebata al mas cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza; grita con ronca voz á sus soldados: «¡maten! ¡maten!» mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos. A los oficiales que le traen, los hace reunir en un cuadro; eran primero dieciseis, entre ellos el jóven Joaquin Villanueva, notable por su valor; manda á sus veteranos matarlo á sablazos; Villanueva recibe uno por atras que le hace caer la parte superior del cráneo sobre la cara; se levanta y echa á correr en aquel círculo fatal limitado por la muerte; el fraile lo pasa con la lanza, que entra en el cuerpo hasta la mano, y no pudiendo retirarla otra vez, la hace pasar toda

y la toma por el otro lado. La carnicería se hace general, y los jóvenes oficiales mutilados, llenos de heridas, sin dedos, sin manos, sin brazos, prolongan su agonía tratando de escapar á una muerte inevitable.

La noche sorprende á los vencedores matando; las partidas se vienen á la ciudad, y cada tiro que interrumpe el silencio de la noche, anuncia un asesinato ó una puerta cuya cerradura hacen saltar. El dia siguiente sobrevino y el saqueo no habia cesado. El sol apareció para contar los cadáveres que habían quedado en un campo sin combate, é iluminar los estragos hechos por el pillaje.

Al dia siguiente, los actores de aquel terrible drama estaban mudos de espanto. El fraile supo entonces todo lo que había hecho y la muerte de su hermano, á quien él habia sacrificado. Pero el alma del apóstata no sentia el remordimiento, como los demas hombres; y para serenar su conciencia, pidió á la embriaguez su aturdimiento y sus consuelos. Los instintos malos, largo tiempo comprimidos, se desencadenaron entonces, y la venganza de su hermano muerto sirvió de máscara para darles suelta. Había hecho matar á todos los oficiales en el campo sin batalla; al dia siguiente ordenó la muerte de los sargentos del batallon de infantería; otro dia despues murieron los cabos; mas tarde los músicos; y cada vez que se emborrachaba, la sed de sangre se despertaba con nueva furia. Vivos están muchos que le oyeron dar órdenes de asesinatos, detallando á sus sicarios todas las circunstancias que debían acompañar la muerte: á sablazos, en el lugar tal, á las once de la noche, cortarle las piernas y brazos; á otro la cara para que no fuese conocido; á otro sacarle la lengua; á uno, en fin, castrarlo. Una madre pudo reconocer á su hijo por un escapulario del Carmen obra de sus manos. El Dr. Salinas fué descubierto por la lavandera que le conocia una camiseta listada! Entonces estos rasgos de barbarie eran inauditos y sobrepasaban toda imaginacion; hoy son hechos vulgares por allá, y Buenos Aires, Tucuman, Córdoba y Mendoza se han familiarizado con atrocidades mas negras aun.

El terror había penetrado al pueblo hasta la médula de los huesos; y cuando Quiroga llegó, ya halló suficientes enemigos, como él decía, para arrancarles dinero. Una

contribucion de cien mil pesos se reunió en cuatro dias, y el fraile en dos noches de orgía había jugado la mitad de ella. Aun existe la órden en que mandaba pedir á la aduana algunos miles para pagar pérdidas del juego; porque Facundo Quiroga tenía el vicio de la codicia, que tan mal se auna con una ambicion noble; y donde quiera que él estuviese, el ruido de los naipes y el murmullo de las onzas, arrancadas á los ciudadanos á fuerza de azotes, fusilándolos y humillándolos, interrumpía el silencio que aun entre sus parciales y amigos inspiraba el terror de su nombre. Mendoza continuó gobernada bajo esta influencia maléfica, y un ejército numeroso se preparó para volver á batir al general Paz.

No quiero omitir que en los dias del frenesí sanguinario del fraile una mujer salvó de la muerte á muchas víctimas que estaban condenadas al sacrificio; la limeña, la querida ó esposa del verdugo de Mendoza, apartó la cuchilla levantada sobre muchas cabezas. Su hermano José, mas moderado, mas humano, tambien trabajó para apaciguar esta sed de sangre que se había apoderado del fraile; pero la fatal tarde venía, y con ella la embriaguez que aconsejaba crímenes que no habían sido premeditados. Desde entonces Aldao vivió lleno de alarmas, y el horror que inspiraba aun á los suyos, agriaba su carácter y lo reconcentraba. Mucho ha debido padecer interiormente este infeliz; y aquellos escosores interiores, aquel horror de sí mismo, habrán sido el único castigo que la Providencia le ha impuesto en la tierra. Su hermano José, menos criminal, murió asesinado por los bárbaros; y el que con tantos crímenes se ha manchado, ha muerto en su cama, temido y honrado. ¡Pero la Providencia tiene sus secretos, y su justicia no ha sido reglada por las leyes de la tierra!

Un nuevo ejército abrió otra campaña contra el general Paz. Aldao había llenado de nuevo los cuadros de su cuerpo de Auxiliares, y Facundo reunido cuatro ó cinco mil hombres en una horda apenas disciplinada. Hay un hecho notable que merece recordarse. Acompañaba al fraile don José Santos Ortiz, que iba encargado de inducir á Quiroga á arreglarse con Paz para hacer juntos la guerra á Buenos Aires, objeto comun de encono de todos los caudillos del

interior; y parece que Quiroga no estaba distante de entrar en la liga.

Paz, por su parte, mandó al mayor Paunero, jóven hábil á la par que valiente, á hacer proposiciones de paz á Quiroga, sin que hasta hoy se sepa qué razones estorbaron que llegasen á entenderse; probablemente el indomable Quiroga quería lavar en una nueva batalla la humillacion de La Tablada, contando con el éxito de combinaciones estratégicas que Paz frustró hábilmente. La batalla de la Laguna Larga enseñó á Quiroga sin escarmentarlo, á no confiar en el éxito de sus terribles cargas de caballería, que en otro tiempo habian sido tan decisivas; simples movimientos de tropas decidieron de la jornada, y Quiroga huyó á Buenos Aires dejando en el campo su infantería, artillería y bagajes.

En la persecucion alcanzaron á un fugitivo cuya corpulencia había agobiado su caballo; una lanza lo hizo descender á tierra, y cuando un soldado se presentaba á ultimarlo: «soy el general Aldao, dijo; no me maten: interesa á la nacion que me presenten vivo al general Paz.» Un oficial se encargó de su custodia para conducirlo á Córdoba. Allí le aguardaba un recibimiento indigno: algunos oficiales mendocinos, cegados por la venganza, lo hacen introducir en la plaza montando un animal flaco, y expuesto á los insultos de la chusma. «¡Malvado, le gritan; has cubierto de luto á tu patria!» — «Tambien le he dado dias de gloria,» contestó noblemente el prisionero, á quien la indignidad de sus enemigos había vuelto todo su valor. Despues de tantas afrentas, Aldao fué conducido á la cárcel, donde el silencio y el aislamiento le trajeron el recuerdo de sus pasados hechos. Su entereza habitual le flaqueó entonces, y llegó á excitar el desprecio de sus guardianes, por su terror pánico, sus temores pueriles y sus alarmas sin motivo.

A cada uno que se le acercaba pedía con inquietud noticias de los rumores que sobre su muerte próxima corrían, los mas insignificantes movimientos de la cárcel los interpretaba siniestramente; en fin, el sueño había huido de sus párpados, y el dia lo sorprendía espiando á los centinelas. Algunos sacerdotes emprendieron la obra de reconciliarlo con la Iglesia, y sea subterfugio sugerido por el miedo, sea

verdadero arrepentimiento, abrazó con ansia el partido que se le ofrecía; tomó el escapulario de la Orden dominica, y emprendió con empeño la tarea molesta de estudiar el latín que había olvidado.

Un dia que recibía lecciones de don José Santos Ortiz, dirigió una mirada á un centinela colocado en frente de la puerta; los soldados sabían los terrores que sufría, y el centinela tuvo la malicia de pasarse la mano por el cuello indicando decapitacion; el fraile convertido arroja el breviario, se levanta precipitadamente y exclama temblando: «me van á fusilar hoy mismo: ¡me fusilan! ¡me fusilan!» Su compañero trata en vano de tranquilizarle; le hace presente que no lo intentarán sin seguirle sumaria, sin juzgarlo y sentenciarlo. «Sí, exclama, como Vd. no ha cometido los crímenes que yo, no se le da nada!» Esta confesion arrancada por el terror, es verdaderamente horrible; el fraile se había juzgado y halládose muy delincuente. Su compañero, aterrado, trató en vano de atenuar sus remordimientos y calmar sus inquietudes; el soldado tan animoso en otro tiempo en el campo de batalla, volvía ahora cobardemente la vista á la idea de la muerte en desagravio de la justicia.

Mientras tanto, el pueblo de Mendoza había vuelto á sacudir el yugo de sus tiranos. Don José Aldao tuvo la fatal inspiracion de fugar al Sur y confiar en la fé de los bárbaros. Un dia lo invitan á él y á sus principales jefes á un parlamento; lo rodean y dejan percibir á las claras su designio sanguinario. Don José desenvaina su espada, atraviesa con ella al cacique traidor, y muere como mueren los héroes, matando; treinta vecinos de Mendoza fueron sacrificados aquel dia. El pueblo, á quien tantas amarguras había hecho beber el fraile, lo pedía con instancia al general Paz; y cuando digo pueblo, tomo esta palabra en su mas lata acepcion. Era una especie de enfermedad de espíritu que aquejaba á todas las clases; cada uno inventaba un suplicio para su verdugo: en el campo del Pilar debía erigirse un patíbulo alto, muy alto, para que todo Mendoza pudiese, congregado en torno, maldecirlo, execrarlo y gozarse en sus agonías.

Una comision en pos de otra llegaba á Córdoba reclamando al prisionero como una propiedad del pueblo de

Mendoza; alegábanse derechos, extradicion. Pero el general Paz se manifestó sordo á estos clamores desacordados, y todavía el fraile pudo despues recuperar su presa. La guerra volvía á encenderse, y un acontecimiento que es preciso ser argentino para poder comprender, arrebató al general Paz de la cabeza de su ejército. Detrás de un pequeño bosquecillo había éste hecho alto formado en columna cerrada; la voz de Paz, que había salido á la ceja del monte á observar, se estaba oyendo desde la cabeza de la columna.

Unos montoneros se presentan, y Paz, creyendo que es una partida de coraceros que él ha hecho disfrazar de gauchos, mandó á un edecan á darle órdenes; éste desconfía, Paz insiste; se acerca aquel y lo matan, tirando á Paz al mismo tiempo un tiro de bolas que lo deja amarrado con el caballo; un minuto despues iba lejos en manos de sus enemigos. El ejército, sin el jefe que parece haber encadenado la victoria á sus pasos, resuelve retirarse á Tucuman, y se manda sacar á los prisioneros de la ciudad.

Un escuadron de coraceros había formado al efecto en la Plaza de Armas de Córdoba, enfrente de las prisiones de Estado. De sus pisos superiores se escapaban llantos lastimeros, que turbaban el silencio solemne de la noche, y sollozos de hombre, capaces de enternecer á los rudos veteranos cuyos oídos estaban lastimando. El prisionero de la Laguna Larga, el soldado de la independencia, estaba de rodillas, gimiendo, entregado á un innoble pavor, creyendo que aquellos aprestos nocturnos eran indicios de su cercana muerte! El oficial que vino á buscarlo lo encontró con una *hostia* que había consagrado, y que sostenía con ambas manos, como una égida y un baluarte contra sus pretendidos verdugos. El prisionero se ha hecho fraile hasta en sus ardides casuísticos; y los teólogos de la Universidad de Córdoba han disputado largo tiempo sobre si había quedado consumada la consagracion del pan eucarístico.

Tranquilizado al fin de muchos esfuerzos, sigue al ejército á Tucuman, y algunos meses despues á los dispersos de la Ciudadela hasta Bolivia, donde lo dejan en libertad. Aquí termina una de las épocas mas borrascosas de la vida de D. Félix, único de los triunviros que sobrevive hasta entonces.

La batalla de la Ciudadela dejó por fin en reposo á la

República, tan agitada por la lucha anterior. Desde Buenos Aires á Tucuman, los hombres que habían proclamado la federacion habían triunfado por todas partes; iban, pues, á realizar su forma de gobierno y la reconstruccion de la República.

En vez de esto, Facundo ponía grandes mesas de juego en cada pueblo que visitaba; y con seiscientos mil pesos obtenidos en un año de triunfos, se fué á Buenos Aires para caer al fin víctima de otro caudillo mas suspicaz y que había jurado desembarazar el país de todo hombre que pudiera hacerle sombra. Por todas partes se desenvolvió el mismo sistema de abandono de todo interés de los pueblos; y este estado de cosas ha durado hasta 1840, aunque en la década haya Rosas establecido su poder sobre todos los caudillos del interior, y hécholes la burla de ponerles el *cabresto* del gobierno unitario, sin que ninguno de ellos *cozease*, como dicen los gauchos. A uno le decía compadre, compañero al otro, á éste le escribía que se guardase de los unitarios, á aquel que desconfiara de los *jesuditas*. Los pueblos esperaban que Facundo constituyese la República. ¡Pobres pueblos! Ahora están esperando que Rosas les hará tanta merced, si logra desembarazarse de sus enemigos.

Don Felix regresó á Mendoza en 1832; á su paso por La Rioja tuvo una entrevista con Facundo, que tenía á su lado al noble Barcala. «¿Cuándo fusila á este negro?» fué lo primero que le dijo. Facundo arrugó la frente de manera de hacerle comprender que mayor riesgo corría el interlocutor. Quiroga lo despreciaba soberanamente, y escribió á los oficiales de Mendoza que no lo admitiesen; pero cuando Aldao se presentó, el recuerdo de sus pasadas hechos hizo vacilar los ánimos; y el gobernador, prestándole su proteccion, le dió el título de comandante general de la frontera. Pidió que se le abonasen sus sueldos de general desde que había caído prisionero en La Tablada, y le fué otorgado.

Trataba de establecerse definitivamente, de entregarse al reposo que pedían tantos años de fatigas, y que el estado aparente de la República prometía. Aldao escogió un fuerte del sur para su residencia, se constituyó una guardia para su custodia, y llevó á su lado á la Dolores. A su tránsito

por La Rioja se había enamorado de una mujer del pueblo, de formas y costumbres plebeyas, de carácter brutal y varonil. Mendoza tuvo largo tiempo que presenciar el espectáculo de las rencillas de serrallo entre la Limeña y la Dolores; sus ultrajes, sus chismes. La Dolores triunfó al fin, y su rival marchó á Chile, dejando sus dos hijos, fruto de una union vergonzosa.

¡Muy desgraciado debe ser el pueblo condenado á soportar esta subversion de toda moral, este escándalo elevado al poder bajo las formas mas repugnantes; un fraile apóstata, mujeres impúdicas, hijos sacrílegos! Aldao se mostró siempre receloso de la conservacion de sus dias: sus guardias de cuerpo no le abandonaron un momento, y en la mesa de juego estaban dos á su lado mientras él tallaba. Vivían con él, con sus mujeres ó concubinas; así es que el fuerte ostentaba la orgía por todas partes, desde el salon hasta los galpones de la tropa. El hábito de la embriaguez había arraigádose mas, si era posible, y el juego le era tan necesario que cuando bajaba á la ciudad, mandaba órdenes de citacion á jugar, como si se tratase de los negocios públicos. Es imposible darse una idea de la degradacion en que había caído este hombre, la torpeza de sus placeres, el abandono de toda idea de política.

Verdad es que los Aldao, como Quiroga, nunca gobernaron pueblos; dejaban á otros los sinsabores de la administracion, reservándose ellos el poder real. Don Félix ha gobernado á Mendoza por el temor que los gobernantes tenían de desagradarle, y una palabra suya arrojada en la conversacion en el Fuerte, bastaba para provocar medidas gubernativas, ó derogar una ley vigente. ¡Y esto ha durado diez años, hasta que la Providencia, el vino y la crápula se han servido disponer de su existencia! Solo despues de la revolucion del 4 de noviembre de 1840 se encargó del gobierno.

Rosas preparó una expedicion al sur en 1832, y convidó á los caudillos del interior á cooperar en sus respectivos frentes, á fin de dar el colorido de invasion á los indios, á un paseo militar concebido para apoderarse de la autoridad. Don Félix salió al sur, indujo á una tribu amiga á traer presa á otra; ambos se sublevaron en el camino, degollaron sesenta mendocinos y se dirigieron al desierto. Aldao les

hizo salir al encuentro, y fueron todos exterminados. Este es el hecho mas notable de aquella estéril campaña; pero Don Félix hizo en ella un hallazgo que ha sustentado su poder y mantenido el terror de su nombre; entre los soldados de su division había un Rodriguez, notable por su valor, á quien hizo oficial y despues jefe de su escolta, y este hombre ha correspondido á su mision. El fraile estaba obeso, incapaz de accion, cobarde ya, y muy dado á la bebida; sin Rodriguez, el poder de Aldao se habría sumido en la impotencia y el descrédito; pero aquel oficial y sesenta indios animosos, lo han rejuvenecido y conservádole su aureola de terror.

Rosas, dueño del poder supremo en 1833, dirigió su mirada penetrante al interior, para examinar las aptitudes de sus caudillos, y arreglar las cosas de modo que sin estrépito le estuviesen sometidos. Esta conquista de las provincias hecha por el gobierno de Buenos Aires es una de las obras mas grandes de suspicacia y que menos bulla ha metido. Desde luego se apoderó de los Auxiliares apostados en San Luis; mató á Quiroga, y juzgó á sus instrumentos, los Reinafé; depuso y fusiló á Cullen, de Santa Fe; Yanzon, de San Juan, se comprometió, y Benavides le sucedió en el mando; Barcala, el virtuoso Barcala, fué fusilado por el fraile; éste empezó á recibir sueldo de general de Rosas; Brizuela, de La Rioja, un borracho sin rival en toda la República, fué conservado en el mando á despecho de los celos de Benavides, su vecino; un Lopez *quebracho*, estanciero de *chapeca*, fué impuesto á la ciudad de los doctores y del ergo Ibarra gobernaba quietamente á Santiago del Estero diez y ocho años había.

En fin, todo parecía arreglado para que la República marchase pacíficamente á la barbarie y al retroceso que debian afianzar el poder despótico del astuto Rosas; pero en medio de esta calma aparente, el descontento estaba en todos los ánimos; el malestar pesaba sobre todos los corazones, y no faltaban hombres denodados que quisiesen sacar la República de esta estagnante podredumbre. Desgraciadamente, no había plan ni designio fijo, ni union, ni jefes.

Rosas había suprimido los correos en el interior, y la desconfianza hacia imposible toda inteligencia entre unos y

otros pueblos. La revolucion estalló: cada provincia se echó en ella; unas primero, otras despues, y todas sucumbieron cubiertas de sangre; y espantadas á fuerza de delitos y de atrocidades, fueron á estrellarse contra los caudillos de Rosas apostados aquí y allí para inutilizar todos los esfuerzos. Nunca hubo una revolucion mas nacional ni mas débil. Rosas ha estado diez veces al borde de su pérdida y la incapacidad de sus enemigos lo ha salvado.

Aldao salió á campaña, unido con Benavides, contra Brizuela, que para ruina de los patriotas se habia declarado en su favor. ¿Será creible que este caudillo con un ejército acampado en torno suyo, se pasase seis meses bebiendo sin ver luz, como dicen, sin tomar una medida, sin hablar una palabra, sin dejarse ver de los enviados de los gobiernos, ni de Lavalle mismo, que estuvo á su puerta quince dias aguardando una contestacion? Aldao hacía otro tanto en San Luis, acampado tambien, sin moverse y bebiendo, aunque no tanto como Brizuela. Osan, un comandante llanista, enviado por el fraile á conmover los Llanos fué vencido y muerto. Aldao mandó entonces traer á la hija del caudillo que se habia sacrificado en su servicio, niña de catorce años, con quien pasó tres dias en su tienda!

La vista de una pequeña fuerza mandada por el valiente joven Alvarez, disipó una division de Benavides, y el fraile emprendió una retirada desastrosa sin saber lo que sucedía. Por entonces estalló la revolucion del 4 de Noviembre en Mendoza capitaneada por hombres bisoños, y secundada por un pueblo agobiado de humillaciones durante diez años. Aldao, por una marcha rápida, llegó á tiempo de apagarla, y el órden quedó restablecido. Todos esperaban otras matanzas del año 29; pero nada de esto hubo. Destierros, persecuciones, despojos y contribuciones, fué toda la venganza que tomó. Aldao ha mostrado en estos últimos años, que la sangre de los ciudadanos le causaba horror; su conducta ha sido, si no intachable en este respecto, muy diversa de la que Rosas prescribía á todos sus jefes; y las matanzas no habrian reaparecido en Mendoza, si el ejército de Pacheco no las hubiera iniciado, y Rodriguez, el brazo vivo de Aldao, continuádolas por su propia inspiracion.

Aldao volvió á salir á campaña, y vencido Brizuela por

Benavides, se apostaron ambos en La Rioja, para estorbar el paso de La Madrid, que se acercaba con un ejército del norte.

Un dia se supo en San Juan repentinamente que se aproximaba una division de Tucuman. Ochocientos hombres salieron á recibirla. Acha, el inmortal Acha, entró una hora despues á la plaza, tomó caballos y salió al encuentro de sus enemigos, á quienes había hurtado la vuelta. La batalla de Angaco es un oásis de gloria en que el ánimo puede reposarse en medio de este desierto sembrado de errores, de desórdenes y de derrotas. Acha toma una posicion ventajosa, y con un puñado de hombres acepta el combate contra el ejército combinado de Benavides, Aldao y Lucero, fuerte de dos mil quinientos hombres, y entre ellos dos batallones de infantería y cuatro cañones.

Acha contaba con cuatrocientos y tantos soldados poco aguerridos, en país desconocido, y aterrados por el aparato de fuerzas que se desplegaba en su presencia y los cercenaba de todos costados. Para equilibrar tantas desventajas, una multitud de jóvenes arrojados y entusiastas de los del escuadron Mayo, Acha, los Alvares y muchos otros valientes estaban á su cabeza, y sus palabras, su entereza y su entusiasmo, duplicaban sus fuerzas, animándolos con un arrojo sin ejemplo, y una abnegacion sin límites. Acha tenía en la mano una varillita con que jugaba con el abandono de un niño; y con su sonrisa habitual en los labios, les enseñaba el enemigo, arengando á sus soldados con estas palabras, que tienen algo de sublime: «¡Pícaros, ahora vais á ver bueno!» El enemigo toma sus posiciones tranquilamente, y el combate se empeña al fin.

El fuego fué mortífero y duró cinco largas horas; la infantería de Benavides llegó hasta seis varas de distancia de la de Acha, y desde allí se fusilaban recíprocamente; solo una acequia los dividía. Aldao, que se mantuvo á la distancia, tomó la fuga y dejó á Benavides agotarse en inútiles esfuerzos de valor. Los pequeños pelotones de caballería de Acha hacían frente á todos costados, porque para él no había ya ni frente ni retaguardia. El joven Alvarez herido á la mitad del combate, había dejado en

las filas un puesto glorioso que nadie podia ocupar; el desaliento empezaba á desmayar la resistencia.

Alvarez se hace vendar la herida y montar á caballo; anima á los soldados con su presencia, sus vivas; los soldados lloran de enternecimiento, y el combate principia con nuevo ardor. A la caída de la tarde nadie sabía lo que los demas hacían; los infantes disparaban sus fusiles al frente; cada grupo de caballería de diez, de veinte ó treinta hombres, con oficiales ó sin ellos, cargaba en todas direcciones á los escuadrones enemigos.

El polvo empieza á disiparse en fin, los gritos se alejan, y Acha sabe, no sin un poco de sorpresa, que ha vencido. «¿No les decía que ibamos á ver bueno?» era su congratulacion á los soldados muertos de fatiga y de placer, siempre sonriéndose, siempre jugando con su varillita. ¿No es una lástima que este hombre singular se hubiese dejado arrebatar tanta gloria por una confianza indiscreta, y perdiese en espiacion de su falta, la cabeza, degollado como un cordero? Benavides heredó su gloria por un acto de valor que habría bastado á hacer la reputacion de un gran general.

Los prodigios de Angaco habrían bastado para salvar la República, si el desgraciado Acha hubiera hecho mas justicia á la serenidad y valor de su enemigo. Vencido Benavides por un puñado de valientes, volvió á San Juan sin dejar traslucir el menor síntoma de abatimiento, sin embargo de que sus mejores oficiales habían perecido, y que todos sus medios de guerra estaban á merced de su victorioso rival. Sin darse prisa á fugar, emprendió su retirada hácia Mendoza con un reducido número de los suyos, y á poca distancia fué encontrado por un refuerzo de tropas, tardío é insuficiente para otro menos animoso. Benavides entrevió la posibilidad remotísima de un triunfo, y se resolvió á dar un golpe de mano. Regresa, cae sobre los vencedores sorprendidos, y despues de tres días de resistencia inútil, se apodera de Acha mismo, refugiado de trinchera en trinchera en lo alto de una torre; recuperando así todo lo perdido, con un rédito de gloria igual ó mayor si cabe, que la que en Angaco había recogido su prisionero. Las fuerzas de Rosas al mando de Pacheco pudieron ser auxiliadas poderosamente, despues de haber

debilitado á La Madrid de toda su vanguardia, de todos los recursos que de San Juan hubiera sacado, y del valor caballeresco de Acha, que valía por sí solo un ejército. La batalla del Rodeo del Medio fué un corolario del triunfo de Benavides en San Juan, su obra exclusiva.

¿Qué hacía en tanto Aldao? Su cobarde fuga del campo de Angaco le colocaba en una posicion despreciable; el prestigio militar en Cuyo había pasado entero á Benavides, y en su provincia, en su propiedad, cuya quieta posesion había disfrutado por diez años, encontró el desden de los vencedores. Marchóse á Buenos Aires á poner la queja al amo que servía; una recepcion magnifica le recompensó de las fatigas del viaje, pero no fué el anuncio de una cordial acogida. Meses pasaron sin lograr una entrevista, y al fin pudo volver á su posesion, despues que el ejército de Rosas la hubo despojado del último implemento de guerra. Desde entonces Aldao vive sin otro poder que el que le dan Rodriguez y su escolta, suficiente para dominar á Mendoza, educada de tantos años á resignarse en silencio; pero sin influencia política en el exterior. Rosas había acumulado el poder real en manos de Benavides, que ha sabido conservarlo por su prudencia y su valor. Las rivalidades de estos caudillos han servido durante dos años para animar una estéril correspondencia con Rosas, que hallaba en estos celos y en esta desarmonía una prenda de seguridad.

Aquí termina la vida pública del general Don Felix Aldao; lo que sigue es la disolucion lenta de un despotismo envejecido é impotente, la aniquilacion de una vida repartida durante tantos años entre las fatigas de la guerra y la orgía de la paz, perseguido en todas partes por la conciencia de su vileza, y el odio y el desprecio mal comprimidos del pueblo que degradaba.

Las escenas inmorales de la Limeña y la Dolores se repiten á la llegada de la Romana, aquella adquisicion hecha en la campaña de La Rioja. Imagináos un pueblo como Mendoza presenciando las querellas infames de tres mujerzuelas que se disputan la posesion de un fraile apóstata, borracho consuetudinario, agangrenado, que todas tres han poseído sucesivamente, del que todas tienen familia que les da derechos; y todas estas intrigas de serrallo en derredor

del poder, repetidas de boca en boca, y removiendo la sociedad entera, ocupando á las jóvenes, y sirviendo de pasto á la maledicencia pública; dándose aquellas mujeres de golpes por las calles, y echándose en cara sus inmundicias, y reunidas al fin por una vez al menos bajo el techo del objeto disputado. Aquella hija de Osan de que hice mencion antes, vino tambien á Mendoza á figurar en esta impura comparsa. ¡ Desgraciada ! Una de aquellas venganzas que los celos de una mujer soez y brutal inspiran, una afrenta que la pluma se niega á describir, la hicieron llorar su mal aconsejado viaje, y dar á la Dolores este triunfo aun.

Lo que mas ruboriza en todo este cenegal asqueroso de inmoralidad, es que sus desafueros, sus pasiones y sus celos, entraban en la parte administrativa de la provincia. ¡ Infelices de las señoras que manifestasen el menor síntoma de desprecio por la favorita, porque la crónica del serrallo avisaba de época en época cual de las tres era la preferida del impúdico fraile ! Antes de la revolucion del 4 de noviembre, la Dolores se quejaba de los desdenes de las señoras; dábase un baile, porque los pueblos bailan y rien siempre, Dios es siempre bueno con ellos! Aldao se presenta á la puerta con veinticinco hombres armados de varillas de membrillo para castigar á las orgullosas. Bailóse toda la noche alegremente; la Dolores paseaba sus miradas triunfantes sobre toda la reunion, y los jóvenes se disputaban el honor de hacer danzar aquella mole torpe y vinosa ! Murió un hijo de la Romana; el jefe de policía, un tal Montero, pasa esquelas de convite á todos los ciudadanos invitándoles á asistir á su entierro. Llevábanlo en hombros los primeros personajes del pais en unas andas ricamente decoradas, en medio del repique de las campanas y las salvas de las tropas. Dos doctores iban en la delantera, dos magistrados lo seguían !

Una señorita había tenido la desgracia de decir que la Dolores no era un dechado de virtudes ; la policía entendió en el asunto, y Montero, oídas las partes, sentenció á la culpable á ser paseada por las calles en una yegua aparejada, y azotada en las esquinas; y la sentencia fué cumplida.

Cuando Benavides y Acha se batían gloriosamente en San Juan, Montero, para entusiasmar la tropa destinada á

marchar, lleva á la Dolores al cuartel; y ésta, enseñando uno de sus hijos á los soldados, los arenga en nombre de su padre el fraile Aldao, que los llama y solicita su apoyo. ¡Qué pérdidas ha hecho Rosas en aquel malogrado general! Solo Montero podía llenarla! Se necesitan hombres de este temple para mantener en las provincias del interior la paz profunda de que hoy disfrutan. Verdad es que no todos los gobernantes de las provincias se les parecen. No; muchos hay virtuosos y dignos del amor y respeto de los pueblos; pero todos tienen alguna cualidad que sirve admirablemente á los fines del hombre suspicaz que se burla de ellos.

Brizuela, que desertó al fin de sus filas, era una especie de esponja embebida en aguardiente, un odre que Rosas apuntaba para sostenerle en pie, que gobernaba admirablemente La Rioja; otros dejan al pueblo en paz y que trabaje tranquilamente, mientras ellos cuidan gallos y disponen carreras; otros han cerrado el despacho de gobierno y pasan los meses y los años sin que haya un decreto, una medida administrativa, y sin embargo, todo marcha bien; otros, en fin, tolerarán todo, menos que un letrado defienda un pleito ú ocupe un banco en la magistratura.

Pero todos están de acuerdo, y esto sin intencion y sin estudio, en que los caminos públicos vayan desapareciendo; los salteadores se propaguen por los campos; las escuelas estén desiertas; los correos del comercio suprimidos; la justicia abandonada al capricho de jueces estúpidos é imbéciles; la prensa enmudecida, si no es para vomitar contra *salvajes* injurias soeces ó elogios serviles al Restaurador; las costumbres descendiendo á la barbarie; el cultivo de las letras despreciado; la ignorancia hecha un título de honor; el talento perseguido.... ¡Hacen bien! Cualquiera de estos gobernadores que mostrase capacidad, interés por el bien público, espíritu organizador, deseo de moverse y obrar, no *la habia de penar muy lejos*, porque no son estas cualidades las que los mantienen en la gracia del soberano. La barbarie de las masas elevó al Dictador, y la pobreza y la ignorancia de las provincias lo sostienen contra todos los ataques.

Los pueblos mejor gobernados apenas notan su decadencia y retroceso. El despotismo, aun ejercido por hombres

buenos, es para los pueblos lo que la tísis para el cuerpo: el enfermo no siente dolor alguno, come, rie, baila sin cuidado, nada le duele, solo el físico ve los estragos lentos que la muerte va haciendo, y los pasos con que se encamina sin zozobra hacia la tumba.

Rosas se ha encargado de pensar por todos: él es la cabeza inteligente; los gobernadores del interior son sus miembros; unos son los brazos que ejecutan; otros las piernas que caminan; otros son las partes menos nobles de este cuerpo, segun el papel que se les destina y las aptitudes que muestran; buenos para algo, menos para pensar en el porvenir de la República, que ese, solo el que lo está fabricando en Buenos Aires, lo prevé y entiende.

Lo que queda por decir de Aldao es bien triste: una enfermedad de un año, un cáncer en la cara que le ha ido devorando lentamente las narices, los ojos, en medio de dolores horribles. Los momentos en que éstos se mitigan, y cuando aun gozaba de la vista de un ojo, se entretenía en jugar con algunos amigos que soportaban el mal olor y el aspecto odioso del cáncer; despues, sospechas contra los médicos que lo asistian. Uno anda aun prófugo, y debió á su fuga el no ser fusilado.

Durante su enfermedad, que ha durado cerca de un año, y no obstante estar desahuciado en los últimos meses, nadie se atrevió á proponer siquiera que se nombrase un gobernador interino, por temor de que le desagradase, y porque tal es la degradacion de aquellos infelices pueblos, que ya empiezan á convencerse seriamente de que el gobierno es una propiedad arraigada en los caudillos, y que sería atentar contra sus derechos el proveer, aun en caso de enfermedad, á su incapacidad de administrar. Aldao enfermo, Aldao moribundo, Aldao muerto, en fin, gobernaba á Mendoza sin interino, sin dar otras disposiciones que las que su salud reclamaba.

Habíase nombrado un rol de ciudadanos que debían alternarse en asistirle durante la noche en su antesala en Lujan. Nunca ha consentido en estar un momento solo. ¿Creeríase acaso abandonado de los suyos, ó huia de encontrarse en presencia de si mismo, de la muerte, de su conciencia, ó de Dios? Una noche se entretenía esta nueva especie de empleados en jugar malilla; el horror de su

situacion ó la intensidad de los dolores enagenan al enfermo, se levanta de la cama, se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, enagenado, con un par de pistolas en la mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de éstos, huyen espantados, y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche; se dispersan por los campos, y aun algunos pasan el rio de Lujan, hasta que los gritos de los que en su busca habían salido, los reunen despavoridos, aun desgarrados sus vestidos por las espinas, jadeando, temblando de frío, de miedo! ¡Ay! ciudadanos de la República Argentina, odiosos á los otros pueblos en los dias de libertad, por vuestra indomable altanería, cuán humillados estáis ahora! Vosotros que irritabais al gran Bolivar con el erguimiento de vuestras frentes, hacéis rodar mesas y sillas para salvaros del látigo de un fraile enfermo!

Rosas le mandó entonces un hermano político para que lo asistiese. En fin, la muerte se acerca, la agonía se prolonga meses enteros, y entre los dolores mas agudos, el cáncer rompe una vena, y un río inestinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo, hasta que expira el 18 de Enero. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre! He aquí la única reparacion que la Providencia ha dado á esos malaventurados pueblos cuya sangre él derramó tan sin medida; morir derramando su propia sangre, solo, sin testigos, pues que había hecho colocar un centinela en la puerta! Dicen unos que ha muerto contrito y en el seno de la iglesia, con el escapulario de la Orden domínica, á cuyo convento ha legado parte de sus bienes. Las esquelas mortuorias invitan á los ciudadanos á las exequias del Excmo. señor general brigadier don José Félix Aldao, y se añade que ha nombrado albacea testamentario á don Juan Manuel de Rosas. Los procónsules romanos que asolaban las provincias del Imperio, solían dejar sus bienes á los emperadores con el gobierno de las provincias. Estas dos versiones, por contradictorias que parezcan, prueban una verdad al menos, y es que se duda aun hasta despues de muerto, si es fraile ó general. ¡Dios lo habrá decidido! Ha dejado tres casas nuevas para establecer sus tres familias, y nada ha dispuesto, sin embargo, sobre las fincas que poseía pertenecientes á ciudadanos mendocinos que han sido despojados de ellas.

En medio de tantas cualidades malas, este hombre tenía algunas virtudes recomendables. Ha tenido amigos que lo han estimado entrañablemente, y cuyo afecto ha sobrevivido à la distancia y á la muerte; y es imposible que inspirase afecciones tan durables y desinteresadas un hombre que no poseyese algunas buenas prendas que disminuyesen el horror de las malas. Sabía hacerse amar de sus soldados, de los que hay muchos que le han acompañado durante muchos años. Solía distribuir granos en gran cantidad entre los pobres del sur de Mendoza, y muchos infelices le deben su subsistencia. Cuando sabía que se acercaban familias chilenas de las que frecuentemente emigran para Mendoza, las mandaba encontrar con víveres, y proveía á su subsistencia y establecimiento por algun tiempo. Ultimamente, personas que lo han tratado de cerca, aseguran que tenía un amor entrañable á sus hijos, y que sus caricias le daban momentos de abandono y de placer indecibles. El apellido Aldao queda en su progenie reconocida de tres mujeres, algunos otros bastardos suyos, y los hijos legítimos de don José su hermano. Un fin trágico cupo à todos los Aldao, ¡el mejor ha sido el de don Félix! Todo Mendoza acompañó su cadáver á la iglesia, en cuyo interior ha sido enterrado. Por la tarde se dice que la Alameda estaba llena de concurrentes de ambos sexos. Desde que estuvo Pacheco, este paseo manchado con la sangre de las víctimas degolladas en él, había sido poco frecuentado.

La única mejora que Mendoza ha recibido durante este gobierno, ha sido poblar su frontera del sur con inmigrados de Chile, que se han reunido en villorrios y alquerías á la sombra del fuerte San Carlos, que habitaba Aldao, que siempre mostró mucho interés por el acrecentamiento de aquellas poblaciones.

Ahora Mendoza es una herencia, veremos quién se posesiona de ella. Cuando Rosas supo el estado desesperado del fraile, mandó á una hermana suya con su esposo, que es médico, y un secretario para Aldao. Cuando se ha tratado de elegir gobernador, Rodriguez (1) estaba por el *secretario*, y el pueblo por un vecino de Mendoza.

(1) Todos saben el fin que tuvo este bandido. *N. del A.*

He concluído la tarea que me habia impuesto, con el temor de no haber sido suficientemente imparcial; pero si he faltado á la verdad de los hechos, no ha estado en mi mano remediarlo. He consultado á amigos y enemigos, y á los viejos soldados de la Independencia sobre sus primeros pasos en la carrera de las armas; he desechado lo dudoso y atenuado lo exagerado. Por lo demas, la vida de un hombre como éste, que ha tomado parte en tantas vicisitudes políticas, me ha parecido un asunto digno de mejor pluma que la mía, y digno tambien del conocimiento del público. La biografía de los instrumentos de un gobierno revela los medios que pone en accion, y deja congeturar los fines que se propone alcanzar.

APÉNDICE

TESTAMENTO DE ALDAO AL TOMAR EL HÁBITO DE LA ÓRDEN DOMINICANA

En el nombre de Dios Todopoderoso. Amen. Yo el hermano fray Félix Aldao, natural de esta ciudad, hijo legítimo de don Francisco Esquivel y Aldao, y de doña María del Cármen Anzorena, ya difuntos; el primero natural de la capital de Buenos Aires, y la última de esta ciudad; religioso novísimo de este Convento de Predicadores; por cuanto se ha llegado la hora de mi profesion, y considerando que las cosas de este mundo son momentáneas y perecederas, y que el camino verdadero es el de la virtud, y éste tiene su principio dejando el amor de los bienes temporales, y empleándolo en el servicio santo de Dios Nuestro Señor, y su primer paso está seguro por el de la Religion, he tratado de seguir ésta entrando por la puerta principal de su profesion, consultando asunto tan importante con personas de consejo espiritual que conformemente me han desengañado, y estando resuelto en mi propósito, y concedídome licencia para ello el R. P. jubl. fray Ramon Perez, Vicario prior de este convento, y las demas necesarias, con arreglo á nuestras constituciones, y para dar principio á mi deseo, ordeno mi testamento para morir al siglo, estando por la infinita misericordia de Dios en mi entero y cabal juicio, memoria y entendimiento natural, y con disposicion y actitud mis potencias y sentidos, creyendo y confesando, como firmemente creo y confieso, el altisimo, inefable é incomprensible Misterio de la Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demas misterios y sacramentos que cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en cuya verdadera fe y creencia he vivido, vivo y protesto vivir y morir como católico fiel cristiano: lo otorgo, hago y ordeno en la forma y manera siguiente:

Encomiendo mi alma á Dios Nuestro Señor, que de la nada creó, y redimió con el precio infinito de su preciosísima sangre; y el cuerpo mando á la tierra de que fué formado, el cual hecho cadáver, mando que sea sepultado en la Iglesia donde me hallare de conventual, ó donde asistiese en aquella actualidad, encargando como encargo con humildad y reverencia á los religiosos mis hermanos, me encomienden á Dios Nuestro Señor por caridad.

Declaro que los bienes muebles y raíces, derechos y acciones que me puedan corresponder por herencia ó por cualquiera otra razon, los renuncio á favor de mi abuela doña Catalina Nieto, y por fallecimiento de ésta, á favor de mis hermanos por iguales partes, con la precisa condicion de que me remedien en aquellas urgencias y necesidades que me ocurran y mi convento no pueda socorrerme por su pobreza, y que por la nuestra carecemos y no son indispensables.

Y por el presente, revoco y anulo todos los testamentos y demas disposiciones testamentarias que antes de ahora haya formalizado por escrito, de palabra ó en otra forma, para que ninguno valga, ni haga fe, judicial ni extrajudicialmente, excepto este testamento que quiero y mando se estime y tenga por tal, y se cumpla como mi última deliberada voluntad, ó en la via y forma que mas haya lugar en derecho. Y así lo dijo, á quien yo el Escribano, doy fe conozco, y lo firmó en el convento de Predicadores de esta ciudad de Mendoza, á seis dias del mes de Junio de mil ochocientos y dos años, siendo testigos don Felipe Lopez, don Alejandro Sanchez y don Francisco Puche, vecinos de ella. —*Fray Félix Aldao.*—Ante mí: *Cristóbal Barcala,* Escribano Público y de Cabildo.

EL CHACHO

ÚLTIMO CAUDILLO DE LA MONTONERA DE LOS LLANOS

¡EN CHILE Y A PIÉ!

En setiembre de 1842, cuando todavía no dan paso las nieves que se acumulan durante el invierno sobre la areta central de los Andes, un grupo de viajeros pretendía desde Chile atravesar aquellas blancas soledades, en que valles de nieve conducen á crestas colosales de granito que es preciso escalar á pié, apoyándose en un báculo, evitando hundirse en abismos que cavan rios corriendo á muchas varas debajo; y con los piés forrados en pieles, á fin de preservarse del contacto de la nieve que, deteniendo el curso de la sangre, mata localmente los músculos haciendo fatales quemaduras.

Los *Penitentes*, columnas y agujas de nieve que forma el desigual deshielo, según que el aire ó el sol hieren con mas intensidad, decoran la escena, y embarazan el paso cual escombros y trozos de columnas de ruinas de gigantescos palacios de mármol. Los declives que el débil calor del sol no ataca, ofrecen planos mas ó menos inclinados, segun la montaña que cubren, y descenso cómodo y lleno de novedad al viajero, que sentado se deja llevar por la gravitacion, recorriendo á veces en segundos distancias de miles de varas. Este es quizá el único placer que permite aquella escena, en que lo blanco del paisaje solo es accidentado por algunos negros picos demasiado perpendiculares para que la nieve se sostenga en sus flancos, formando contraste con el cielo azul obscuro de las grandes alturas.

Los temporales son frecuentes en aquella estacion, y aunque hay de distancia en distancia casuchas para guarecerse, si no se ha tenido la precaucion de examinar el aspecto del campanario, que es el mas elevado pico vecino, y asegurarse de que ninguna nubecilla corona sus

agujas, ó vapores cual lana desflecada empiezan á condensarse á sus flancos, grave riesgo se corre de perecer, perdido el rumbo entre casucha y casucha, casi cegadas por la caída de copas de nieve tan densa que no permite verse las manos.

Aquella vez no eran los viandantes ni el correista que lleva la valija á espaldas de un mozo de cordillera, ni transeuntes, de ordinario extranjeros, que buscan este arriesgado paso del Atlántico al Pacífico. Eran emigrados políticos que, á esa costa, regresaban á su patria contando con incorporarse al ejército del general La Madrid, antes que se diese la batalla que venia á librarle el general Oribe á marchas forzadas desde Córdoba.

Al asomar las cabezas sobre la cuesta de las Cuevas, desde donde se divisa la estrecha quebrada hasta la Punta de las Vacas, tres bultos negros como negativos de fotografía fué lo primero que vieron destacarse sobre el fondo blanco del paisaje. Los viajeros se miraron entre sí y se comprendieron. ¡Nada bueno auguraban aquellas figuras! Mirando con mas ahinco hácia adelante, creyeron descubrir otros puntos negros mas lejos, y allá en lontananza otro al parecer mas largo, porque largas sin ancho son las líneas que describen los viandantes por las nieves, poniendo el pié los que vienen en pos sobre la impresion que deja el que les precede. ¡Derrotados! exclamó uno meneando con desencanto profundo la cabeza; y precipitándose por el declive, descendieron hasta la casucha que está al pié, del lado argentino de la cordillera, donde á poco se acercaron los que de Mendoza venian. ¿Derrotados? preguntáronles aquéllos á éstos desde lejos, poniéndose las manos en la boca para hacer llegar la voz; ¡derrotados! repitieron los ecos de la montaña y las cavernas vecinas. Todo estaba dicho.

Luego se supieron los detalles de la batalla de la Ciénega del Medio; luego llegaron otros y otros grupos, y siguieron llegando todo el dia, y agrupándose en aquel punto inhospitalario, sin leña, sin mas abrigo que lo encapillado. sin mas víveres que los que cada uno podría traer consigo. Al caer la tarde, llegaron noticias de la retaguardia, donde venían La Madrid, Alvarez y los demas

jefes, de haber sido degollados los rezagados en Uspallata, entre ellos el comandante Lagraña y seis jefes mas.

Solo los familiarizados con la cordillera podían medir el peligro que corrían aquellos centenares de hombres, entre los que se contaban por cientos, jóvenes de las primeras familias de Buenos Aires y las provincias del norte, restos del Escuadron Mayo formado de entusiastas, que á tales y á mayores riesgos se exponían luchando contra el tirano Rosas. No había que perder un minuto, y los mismos viajeros en hora menguada para ellos, pero providencial para los otros, volvieron á desandar el penoso camino, sin darse descanso hasta llegar al valle de Aconcagua, del otro lado de los Andes.

Fué en el acto dada la alarma, montada una oficina de auxilio, y merced á sus antiguas relaciones, y de algun dinero de que podían disponer, horas despues partían para la cordillera vaqueanos cargados de carbon, cueros de carnero, charqui, cuerdas, ají, y demas objetos indispensables en aquellos parajes, á fin de acudir á lo mas urgente; mientras que la pluma corría con rapidez febril, invocando el patriotismo de los argentinos, la filantropía de los chilenos, la munificencia del gobierno á que podían apelar seguros de que las simpatías personales harían grato el desempeño de un deber de humanidad; y así puestas en accion la opinion por la prensa, la caridad por asociaciones, y la administracion, en tres dias empezaron á llegar médicos, medicinas, dinero, ropas, abrigo y comodidades para mil hombres que decían ser los desgraciados.

Harta necesidad habría de médicos! El temido temporal se había declarado, y era preciso ser vecino de los Andes, donde la cordillera es un libro que hasta los niños saben leer, para imaginarse la angustia general de los que con pavor vieron sostituirse pardas nubes á los nevados picos de los Andes centrales que se cubrieron, dejando al sol en el valle iluminar la escena solo para que los extraños pudiesen contemplarla de lejos sin poder prestar auxilio á las víctimas.

Mídese la fuerza del temporal por la intensidad de las nubes y su color sombrío, y cada hora, trascurrido el primer dia, como cuando se oye de lejos el fuego de la batalla, calculábase el número de helados entre mil. Espectáculo

sublime y aterrador, tranquilo en sus efectos, afligente hasta desgarrar el corazon del que lo contempla, como se ve venir la nave á estrellarse fatalmente en las rocas, ó cundir el incendio sin la última esperanza de ver echarse por las ventanas, ó poner escaleras para los que rodean las llamas.

El cielo se apiadó al fin y un dia despues de tres de angustia, se supo que solo habían perecido siete, y sido necesario amputar otros tantos, pues que los médicos estaban ya al pie de la cordillera. Un cuadro del pintor sanjuanino Rawson ha idealizado la escena del arribo de los primeros chilenos que rompieron la nieve, y se abrieron paso hasta el teatro de la catástrofe. El calor ó el techo de la casucha habían salvado dentro y fuera á trescientos, una roca inclinada abrigado á ciento, los ponchos al resto conservando el calor apiñados estrechamente. Salvada la vida, el hambre tenia á mano con que saciarse.

Entre aquellos prófugos se encontraba el Chacho, jefe desde entonces de los *montoneros* que antes había acaudillado Quiroga; y ahora, seducido su jefe por el heroismo desgraciado del general Lavalle, habíase replegado á las fuerzas de La Madrid, y contribuido no poco, con su falta de disciplina y ardimiento, á perder la batalla. Llamaba la atencion de todos en Chile la importancia que sus compañeros generalmente cultos daban á este paisano semibárbaro, con su acento riojano tan golpeado, con su chiripá y atavíos de gaucho. Recibió como los demas la generosa hospitalidad que les esperaba, y entonces fué cuando, preguntado como le iba, por alguien que lo saludaba, contestó aquella frase que tanto decia sin que parezca decir nada : *¡ Cómo me á dir, amigo ! En Chile y á pié!*

Este era el Chacho en 1842, y ese era el Chacho en 1863 en que terminó su vida. Ni aun por simple curiosidad merece que hablemos de su orígen. Dícese que era fámulo de un padre, quien al llamarlo, para mas acentuar el grito, suprimía la primera sílaba de *muchacho*, y así se le quedó por apodo Chacho; y aunque no sabía leer, como era de esperarse de un familiar de convento, acaso el haberlo sido le hiciese valer entre hombres mas rudos que él. Firmaba sin embargo con una rúbrica los papeles que le escribía un amanuense ó tinterillo cualquiera, que le inspiraba el con-

tenido tambien; porque de esos rudos caudillos que tanta sangre han derramado, salvo los instintos que le son propios, lo demas es la obra de los pilluelos oscuros que logran hacerse favoritos.

Era blanco, de ojos azules y pelo rubio cuando joven, apacible de fisonomía cuanto era moroso de carácter. A pocos ha hecho morir por órden ó venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desórdenes que fomentó. No era codicioso, y su mujer mostraba mas inteligencia y carácter que él. Conservóse bárbaro toda su vida, sin que el roce de la vida pública hiciese mella en aquella naturaleza cerril y en aquella alma obtusa.

Su lenguaje era rudo mas de lo que se ha alterado el idioma entre aquellos campesinos con dos siglos de ignorancia, diseminados en los llanos donde él vivía; pero en esa rudeza ponía exageracion y estudio, aspirando á dar á sus frases, á fuerza de grotescas, la fama ridícula que las hacía recordar, mostrándose así cándido y el igual del último de sus *muchachos.* Habitó siempre una ranchería en Guaja, aunque en los últimos años construyó una pieza de material, para alojar á los *decentes*, segun la denominacion que él daba á las personas de ciertas apariencias que lo buscaban. Hacía lo mismo con sus modales y vestidos: sentado en posturas, que el gaucho afecta, con el pié de la una pierna puesto sobre el muslo de la otra, vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa, y un pañuelo amarrado á la cabeza.

En San Juan se presentaba en las carreras, despues de alguna incursion feliz, si con pantalones colorados y galon de oro, arremangados para dejar ver calcetas caídas que de limpias no pesaban, con zapatillas á veces de color. Todos estos eran medios de burlarse taimadamente de las formas de los pueblos civilizados. Aun en Chile en la casa que lo hospedaba, fué al fin preciso doblarle las servilletas á fin de salvar el mantel que chorreaba al llevar la cuchara á la boca. En los últimos años de su vida consumía grandes cantidades de aguardiente, y cuando no hacía correrías, pasaba la vida indolente del llanista, sentado en un banco, fumando, tomando mate, ó bebiendo. Las carreras son, como se sabe, una de las ocupaciones de la vida de estos

hombres, y en los llanos ocasion de reunirse varios dias seguidos gentes de puntos distantes.

Las nociones de lo tuyo y lo mio no son siempre claras en campañas donde el dios Término no tiene adoradores, y ménos debían estarlo en quien vivía de los rescates, auxilios y obsequios que recibia en las ciudades que visitaba con sus hordas indisciplinadas. Entregadas éstas en San Juan al saqueo é incendio de las propiedades, en presencia de Derqui, que asi preparó su candidatura á la presidencia, queriendo poner coto á desórdenes que amenazaban arrasar con todo, dióse una órden de pena de la vida á quienes fuesen sorprendidos saqueando. Tomados cinco, el Chacho solicitó, en nombre de sus servicios, y obtuvo el perdon de todos, no obstante que el Comisionado Nacional contaba con un regimiento de línea mandado por el general Pedernera, que fué el vicepresidente; y todos los degüellos, salteos y asesinatos que tuvieron lugar despues, sin que pueda culpársele de ordenarlos, obtuvieron siempre la bondadosa y obtemperante indulgencia del Chacho.

Su papel, su modo de ganar la vida, digámoslo así, era *intervenir* en la cuestiones y conflictos de los partidos, cualquiera que fuesen, en las ciudades vecinas. Apenas ocurría un desórden, el Chacho acudía, dándose por interesado de alguna manera. Asi habia servido á Quiroga, Lavalle, La Madrid, Benavides, Rosas, Urquiza y Mitre. En favor ó en contra de alguien había invadido cuatro veces á San Juan, tres á Tucuman, á San Luis y Córdoba una. Su situacion en la República Argentina, con su carácter y medios de accion, era la de los kadíes de las tribus árabes de Argel, recibiendo de cada nuevo gobierno la investidura, y cerrando el último los ojos á las *razzias* que tenía hechas para robar sus ganados á las otras tribus.

Y sin embargo, este jefe de bandas que subsiste treinta años no obstante los cambios que el pais experimenta, y mientras los gobiernos que lo emplean ó toleran sucumben, fué derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en qué encuentro fué feliz, pues de encuentros no pasaron nunca sus batallas, sin que esta mala estrella disminuyese su prestigio con los que lo seguían, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban.

Conocido este singular antecedente, la mente se abisma

buscando la atraccion que ejercía sobre sus secuaces, sometiéndose por seguirlo á privaciones espantosas, al atravesar desiertos sin agua, experimentando derrotas en que perecen siempre los que por mal montados no pueden escapar á la persecucion de sus contrarios. Tiene en los Llanos la misma explicacion que en los países árabes la vida del desierto, pues aquella parte de La Rioja lo es, aunque tiene pastos; es de privaciones, pobreza y monotonía. Las excursiones hacen sentir la vida, despiertan esperanzas, llenan la imaginacion de ilusiones. Irán á las ciudades, donde hay goces, alimentos variados, vino, caballos excelentes, vestido; y estos estímulos bastan para hacerles afrontar peligros posibles, privaciones, que al fin de cuenta, son las mismas á que están habituados diariamente.

El bárbaro es insensible de cuerpo, como es poco impresionable por la reflexion, que es la facultad que predomina en el hombre culto; es por tanto poco susceptible de escarmiento. Repetirá cien veces el mismo hecho si no ha recibido el castigo en la primera.

El bárbaro huye pronto del combate; y seguro de su caballo, la persecucion que no lo alcanza, no ejerce sobre su ánimo duraderos terrores. Volverá á reunirse lejos del peligro, sin echar muchas cuentas sobre los que mas tarde pudieran sobrevenirle. ¿Concíbese de otro modo cómo Peñalosa emprende una guerra, cuando, sometida toda la República en 1862, había cuerpos de ejército victoriosos en Catamarca al norte, en Córdoba al este, en San Juan al sur? Y sin embargo, esto lo repite cada uno de esos campesinos á su turno.

Oyendo Elisondo el tiroteo de las Lomas Blancas, interceptando el parte del combate que da por aniquilado al Chacho, él, que había permanecido tranquilo hasta entonces, levanta una montonera que nunca contó cien hombres, y molesta y fatiga largo tiempo á los ejércitos regulares. Cuando el coronel Arredondo seguía la pista al Chacho, supo, decía, por los *licenciados* que alcanzaba, que se dirigia á San Juan. Los licenciados eran los que por favor, ocupaciones, ó enfermedad no lo habían seguido antes; pero al saberse que iba á San Juan, es decir, á Oran ó Bujía, de quinientos hombres que llevaba, su nú-

mero ascendió á mas de mil, con los que no estaban para eso ni enfermos ni ocupados.

De los prisioneros tomados, solo quince en mas de ciento, no tuvieron quien solicitase su libertad, y los acreditase de honrados, lo que probaba que eran todos gente conocida y con familia. El robo, que era esta vez el estímulo, era solo reputado un botín legítimamente adquirido. La tradicion es, por otra parte, el arma colectiva de estas estólidas muchedumbres embrutecidas por el aislamiento y la ignorancia. Facundo Quiroga había creado desde 1825 el espíritu gregario; al llamado suyo, reaparecía el levantamiento en masa de los varones á la simple órden del comandante ó jefe: la primitiva organizacion humana de la tribu nómade, en país que había vuelto á la condicion primitiva del Asia pastora.

El sentimiento de la obediencia se trasmite de padres á hijos, y al fin se convierte en segunda naturaleza. El Chacho no usó de la coercion que casi siempre los gobiernos cultos necesitan para llamar los varones á la guerra. Pocos son los intereses que los retendrían en sus casas miserables; la familia vive de un puñado de maíz ó de la carne de una cabra, y la guerra es la vida, las emociones, las esperanzas; y el caballo es el ferrocarril que suprime las distancias y convierte en realidad el sueño dorado, hacer algo, sentirse hombres, vivir en fin. Esta organizacion se ha visto reaparecer y perfeccionarse en los pueblos formados por la raza guarani, en Entre Rios, Corrientes y Paraguay; y puesto á dos dedos de su pérdida en varias ocasiones á los de descendencia mas puramente española que habitan la provincia de Buenos Aires, en la embocadura del Plata, y la provincia agrícola de Cuyo, poblada por españoles venidos de Chile y que extinguieron ó absorbieron á los Huarpes, antiguos habitantes del suelo. Los quichuas, que pueblan la provincia de Santiago, se conservan casi desde los primeros años de la independencia, bajo esta disciplina primitiva é indígena, y sólo gracias á la buena intencion de sus jefes, es mas bien que un peligro, un elemento de orden.

De estos resabios salió la *montonera*, pronunciándose, al expirar en el movimiento final del Chacho, bajo las formas de un alzamiento de campañas, que bien exami-

nado en sus localidades y propósitos, era casi indígena, como se verá por los hechos que vamos á referir. Por eso, siempre que usemos la palabra *caudillo* para designar un jefe militar ó gobernante civil, ha de entenderse uno de esos patriarcales y permanentes jefes que los jinetes de la campaña se dan, obedeciendo á sus tradiciones indígenas, é impusieron á las ciudades, embarazando hasta 1862 la reconstruccion de la República Argentina, bajo las formas de los gobiernos regulares que conoce el mundo civilizado, cualquiera que sea la forma de gobierno, con legislaturas, ejecutivo responsable y amovible, y tribunales que administren justicia conforme á las leyes escritas, que la montonera había abolido en todas las provincias argentinas durante treinta años en que, como aquellos hicsos del Egipto, logró enseñorearse de las ciudades.

LAS TRAVESÍAS

Las faldas orientales de la cordillera de los Andes, desde Mendoza hasta la cuesta de Paclin que divide á Catamarca de Tucuman, pocas corrientes de agua dejan escapar para humedecer la llanura que se extiende hasta las sierras de Córdoba y San Luis, al este, que limitan este valle superior. La pampa propiamente dicha, principia desde las faldas orientales de estas últimas montañas. Desierto es el espacio que cubren los llanos de La Rioja, las Lagunas de Huanacache, hasta las faldas occidentales de las dichas sierras. El Bermejo, de San Juan, que rueda greda diluída en agua y se extingue en el Zanjon; los rios de San Juan y Mendoza, y el Tunuyan, que forman los lagunatos de Huanacache é intentan abrirse paso por el Desaguadero, y se dispersan y evaporan en el Bebedero, he aquí los principales cursos de agua que humedecen aquel desolado valle, sin salida al océano por falta de declive del terreno. Veinte mil leguas cuadradas que forman las *Travesías*, están mas ó menos pobladas segun que el agua de pozos de balde, ó algibes, ofrece medios de apacentar ganados.

A la falda de los Andes están dos ciudades, San Juan y Mendoza, que no modifican con su lujosa agricultura, sino pocas leguas alrededor, el desolado aspecto del país

llano, ocupado en parte por médanos, en parte por lagunas, y al norte cubierto de bosque espinoso, *garabato* y *uña de leon*, que desgarran vestidos ó carne, si llegan á ponerse en contacto. Estas espinas corvas ó encontradas como el dardo, dejarían al paso como á Absalon, colgado á un hombre, si la rama no cediese á su peso. Los campesinos habitantes de estos llanos llevan á caballo un parapeto de cuero para ambos lados, que cubre las piernas y sube alto lo bastante para tenderse y cubrirse cuerpo y rostro tras de sus alas. Por escasez de agua, ni villa alcanza á ser la ciudad de La Rioja, que está colocada á la parte alta de los Llanos; igual inconveniente al que retarda el crecimiento de San Luis, no obstante que ambas cuentan tres siglos de fundadas.

A estas facciones principales de la fisonomía del teatro del último levantamiento del Chacho, agréganse otras que por imperceptibles al ojo, pasarían sin ser notadas.

Las lagunas de Huanacache están escasamente pobladas por los descendientes de la antigua tribu indígena de los huarpes. Los apellidos Chiñinca, Juaquinchay, Chapanay, están acusando el origen y la lengua primitiva de los habitantes. El pescado que es allí abundante, debió ofrecer seguridades de existencia á las tribus errantes. En los Berros, Acequion y otros grupos de poblacion en las mas bajas ramificaciones de la cordillera, están los restos de la encomienda del capitan Guardia que recibió de la corona aquellas escasas tierras. En Angaco descubre el viento que hace cambiar de lugar los médanos, restos de rancherías de indios de que fué cacique el padre de la esposa de Mallea, uno de los conquistadores. Entre Jachal y Valle Fértil hay tambien restos de los indios de Mogna, cuyo último cacique vivia ahora cuarenta años.

Pero es en La Rioja misma donde se encuentran rastros mas frescos de la antigua reduccion de indios. Al recorrer esta parte del mapa, la vista tropieza con una serie de nombres de pueblos, como Nonogasta, Vichigasta, Sañogasta y otros con igual terminacion, que indican una lengua y nacionalidad comun que ha dejado recuerdo imperecedero en los nombres geográficos. Discurriendo estos nombres por las faldas de las montañas, uno de ellos

penetra en San Juan por Calingasta. Un filologista noruego al leer estos nombres entregábase á conjeturas singulares, á que lo inducía la averiguada semejanza de los cantos indígenas llamados yarabíes con las baladas populares escandinavas, y la frecuente ocurrencia en América de la terminacion *marca*, significativa de país ó region en el gótico, Catamarca, Cajamarca, Cundinamarca y otros que recuerdan á Dinamarca, ó país de los danos, y las *marcas* de Roma que son denominaciones dadas por los lombardos; creía encontrar en las terminaciones en *gasta* la misma en *ástad* de Cronstad, Rastad y cien mas que, fuera de toda duda, son la misma de Belukistan, Afganistan, Kurdistan, cuya raiz significativa se halla en el sanscrito, ramificacion como el gótico, de un idioma comun al pueblo ariano que dió origen á las naciones occidentales por sucesivas emigraciones.

Mas asombroso y de mas reciente data, encontraba el nombre de Gualilan, que tiene en las inmediaciones de San Juan un mineral de oro trabajado desde tiempo inmemorial; *gúel* ó *gold* es en gótico *oro*, y *land* la terminacion de *Shetland, Ireland, Island;* Gualilan, significa, pues, literalmente *tierra de oro*, importando poco las vocales, que se cambian segun la ley llamada de Grimm; reputando imposible que la casualidad hubiese dado al mineral el nombre significativo que lleva, desde que se sabe que todos los nombres antiguos de lugares expresaron circunstancias y accidentes locales, como Uspachieta ó Uspallata, en quichua significa montañas de ceniza, color que en efecto asumen las circunvecinas y cuyo nombre dieron los conquistadores peruanos que invadieron á Chile por el camino del Inca, visible aun á lo largo del valle de Calingasta, y cuyas *pascanas* de piedras, á guisa de villorrios, se encuentran en la quebrada que conduce al paso de la cordillera de Uspallata y pasa por el Puente y la Laguna del Inca.

En Calingasta se encuentran numerosos vestigios de las poblaciones indígenas y restos visibles de la conquista. Por allí estaban las célebres *Labranzas de Soria*, minas de plata cuyos derroteros se encontraron en el Cuzco en poder de los indios, y que mas tarde en su busca trajeron el descubrimiento de las minas del Tontal y Castaño

como la alquimia tras la piedra filosofal, reveló los principios de la química. En Calingasta la tradicion oral da al capitan Soria una epopeya que termina en la muerte, mandado ajusticiar por los reyes de España por haberse rebelado con las indianas. Quizá este es solo el eco lejano del fin trágico de Gonzalo Pizarro, ajusticiado por La Gasca, y cuyo rumor se extendió por toda la América. En apoyo del hecho muéstranse varios lugares donde en excavaciones naturales á lo largo de la falda de ciertos cerros, están hacinados por millares esqueletos de indios, muertos, segun se dice, de hambre, por no someterse á los conquistadores españoles.

Un exámen inteligente de estos curiosos restos, muestra, sin embargo, que son cementerios de antiguas y numerosas poblaciones indígenas que poblaron el fértil valle de Calingasta, y que han desaparecido con la conquista. Mas al norte y en direccion hacia el punto de donde vino el pueblo de las terminaciones en *gasta*, se encuentra una montaña de sal gemma con cavernas prolongadas á extensiones aun no reconocidas en su interior. Estas cavernas son un vasto osario de momias de indios, que conservan el cabello en trenzas y las carnes acartonadas, preservadas acaso por las emanaciones salinas del lugar ó por algun procedimiento de embalsamar.

Mas significativos restos se conservan en el valle mismo de Calingasta, cerca de las actuales poblaciones cristianas. En las extremidades de los espolones de un conglomerado antiguo de guijarros unidos por un cemento, en que el rio se ha excavado su actual lecho, vénse unas depresiones circulares de origen artificial, hasta quince en un solo lugar. Estas depresiones corresponden á la entrada de otras tantas criptas ó tumbas excavadas dentro del conglomerado en bóvedas, llenas hasta la altura de la entrada de esqueletos de indios. En los que se han sacado, todos con cabello rojizo por la accion del tiempo, se encontraron algunos objetos de arte indígena, tales como agujetas de oro con un guanaco figurado, y algunas de cobre. Un esqueleto de niño en una canastilla de esparto de las Lagunas, preciosa industria que se conserva aun en Guanacache, y en Valdivia de Chile. Una espada toledana con empuñadura de plata en-

contróse en otro punto; y es variado el surtido de vasijas de barro que abundan por todas partes.

Á lo largo del rio por leguas, vénse de ambos lados en el terreno alto, dos bandas ó listas blancas que señalan los vestigios de antiguos canales de irrigacion, que sirvieron al cultivo del maíz, pues las piedras llamadas *conanas* en que lo molian, y agujereadas por el uso, abundan por todas partes. La vega es igualmente fertilísima y produce hoy el preferido trigo de Calingasta. Aquellas indicaciones de canales sirvieron al gobernador de San Juan en 1863 para fijar el lugar donde habían de erigirse las fundiciones de Hilario, que empiezan á dar nueva vida y riqueza mayor que las Labranzas de Soria á aquellos lugares despoblados por la conquista.

Hácia el centro del valle está la Tambería, que los habitantes muestran como poblacion indígena, y el nombre haría creerla colonia peruana; pero inspeccionándola de cerca, vése que es Reduccion, segun el plan de los jesuitas, y la explicacion no sólo de la desaparicion de los indios, sino de hechos iguales en La Rioja, y que van á entrar luego en la historia del movimiento indígena campesino suscitado por el Chacho.

La Tambería de Calingasta compónela una serie de ruinas, siguiéndose unas á otras para construir una plaza en cuadro, visiblemente como medio de defensa. En la parte mas alta del terreno hay un edificio de piedras toscas, *pirca*, de diez varas de ancho y veinte de largo. Esta ha sido la iglesia, aunque no se descubre como ha sido techada, no habiendo á los alrededores maderas naturales. El tamaño del edificio indica que la reduccion no pasó de cuatrocientas almas.

Como se ve, pues, la Tambería es una mision jesuitica ó de frailes franciscanos que seguían sus planes. Pero aquella poblacion facticia está contando los crímenes de la conquista. Los cementerios indios, las catacumbas excavadas en la piedra, las largas acequias á lo largo del valle, las conanas y vasijas de barro que por todas partes abundan, están mostrando que aquel valle de leguas de largo, estaba densamente poblado por una nacion indígena que tenía asegurada su subsistencia en el abundantísimo pescado del río, y en el maíz que producía un terreno feraz, irrigado por

canales. La caza de vicuñas y guanacos, que todavía se hace en las cordilleras, á mas de carne abundante, debía proporcionarles lana para tejerse telas, si las artes peruanas les eran conocidas, ó envolverse de la cintura abajo en sus pieles, pues las pinturas indígenas de indios que se ven en las Piedras Pintadas de Zonda, otro valle inferior é igualmente irrigado, muestran que así vestían, aunque lo imperfecto del diseño no deje distinguir si es de tela ó piel el *chiripá* que figuran.

Estas numerosas poblaciones desparramadas á ambas orillas á lo largo del rio, fueron desalojadas por los conquistadores para hacer de las tierras de labor *estancias* y propiedad de algun capitan, acaso de apellido Tello, pues á los Tellos pertenece hoy aquel país indiviso aun, y semillero de pleitos, como los terrenos eternamente indivisos de Acequion y Berros dadas á otro capitan Guardia, el Ponchagual, Mogna y casi todos los campos de San Juan. Los indios fueron á consecuencia *reducidos* á poblacion, y como era de esperarlo, en tres siglos desaparecieron, pues hoy apenas se ven descendientes de raza pura indígena. En vano las leyes de Indias quisieron proteger á los naturales contra la rapacidad de los conquistadores, que despoblaban de hombres el suelo á fin de crear ganados que les asegurasen la opulencia sin trabajo. Hasta hoy en Buenos Aires mismo se nota esta tendencia de los poseedores de suelo inculto, á despoblarlo, no ya de indios, sino de familias españolas allí nacidas, y *reducidas* á villas, que son nidos de vicio y pobreza.

Que Calingasta fué un señorío, lo revelan las antiguas plantaciones de árboles frutales que alcanzan á una altura prodigiosa, y las ricas capellanias de que está dotada. Lo mismo y peor se practicó en La Rioja donde, siendo escasa el agua, los indigenas vivían á la márgen de las escasas corrientes, y fueron *reducidos* en lo que hoy se llaman los *Pueblos*, villorrios sobre terreno estéril, cuyos habitantes se mantienen escasamente del producto de algunas cabras que pacen ramas espinosas; y están dispuestos siempre á levantarse para suplir con el saqueo y el robo á sus necesidades. El coronel Arredondo que recogió los Pueblos para someterlos, los encontró siempre en poder de mujeres medio desnudas, y sólo amenazando quemarlos consiguió que los montaraces varones volviesen á sus hogares.

El pensamiento le vino alguna vez de despoblarlos, y solo la dificultad de distribuir las gentes en lugares propicios lo contuvo. A estas causas de tan lejano orígen, se deben el eterno alzamiento de La Rioja, y el último del Chacho. La familia de los Del Moral hace medio siglo que viene condenada á perecer víctima del sordo resentimiento de los despojados.

Para irrigar unos terrenos los abuelos desviaron un arroyo, y dejaron en seco á los indios ya de antiguo sometidos. En tiempo de Quiroga fué esta familia, como la de los Ocampo y los Doria, blanco de las persecuciones de la montonera. Cinco de sus hijos han sido degollados en el último levantamiento, habiendo escapado á los bosques la señora con una niña y caminado á pie dos dias para salvarse de estas venganzas indias.

¿Cómo se explicaría, sin estos antecedentes, la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron, no solo los Llanos y los Pueblos de La Rioja, sino los laguneros de Guanacache, los habitantes de Mogna y Valle Fértil, y todos los habitantes de San Juan diseminados en el desierto que se extiende al este y norte de la ciudad, y hasta el pié de las montañas por la parte del sur, con el Flaco de los Berros que tanto dió que hacer?

Para terminar con este cuadro en que, en país estéril y mal poblado, va á trabarse la lucha de aquellas poblaciones semibárbaras por apoderarse de las ciudades agrícolas, comerciantes y comparativamente cultas que están al pié de los Andes, Mendoza, San Juan, Catamarca, debe añadirse que esta parte de la República á que hemos dado el nombre de Travesía, estaría condenada á eterna pobreza y barbarie por falta de agua y elementos que fomenten la futura existencia de grandes ciudades, si por el sistema de las compensaciones de la Infinita Sabiduría, no hubiesen en su suelo otros ramos con que la industria humana pudiese compensar tantas desventajas.

El valle que ocuparon los pueblos de la terminacion en *gasta*, divide de la cadena central granítica de los Andes, otra paralela del terreno secundario y metalífero. Desde Uspallata hasta Catamarca, abundan los veneros de oro, plata, cobre, plomo, niquel, estaño y otras sustancias minerales, siendo ya asientos conocidos de minas Uspallata, el Tontal,

Castaño, Famatima, y varios en Catamarca, de donde compañías inglesas extraen abundante plata y cobre. En ramificaciones inferiores, otra cadena de montañas en Guayaguaz, Huerta, Marayes, y aun las sierras de los Llanos, ofrecen el mismo recurso, y aun depósitos de carbon de piedra apenas explorados.

El censo de Chile en 1855 dió en el número de habitantes de Copiapó, provincia esencialmente minera, diez mil habitantes argentinos, que son riojanos en su mayor parte, por ser esta la provincia colindante. Este aprendizaje de los que se expatrian en busca de trabajo, y los irregulares laboreos de los antiguos minerales de Famatima, ofrecieran medios de cambiar los hábitos semibárbaros que la dispersion en el desierto ha hecho nacer, si con los capitales que requiere aquella industria, una política conocedora de las necesidades peculiares de esta vasta region que ocupan cinco provincias, se contrajese á remediarlas. Desde San Juan se intentó algo con tolerable y animador éxito durante la azarosa época que vamos á recorrer, y en la esfera que podia hacerlo un gobierno de provincia que estuvo condenado á mantenerse en armas, para evitar la disolucion completa que amenazaba á la sociedad culta, tan mal colocada en aquel extremo apartado de la República. Pero algo mas vasto ha de emprenderse, y esta es la tarea que viene deparada al gobierno nacional, cuando se halle desembarazado de los conflictos que en la hoya del Paraná le dejaron otros errores de la colonizacion española con las misiones del Paraguay. El ferrocarril central, que ya está trazado hasta Córdoba y el límite occidental de la pampa, no se aventurará á internarse mas al oeste de la Travesía, si las faldas de los Andes no le preparan carga de metales para trasportar á los puertos del Atlántico, y los mantos de carbon de piedra que en varias partes asoman á la superficie, pábulo abundante y barato para el consumo de la locomotiva.

RECONSTRUCCION

En 1861, la victoria de las armas de Buenos Aires sobre las autoridades de la Confederacion que habian rechazado á los diputados enviados al Congreso despues de enmendada y jurada la nueva Constitucion, traia por consecuencia la

necesidad de una reconstruccion general de la República, á fin de hacer prácticas las instituciones federales que esa constitucion proclamaba. La caida de Rosas y el ensayo de una Confederacion sin Buenos Aires, había tenido el mismo mal éxito que la Confederacion de los Estados Unidos, aunque por distintas causas. Cuando en 1853 hubo de darse una constitucion federal, el Congreso se encontraba con un caudillo de provincia dueño del poder que llamaban nacional, sostenido por los mismos caudillos que habían como él apoyado la larga tiranía de Rosas. La Constitucion ni constituía la nacion, ni regia á su propio ejecutivo, quedando la provincia mas importante fuera de la nacion, y el presidente fuera de la Constitucion.

San Juan había luchado diez años para desasirse de la mano de su caudillo de veinte años atrás, que el presidente caudillo apoyaba por analogia de posicion. La época constitucional fué para San Juan precisamente la época de las violencias, las intervenciones armadas, las invasiones del Chacho, con su acompañamiento de saqueos y aun de incendios, hasta que aquel empeño de amalgamar la Constitucion y el caudillo, supliendo la falta de uno con detestables procónsules, acabó en una gran catástrofe, y en el sacrificio del virtuoso doctor Aberastain, muerto por improvisados caudillejos, salidos apenas de las tolderías de los indios, á quienes el gobierno confiaba misiones judiciales ó ejecutivas, como la España al juez La Gasca en los primeros tiempos.

El término de la guerra y el fruto de la batalla de Pavon era, pues, despejar á las provincias del personal de las antiguas y modernas criaturas de aquella política bastarda, y hacer práctica en sus efectos la Constitucion que ya regía á Buenos Aires. Un esfuerzo de los ciudadanos de la ciudad de Córdoba, derrocando el gobierno que aun adheria á los vencidos de Pavon, y la actitud armada que Santiago del Estero había conservado, simpática á la causa ya victoriosa, facilitaban la obra por esa parte, no requiriéndose el empleo de las armas, que solo serviría para dar confianza á los pueblos, mientras se organizaban nuevas administraciones. No sucedía lo mismo con respecto á las provincias situadas á las faldas de los Andes. Los Sáa se mantenían en armas en San Luis, Mendoza estaba gobernada por un miembro de

la familia de los Aldao, San Juan por un teniente de Benavides, La Rioja virtualmente por el Chacho.

El ejército que á fines de 1861 avanzó hácia Córdoba no llevaba instrucciones para extender sus operaciones hácia aquella parte; pero retirándose hácia ese lado las únicas fuerzas confederadas que se mantenían en pié de guerra, una pequeña division fué siguiéndolas de estacion en estacion hasta la ciudad de San Luis. En prevision de los sucesos, el general en jefe de este ejército había dado mision al Auditor de Guerra, por ser uno de los hombres públicos que habían traído el desenlace de aquella cuestion y pertenecer á aquellas provincias, de dirigir los primeros actos civiles de los pueblos que el ejército fuese librando del dominio de la caída confederacion.

No tardó mucho en hacerse sentir el acierto de esta medida. El jefe de un regimiento de línea perteneciente á la confederacion, y que se había retirado desde Córdoba al acercarse el ejército de Buenos Aires, ofició al jefe de la vanguardia, que estaba ya en San Luis, que el pueblo de Mendoza había depuesto al gobernador, y nombrádolo á él en su lugar, con lo que creía quitada la ocasion y el motivo de avanzar fuerzas hasta aquella provincia.

Fuéle contestado que él como jefe de fuerza nacional que guarnecía á Mendoza de años atrás, era el único hombre que no podia ser nombrado gobernador de la provincia que dominaba con tropa de línea, y que el auditor de guerra, con poderes para representar al General en jefe, marchaba incontinente, seguido de una fuerza para conocer la verdad de los hechos, y poner al pueblo en aptitud de darse un gobierno.

Compréndese que este lenguaje quitaba la tentacion de inventar sofismas, y apenas conocido en Mendoza, el nuevo y el depuesto gobernador pusieron la cordillera de por medio, desbandándose todas las fuerzas, inclusas las de línea. Una copia de la misma nota enviada á San Juan, produjo los mismos efectos, desde que el círculo de los benavidistas supo, á no dudarlo, que el autor de aquella nota era D. Domingo F. Sarmiento, y que éste se dirigiría bien pronto á San Juan.

El 1º de enero de 1862 atravesaban en efecto el puente medio destruido del Zanjon de Mendoza los primeros treinta

hombres del ejército de Buenos Aires, enmudecidos y espantados ante la pavorosa escena que se presentaba á sus ojos en las ruinas de una ciudad hasta donde la vista podía alcanzar. Las convulsiones de la naturaleza habían sido mas severas para con aquella antigua y civilizada ciudad que los diversos tiranuelos que por treinta años la habían detenido en sus progresos.

El temblor de marzo, diez meses antes, había arrasado hasta los cimientos, pulverizado los edificios, y desgranado los templos en menudos fragmentos. Podían discernirse las que fueron calles por estar acumuladas sobre ellas mayores masas de ruinas. Las techumbres hacían con sus palizadas, una especie de inmunda espuma que cubría la tierra, como aquellas basuras que las crecientes arrastran y remolineando hacen una superficie sólida sobre el agua de los grandes rios; el pino del convento de San Agustín elevaba su solemne y negra copa, visible ahora hasta el tronco de todos los puntos del horizonte; la alameda plantada por San Martín tendía su línea de verdura al extremo opuesto del lúgubre paisaje, señalando el término de tanta desolacion.

Debajo de aquellas ruinas estaban sepultados quince mil habitantes, entre ellos la parte mas inteligente y acomodada de la poblacion de provincia y ciudad tan importantes. Los partidos políticos habían perdido hasta su significado, puesto que sus próceres habían desaparecido en su mayor parte de la escena; y solo como muestra de los intereses personales que envolvían las cuestiones políticas, debe recordarse que del seno de esas ruinas había salido una division de tropas, tres meses antes, á llevar la guerra á otras provincias, con el mismo espíritu que cuarenta dias antes del temblor había encendido la saña del representante de la política de exterminio del fraile Aldao y empapado de sangre á San Juan.

Mendoza tenía un importante rango entre las ciudades argentinas. Colocada en la línea de comunicacion del Atlántico al Pacífico á través de los Andes, recibía de ambas costas la accion civilizadora, y no hay viajero célebre, compañía de teatro ó de ópera, que no hubiese visitado esta ciudad. Allí se había formado el ejército de San Martín; allí hallaba el comercio de Chile y de Buenos Aires un mercado

vastísimo y productos valiosos. A la hora de su muerte, Mendoza ostentaba edificios, como el pasaje Soto, que habrían decorado dignamente á Buenos Aires.

La calamidad mas duradera empero, era la desaparicion de una ciudad agricultora, como centro de civilizacion, en aquella grande extension de territorio que hemos llamado la Travesia; San Luis en uno de sus límites permanecía despues de tres siglos un trazado de ciudad; La Rioja, al norte, una villa sin importancia. Arrasada Mendoza como baluarte, el desierto pesaba todo entero sobre San Juan, mal colocado para resistir á su accion disolvente. Los vecinos de la destruida ciudad que salvaron de la catástrofe, encontraron en sus fincas abrigo, pues que la intensidad del sacudimiento se sintió bajo la ciudad misma, perdiendo, como la luz, de su fuerza á medida que irradiaba; y la provincia se habia convertido en una campaña agrícola sin centro, como las campañas pastoras que tanta influencia han ejercido en la desorganizacion de la República. Veíase esto en el traje de los ciudadanos mas cultos, que teniendo que servirse habitualmente del caballo como medio de locomocion, llevaban hasta la afectacion y como un buen tono creado por el temblor, el desaliño del vestido, el poncho y los arreos del gaucho. La desaparicion de Mendoza, en el momento en que mas se necesitaba de una fuerte ciudad en el interior, sobrevenía tan en mala hora, como la muerte del general Paz cuando Buenos resistía victoriosamente á las últimas oleadas de los jinetes en armas: su existencia solo habría alejado muchos malos pensamientos por lo improbable de su realizacion.

Con la falta de vistas que vayan mas allá del momento presente, de la simple idea de fijar un local para la reconstruccion de una nueva ciudad, habían surgido dos partidos, cada uno armado de razones mas ó menos plausibles, de acuerdo solo en no ceder un ápice de sus encontradas pretensiones. El uno tuvo al destronado déspota por jefe, decíase que con miras interesadas; el otro á la oposicion liberal. Mas tarde la legislatura sostenía á los unos, y el gobernador á los otros. Cuando el gobierno nacional nombró un comisionado para designar lugar para los edificios nacionales, y con eso dirimir la cuestion de galgos y podencos, no fué aceptada esa arbi-

tracion que habria terminado por lo mejor, que era hacer lo menos malo, pero fijar lo que era urgente, un plano de ciudad.

Y este comisionado tenía, á mas del encargo oficial para mision tan aceptable, no diremos títulos á la consideracion personal de todos, sino lo que es mas influyente, enormes sumas de dinero á su disposicion, para que fuesen empleadas en edificios é instituciones públicas en Mendoza. Cuando en Buenos Aires se supo la horrible suerte de la ciudad, la caridad pública, allí como en Chile y en toda la América, se excitó en favor de las víctimas; pero estos sentimientos, por vivos que sean, no producen espontáneamente todos los benéficos resultados que se desearía, si no se organizan los medios de accion, que *administren* por decirlo así la filantropía, la caridad, el patriotismo.

Mucho se hizo espontáneamente ó por asociaciones existentes, como los masones, la de San Vicente de Paul, etc.; pero nada, ni todo esto junto, pudo compararse con los resultados obtenidos por la oficina de socorros que aquel comisionado improvisó, sirviéndose de la prensa, los colegios, las adhesiones políticas mismas, y todos los medios de obrar poderosamente sobre la opinion. Médicos, medicinas, dinero, ropas, abrigo, salieron de ese taller en ayuda de los desgraciados; obteniendo veinte años despues para Mendoza por el mismo mecanismo, lo que había obtenido en Chile para los derrotados argentinos, y sesenta mil pesos quedaron depositados en el banco, á disposicion de otro gobierno mas moral que el que había disipado los primeros auxilios enviados de todas partes. El de Chile habría mandado los que retenía por iguales temores, y el agente español perdido todo pretexto para guardar otra suma. Así, pues, un pueblo por no discutir francamente una cuestion de conjeturas mas ó menos posibles, renunciaba á recibir cien mil fuertes que le ofrecían sus amigos y el comisionado podia decretar en una tira de papel.

Reunido lo que era posible de un pueblo tan disperso el 3 de enero, procedióse á nombrar un gobernador interino, habiendo limitado su ingerencia el auditor de guerra á crear un jefe de policía que mantuviese el órden.

SAN JUAN

El 4 de enero treinta hombres de Guías al mando del capitan Irrazábal, varios oficiales sanjuaninos y el auditor de guerra, se dirigieron á San Juan, contando ya no encontrar resistencia armada, por tener anuncios, aunque inciertos, de un cambio de autoridades.

En Guanacache salióles al encuentro un comisionado de San Juan, trayendo comunicaciones oficiales del nuevo gobierno establecido, por haber huido los comprometidos en la série de violencias de que aquella provincia había sido víctima por diez años, sin intermision, como si la constitucion hubiese sido una túnica de Dejanira mandádale por una venganza atroz, á causa de la parte que algunos de sus hijos habían tomado en la caída de la tiranía de Rosas. El pueblo de San Juan, una vez libre de sus obscuros carceleros, restableció la administracion del Dr. Aberastain, tal como estaba el dia de su muerte; gobernador interino, ministros, tribunales, jueces de paz, policia, etc. La tranquilidad era perfecta, como la del agua que ha encontrado su nivel despues de tentativas inexpertas que la han hecho precipitarse y causar estragos con su corriente.

Para entrar en San Juan desde Mendoza, se atraviesa el campo llamado la Rinconada, teatro de aquel drama horrible que preparó un acto discrecional del gobierno nacional, obrando contra el texto expreso de la constitucion, y sin datos suficientes, y que explotaron las malas pasiones, confiando una mision judicial á un bárbaro que con ella se hacía aparecer en la escena política.

Los que sobreviven á las grandes catástrofes como la de Mendoza ó la Rinconada, olvidan con el tiempo las impresiones que experimentaron, cuando las ruinas están todavía bamboleándose ó la sangre de las víctimas no se ha secado aun. Se vive entre ruinas, y lo pasado se olvida, aunque algún tinte, sólo discernible para los extraños, deje en las fisonomías el recuerdo de una grande desgracia. Dios ha hecho este beneficio á la humanidad haciéndala flaca de memoria. Pero la escena donde han ocurrido tales acontecimientos, vista por la primera vez, evoca los fantasmas de la imaginacion, y el drama san-

griento ó aterrante vuelve á representarse con la vista de los lugares, mudos testigos de los hechos.

En la calle de cuatro leguas sombreada de álamos que desde aquel campo de sangre conduce á la ciudad, en frente de un jardin de laureles rosas entonces en flor, con la profusion peculiar á esta planta de las riberas del Jordan, una cruz negra, alta, labrada, señala el lugar en que fué fusilado el Dr. Aberastain. ¿Por qué? ¿Para qué? Nunca supieron decir los autores del crímen ni aun sus motivos. Era un hombre educado, y los bárbaros le tienen especial rencor. Saa, improvisado hombre público, creyó mostrar en ello grande capacidad y energía. No era culpa suya!

Allí habían venido á recibir al representante de tantas esperanzas, por tantos años frustradas, con las armas de Buenos Aires triunfantes al fin, los restos del batallon de guardias nacionales que se halló en la Rinconada; y si á las escenas de los lugares se añaden aclamaciones que acentuaban manos mutiladas alzadas al aire, se formará una idea de las torturas morales que debían producir por el momento, aunque mas tarde el nivel del olvido viniese á hacer plácido lo que nunca deja de serlo, la vista del país asociada á los recuerdos de la infancia, la patria, la familia en fin. Despues de veinte años de ausencia de un joven, San Juan recibía en medio de manifestaciones de júbilo á un viejo, cuyo espíritu, por la prensa, la tribuna ó la guerra, nunca estuvo, sin embargo, fuera del estrecho, obscuro y pobre recinto de su provincia.

Es excusado decir que fué aclamado gobernador, destino que, dadas las necesidades especiales de hombres que han vivido largos años consagrados á la gestion de la cosa pública, á la discusion de las grandes cuestiones sociales, en grandes centros de poblacion, con el bullicio y los goces de las capitales, no habría tentado á muchos, creyendo descender de posiciones conquistadas. Había, sin embargo, perspectivas que entraban á completar una grande obra comenzada, para quien no tuviese á menos solicitar un departamento de escuelas, á fin de poder hacer dar un paso en la organizacion de la futura república. ¿Había gobiernos provinciales en aquella confedera-

cion en que el presidente se había ocupado exclusivamente en estorbarles toda accion propia, si no estaban subordinados á algunos de sus agentes personales? Despues de haber borrado de la constitucion todo lo que á esta coaccion concurría, ¿no valdría la pena de ofrecer en la práctica la sencilla armonia de poderes nacionales y provinciales, cada uno obrando en su legítima esfera? Y luego, ¿no hay una deuda contraída, y que una vez ha de pagarse, para con aquellos que sin tener estímulos ni recompensas que ofrecer, reclaman como propias, experiencias, ideas, nociones adquiridas por los suyos, que los grandes centros les arrebataran? Tres años inmolados honrosamente pasan luego y dejan una satisfaccion, si tal puede obtenerse, la de intentar el bien. El coronel Sarmiento, hasta entonces auditor de guerra del primer cuerpo de ejército, aceptó así el gobierno que sus compatriotas le imponían como un deber, y como un honor que estimaba en mucho.

San Juan era, como Mendoza en lo material, un monton de escombros en lo moral. Casi treinta años de gobierno de hombres obscuros, sin educacion ni principios, habían hecho de la autoridad pública algo menos que una decepcion, un objeto de menosprecio. Sin rentas, sin sistema de administracion, servían las que se cobraban á satisfacer necesidades siempre apremiantes, objeto de especulacion su cobro para algunos agraciados, de resistencia y de fraude para el pueblo, que encontraba en ello el medio de hostilizar al enemigo, el poder irresponsable y arbitrario. Sin industria que pudiese con la paz desenvolver riqueza en grande escala, la guerra, la revuelta, las invasiones del Chacho, las intervenciones nacionales, la incuria del gobierno, el retraimiento de los ciudadanos, habían destruido mas propiedades y fortuna que la que el lapso del tiempo y el fruto del trabajo venía pacientemente acumulando.

Ni un solo edificio público debía la generacion presente á las pasadas, seis templos yacían en ruinas, y ni la antigua Escuela de la Patria se había conservado como único establecimiento de educacion. El desaliño de la aldea colonial, las señales de los estragos de las aguas, excavaciones en la plaza como muestras de tentativas

de mejoras, indicaban bien á las claras que el gobierno no era hasta entonces el agente de la sociedad misma para proveer á sus necesidades colectivas, como cada uno provee á las individuales. No habiendo un centavo en cajas y estando por cobrarse desde principio de año todas las rentas, el nuevo gobernador tuvo desde luego que estrellarse contra aquellos hábitos inveterados de resistencia, contra el hereditario descrédito que le legaban las administraciones pasadas, contra la falta de autoridad moral del gobierno para hacer cumplir las leyes.

A fin de proveer á las necesidades financieras, llamó á los prestamistas de dinero para procurarse el necesario para esos dias, ofreciendo un interés crecido, y nadie, habiendo entre ellos quienes giraban centenares de miles, ni todos juntos, tuvieron dinero disponible, porque el deudor era el gobierno. Un mes despues, cobrado uno de los impuestos retardados con la multa que la ley imponía á los morosos, muchos se presentaron reclamando de esta severidad inusitada, pues era la práctica ganar tiempo y retardar el pago, por negligencia muchas veces, por resistencia casi siempre. Fenecido el primer año de administracion, la contaduría presentó en cajas un sobrante de seis mil pesos, no obstante la variedad de trabajos públicos emprendidos, porque en el lapso de ese año se había obrado una revolucion en las ideas, comprendiendo todos que el gobierno era su propio gobierno y no el antiguo enemigo, idea que nos es comun á todos los pueblos sudamericanos, y que en los Estados Unidos hace que hoy emprenda el gobierno pagar una deuda de trece mil millones que la Inglaterra y la Francia no habrian soñado posible.

El nombre del Chacho había desde pocos dias despues de operado el cambio, empezado á resornar de nuevo. Cuando el gobierno de la confederacion, que lo había condecorado con el título de general, requirió fuerzas para invadir á Buenos Aires, había este caudillo de la montonera de los Llanos permanecido tranquilo é indiferente á la suerte de sus aliados, hasta que el ejército vencedor hubo ocupado á Córdoba, y la lucha cesado por todas partes. Entónces, por motivos y con objetos que él mismo no sabria esplicarse, se lanzó sobre Tucuman, desde donde rechazado, volvió á los

Llanos. Allí le aguardaba ya una division del ejército que lo batió por segunda vez, quitándole la poca infantería, y un cañon que andaba trayendo; y tras este combate, que habría bastado para pacificar el país, se siguió una guerra de escaramuzas, que fué atrayendo refuerzos de tropa de línea de la que había venido á Mendoza y San Juan, y levantando en masa los Llanos hasta tomar proporciones alarmantes, desmontar la caballería regular en correrías sin resultado, y poner á rescate la ciudad de San Luis, adonde fué á aparecer la montonera, á cien leguas del punto en que el ejército la buscaba.

Una nueva fuga y nueva persecucion del ejército acercó aquellas bandas de descamisados á treinta leguas de San Juan, y no cambiaron de rumbo, sino cuando obtuvieron por pasajeros la certeza de que eran debidamente esperados. Sepultados de nuevo en los bosques de los Llanos, la persecucion seguía, agotados de una y otra parte los caballos, pero el ejército con facilidad de remonta de San Juan, cuando recibió el jefe de las fuerzas *nacionales ya*, órden del gobierno general de aceptar las propuestas de sumision que el Chacho había dirigido desde San Luis, lo cual dió lugar á lo que el Chacho llamó tratado, y dejarlo tranquilo en su casa con los honores de general de la Nacion.

La distancia á que el gobierno nacional se hallaba, la poca importancia que en el litoral se daba á este caudillejo que apenas tenía casa en que vivir en medio de bosques de *garabatales*, la necesidad sobre todo de presentar la República en paz para darla formas, reunir el Congreso y elegir presidente, ocultaban el peligro, que para lo futuro quedaba, de dejar establecido como parecía, que el ejército regular era impotente contra la movilidad de la montonera; y la alarma en que quedaban las provincias vecinas con aquel perturbador en posesion siempre de los medios y posicion que por tantos años le habían servido para sus depredaciones y correrías.

Cualesquiera que fuesen las condiciones del tratado, si tratados era posible que hubiese entre un gobierno y un general suyo, basta ver cómo lo entendía y practicaba el Chacho, para comprender la situacion en que quedaban las provincias vecinas y el gobierno de La Rioja mismo. Ha-

biéndose creado en esta provincia un gobierno civil, quiso, como era de esperarse, tener en su poder las armas que habían servido á prolongar la guerra sin motivo aparente y solo por la voluntad del general establecido en los Llanos, y al efecto ordenó á los comandantes de los departamentos recogerlas. A la solicitud del de Malangan contestó el Chacho lo siguiente:

«Malangan, Julio 13 de 1862.

«Al señor comandante don Joaquin Gonzalez:

«Acabo de recibir una comunicacion del capitan don José María Suero en que me da cuenta que un señor García, comisionado de V. S., le pide entregue el armamento y animales del Estado que tiene en su poder, quedando sin efecto la comision que á estos fines le confié, dando su dicho comisionado por razon los tratados mios con el gobierno de Buenos Aires.

«Con sentimiento veo, señor comandante, que Vd. no está al cabo de esos tratados, como veo no conoce sus atribuciones. Por esos tratados, señor, y de acuerdo con el jefe del primer cuerpo del ejército de Buenos Aires, estoy yo encargado de garantir el orden en la provincia, á cuyo efecto queda en mi poder el armamento que he tenido; y tengo á mas instrucciones que ni siquiera es dado comunicarlas á Vd. Su gobierno mismo, señor comandante, no puede exigir de mí lo que no está en su derecho, como lo que Vd. exige. Cada uno en su puesto y no tomar las atribuciones agenas, porque de lo contrario no nos entenderemos.

«Por fin, mis convenios son exclusivamente con el gobierno nacional, cuyas órdenes obedezco, y á él exclusivamente corresponde exigir, tanto el cumplimiento de lo pactado, como darme las órdenes é instrucciones que estime convenientes.

«En vista de los antecedentes que tengo manifestados, y para guardar la armonía que deseo con Vd. como con todas las demas autoridades, espero que Vd. no exigirá lo que por u dicho comisionado lo hace, puesto que en ningun caso se le entregará, y cuento que será bastante prudente para conocer su posicion y la mia.

«Al dejar así cumplido el objeto de ésta, me es grato ofrecer á Vd. las consideraciones de mi aprecio.—Dios guarde á Vd.—*Angel Vicente Peñalosa.*»

« Guaja, julio 2 de 1862.

« Señores capitanes don Santos Carrizo y señor Castro:

« He recibido la apreciable nota de Vdes., y en su contestacion digo que el comisionado nacional coronel Baltar marcha en este momento á La Rioja á dejar todo arreglado. Él se dirigirá á Vdes. sobre lo que han de hacer, entretanto es preciso que se sostengan hasta que reciban sus órdenes. Soy como siempre, etc.—*Peñalosa.*»

« Bichigasta, julio 16 de 1862.

« Señor comandante don Domingo García :

« A pesar de estar impuesto de los documentos que acreditan su comision, y estar á mi vista exactos, en contestacion de ellos tengo una órden del general Peñalosa, fecha 2 del presente, en la que me dice retenga las armas hasta que él me ordene, esto sin fijarse para nada de las disposiciones del supremo gobierno. El 10 del presente hice un propio al general Peñalosa por si me ratificaba la órden; y como hasta ahora no he recibido contestacion, me veo en el caso de retenerlas hasta aguardar la disposicion del señor coronel Baltar, comisionado, que tambien estuvo presente cuando se me dió la órden.—Dios guarde, etc.—*J. María Suero.*

«En estos momentos recibo la contestacion del general Peñalosa con el propio que hice, y me dice retenga las armas hasta recibir ordenes de él en el sentido contrario. Vale. »

¿Supo el Gobierno Nacional estos hechos?

¿Fué engañado su comisionado?

El hecho real es que no había gobierno civil posible en La Rioja, y que continuando el Chacho en la situacion de baron feudal que el supuesto ó real tratado lo creaba, San Juan no tenía hora segura de nuevas incursiones, como si nada se hubiese cambiado en la condicion y circunstancias del país despues de veinte años.

Ya se había expuesto en términos generales al Gobierno Nacional la situacion precaria de aquella parte del territorio argentino, y en correspondencia íntima indicádosele con insistencia al gobernador de San Juan la necesidad de hacer de esta ciudad, la única existente en mas de diez mil leguas cuadradas, un centro de poder material y de educacion, á fin de contener los progresos de la barbarie, que

aquellos desiertos habían creado, y reparar los estragos de treinta años de retroceso y de la reciente desaparicion de Mendoza, so pena de ver suprimido del país poblado y civilizado un quinto del mapa argentino, si se dejaba por algunos años mas obrar las agencias disolventes. Pedía cañones, un batallon de línea y permiso para crear fuerzas de caballería, educadas en país agrícola y con caballos preparados al efecto, segun ideas que sobre la reorganizacion de la caballería argentina había tratado de generalizar, no siendo ellas en definitiva mas que volver á las tradiciones de los antiguos granaderos y cazadores á caballo de San Martin, frescas aun en las provincias de Cuyo, donde aquellos famosos regimientos se remontaron. Estas indicaciones no encontraron una formal aceptacion, si bien por la insistencia de otros, se obtuvo al fin que un batallon viniese á acuartelarse en San Juan.

Quedando La Rioja, como quedaba, y el Chacho establecido en Guaja, que solo dista quince leguas de la villa de Valle Fértil de San Juan, era conveniente cultivar las mejores relaciones diplomáticas con aquel cacique que aconsejaba á los prudentes tener en cuenta las situaciones respectivas. Felizmente había acompañado al ejército de Buenos Aires un capitan de línea, hombre muy circunspecto, y ademas pariente muy cercano de Peñalosa. Este fué nombrado subdelegado de Valle Fértil con encargo de cultivar la amistad del Chacho, y evitar toda ocasion de desacuerdo, tan frecuentes en las fronteras, é inevitables en aquel asilo de vagabundos y cuatreros que eran el azote de San Juan.

Del tono de estas relaciones dará idea la carta del Chacho que contestaba á las primeras del subdelegado que mas tarde fué á Guaja y pasó algunos dias con él.

« Guaja, setiembre 22 de 1862.

« Señor sargento mayor don Sixto Fonsalida:

« Tengo á la vista sus dos muy apreciables, una oficialmente y la otra particular, la que tengo el placer de contestar, diciendo á Vd. que parece que la Providencia ha tomado una parte activa en la reconciliacion de nuestros desgraciados sucesos para que terminen las disenciones y sea una realidad el sostenimiento de una paz que nos dará por re-

sultado el sosiego de las pasiones exaltadas y la calma de tantos sufrimientos debidos á nuestros propios desvíos.

« El párrafo de la carta que me trascribe textualmente del señor gobernador de San Juan, me lisonjea en alto grado, y creo que siguiendo esas máximas, habremos logrado el afianzamiento de nuestras instituciones, corrigiendo los daños y desórdenes causados por la guerra. Los sentimientos nobles que abriga el gobierno de San Juan no me son desconocidos, por lo que presagio un *venturoso* porvenir, estrechando una relacion sincera entre las dos provincias, prometiendo á Vd. que todo lo que esté en la esfera de mis atribuciones, lo emplearé contribuyendo con el contingente de mi poco valer, á fin de conseguir tan importantes fines.....

« Por lo demas, descuide Vd. que siempre observaré la conducta que me es caracteristica, no dejándome sorprender de suposiciones falsas é imaginarias que jamas tienen lugar en mi imaginacion. Mucho gusto tengo en que haya arribado á esa con los sobrinos mis amigos, entretanto quisiera que disponga como siempre de la inutilidad de su afectísimo amigo,—*Angel Vicente Peñalosa.*»

Esta carta había sido precedida, meses antes, por otra dirigida al gobernador de San Juan en que recordaba con arte los servicios que había de él recibido en Chile. « Por mi parte, le decía, no esquivaré la ocasion de serle útil, tanto mas cuanto es un deber en mí para con uno de los mas valerosos campeones de la causa que en otro tiempo sostuve con el malogrado ilustre general Lavalle, y de la que no he desertado. » Estas manifestaciones tomarán luego, en vista de los hechos, una singular importancia.

No sería fácil decir si estos conceptos de la cancillería de Guaja, el rancho del Chacho, eran suyos ó del amanuense. Hay, sin embargo, una palabra cuyo origen es curioso recordar. El adjetivo *venturoso* no entra en la comun parlanza de la gente llana. Rivadavia, en sus conversaciones, se extasiaba al arrullo de la esperanza en el *venturoso porvenir* que aguardaba al país. Sus enemigos hicieron de esta frase un apodo de ridiculo, y el que esto escribe la oyó en 1829 andando de boca en boca entre los parciales de Quiroga. ¡Triste caso! Despues de treinta años de desastres, en lugar del venturoso porvenir anunciado, encuéntrase la frase en el fondo de los Llanos, en boca de uno de los bárbaros que

alejaron ese porvenir con sus violencias, como encontraríamos en los matorrales un giron del vestido de un viajero que fué robado y muerto en ellos!

Estos dares y tomares ocurrían en septiembre. En noviembre siguiente una partida de vagabundos, desertores ó salteadores que se asilaban en los Llanos, salió de allí y dirigiéndose á las Lagunas de San Juan, saqueó la casa del juez de paz, arreó caballos y ganados, arrebató á una recua de mulas las mercaderías que traia de Buenos Aires, desnudó y despojó de su dinero y vestidos á dos transeuntes franceses y despues de aporrearlos malamente, los llevó con el botin á los Llanos.

Era esto un salteo de caminos calificado, y la revelacion de un peligro nuevo para provincia como la de San Juan separada de las otras por desiertos y soledades que no pueden ser custodiadas. El importante comercio de ganado con Chile exige que la plata boliviana, con que se compra en Tucuman y Salta vaya en cargas, á la vista de todos y conducidas por dos ó tres mozos. El salteo de caminos, que no había hasta entonces entrado en los desórdenes de la guerra civil, iba, á no ser reprimido enérgicamente, á paralizar la industria y el comercio de que aquel pueblo vivía.

Iniciada la causa criminal por la deposicion de los robados, el gobierno de San Juan se dirigió al de La Rioja pidiendo la aprehension y entrega de Agüero, Almada, Carriso, Potrillo, Perez y cómplices. El gobernador de La Rioja, á su turno, los pidió al general Peñalosa, acompañándole los documentos, y éste le contestó lo que sigue:

« Guaja, diciembre 12 de 1861.

« El General de la Nacion:

« En su mérito (la nota del gobierno) quedan disueltas esas fuerzas que hostilizaban la tranquilidad de San Luis y Córdoba. Los jefes han entregado las armas que quedan en mi poder, y ellos bajo mi vigilancia. Otras medidas mas graves hubiera tomado, señor gobernador, si no estuviera persuadido de que esos hombres aleccionados por la experiencia y mejor aconsejados, podrán ser útiles á la Nacion, pues que son soldados valientes y amigos buenos y leales á la causa á que se adhieren; y que de consiguiente una vez

adheridos á la nuestra, nos ayudarán á sostenerla con la decision que han sostenido la que acaba de expirar. Permítame, señor gobernador, que yo abrigue la conviccion que al soldado valiente y al amigo bueno, cuando se desvía, es mas prudente de encaminarlo que de destruirlo.—*Angel Vicente Peñalosa.* »

¿Era subterfugio estudiado confesar desórdenes en Córdoba y San Luis, en lugar del salteo de las Lagunas? Lo que hay de curioso son las virtudes de *condottieri* que sostendrían una causa con el mismo ardor que habían sostenido la contraria. ¿No era el Chacho mismo el mas feliz dechado de esta acomodaticia virtud?

De todo esto se dió cuenta al gobierno nacional. La constitucion federal tenía establecido « que los actos públicos y actos judiciales de una provincia gozan de entera fe en las demas, » y si los reos de un crimen cometido en una provincia no son entregados por la autoridad de otra, al gobierno nacional incumbe allanar el obstáculo, á fin de que la administracion de justicia no sufra embarazo. En el caso presente era mas urgente su accion, porque el embarazo provenía de un funcionario suyo, que principiaba sus notas llamándose el General de la Nacion, aun en aquella misma que encubría salteadores de camino á mano armada, que no tienen asilo ni en las naciones extranjeras. El delito de este jefe, que recibía salario de la Nacion, esta vez estaba agravado por el ejercicio de la facultad de indultar y conmutar penas, que es solo privativo del poder ejecutivo.

No sabemos que se tomase en consideracion en los consejos del gobierno nacional este asunto que tanta inmoralidad encerraba, no obstante que todos los diarios reprodujeron las notas con la novedad que tales ocurrencias, apenas concebibles, debían causar.

El gobernador de La Rioja acompañó este extraño documento, con cuatro palabras que revelaban la desairada posicion que ocupaba.

« La Rioja, diciembre 26 de 1842.

« Aunque con bastante atraso por su fecha, se ha recibido por este gobierno la nota de 12 del corriente del general Peñalosa, que en copia legalizada le adjunto, para el conocimiento y resolucion de S. E., segun el mérito que ella arroja.—*Francisco S. Gomez.*—*José María Ordoñez*, oficial mayor.»

¿Qué iba á resolver el gobierno de San Juan? Así terminó el año 1862. Dos millones de pesos y un millar de vidas sacrificadas iban á ser el resultado de todos estos antecedentes.

REACCION

Bajo los mas siniestros auspicios se abría el año 1863 en la region que hemos descrito entre las sierras de San Luis y Córdoba al oriente y la cadena de los Andes hasta Catamarca. La tempestad tiene precursores en el lejano relampagueo de la nube que corona las montañas, ecos en el *tronar sordo* que precede á la borrasca. La prensa, las discusiones de las cámaras, el tono y el carácter de las reuniones públicas, están mostrando en las sociedades civilizadas el grado de irritacion de los partidos y los propósitos de sus prohombres. Pero imagináos una conspiracion de oscuros cabecillas, de masas ignorantes que se agitan sordamente en las campañas, ó en las mas bajas capas sociales de las ciudades, sin ideas, sin periódicos, sin órganos audibles, porque lo que pasa entre peones y paisanaje no llega á oídos de la sociedad culta que vive de otras ideas y de otros intereses, y os daréis cuenta de los síntomas exteriores de este estado de cosas, de los rumores que corren, de algo que se siente y no se ve, sino por la fisonomía insolente de uno, por una palabra que á otro se le escapó, por la amenaza de un tercero de lo que ha de suceder despues.

Los comerciantes que regresaban de Chile repetían lo que en los Andes decían sin embozo tres ex-gobernadores y varios coroneles de Benavides, Sáa ó Nazar, los depuestos caudillos de Cuyo que se agitaban allí y recibían mensajeros, noticias y avisos de los movimientos del Chacho que á la fecha estaría en San Juan, y de Urquiza que había ya ocupado el Rosario. De los Llanos corrían los mismos rumores: la citacion sería para la Pascua; contaban con Catamarca y Córdoba; en San Juan con los oficiales de Benavides, en todas partes con partidarios. En San Juan la agitacion tomaba formas extrañas y llenas de la malicia candorosa de la ignorancia. El gobierno era mason, segun los rumores que corrían entre la gente llana, y había llevado la impiedad hasta hacer de una iglesia una escuela; y de una capellanía una quinta normal. La

fotografía recientemente introducida, prestaba con sus imágenes asidero á invenciones supersticiosas; y sacerdotes paniaguados con el partido antiguo de Rosas, á quien debían posicion y honores, explicaban devotamente desde el púlpito toda la abominacion de la masonería, subentendido que el gobernador era mason, y á él se dirigían aquellas hipócritas conminaciones.

En este estado de fermentacion en el interior, uno de los ministros del Gobierno Nacional escribía al gobernador de San Juan: «Marzo 12. Vamos navegando por un mar de rosas. Viviremos tranquilos. Progresaremos. Vd., se contentaría con que viviésemos tranquilos; pero eso es contentarse con poco.»

Con motivo de elecciones ocurridas en Chilecito, asiento y plaza de minas, el Chacho había mandado fuerzas, apoderándose de sesenta fusiles y pólvora, añadiéndose prisiones de comerciantes que rescataron su libertad con mercaderías y erogaciones de dinero. Los despojados pidieron auxilio á San Juan donde se estacionaba un batallon de línea; pero habiendo el Gobierno Nacional apresurádose á declarar seis meses antes que toda la República estaba bajo el régimen constitucional, y no teniendo instrucciones el gobierno provincial para el empleo de aquella fuerza, se limitó á darle cuenta de los desórdenes de Chilecito.

Era claro y sabido que se preparaba una insurreccion cuyo centro estaba en Guaja, y cuyos aliados se movían activamente en Aconcagua, de Chile, desde donde mantenían inteligencias con San Juan, Mendoza, y San Luis.

El subdelegado de Valle Fértil, encargado de observar los movimientos del Chacho, daba en marzo cuenta de la agitacion que reinaba por aquellos pagos, y de las conferencias tenidas en Chepes entre diversos cabecillas adonde había concurrido el Chacho á solemnizar con su presencia la dedicacion de una capilla, fiesta que daba ocasion á octavario de carreras, reunion de gentes y discusion de aquellos negocios que con el salteo de caminos conducían derecho á la destruccion del Gobierno Nacional.

«En un paraje de la sierra llamado la Jarilla, escribe el subdelegado, Lúcas Llanos, Pueblas y Agüero tienen reunidos doscientos hombres, desde donde algo intentan sobre San Luis. Están reuniendo caballadas y citando la gente,

dando por pretextos que los Echegaray se preparaban á invadir los Llanos.

«Conocedor de estos lugares, no extrañe que le diga que el gobierno de San Juan no puede contar con la decision de estas gentes, y que me considero expuesto el momento menos pensado, no obstante el disimulo con que espían mis movimientos.

«Acabo de saber que ha pasado por la costa de Astica un Ruiz, de Mogna, con gente que dice viene á trabajar á una represa de Peñalosa. Por lo que no trepido en decir á S. E. que se precava, y no esté tan solo, sin una guardia, pues están en inteligencias con los de San Juan. Se habla de una revolucion y de la posiblilidad de asesinar al coronel Arredondo...

«Me tomo la libertad de suplicar á S. E. no se fie de nadie y ponga cuidado en la eleccion de los hombres que lo rodean...

«El chasque solo sabe que va á esa, sin conocer objeto, y convendría que V. E. reservase éstas porque importa algo que aquí no se aperciban de nada.»

El coronel Sandes pocos meses ántes, había recibido saliendo de la casa del gobernador en San Luis, una puñalada que le dejó tres pulgadas de hierro clavado milagrosamente en una costilla, y el asesino asiládose en los Llanos, á cuya política servía.

El gobierno de San Juan hacía tiempo se preparaba para hacer frente al desquiciamiento que se veía venir. Podía contarse con la guardia nacional de infantería; pero la milicia de caballería que se forma en los departamentos rurales, simpatizaba ahora como siempre con el Chacho.

Como en Buenos Aires hasta Cepeda y Pavon, en San Juan en todos tiempos, la caballería se había desbandado al presentarse todo enemigo, si no se pasaba en grupos á sus filas. Un dia despues de presentarse Quiroga ó Chacho, millares de voluntarios dejaban el trabajo para aclamarlo y tomar parte en las escenas de violencia que seguían. Esta era la tradicion local, y el coronel Sarmiento había en muchas ocasiones demostrado la necesidad de obrar un cambio en las ideas y en la organizacion de la caballeria. Vencido en Rosas, en Urquiza, el sistema que la montonera había levantado, establecida en los campos de batalla la

superioridad de la infantería, la montonera no había sido vencida sin embargo, pues que en Cepeda triunfó, y en Pavon se retiró ordenadamente, mientras que nuestras enormes masas de caballería se habian desbandado al principio de la batalla.

La montonera nos había comunicado é impuesto el levantamiento en masa, sin darnos su espíritu. En San Juan se había creado un plantel de caballería con el nombre de escolta de gobierno; y probado en encuentros cuerpo á cuerpo con bandidos, se había logrado animarlo de otro espíritu. Al concluirse la campaña de La Rioja, el coronel Arredondo, devolviendo este puñado de soldados, los recomendaba como los que le habían con mas decision servido en todas las operaciones de aquella laboriosa persecucion. Desgraciadamente eran solo un piquete.

Tratóse de crear un escuadron de Guías, tomando un nombre que el valor del coronel Sandes había hecho célebre, y pidiéronse á los jueces de paz hombres especiales. Del cuartel se fueron una noche trece, con vestuarios de paño, y aun con las armas. Ya podía inferirse el espíritu que reinaba. Al dia siguiente, el gobernador fué al cuartel, reunió la tropa y dijo á los soldados sin rodeos lo que había sucedido, pretextando haber sido mal servido por los jueces de paz; y recorriendo las filas dijo al uno: retírese Vd. por viejo; Vd. por enfermo, el otro por andrajoso, lo que demostraba que debía ser vicioso, y cinco mas segun que *lo hacía plausible algun motivo aparente.*

La desercion cesó, y con otras medidas y mayor organizacion, se formó al fin el escuadron Guías, con cuyo espíritu se podía contar. Era sargento de este cuerpo uno que en la Rinconada se había pasado al enemigo, á vista y paciencia de ambos ejércitos, golpeándose la boca en burla de sus jefes. Cuando hubo de sometérsele á consejo de guerra, el fiscal nombrado insinuó al gobernador que un su pariente creia impolítico castigar aquel crímen; y sometido á juicio, resultó que los testigos que una hora antes decían de voz en cuello la verdad de tan notorio hecho, en la causa declararon que les *parecía* haber visto, pero no podían asegurarlo. Esto había bastado para el fiscal, y el reo fué absuelto. ¿Qué hacer contra la desmoralizacion que llegaba á tal extremo?

Los Guías, sin embargo, sirvieron bien. Mas tarde se or-

ganizó un escuadron de granaderos, cuyas clases eran oficiales de milicia, á fin de darle consistencia, y romper aquella fatal tradicion del desbande en presencia de la montonera, que había condenado á perecer á los ciudadanos en la Rinconada un año antes y entregado la provincia al saqueo de cuantos querían invadirla. Persuadir al paisanaje de que el Chacho no entraría en San Juan esta vez, ni frailes descalzos lo hubieran conseguido.

Se había encargado á Chile armas, paños, plomo, traídose dos mil cabos de lanza de Tucuman, y se procedía á organizar medios de defensa.

A mediados de marzo aparecieron grupos de montoneras en las fronteras de Córdoba, San Luis y Catamarca, logrando sublevar los departamentos de San Javier y San Rafael en las faldas occidentales de la sierra de Córdoba, tomando la villa del Rio Seco en San Luis. El 2 de abril pasaba desde Chile la cordillera de los Andes un coronel Clavero y sorprendía los fuertes de San Rafael y San Carlos al sur de Mendoza, avanzando hácia la desmantelada ciudad y *amontonando* gentes de á caballo.

Así, pues, San Juan se encontraba á principios de abril encerrado entre La Rioja, oeste y norte de San Luis en armas, Mendoza amenazada al sur, y el levantamiento de las Lagunas y de Mogna en la misma provincia; no mas seguro de los departamentos rurales contiguos á la ciudad y suburbios, y encerrando en la ciudad misma el personal de jefes y oficiales de Benavides cuyos compañeros en Chile ó en las filas del Chacho estimulaban la rebelion, que ellos podrían secundar prestando á la montonera el auxilio de alguna práctica militar, ó encabezar un movimiento en San Juan mismo, así que el batallon de línea saliese á campaña, reclamado de todas partes para contener el incendio, cuyas llamas asomaban por todos los puntos del horizonte.

¿Qué querían estos hombres?

A falta de gobierno, de legislaturas, de diarios, de manifiestos que explicasen el objeto y los medios de conseguir la proyectada subversion, un comandante de fuerzas en San Luis recibió la siguiente carta del Chacho, que por la torpeza del lenguaje y lo embrollado de lo que quisiera que expresase ideas, muestra suficientemente el orígen y los elementos de aquella perturbacion.

Guaja, marzo 26 de 1863.

«Señor coronel Iseas: Mi querido y antiguo amigo: Me es muy placentero este momento que tengo la satisfaccion de dirigirme á Vd. deseando que goce de una completa salud á la par de su apreciable familia, quedando por esta su casa á sus órdenes.

«Amigo: despues de los terribles acontecimientos que nuestras disensiones políticas nos hicieron sufrir, ha venido á renovarse la época del pasado, á consecuencia de la opresion en que han puesto á los pueblos los malos hijos de la patria. Nunca pude imaginarme que los que nos prometían la fusion se convirtiesen en dictadores, despertando personalidades y tiranizando á sus mismos hermanos; desterrando al extranjero y confiscando bienes, hasta dejar las familias á la mendicidad. Estos terribles procedimientos han dado el resultado que ya lo palpará Vd. Todos los pueblos se pronuncian clamando por la reaccion, todos piden que se les devuelva sus libertades que han sido usurpadas por un puñado de hombres díscolos que no tienen mas bandera que el absolutismo; y conociendo por mi parte la justicia que se reclama, no he trepidado en apoyar tan sabios pensamientos.

«Recordando que Vd. ha sido un antiguo compañero y amigo, he resuelto dirigirle esta para demostrarle la situacion, y que se desprenda de esas creencias que lo perderán; yo lo garanto, amigo y compañero; véngase que en mí encontrará la buena fé, y el apoyo de un verdadero amigo fiel en mi palabra, y no dilate en admitir mis consejos, pues son los mas sanos, y porque será lo mas sensible para mí que se pierda un amigo de tanta importancia.

«Salud, amigo, y cuente con el afecto que le profesa su invariable S. S. Q. B. S. M.—*Angel Vicente Peñalosa.*»

Como este estilo y estas ideas embrionarias son comunes á todas las notas del Chacho, debe atribuirse á la rudeza é ignorancia de los tinterillos que escribían por él. Sin embargo, si no es un señor Gil Navarro que tomó cartas en este movimiento, en todas las provincias adonde se extendió, no hubo manifestaciones escritas ni mas racionales, ni mas inteligibles que esta, por no haber tomado parte ningun hombre de cierta educacion. Es el movi-

miento mas plebeyo, mas bárbaro que haya tenido lugar en aquellos países; pero aun así, como el de los *chouans* en Francia, y de la *jacquerie* en la Edad Media, puso en peligro cuatro provincias, y pudo desquiciar toda la República.

Cuando llegó á Mendoza la noticia de la invasion de San Luis, el jefe del regimiento núm. 1 de línea se puso en movimiento á marchas forzadas, en busca de los bandoleros, pidiendo al gobierno de San Juan hiciese avanzar una fuerza de infantería á las Lugunas, adonde él le enviaría órdenes para que se le incorporase, lo que se hizo en efecto. El 1° de línea era formado sobre el plantel de Guías que el coronel Sandes había traído al interior, y derrotado al Chacho en las Lagunas de Moreno un año antes. Aquel cuerpo, con los que tuvieron parte en el combate de la Cañada de Gómez, que completó dos meses despues la batalla de Pavon, era uno de los primeros en la rehabilitacion que la caballería obtuvo en aquel combate, buscando y atacando á la montonera y derrotándola, no obstante su esfuerzo para resistir. Este hecho de armas estaba destinado á hacer crísis en la historia de la caballería argentina y destruir la preponderancia de la montonera. El regimiento núm. 1° inspirado por el arrojo y dominado por el prestigio de su coronel, era el primer cuerpo que ofrecía llegar á la solidez y empuje del regimiento de coraceros, ó de los granaderos á caballo, que sostuvieron durante los primeros veinte años de la independencia la gloria sin rival de la caballería argentina por toda la América. Sí, pues, esta guerra del Chacho no se recomienda por el número de los combatientes, ni por el brillo de las batallas; tiene el grande interes militar de la rehabilitacion de la caballería regular como arma eficaz, y el grande interés civil de la destruccion de la montonera como elemento político. Los argentinos están muy dispuestos á creer que su caballería en todos tiempos y circunstancias, debido á la nativa destreza del jinete, está en aptitud de medirse con toda otra. La guerra de Méjico, donde el ranchero no cede en destreza en el manejo del caballo al gaucho argentino, ha mostrado, sin embargo, su debilidad ante la caballería francesa, que es irresistible para ellos cualquiera que sea su número. Aun

la contra-guerrilla francesa es superior á la caballería mejicana, poco feliz en los combates por falta de preparacion. A mas de la preponderancia que la caballería francesa adquirió sobre la austriaca durante las guerras de Napoleon, su lucha constante con los árabes le ha enseñado á combatir los jinetes mas diestros en el caballo, por los defectos de esa misma calidad, que son falta de consistencia en la línea, y grande espontaneidad individual que la disloca fácilmente.

Al licenciar el grande ejército de los Estados Unidos despues de la guerra, se ha propuesto conservar de preferencia en la frontera los cuerpos de caballería, habiendo enseñado la experiencia cuán difícil es improvisarlos. Durante los primeros años de la guerra, la caballería del norte mostró una grande inferioridad á la del sud; no porque fuesen aquellos menos diestros en el manejo del caballo, sino porque éstos eran *farmers*, especie de nobleza como la de la Edad Media, ó los quírites romanos, que tan grave cuestion fué siempre la de la caballería.

ALZAMIENTO DEL CHACHO

Todas las provincias del interior se pusieron en armas espontáneamente, así que les fué llegando la noticia del alzamiento. Salta, Tucuman, Santiago del Estero, concertaron sus fuerzas para reforzar á Catamarca ó rescatarla si fuese tomada. Córdoba, San Luis, San Juan y Mendoza entraron en campaña inmediatamente para rechazar la invasion, ó sofocar la insurreccion que por todas partes amenazaba. Los gobiernos de estas cuatro provincias teatro de la guerra, declararon el estado de sitio, á fin de apoderarse de los cabecillas conocidos que podrian dar apoyo á la invasion ó acaudillar insurrecciones.

Como una muestra de la situacion en que sorprendía á la República aquel inopinado alzamiento, copiaremos las lamentaciones que la prensa de San Juan hacía al saberse la noticia de los movimientos de los Llanos.

«La notica de su vandálica incursion en las campañas de San Luis, nos llega al mismo tiempo que la carta del presidente de la República á la sociedad de minas de San Juan.

«Al mismo tiempo que Rickard desde París anuncia estar trabajando para San Juan;

«Al mismo tiempo que el sanguanino Rawson allana las dificultades del ferrocarril al interior;

«Llega en el dia que el señor presidente recibe aviso que están fundiendo en los hornos de Santo Domingo.

«El dia en que los carros de Moreno descargan las máquinas de amalgamacion de Videla, construidas en Buenos Aires.

«El dia que llegan á Calingasta las máquinas construídas en Valparaiso para la Sorocayense.

«El dia en que el señor Fragueiro empieza á beneficiar metales.

«El dia en que se inaugura el club de lectura de San Juan.

«El dia en que se preparan en Chile capitales, compañías y barreteros para trabajar nuestras minas

«El dia en que los artífices llegados de Chile empiezan la techumbre y conclusion de la escuela Sarmiento.

«El dia en que se apresta la casa de la señora Cortinez para abrir la escuela central de señoras.

«El dia en que están saliendo para las minas las cuadrillas de barreteros que van á reanimar el trabajo, y á dar á las máquinas metales para convertirlos en piña.

«El dia, en fin, en que el señor presidente nos dice tengo diez vapores y diez mil hombres para curar la sarna de La Rioja.

«¿Nazar, Sàa, Ontiveros, Carriso, lograrán retardar estos bienes que van á hacer de nosotros un pueblo rico? ¿Qué cosa harian sino lo que de ellos debe esperarse y son capaces de hacer? Daño, alborotos, saqueo y destruccion de lo ya adquirido.

«Si, pues, hubiese que defender la tranquilidad pública, defenderíamos no solo las instituciones, el gobierno, la propiedad contra los ladrones, sino que defenderíamos el porvenir de riqueza y bienestar, de trabajo y de produccion que hemos criado con el desarrollo de la minería que dará luego ya, riqueza para todos, pobres y ricos, patrones y peones.

«Los beduinos de San Juan, los sostenedores de Benavides, Virasoro y Dias, están aquí gozando de las garantías que el gobierno asegura á todos.

«Pero si se imaginan que pueden conspirar á mansalva, á la sombra de esas instituciones, les prevendremos que esas instituciones mismas tienen sus resortes para montarlas á la altura de toda situacion; y que han de ser conservadas y mantenidas, en despecho de la soberana voluntad de políticos de la altura de Agüero, Carriso ó Diaz. Ténganse por avisados.»

El 7 de Abril el gobernador dirigió al pueblo la proclamacion de la guerra, en términos que contrastan con la oscuridad y estupidez de la insurreccion.

PROCLAMA DEL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA A SUS HABITANTES

«Conciudadanos: Peñalosa se ha quitado la máscara.

«Desde la estancia de Guaja, secundado por media docena de bárbaros oscuros, que han hecho su aprendizaje político en las encrucijadas de los caminos, se propone reconstruir la República sobre un plan que él ha ideado, por el modelo de los Llanos.

«Bajo su direccion é impulso, estas provincias serán luego un vasto desierto, donde reinen el pillaje, la barbarie sin freno, y la montonera constituida en gobierno.

«No es un sistema político lo que estos bárbaros amenazan destruir. Es todo órden social, es la propiedad tan penosamente adquirida, toda esperanza de elevar á estos pueblos al goce de aquellas simples instituciones que aseguran á mas de la vida, el honor, la civilizacion, y la dignidad del hombre.

«Conciudadanos: Vosotros conocéis La Rioja, donde han imperado por años hombres que eran todavía algo mas adelantados que el Chacho.

«Es hoy un desierto poblado por muchedumbres que solo el idioma adulterado conservan de pueblos cristianos. Habéislo visto en 1853 en San Juan, incendiando inútilmente las propiedades y robando cuanto atraía sus miradas para cubrir su desnudez y saciar sus instintos rapaces.

«Tendríais otra vez á esas chusmas en San Juan, no solo para robaros vuestros bienes, sino para hacerse de

medios con que llevar la guerra y la desolacion á otros puntos de la República. Vuestras mercaderías, vuestras mulas, vuestros caballos, vuestros ganados, vuestros trabajadores, vuestro dinero arrancado por las estorsiones y la violencia, son el elemento con que cuentan para llevar adelante sus intentos salvajes, porque mal los honraríamos con llamarlos planes de subversion.

«San Juan, por la cultura de sus habitantes, por la posicion que ocupa en esta parte de la República, tiene algo mas que hacer que defender sus hogares y su propiedad. Débele á la patria comun, á la dignidad humana, salvar la civilizacion amenazada por estos vergonzosos levantamientos de la parte mas atrasada de la poblacion que quisiera entregarse sin freno á sus instintos de destruccion. San Juan reducido á la barbarie, San Juan saqueado, San Juan gobernado por el Chacho y sus asociados desaparecerá del mapa argentino el dia en que se apresta por sus propios recursos, por su propia industria y esfuerzo, á contarse entre las provincias mas adelantadas y ricas de la República.

«Todo país encierra en su seno elementos de desórden. Los nuestros son numerosos. Están en la barbarie dominante en las campañas, en la despoblacion de nuestros desiertos, en las pasiones feroces que este estado de cosas desenvuelve.

«Pero recordad nuestra historia de cincuenta años á esta parte, y veréis que cada dia pierden fuerzas; y que con Quiroga, Rosas, Urquiza y tantos otros, han sido vencidos sucesivamente, hasta hacer prevalecer un órden regular.

«Sucederá hoy lo que ha sucedido siempre. Harán daños, desquiciarán el órden, interrumpirán los trabajos que adelantan los pueblos; pero al fin, como siempre, triunfarán la civilizacion, el órden regular, las leyes que nos ha legado la Europa.

«San Juan no está solo hoy, como otras veces, luchando en defensa de sus derechos.

«Sobre toda la República se extiende el poder protector del gobierno nacional. Sus vapores dominan exclusivamente los rios. Sus batallones victoriosos guardan las ciudades.

«El valiente coronel Sandes al este de los Llanos, con mil veteranos, tiene á la vista á Ontiveros y Pueblas, la vanguardia de Peñalosa.

«A vuestro lado está el comandante Arredondo, á quien conocen Angel, Chacho y demas bandoleros.

«Tenemos armas, y la brillante guardia nacional que no ha de ir á las órdenes de oscuros bárbaros á despedazar y robar á otros pueblos, que es lo que les impondrían los enemigos que no supiera vencer.

«San Juan ha adquirido un nombre glorioso en la República, y por sus minas hasta en Europa se busca en el mapa donde está situado San Juan.

«Próximo está el dia en que mostremos que toda virtud, todo heroismo, todo valor, toda accion noble y toda abnegacion, tiene representantes dignos y modelos en San Juan.

«Conciudadanos: A las armas, y que San Juan sea un ejército, un baluarte contra la barbarie, y un ejemplo para todos los pueblos argentinos.

«Esto es lo que espera de vosotros vuestro compatriota y amigo. — *D. F. Sarmiento.*»

El 8 se recibió la noticia de haber derrotado el coronel Sandes la montonera de Ontiveros en la Punta del Agua, al norte de San Luis. Como hubiese pedido antes al gobernador de San Juan instrucciones para obrar en aquella improvisada campaña, éste que conocía el arrojo de aquella fiera humana, sedienta siempre de combates, de los que tenía ya como recuerdo cincuenta heridas en el cuerpo, aprovechó esta ocasion para insinuarle la idea de su responsabilidad como jefe.

«Marzo 27. — Puesto que tiene la deferencia de pedirme consejo sobre la conducta que debe guardar con los montoneros y las autoridades, quiero corresponder á su confianza...

«A Vd. no hay que alentarlo, sino al contrario moderar los ímpetus de su valentía. Le recordaré que nuestros valientes generales Lavalle, La Madrid, Hacha, no fueron felices en la guerra á causa de su *mucho valor*. El objeto del general es *vencer*. Si disparando se vence, el objeto está logrado. Chacho ha probado lo que puede hacerse por esta vía. Le exagero las cosas para que mas impresion le hagan.

«He dado órden al comandante Arredondo que esté listo para ponerse en movimiento; pero le aconsejo que no se recargue de infantería, pues lo mismo son cien que doscientos cuando el enemigo no la tiene...

«Si caen en sus manos cabecillas y oficiales de la montonera, mándelos bien amarrados al gobierno de San Luis para ser juzgados en un consejo de guerra, y de ese modo se ahorrará las reconvenciones de los que desde sus sillas poltronas en Buenos Aires hallarían que decir ([1]).»

El resultado de estas recomendaciones fué que con asombro de todos, el coronel mandó el combate, sin ser esta vez el primero en lancear enemigos; si bien no tuvo paciencia para aguardar la infantería que, no obstante una marcha asombrosa á mula, y no haber perdido un minuto despues de recibida la órden de avanzar, llegó el 3 á San Francisco algunas leguas á retaguardia. Era tal su fiebre de combates, que á cada momento se repetirán estos actos de precipitacion que exponen á un contraste sin motivo, ó malogran sacrificios costosísimos.

El 8 de abril mismo se recibieron órdenes y disposiciones del gobierno nacional nombrando comandante general de las fuerzas de línea y milicias de San Juan y Mendoza al gobernador de aquella, aunque sin el título de ordenanza, sino el de encargado de dirigir la guerra, é instrucciones ademas sobre la manera de proceder.

De ellas resultaba que el departamento de la guerra, á tanta distancia colocado, ignoraba hasta entonces la extension del movimiento, no teniendo de él otra noticia que haber sido asaltados los departamentos de San Rafael y de San Javier en Córdoba. Habría sido un prodigio que instrucciones basadas en tales antecedentes, cuadrasen con los sucesos que era de suponer se habrían desenvuelto quince dias despues de dadas, y por tanto un mes despues de pasada la situacion que les sirvió de base. Por esta causa se encarga la guerra á un jefe que está en el teatro mismo, y se omiten instrucciones de detalle que pueden ser un embarazo ó un contrasentido por mas racionales que parezcan, dada la base imaginada.

---

(1) Esta nota y las demas que se extractarán deben conservarse en el archivo del regimiento núm. 1.

Las instrucciones prescribían «obrar de acuerdo con el gobierno de La Rioja.» ¡Había sido depuesto!

«Evitar comprometer al gobierno nacional en una campaña militar.» La guerra estaba ya en Catamarca, Mendoza, Córdoba y San Luis.

«Ocupar militarmente el punto de Famatima.» El enemigo estaba obrando á cien leguas de distancia en rumbos opuestos.

«Oficiar á Peñalosa, á fin de que coopere á las medidas.» ¡Él se declaraba jefe de la rebelion!

«Si no fuese absolutamente necesario mover la caballería de línea que se halla en Mendoza, no ordenar su marcha.» Ya había sostenido un combate á 150 leguas de distancia de Mendoza.

«No convocar la milicia, sino en caso extremo, etc.» ¿No habría sido mejor no mandar instrucciones?

Sin embargo, en carta particular se corroboran, como cosa meditada, determinando el carácter de la guerra. «La Rioja se ha vuelto una cueva de ladrones, que amenaza á los vecinos, y donde no hay gobierno que haga ni policia de la provincia; declarar ladrones á los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reaccion.»

Las instrucciones oficiales daban igualmente el epíteto de *salteadores* á los insurrectos, y su objeto era *castigarlos*. Tal era en verdad el carácter de aquella guerra que principió por el salteo de las Lagunas, y continuaban los mismos individuos que Peñalosa no había querido entregar á la justicia, haciéndose así cómplice y encubridor.

Pero á despecho de lo dispositivo de aquel soñado plan de operaciones, era preciso obrar, como si tal cosa se previniese; y en lugar de pensar en Famatina al norte, el resto del batallon 6º. de línea partió el 10 á la noche, hácia Mendoza al sur, adonde se acercaba Clavero, y no contando el gobierno con elementos seguros de resistencia, ni el respaldo de una ciudad que pudiese ser defendida, segun lo exponía en notas cada dia mas apremiantes. El 13, contándose ya con la llegada del coronel Arredondo ese dia á Mendoza, se aventuró con éxito un ataque de vanguardia que dió por resultado la derrota de Clavero y su fuga al sur, adonde mandó Arredondo avanzar una compañía de infan-

tería de su batallon que guarneciese el fuerte de San Rafael. Un mes mas tarde su presencia y su jefe, sofocaron un levantamiento de milicias de caballería que habría vuelto á dar base á Clavero ó á otros para tentar fortuna de nuevo.

Mendoza, pues, quedaba asegurada y la situacion de San Juan despejada del mayor de los peligros de la guerra, un enemigo á la espalda. ¿Cuál era la posicion de la division del coronel Sandes? El 8 de abril daba cuenta de haber recibido nota del ministerio de la guerra, de ponerse á las órdenes del gobernador de San Juan, detallando su fuerza de cuatrocientos hombres á quinientos, y esperando órdenes. El 10 avisaba que sin esperar esas órdenes ni contestacion á una nota en que pedía á Peñalosa la entrega de los invasores, marchaba sobre los Llanos. El 11 daba cuenta que acababa de recibir carta del gobierno de Mendoza del 5, en que le comunicaba la aparicion de Clavero en San Carlos con una montonera, y emprendía marcha forzada para Mendoza, suspendiendo sus operaciones sobre La Rioja. Afortunadamente, el 12 recibía órdenes del director de la guerra, de acercarse á las Lagunas donde encontraría instrucciones para continuar á Mendoza, si la situacion de la guerra lo exigía; permanecer allí, ó replegarse sobre San Juan, segun el caso.

El 16 llegó, en efecto, á este punto, y sabedor de que Clavero había sido derrotado el 13, y viéndose frustrado en su ansia de combates, descargó su saña sobre un cabecilla que había tomado, haciéndolo ejecutar, y en una nota al ministro de la guerra, se quejaba de la mala medida del director de hacerlo venir á aquel punto en el momento en que él iba á entrar en los Llanos con 1500 hombres que decía tener á sus órdenes.

Nada habría sido mas desastroso que la loca empresa de aquel valiente temerario, pero falto de cordura y de toda idea de subordinacion y dependencia. La caballería no es fuerte por el valor solo, sino por los caballos. Había hecho la suya 200 leguas desde Mendoza en diez dias, y estaba á pié para entrar en los Llanos é iniciar una campaña desde campo raso, sin una ciudad de donde proveerse de los artículos indispensables. No tenía municiones y el armamento de un sexto de su regimiento estaba inutilizado. Colocado

en las Lagunas recibió órden de avanzar hácia San Juan adonde debía volver el coronel Arredondo, y reunido su batallon que se hallaba parte al norte de San Luis y parte al sur de Mendoza, concertar operaciones combinadas, con fuerzas, caballos y elementos competentes.

Llegaban á la sazon las armas y pertrechos de guerra comprados en Chile, y mediante el entusiasmo y abnegacion de los ciudadanos que rivalizaban todos en esfuerzos para acabar con aquel estado de cosas, con una administracion militar activísima, con los recursos de una plaza de comercio, y maestranza dirigida con inteligencia, el 26 de abril salía de nuevo á campaña el coronel Sandes, con una fuerte division montada toda á mula y con caballos herrados, como el mariscal Bugeaud lo había intentado en Argel contra los árabes, y se complacía en saber por el coronel Sarmiento que esa era la práctica en Cuyo desde la época de San Martín [1].

El coronel Arredondo, con otra division igualmente fuerte, debía obrar por la parte alta de La Rioja, pues el coronel Sandes tenía que volver por el mismo camino que había traído, á causa de haber reaparecido las montoneras en Rio Seco y amenazar á San Luis de nuevo. Sus instrucciones le ordenaban dirigirse á San Francisco, que está al este recto de San Juan, con lo que quedaba á cubierto la ciudad al sur, y desde allí operar al norte y obrar sobre los Llanos.

En estas instrucciones y para que no repitiese lo de las Lagunas, se le decía, ademas de lo concerniente á operaciones militares, que habiendo probado una larga experiencia que los medios habituales de rigor no son siempre eficaces para desarmar la insurreccion, se recomendaba al jefe de la expedicion usar con mesura de la pena de muerte y no aplicarla sino en los casos de ordenanza, y siempre con intervencion de consejo de guerra verbal, que hiciese constar los hechos incriminados y dar lugar á la defensa.

Sin embargo de entrar en operaciones dos divisiones tan superiores á toda resistencia de parte del Chacho y sus bandas, San Juan, para quien conocía la táctica de la montonera, nunca estaba mas expuesto que entonces á un golpe de

(1) Viajes por Europa, Africa y América del autor.

mano, por lo que fué necesario reunir todas las milicias, crear nuevos batallones, puesto que el de Rifleros estaba en campaña, y estar preparados contra bandoleros de á caballo, que en la campaña del año anterior habian fatigado al ejército en una estéril é interminable persecucion, y puesto á rescate á San Luis, cuando el ejército los buscaba á cien leguas de distancia. Lo absurdo no es objecion racional contra enemigos para quienes arrebatar caballos y merodear es el blanco y propósito de una campaña.

Desembarazada de enemigos Mendoza, y armada parte de su milicia con las armas traidas de Chile, el mando confiado al coronel Sarmiento, contaba un batallon de línea y cuatro de guardia nacional, diez piezas de artillería en ambas provincias, un regimiento de caballeria de línea, y tres de milicia movilizada.

De buena se salvó San Juan por entónces. Habiéndose publicado el 6 de mayo la proclama á los vecinos de La Rioja que á continuacion insertamos, se mandaron ejemplares á las divisiones, y directamente á La Rioja, para que fueran conocidas sus disposiciones. Uno de los emisarios tuvo la desgracia de ser cojido y llevado á Patquia, donde el Chacho se preparaba para lanzarse sobre San Juan, por el claro que dejaban descubierto las divisiones en campaña. Amenazado de ser lanceado como espía si ocultaba la verdad, se le pidieron noticias de las fuerzas que había en San Juan; y como no se persuadiesen de su dicho, el paisano para corroborarlo, sentándose en cuclillas, como es la práctica cuando se pintan marcas en el suelo, demostraba la posicion de los diversos cuerpos en la revista de la plaza de armas de San Juan el 6 de mayo. Desde la catedral al cabildo, decía, estaban dos batallones; en frente del cabildo las piezas de artillería, y désde aquí hasta aquí ocupaba la caballería.

El Chacho y sus capitanejos conocían la plaza de San Juan como á sus manos, y podían darse cuenta del hecho. El resultado fué que la marcha resuelta para el dia siguiente, se abandonó, y que el Chacho fué sorprendido el 21 de mayo por el coronel Sandes, quien le dió batalla y lo derrotó completamente, como era inevitable, dada la calidad de las fuerzas, no sin que le arrebatasen al coronel Sandes mulas, caballos de repuesto, y equipajes; lo que paralizaba

la persecucion que debía de ser activa para que la victoria diese todos sus frutos.

La proclama á los riojanos, explicando el carácter y motivos de la guerra, era la siguiente:

D. F. Sarmiento, Encargado del Gobierno Nacional para restablecer el órden perturbado por la sedicion en La Rioja.

«Riojanos: La República ha sido sorprendida en medio de la quietud de que gozaba, por las proclamaciones y manifiestos sediciosos de Vicente Peñalosa, á quien el Gobierno Nacional había dispensado toda clase de consideraciones. A aquella tentativa de sublevacion contra todo gobierno, habian precedido irrupciones sobre Catamarca, Córdoba y San Luis, al mando de Ontiveros, Pueblas, Varela, Agüero y otros que no pertenecen á La Rioja...

«Estas expediciones de vándalos han sido escarmentadas en todas partes, y ahora los criminales vuelven á buscar un asilo en La Rioja para salvarse del castigo.

«Riojanos: Peñalosa, vosotros lo sabéis, es demasiado estúpido, corrompido é ignorante para que ningun pueblo ni partido le preste apoyo. Podrá ser un bandolero, pero nunca un jefe de partido.

«Los que extravían á aquel torpe le han hecho creer que el general Urquiza encabeza una reaccion, y que en todas las provincias tienen partidarios.

«El resultado ha sido que la provincia de La Rioja sola aparece á los ojos de la República como una guarida de ladrones, prontos á lanzarse sobre todas las provincias vecinas que ningun agravio le han hecho.

«Riojanos: Estoy encargado por el Gobierno Nacional de restablecer la paz y castigar á los malvados. Cuento con vuestra ayuda y cooperacion eficaz.

«Es preciso que cada riojano se lave de la mancha que le han echado los intrusos que se asilan en su territorio.

«Es preciso que desaparezca el escándalo de un ébrio estólido, que con el título de general, que no le dá autoridad ni poder alguno, levanta tropas, invade provincias, y aun se rebela contra el mismo gobierno que le concedió aquel título.

«Riojanos: Los jefes del ejército nacional, coronel don Ambrosio Sandes y teniente coronel don José M. Arredondo, llevan encargo de proteger á los vecinos que se

conserven tranquilos en sus casas, y de perdonar á los que extraviados ó por obedecer á sus jefes, han tomado las armas y las depongan presentándolas á las autoridades que dichos jefes reconozcan, ó instituyan provisionalmente. Sólo llevan órden de prender á Peñalosa, Chumbita, Angel, Potrillo, Varela, Lucas Llanos, Pueblas, Ontiveros, Tristan Diaz, Agüero, Berna, Carrizo, y los que sean autores de crímenes comprobados.

«Riojanos: Ninguno de aquellos criminales ó los que obren en su nombre, puede mandaros; y hay delito en obedecerles despues de esta proclamacion hecha á nombre y por autoridad del Presidente de la República.

«Los jefes del ejército enviados á pacificar á La Rioja, temibles solo en el campo de batalla, harán honor al deseo del Presidente de la República, brigadier general don Bartolomé Mitre, mostrando que son los mejores amigos del vecino pacífico y honrado. Confiad en ellos.

«Así lo espera vuestro compatriota.»

EL CHACHO EN CÓRDOBA

No se obtuvo en San Juan la noticia de la derrota del Chacho en Lomas Blancas sin que accidentes nuevos viniesen á mostrar la tenacidad del desquiciamiento que amenazaba al país. El conductor del parte de la batalla fué detenido en el Valle Fértil por una montonera nueva en territorio sanjuanino. Su cabecilla, un mayordomo de estancia, había estado oyendo las descargas de fusilería del combate y leyó el parte que anunciaba la destruccion del Chacho, y sin embargo este fué el momento escogido para organizar un levantamiento, en punto que estaba colocado entre dos ejércitos. Como se ha visto ya, los descendientes de los indios de Mogna, los de los Huarpes, de Guanacache, y los raros pobladores del desierto al oriente de Pié de Palo, estaban desde el principio en abierta insurreccion.

Un comisario de la administracion de San Juan obedecía órdenes de Chacho, entre otras ésta:

«El general en jefe de las fuerzas reaccionarias.—Campamento general de Patquía, mayo 11 de 1863.—Al señor juez comisionado Andrés Castro:

«Tengo conocimiento que Vd. está encargado por el coronel Agüero para vigilar todos los puntos por donde pueda pasar algun chasque ó aproximarse alguna fuerza de San Juan, y para el efecto le faculto á Vd. suficientemente para que haga uso de recursos y hombres que precise para el servicio.—*Angel Vicente Peñalosa.*»

La residencia de este juez estaba á doce leguas de la ciudad, y en efecto, dominaba las vías de comunicacion con el ejército en campaña. San Juan estaba sitiado.

Al saberse que la division Sandes había perdido su remonta de caballos, el director de la guerra, en una proclama anunciando la victoria, pintó la necesidad de un nuevo sacrificio, casi con aquella frase de Enrique III: mi reino por un caballo, y ochocientos herrados de pesebre, de los de la silla particular de los vecinos, salieron el 29 de mayo, tres dias despues de recibida la noticia, á proveer al coronel de medios de movilidad que ejército alguno en América había tenido iguales. Escoltábalos el escuadron Granaderos, el segundo creado despues del de Guías y bajo el mismo plan, debiendo tenerse presente que al salir de San Juan el coronel Sandes, contra lo prevenido en sus instrucciones escritas, se había llevado el escuadron Guías, quedando así la provincia sin ninguno de los cuerpos de caballería sólida, con tanto esfuerzo creado.

El 5 de junio escribía desde Chepes al recibir municiones y víveres que se le anticipaban, lo siguiente: «He recibido su muy satisfactoria de fecha 29 del pasado en la que me anuncia mandarme seiscientos caballos y mulas, los cuales me vienen perfectamente, porque están muy escasos en estos lugares, y Vd. sabe que lo que se necesita en estas operaciones son caballos, por lo que agradezco mucho á Vd. el celo con que ha procedido...

«El comandante Segovia con cuatrocientos hombres persigue de cerca la montonera en número de 200. El comandante Echegaray se hallaba á doce leguas de ellos, el coronel Iseas tiene orden de aproximarse tambien. Yo con la fuerza que tengo los espero por este lado, por si acaso quieran dar la vuelta como acostumbran.»

Nada mas acertado. El mismo dia 5 el que conducía los caballos avisaba desde Valle Fértil haber llegado sin

novedad, y estar tomando lenguas sobre el paradero del coronel Sandes para dirigirse en su busca.

Sin embargo, el 7 avisaba á San Juan el coronel Sandes que se encontraba en Rio Seco, San Luis, en busca del Chacho haciendo sentir las graves consecuencias que podría traer la demora de las caballadas. Él se había alejado al este, recorriendo treinta leguas en dos dias. El 11 estaba en la ciudad de San Luis, en busca del Chacho siempre.

¿Por qué se movió de Chepes sabiendo que la remonta venía detrás de los que le daban aviso del envío? La sed de combates lo cegaba á ese punto! Destruyó en una marcha de cien leguas sin descanso de dia y de noche, los caballos en que iba montado. Caían los soldados de fatiga; él fué á morir á Mendoza de consuncion y en San Luis nadie pudo darle noticias del grupo de montonera que buscaba.

La peregrinacion de la soberbia caballada fué una verdadera campaña. En los Llanos, el patriotismo es como en el Sahara. El niño, la mujer, todos contestarán lo contrario de la verdad. ¿Por dónde va la division? y le señalarán con la boca ó con el pié: para allá. Se puede tomar á ciencia cierta el rumbo opuesto si se quiere acertar. La custodia de la caballada tuvo tiroteos y escaramuzas, disparadas y campeos para reunirla. Llegada á Rio Seco, la division habría pasado de noche por alguna parte y nadie sabía dar razon de ella. Mejor orientado al fin, el comandante se dirigió al este en lugar de doblar al sud como Sandes, y vagó y vió disminuirse y aniquilarse la caballada, perdiéndose así el nervio de la guerra, y el último esfuerzo que San Juan podía hacer y había hecho con desprendimiento. Si Sandes hubiese tenido la paciencia de estarse quieto veinticuatro horas, habría sabido la direccion que el Chacho llevaba, y montada como habría podido estarlo su fuerza en caballos de pesebre y herrados, seguídolo al extremo de la República, y tomádolo al llegar á Córdoba.

Y no era que el coronel Sandes no estuviese prevenido; decíale en nota del 11 de abril: « Por el plan que comunico á U. S., verá que nada es más necesario que la exactitud en los movimientos, pues faltando una de las fuerzas, las de U. S. por ejemplo, en caso de invasion á los Llanos, se comprometería el éxito, por ser tan grandes las distancias para reparar en tiempo la falta. »

¿Dónde estaba el Chacho? Estaba el 11 de junio en posesion de la ciudad de Córdoba, la segunda en la República, á setenta leguas de la ribera del Paraná!

Acertaba á encontrarse el Inspector General de Armas de la República en San Luis, cuando llegó allí la noticia de hecho tan inconcebible, tan absurdo, y sin embargo, por desgracia indubitable. Recorría la frontera, y la aventura del coronel Sandes, á quien había licenciado un dia antes dando por concluida la guerra, ponía desde luego, dando contraórdenes, una fuerte division en sus manos. Esta circunstancia, feliz ahora, de desgracia que fué en su orígen, hacia que el general Paunero fuese esta vez *the right man, in the right place.* Sus órdenes volaron en todas direcciones, y el 29 de junio se reunian á la vista de la ciudad de Córdoba el 1º, el 4º, el 6º y el 7º de caballería de línea, parte del 6º y del 1º de infantería, medio batallon de rifleros de San Juan y otras divisiones de milicias. Si algun defecto había en el plan de ataque, estaba en la inútil superioridad de las fuerzas para enemigo de tan poca capacidad; pero tal fué la alarma que lo extraordinario del hecho produjo, que desde Buenos Aires venían marchando batallones y artillería á fin de conjurar el peligro real de que la conflagracion se extendiese á otros puntos.

El Chacho, reforzado por los de á caballo en su tránsito y alrededores de la ciudad, se puso en fuga á la sola vista de ejército tan irresistible, dejando á la infantería de Córdoba rendirse á discrecion á la primera descarga. Esta fué la batalla de las Playas de Córdoba. Como Clavero había caído sobre Mendoza en ausencia del 1º de caballería, los indios cayeron sobre el Rio Cuarto desde que el 4º de caballería abandonó su puesto, y sobre San Luis con la ausencia del 7º.

¿Cómo había podido el Chacho entrar en Córdoba? Necesitamos volver un poco atrás para explicar, si explicacion admite este hecho. En país tan perturbado por el desquiciamiento de medio siglo, no solo en los Llanos de La Rioja y en los seides de las tiranías han de buscarse las causas que prolongan el malestar. Hay en toda la América del Sud ideas sobre las facultades del gobierno republicano, ó sobre la extension de las garantías de los gobernados, que alimentan y mantienen las luchas de los partidos, aún los

mas sinceros; y en los Estados que se han dado formas federales, se añaden nuevas cuestiones á las que ya dividían los ánimos. Sin remontar á otros antecedentes, recordaremos que en Córdoba, como en las demas provincias, existían antes de la batalla de Pavon, sostenedores de la confederacion, y simpatizadores con las ideas que sostenia Buenos Aires, y triunfaron entónces.

Cuando el ejército vencedor estaba paralizado en el Rosario, entre el Entre Ríos al este, que se mantenía en armas, y las provincias del interior á las que cubría una fuerte montonera tras del Carcarañá, los simpatizadores con Buenos Aires en Córdoba, hicieron por si solos un esfuerzo, depusieron al gobierno confederado, y dieron batalla á sus fuerzas y las vencieron. Este hecho, y la victoria de la Cañada de Gómez que le siguió, disolviendo la montonera, hacía de la campaña sobre las provincias un paseo militar, haciendo de Córdoba, amiga ahora, la llave del interior.

Pero con el ejército iba el personal del anterior gobierno emigrado de Córdoba, escapados de un golpe de estado que á su propio partido diera el ex presidente de la ex confederacion, para desbaratar un plan retardado del gobierno de Buenos Aires; y llegado que hubo á Córdoba el jefe del ejército, por razones de prudencia, creyó deber intimar al gobierno simpático, pero revolucionario, que cediera el poder al depuesto gobierno confederado antes, y simpatico ahora.

Cuán extraña é inmotivada pareciese esta resolucion, los que habían ahorrado al ejército una guerra dejaron el gobierno, que ocupó el antiguo personal, y tuvo que ceder á un tercero provisorio mientras se procedía á elecciones. El hecho mecánico del cambio dejaba el gérmen de un desquiciamiento, que no cesa todavía, y ha sido causa eterna de perturbacion, como lo había sido diez años para la confederacion otra combinacion igual sugerida por una política mal aconsejada. San Juan había sido quizás el único pueblo del interior que había simpatizado con el movimiento acaudillado por el general Urquiza contra Rosas. Llegado al poder Urquiza, creyó estar en sus intereses mantener en San Juan la dominacion del caudillo Benavides, declarar díscolos á sus

amigos y ensañarse contra ellos, porque no aceptaban la perpetuacion del caudillo que tan bueno se mostraba para servir á Rosas como á Urquiza, á quien poco antes había declarado loco.

Las elecciones reñidísimas, como era de esperarlo, dieron razon á los simpatizadores que habían hecho la revolucion libertadora, con lo que quedaba probada la inutilidad al menos del sacudimiento, al deponer el gobierno revolucionario aun dado el supuesto que para algo fuese necesario.

El partido vencido no quedaba por ello anulado, la lucha continuó y la brecha abierta agrandándose. En este estado encontraba los ánimos el levantamiento del Chacho, que despertaba esperanzas de un cambio. Algunos departamentos se sublevaron, los comandantes Carranza y Aguilar fueron asesinados, y el gobierno declaró la provincia en estado de sitio, como lo habían hecho las otras en que la insurreccion respondía ó amenazaba responder á la invasion.

En esta crítica coyuntura apareció en los diarios de Buenos Aires publicada una circular del gobierno federal declarando abusivo de parte de los gobiernos provinciales hacer uso del estado de sitio en caso de invasion ó insurreccion, por ser facultad, decía, reservada por la Constitucion al gobierno federal.

La publicidad dada al acto mostraba que el poder ejecutivo deseaba que no sólo los gobiernos á quienes se dirigía conociesen sus sentimientos, sino que ademas ejerciesen su influencia sobre los pueblos mismos, y para entrar en la realidad práctica sobre los partidos é individuos á quienes podía afectar el estado de sitio.

El sentido práctico indicaba que provincias tan distantes no podrían acudir al gobierno nacional en tiempo de aprovechar de su venia, si su venia era necesaria para apoderarse de las personas de militares y seides que habían sido de Rosas, Benavides, Chacho, Saa, y demas de esta clase.

Si era culpable el error, ó el celo por la verdad constitucional que lo llevaba á suscitar esa cuestion, nunca quedaría justificado á los ojos de una política prudente el momento inoportuno en que se hacía, pues que la

guerra ardía en cinco provincias, y la insurreccion reaparecía apenas sofocada. Si los gobernadores no tenían facultad para declarar el estado sitio ¿por qué el gobierno nacional no rectificaba la forma, y lo declaraba él en los mismos lugares, en virtud de sus atribuciones? ¿No se sentía el riesgo de añadir á las dificultades de la situacion de aquellas lejanas ciudades, el peligro de destruir, enervar, desmoralizar el poder moral de los gobiernos amenazados en su existencia por enemigos semi-bárbaros, con una condenacion que les quitaba toda autoridad? La legislatura de San Juan al leer aquella circular, y á fin de parar sus efectos, ratificó el estado de sitio proclamado en su receso, declarando no estatuir nada en el litigio tan en mala hora suscitado.

El congreso de los Estados Unidos despues del primer año de guerra civil, tomó una resolucion aprobando todos los actos inconstitucionales, ó las infracciones de la ley á que hubiese vístose forzado el ejecutivo para sofocar la rebelion, sin determinarlos ni discutirlos.

En Córdoba produjo el efecto que debía temerse dada la animosidad de los partidos. Los adversarios del gobernador, que acertaba á ser un médico, cobraron ánimo y se le rieron en sus barbas. El 13 de mayo se publicó la circular y germinando esta semilla con la lozanía de las malas yerbas, el 11 de junio dió su fruto en un motin de cuartel que abrió las puertas al Chacho. El general Paunero, dando cuenta á los gobiernos de Mendoza y San Juan del hecho, decía « que había habido un movimiento encabezado por los *rusos*, teniendo á Oyarzabal (amnistiado) por jefe, y al ex-gobernador Achával, á consecuencia del cual el gobernador Posse había fugado. El Chacho marchando como una exhalacion dia y noche, estaba el dia 9 en el camino carril que va por el naciente de la Sierra de Córdoba, así es que el movimiento encabezado por los *rusos* ha sido con conocimiento que ese dia han tenido la direccion del Chacho. »

La misma prensa que había inspirado la circular, en lugar de ver en el desastre de Córdoba los efectos de desmoralizar el poder del gobierno, y dar armas á las resistencias, se ensañó contra aquel gobernador que no había sabido conjurar insurrecciones, traiciones é invasiones sin estado de sitio, imponiéndole la necesidad de renunciar el puesto,

con lo que el desquiciamiento moral y político de Córdoba tomó nuevas creces con nuevas elecciones, nuevas luchas y nuevos partidos; y este mar en borrasca, agitado por vientos que vienen de lejos, continúa hasta hoy sin encontrar su nivel y tranquilizarse.

Uno de los ministros nacionales escribía en enero de 1864: « He encontrado esta sociedad completamente anarquizada, y puede decirse que desmoralizada. Solo estando aquí se puede comprender que una mitad de la poblacion solo se ocupe de ganarle elecciones á la otra, sin reparar en medios.» El mismo juicio había formado del jefe de policía de San Juan, don Camilo Rojo, que escribía con fecha 27 de setiembre: «Cada vez mas me persuado que si usted falta del interior antes de la completa pacificacion, es muy posible que todo acabe por un triste desengaño, porque si se atiene á las altas medidas del gobierno nacional, siempre tardías, y sobre hechos locales, que no puede apreciar tales cuales son, el remedio llegará cuando el enfermo esté ya muerto. Córdoba no es mas que un foco de desmoralizacion, que todo lo aja, que todo lo reduce á escandalosa farsa; Mendoza sosteniéndose por la sola voluntad del gobierno, porque no hay ciudad ni apoyo; así es que todo lo que vengo viendo hasta aquí, me hace conocer que lo único que nos queda por este lado, es San Juan, que al menos tiene formas. »

El gobierno de San Juan expuso, en defensa de sus facultades, las razones que segun su entender le servian de base, reducidas á considerar como condicion inherente al gobierno, cualquiera que fuesen las formas constitucionales, la facultad de preservarse, por la limitacion de las garantías personales, en caso de insurreccion é invasion, como todos los gobiernos de la tierra.

El gobierno nacional en réplica hizo esta significativa declaracion: «El pensamiento es hacer penetrar hondamente en la conciencia del pueblo que el gobierno nacional se abstendrá de hacer uso de este medio de gobierno (el estado de sitio), y que solo lo empleará en circunstancias muy extraordinarias y extremas; porque considera que ni es indispensable para gobernar, ni superior á los medios ordinarios de gobierno que la constitucion ha puesto en

sus manos para garantir eficazmente el órden y las libertades públicas, sin necesidad de atacar ó suspender esas mismas libertades.»

Era de dejar pasmados ese intento á pueblos que no sean los de Sud América, empeñados hace medio siglo en hallar la cuadratura del círculo. Como se ve, no solo la declaracion de estado de sitio por las legislaturas provinciales era vituperable, sino que tambien la cosa misma lo era en su esencia y en la constitucion federal, de cuya facultad no haria uso, sino en el mayor extremo, no siéndolo por cierto el presente en que iba corriendo medio año de revuelta y derramamiento de sangre por salteadores, á quienes se habían dado ya seis batallas, sin poner fin al desórden creado con el confesado designio de destruir constitucion, gobierno, autoridades nacionales y provinciales, y entregar las ciudades á saco.

¿Qué interés había, por entónces al menos, de hacer *penetrar hondamente* en la conciencia del pueblo, que el gobierno argentino podía hacer lo que gobierno alguno de la tierra había intentado jamas, que es mantener el gobierno por los medios ordinarios contra la invasion combinada con la insurreccion? ¿Era á efecto de la inteligencia de la masa del pueblo argentino, de su respeto habitual por la ley, de la moderacion de sus partidos, del celo por la libertad, mayor que en Inglaterra y los Estados Unidos, donde el gobierno no hace tan peligrosas pruebas?

Otra cosa parecía resultar de medio siglo de luchas y desórden, ya para destruir tiranías horribles, ya para crearlas y fomentarlas, porque para todo habia argentinos. ¿No valiera mas pedir á los mas adelantados y celosos por las garantías que otras naciones fundaron y nosotros recibíamos aceptadas por la conciencia humana, que en pais donde los hombres están diseminados sin formar sociedad, donde la ignorancia predomina y los medios de comunicacion son lentos y difíciles, si alguna modificacion pueden admitir esos principios en puntos lejanos y apartados? Los romanos concedían la ciudadanía á los municipios que dependían del senado, mientras que las provincias bárbaras ó rebeldes quedaban bajo el dominio del general.

Cuatro años de guerra civil en los Estados Unidos han mostrado cómo entienden los pueblos libres las garantías

en caso de rebelion, y cómo aplican el remedio donde el mal aparece. En los estados rebeldes y en los leales, cuatro años durante la guerra, y un año despues, se mantuvo la suspension del *habeas corpus*, y la ley marcial, y continúa ésta aun en casos particulares, sin que nadie se alarme ni el congreso se interponga, ni se le creyera por eso mas prudente ni mas justo que cualquiera otro poder.

En pos de las grandes y prolongadas tiranias, las generaciones nuevas, en su odio al poder despótico de que se han visto libres, envuelven al gobierno mismo en sus principios constitutivos, lo que las lleva por la perturbacion diaria y el malestar á la anarquía, que requiere al fin un despotismo.

Este es el ciclo que creyó fatal De Vico, y que la Francia ha recorrido dos veces en menos de un siglo. No sucedió así con los romanos. Cuando destronaron á los Tarquinos, si bien limitaron el término, y *dualizaron* el personal del ejecutivo, le conservaron todo su poder, sin excluir la dictadura irresponsable en los casos extremos. Los lores ingleses, luchando siglos con sus reyes por asegurarse garantias, nunca les disputaron el derecho de suspenderlas en caso de insurreccion. El *habeas corpus* fué, al fin de mil experimentos, el medio que se inventó para reclamar de toda prision injusta, excepta en casos de insurreccion que el *habeas corpus* no garante.

Podria objetarse á la generalidad de esta doctrina que los Estados Unidos, al darse una constitucion, insertaron en ella el privilegio con la restriccion, tan inseparable es la una del otro, sin imaginarse ingleses y norte-americanos que había luego de presentarse en la tierra un pueblo que tiene en su lengua las palabras *chiripá y guardamontes*, *caudillo*, *mazorca*, *montonera,* que pretendería hacer dar un paso mas á la humanidad en cuanto á garantías de la libertad personal, reclamándola aun en caso de insurreccion para Chacho, Potrillo, el Flaco de los Berros, Chumbita, el Rubio de las Toscas y los lores del desierto sus secuaces y paniaguados que sostuvieron treinta años, y pretendian ahora reivindicar con Rosas, que la mejor constitucion es el cuchillo aplicado á las gargantas por el bárbaro rudo de las campañas, ó las clases bajas ó ignorantes organizadas en bandas armadas.

Como este disentimiento entre ambos gobiernos coinci-

diese con la batalla de las Lomas en que fué derrotado el Chacho, y por tanto invasion y sedicion desaparecían, el gobernador de San Juan se apresuró á renunciar, por creerlo ya innecesario, el encargo de dirigir la guerra que tan duras cargas había impuesto al pueblo de San Juan, y tantos sinsabores en su gobierno, dando cuenta de las operaciones ejecutadas y los resultados obtenidos. La guerra lo había defraudado de una noble esperanza. Quería constituir una provincia en la capacidad orgánica que conserva en la federacion, y visto desbaratada su obra.

Mas tarde el gobierno nacional, con motivo de la guerra del Paraguay, parece haber abandonado aquellas doctrinas, extendiendo el estado de sitio á toda la República, en prevision de desórdenes posibles, y prolongándolo mientras lo reclamen las circunstancias. La experiencia propia y el ejemplo de los Estados Unidos han debido ilustrarlo sobre este punto.

LA GUERRA EN LOS LLANOS

En 29 de abril, como lo habrá ya olvidado el lector, el comandante Arredondo con buena fuerza, compuesta de parte de su subdividido batallon y parte de rifleros de San Juan, la escolta de gobierno y dos escuadrones de milicias, emprendió desde San Juan por la vía de Jachal, ocupar á Chilecito en la parte montañosa de La Rioja, y dominar los Pueblos, de orígen indígena.

El comandante Arredondo, afamado por su valor, era mas digno de tan merecida reputacion por su sensatez y prudencia, que tanto lo habilitaban para dar consejo como para recibirlo. Destinado á permanecer á las órdenes del gobierno de San Juan con su batallon, pocos dias le bastaron para apreciar la marcha del gobierno y prestarle aquella cordial simpatía que vale mas en tiempos pacíficos que el concurso de las armas.

Si alguna vez le insinuaron la posibilidad de una revolucion, contestó sobándose las manos: «magnífico para mi batallon, que se aburre de estar de guarnicion; antes que haya recibido órden del gobernador, le paso el parte de la *volteada*,» riéndose despues con el gobernador mismo del pavor del Satanás que venía á tentarlo.

En la campaña anterior, que había terminado con lo que el Chacho entendía tratados, sitiado en la plaza de La Rioja que defendía con sesenta infantes, contra la montonera, fusiló y colgó dos espías, cuando vió que le escaseaban los cartuchos, como otro habría quemado sus naves. Herido en un brazo, con fractura, dirigía desde su cama la defensa un momento reducida al cuartel, pues los enemigos habían practicado una brecha en las trincheras. El asedio fué levantado, y para la montonera conservado ileso el prestigio de la infantería, aunque estuviese representada por una compañía contra toda la turba de á caballo.

La campaña que esta vez emprendía sobre La Rioja estaba destinada á ser la mas laboriosa y oscura de aquella obstinada guerra, que la victoria constante no era parte para extinguir. Cúpole siempre la parte mas difícil y la menos aparente. Su batallon en particular se halló en todos los encuentros, en Mendoza, San Luis, Córdoba, La Rioja, San Juan. A Mendoza llegó á tiempo de servir de reserva al cuerpo de vanguardia que dió buena cuenta de Clavero. A La Rioja llegó cuando fuerzas de Santiago, Tucuman y aun Salta, al mando del general Taboada, habian disipado las que les oponía un Berna Carrizo en las cercanías de la ciudad. Sin embargo, sobre sus hombros pesó, mientras á otros tocaba la fácil gloria de disipar montoneras, la ruda tarea de estorbar que volviesen á tomar consistencia en el foco de donde partian.

De esta constante dispersion en átomos del 6º de línea para acudir con su núcleo de fuerza á todos los puntos, hay un documento curioso que por la novedad del caso insertamos aquí: «¡Soldados! decía el gobernador de San Juan á un resto del batallon; he sido encargado por vuestro comandante de representarlo en el acto de entregar á vuestra custodia la bandera que os conducirá en adelante á la victoria. No es un hecho vulgar el que solo un grupo de enfermos y la banda de música del batallon estén presentes en este momento solemne. Vuestro batallon está hoy disperso sobre un área de miles de leguas, cosechando en todas partes laureles nuevos y prestando servicios al país. En sesenta dias vuestras bayonetas han brillado al mismo tiempo al pié de los nevados Andes de Chile, en la campañas de San Luis, en el Malargue cercano al estrecho de

Magallanes, en Chilecito, en las Lomas Blancas, y en las Playas de Córdoba, haciendo en todas partes morder el polvo á los traidores que intentaron conflagrar la República.»

Llegado que hubo el comandante Arredondo á Chilecito, y disipando reuniones con su presencia, encontróse con que el coronel Wilde, de Salta, ocupaba aquellas alturas, mientras que el general Taboada estaba acuartelado en la ciudad. Podrá formarse idea del carácter de aquella guerra y de la situacion del país por la circunstancia de que el gobierno de San Juan, provincia limítrofe á La Rioja, hácia el sur, ignoraba hasta entónces la verdad de los hechos ocurridos en el norte, cuyas fuerzas acumuladas sobre La Rioja, ignoraban á su vez lo que pasaba en los Llanos y los posteriores sucesos. Esto explica por qué la division Rivas se dirigía un año ántes al norte, cuando el Chacho sitiaba á San Luis al sur; por qué Sandes se dirigía á San Luis, cuando aquel marchaba sobre Córdoba que le abría las puertas; por qué la caballada de repuesto nunca pudo saber la direccion de una fuerte division de las dos armas, en cuyo seguimiento iba. El desierto es mudo, sordo y ciego.

Una revuelta en Catamarca requirió la presencia del general Taboada, y con esto y el regreso de Wilde á Salta, terminó la accion espontánea de las provincias del norte que se habían armado apresuradamente para contener aquella conflagracion, que el lejano gobierno nacional había creído asunto de simple policía de caminos.

Ocupábase el comandante Arredondo con poderes é instrucciones del comisionado nacional de organizar un gobierno provisorio civil, que pusiese órden en aquel caos, donde no solo faltaba gobierno, sino materia gobernable ó susceptible de ser gobernada, cuando recibió de San Juan aviso de lo que ocurría en Córdoba. La carta al gobierno de Mendoza en que el general Paunero comunicaba las primeras noticias con sus primeras impresiones, concluia diciendo: «Es bueno que sin pérdida de tiempo envíe esta carta á Sarmiento, indicándole que conviene que si el general Taboada permanece aun en La Rioja, marche sobre Córdoba llevándose consigo al comandante Arredondo, que en cuanto á las fuerzas de Tucuman y Salta, que están en Chilecito al mando del coronel Wilde, les haga decir sin

pérdida de tiempo que allí permanezcan hasta que pase esta tormenta de verano.»

Fué constantemente la suerte de todos estos planes concebidos á trescientas ó doscientas leguas del teatro de la accion partir de datos que tenian un mes ó dos de fecha. Ni Taboadas ni Wildes habia á quien comunicar estas órdenes, y en cuanto al comandante Arredondo, al trasmitírselas, se le indicaba obrar bajo su responsabilidad, como creyese convenir al mejor servicio, con lo que se abstuvo de darles cumplimiento.

El general Paunero habia tenido parte gloriosa en las batallas de Caseros, Cepeda, Pavon, en las que predominando por ambos lados el arte montonero del levantamiento en masa de paisanos á caballo, los ejércitos contaban por decenas de miles, perdiendo en solidez lo que ganaban inútilmente en volúmen; y como los caudillos no pagan sus tropas, ni usan material de guerra, los gobiernos civilizados pagaban en millones de pesos el plagio. El mariscal Bugeaud decía con este motivo que para vencer á los bárbaros con sus medios, era preciso hacerse mas bárbaro que ellos. Esta ruinosa imitacion de la montonera, y que tan malos resultados dió, hacia al general Paunero acumular sobre Córdoba las fuerzas de ocho provincias, abandonando fronteras y terreno conquistado sobre la montonera, para disipar algo menos que una tormenta de verano, una nube de polvo levantada por un puñado de derrotados.

Mejor aconsejado, el comandante Arredondo trasladóse á la frontera de los Llanos al este, para aguardar al Chacho que llegaria de Córdoba infaliblemente derrotado. Colocóse en efecto en el Chañar, á cuyos alrededores no tardó en presentarse el siempre derrotado Chacho, corriéndolo todo un dia, hasta que la noche y la espesura del bosque espinoso ocultó á los dispersos fugitivos.

Desde ese dia principia el acto mas heróico, mas romancesco que las crónicas de la montonera tan intangible, tan rápida y fugaz recuerdan. Alguna cualidad verdaderamente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucho, si no era nativa estolidez, como la terquedad brutal que á veces pasa plaza de constancia heróica. Batido toda su vida en sus algaradas, derrotado esta vez en las Lomas, en las Playas, destruidas sus esperanzas de cooperacion en

Córdoba, San Luis, Catamarca y Mendoza, esperado á su regreso á los Llanos por Arredondo, su ecuanimidad no se abate un momento, y perseguido *á outrance* huye, huye, huye siempre, pero sin perder los estribos. Toca la frontera del norte de La Rioja, la sigue al este hasta encontrarse con la cordillera de los Andes, que le ofrece paso para Chile; pero lejos de aceptar este medio de salvacion, recorre su faldas orientales, vuelve hacia el este por la frontera de San Juan, y llega, despues de haber recorrido en cuadro la provincia, al punto desde donde habia partido quince dias antes, dejando á sus perseguidores á oscuras otros quince dias sobre su paradero, y asombrados y desconcertados al saberlo, despues de haber destruido sus caballadas y encontrándose casi bloqueados en la ciudad de La Rioja; pues pasando por los pueblos en esta corrida fabulosa, el Chacho volvió á resucitar las montoneras, que dieron en que ocuparse por meses á la caballería sanjuanina.

Recordaráse que el parte del combate de Lomas Blancas fué interceptado en Valle-Fértil por una montonera. Este incidente al parecer insignificante, vino á complicar de nuevo la situacion del comandante Arredondo, que no recibió la mitad de su batallon que habia concurrido con Sandes al combate de Córdoba, sino setenta y cinco dias despues. El gobierno de San Juan mandó una fuerza de caballería conduciendo dinero y pertrechos de guerra á la division que operaba en la guerra, pero con órden expresa de estacionarse en Valle-Fértil, á fin de mantener las comunicaciones y disipar la montonera sanjuanina. Otra cosa dispuso empero el jefe expedicionario, ¡ordenándole penetrar en los Llanos, en apoyo de pequeños destacamentos de infantería dejados para tenerlos en respeto en Malanzan Orquea, etc. Y bien le valió por cierto, pues aumentando el levantamiento con la vuelta del Chacho, uno de aquellos habia sido sorprendido y tomado prisionero, y para la montonera tomar infantes era triunfo tan grande, como en los tiempos de la conquista para los indígenas matar un caballo, lo que mostraba que los monstruos no eran invulnerables. Inmediatamente fué destacada de San Juan otra compañía del 6º de línea á reforzar al comandante Arredondo y llevarle cien caballos, con instrucciones al

jefe de permanecer en Valle-Fértil, hasta recibir órdenes de su comandante y de no avanzar sin ellas. El oficial creyó inoficiosa esta precaucion, avanzó un dia, y al siguiente amaneció sin caballos de remonta ni mulas de trasporte.

El gobernador de San Juan que ya no dirigía la guerra, pero que tanto conocía la índole de la montonera, sintió todas las consecuencias del incidente, y la algazara con que se recibiría la noticia de hallarse á pie en el desierto un fuerte destacamento de infantería, al que podían aspirar á rendir por cansancio ó por hambre. En el acto hizo partir un nuevo escuadron de caballería en apoyo de la infantería; y con el anterior destacamento y los infantes recogidos de Malanzan, se encontraron reunidos á poco cuatrocientos hombres de infantería y caballería en Valle Fértil. Enardecidos los capitanes con su fuerza, salieron en busca de la montonera para recuperar los caballos, marcharon un dia, y al ponerse el sol, por una línea de escuchas subidas sobre los árboles, descubrieron en el Bajo Hondo la del enemigo, al mando del Chacho, que en efecto acudía ya á Valle Fértil á tomar la infantería que creia abandonada.

Muchas críticas se hicieron sobre este encuentro sin éxito que la montonera dió por una derrota. La verdad es que la hora hacía inútil aventurar cargas de caballería que exponiendo mucho, no podían obtener nada, pues la noche hacía imposible la persecucion. Acaso no debió formarse en cuadro la pequeña fuerza de infantería, lo que disminuia sus fuegos y su influencia moral; pero nada obtuvo el enemigo, ni apoderarse á retaguardia de las mulas de silla y bagajes, ni dispersar un solo hombre en cambio de los muchos muertos que tuvo. En la noche, viéndose los capitanes rodeados de fuego con el incendio del bosque circunvecino, resolvieron retirarse á Valle Fértil, lo que ejecutaron sin pérdida, dando aviso y pidiendo municiones á San Juan. Cuando se aprestaban éstas para salir escoltadas, recibieron noticia de llegar en retirada la fuerza toda á San Juan, por haberlo creído así prudente sus jefes, informados de que tenían encima el grueso de la montonera. El comandante Arredondo no perdía en esto sino veintiséis infantes de su propia fuerza; pero los Llanos quedaron en poder del Chacho y en

armas; la comunicacion con San Juan cortada, y el enemigo enardecido, puesto que una vez por lo menos no había sido derrotado. Con los once infantes tomados y fusiles recogidos de aquí y allí, tenía el Chacho cuarenta y seis infantes, al mando de un desertor del 6°.

Para San Juan principiaba con este incidente una nueva época, y para el gobierno la tarea de defender la provincia, en lugar de cuidar como hasta entonces de salvar á las otras. La posesion de los Llanos, Valle Fértil, los Colorados, Mogna y el desierto que se extiende entre las Lagunas y el Pie de Palo, ponía al Chacho á las puertas de San Juan, y á ésta sin medios seguros de rechazarlo. Arredondo estaba escaso de caballería para contener el alzamiento de los pueblos, que se ramificaba á Catamarca, y carecía de caballos para descender á los Llanos en busca del Chacho. Enviar remonta de caballos á Arredondo por Jachal, única vía expedita acaso, un plantel de caballería de linea, era el único medio de poner á cubierto á San Juan, movilizando sus fuerzas, casi desmontadas en la ciudad de La Rioja; pero en San Juan ya no había caballos, y si el Chacho aventuraba un golpe de mano, no habia caballeria á quien confiar el éxito de un combate fuera de la ciudad.

En Mendoza estaba el regimiento núm. 1, y el gobernador escribió al coronel Sandes insinuándole la conveniencia de avanzar con su regimiento y restablecer las posiciones perdidas en La Rioja. El coronel Sandes estaba agonizando á causa de sus heridas y murió en pocos dias. Este sí que era un triunfo para la montonera.

Así terminó á la edad de treinta y seis años el coronel Sandes su carrera militar, que podía seguirse por el reguero de sangre de sus propias venas que dejó donde quiera que encontró enemigos, desde las floridas campañas de la Banda Oriental, donde nació, hasta los espinosos desiertos de los Llanos de La Rioja, en que terminó su obra. A Sandes debe la República Argentina, no la extincion de la montonera, sino la rehabilitacion de la caballería regular que con los Guías en la Cañada de Gómez, y el regimiento 1° de línea volvió á las antiguas glorias de los granaderos á caballo y de coraceros de Ituzaingó. El 1° de línea todavía se distingue de los otros cuerpos en la pujanza

terrible de sus cargas, como si los manes de Sandes lo presidiesen siempre en el ataque. Sandes era montonero de origen, educacion y espíritu. En él se conservó el primitivo ardimiento de las montoneras de Artigas y Carrera, la gloria y el ansia del *entrevero*, es decir, del combate personal cuerpo á cuerpo, que fué el secreto de la montonera en los dias de su pujanza. Decaída en presencia de los progresos del material de guerra y de la composicion de los ejércitos de línea, Sandes trajo á la caballería regular el fuego que le faltaba para acabar con el alzamiento del paisanaje, de cuyo seno salía.

Muchos valientes tienen la suerte de escapar en una vida entera de combates á las balas y á las cuchillas Ney no recibió una sola herida durante su brillante carrera militar.

Diríase que el cuerpo de Sandes atraía los misiles; su alta figura las venganzas, como las agujas de los templos atraen los rayos. En tiroteos parciales de avanzadas. Sandes salía herido siempre; en un reconocimiento en que el enemigo hizo cinco disparos, uno depositó una bala en el cuerpo de Sandes, á quien se mandaba en arresto á fin de forzarlo á curarse. Con la desesperacion del asesino que sabe el peligro que corre si yerra el golpe, el puñal se clavó otra vez en una costilla de Sandes, quebrándose, como se había quebrado antes la punta del florete que lo atravesaba al volver de una esquina en Buenos Aires. Recomendándole al general Mitre sus hijos, que hoy están en un colegio militar de los Estados Unidos, hacía valer esta su fatal predestinacion á recibir heridas. Pero las que le hacían en el combate cuerpo á cuerpo, eran mas el efecto de su arrojo que de la mala suerte. Era un almacen de cólera, pronto á incendiarse con el menor frotamiento, y miraba como tiempo perdido el consagrado á parar un golpe mientras había un pecho en donde hundir su terrible lanza.

Sandes contó cincuenta y tres heridas de bala, de puñal, de sable, de florete, de bayoneta, sin morir de ninguna. Murió de todas juntas, cuando la sangre que no había derramado ya no pudo circular por aquellos canales rotos y mal remendados por las cicatrices.

El boletin del ejército llevaba cuenta de sus heridas.

En un tiroteo en la campaña de Buenos Aires, una bala en el estómago, cuarenta y nueve heridas hasta entonces. En el Carcarañá la quincuagésima, de bala, en la caja del cuerpo quince dias despues. La quincuagésima prima, puñalada de un asesino en el pecho en San Luis; la quincuagésima segunda un balazo despues de la paz, paseándose en los alrededores de su campamento en los Llanos. La quincuagésima tercera, una lanzada en una pierna en las Lomas Blancas, frontera de San Juan. Aquí paró la cuenta. Buscaba con ahinco, dando las señas, al que le dió la última lanzada en quien reconocía un valiente de su talla, «porque éste, decia, vino á *pelearme* sabiendo quien era yo.»

Puede juzgarse por el fin que hizo si era en efecto Sandes catador de valientes. Entre los prisioneros hechos por la division del coronel Arredondo, despues de Caucete, preguntaron á un jóven: -¿En cuál de aquellos grupos va el Chacho?—En éste, contestó sacando su puñal y atravesándose el corazon. Era el hijo de Ontivero, y el que buscó á Sandes para *pelearlo* en las Lomas Blancas, en donde éste se había avanzado al frente, á desafiar á los enemigos, contra las instrucciones escritas que le vedaban tomar parte personal en el combate. Rodeáronlo ocho, dió algunas buenas lanzadas, recibió una ligera en la pierna, y viendo el cuento mal parado, se replegó sobre la infantería. Sandes decia al hablar de la lanzada: «Aunque poca cosa, lo siento porque el viejo me va á arrestar por haber desobedecido sus instrucciones.»

Como las mujeres en achaques de hermosura, no toleraba el elogio en su presencia de otro valor que el suyo; y cuando de valientes heridos se hablaba, preguntaba con la dignidad de un senador que interrumpe: «¿Dónde están las heridas? ¿en el pecho?» Era Orlando Furioso, y su enagenacion infundía estímulo y terror en sus propios soldados. Pródigo de su sangre, no habia de mostrarse económico de la agena, y su odio y desprecio por el gaucho, de que él era un tipo elevado, le hacía, como es la idea del montonero argentino, propender al exterminio. El Chacho murió á sus manos, aun despues de muerto él mismo; pues sus subalternos fueron simples

ejecutores de esta manda testamentaria. Su carrera terminó, sin embargo, en la hora precisa señalada á sus cualidades. Era la Juana de Arco que rehabilita una causa perdida. Despues no tenía mision en que sus cualidades fuesen utilizables. Era batallador y no militar. La sed de combates lo arrastraba, sin plan, sin mesura, en busca del enemigo. Instrucciones, caballos, soldados, divisiones obrando de concierto, todo era desatendido, inutilizado ó pospuesto. El poder civil, sólo por influencias personales ó por obtemperancias prudentes, habría podido entenderse con él desde que hubiese ascendido á situaciones mas altas. Habiale el gobernador de San Juan, por quien tenía particular deferencia, preparado una magnífica caballada herrada. Esta última circunstancia lo tenía encantado por lo nuevo para él. — «¿Y las mulas por qué no vienen herradas? preguntó al caballerizo. No sé, señor; así me las han entregado. — Vaya, dígale al jefe de policía que hierre esas mulas.» — El jefe de policía se disculpó con que no tenía órdenes, y sobre todo con la inutilidad de la cosa. Sandes se apersonó en el acto á la policía á imponer su mandato. Como se le hiciese comprender que no se procedería á herrar las mulas sin órden del gobierno, despachó al caballerizo á intimar al ejecutivo su voluntad.

Un gaucho de chiripá, botas de potro, y con su lanza por toda arma, se presenta en la casa de gobierno con este simple mensaje : — «Dice el coronel que haga herrar ahora mismo las mulas.— Retírese Vd.— ¿ Qué le contesto ?— Que se le ha dado órden de retirarse.» Comprendido que el defecto debía estar en que él no era jefe de la division, el caballerizo volvió á presentarse en las oficinas de gobierno con esta nueva misiva : «Dice el coronel que de órden del coronel Rivas hierra las mulas!—Retírese Vd.» fué la única contestacion, preparándose para lo que podia sobrevenir. El coronel Sandes había sido, segun se supo despues, apartado con dificultad del propósito de ir á atravesar con su lanza al gobernador que se obstinaba en no herrar las mulas.

Pasado el arrebato de cólera, el coronel se presentó en casa del gobernador, pasó toda la tarde con él sin hablar del incidente, en pláticas amistosas y mostrándose, como siempre, simpático y complaciente. De estas escenas estaba

llena su carrera. Su museo de heridas mostraba la causa en la súbita é indomable ignicion de su cólera homérica, terrible como el incendio, para amigos y enemigos indistintamente.

De su sucesor en el mando del primer regimiento recibió contestacion el gobernador de San Juan que no se moveria sin órden del general en jefe que estaba en la ciudad de Córdoba. Acontecía así pues, que el cuartel general del ejército en campaña estaba á ciento cincuenta leguas de sus tropas, y con el enemigo interpuesto entre las que obraban en La Rioja.

Como nada hubiera que modificase situacion tan tirante, fué comisionado el jefe de policía de San Juan para ir á Córdoba á exponer al general la situacion real de las cosas, y conjurarlo á que mandase órdenes á Mendoza de avanzar caballos y caballería de línea en auxilio de Arredondo á La Rioja, so pena de un desastre inevitable en San Juan, de todo punto al descubierto. Costóle al general aceptar la idea de un peligro por ese lado, y remediar á la situacion, como mandar una remonta de caballos. Despues de dos conferencias se obtuvo la órden de movilizar un escuadron del 1º escoltando quinientos caballos; órden que no pudo realizarse sino á fines de octubre, como se verá en adelante.

Con fecha 13 de octubre, escribía el general en jefe lo siguiente al gobernador de San Juan: «No creo inoportuno prevenir á S. E. que una de estas disposiciones es la que con fecha de ayer se comunica al señor general Rojo, á fin de que formando una columna fuerte de mil hombres ó mas si fuese necesario, (en Tucuman, á doscientas cincuenta leguas de San Juan), abra inmediatamente operaciones por Catamarca sobre la provincia de La Rioja, ó los puntos que designen las circunstancias, teniendo fundados motivos para creer que el expresado general Rojo se ha anticipado en la realizacion de aquella medida.»

Se persistía, pues, en la estrategia de la grande guerra, y el «inmediatamente ó á mediados de octubre», dadas las distancias, el cansancio y la falta de recursos, debía computarse en el mes de diciembre. ¡El 20 de septiembre habría sido tarde!

Los extractos que siguen mostrarán la persistencia deses-

perada con que el gobernador de San Juan combatía aquel sistema feudal en juicios formados á doscientas leguas de distancia, desoyendo á veces las aserciones del que, en contacto con el enemigo, sabia hasta sus conversaciones, esperanzas y propósitos; y en el remedio próximo ó lejano estaban comprometidas, una provincia que podía ser saqueada de un dia á otro, siete en las que podría prender la chispa mal apagada del levantamiento. Así se contestaba: « Mendoza, septiembre 13: Con motivo del pedido que en fecha anterior hace al señor gobernador Molina de una *compañía ó de un escuadron de caballería* como única fuerza de esta arma con que puedo contar, creo conveniente hacerle algunas explicaciones... Pero esté V. E. en la persuasion de que si nuestra presencia fuese necesaria, el regimiento volará á ponerse á sus órdenes para contribuir á la tranquilidad de San Juan.— *Comandante Segovia.*

« Octubre 13. Veo por su carta del 11 que el *ya* coronel Arredondo debe haber batido al Chacho, y digo batido, porque tengo la mas entera fe en que así sucederá si acaso llegan á las manos, y por lo que me dice el general Paunero en el párrafo de carta que le transcribo, me confirmo mas y mas en esta idea. Espero que las próximas noticias que se digne mandarme V. E. serán mas satisfactorias; y que muy pronto podremos festejar un nuevo triunfo de nuestras armas, ó la pacificacion de La Rioja por cualquier otro medio.— *Segovia.*

¿Había algun otro medio que la victoria para destruir la montonera? Si; el párrafo de carta transcrito decía así: « No obstante que, segun dice el general, es muy probable que no tenga lugar la accion, y que el Chacho trate de llevar á cabo la negociacion entablada.»

El coronel Arredondo transcribía por el mismo tiempo este párrafo de carta del general Paunero datada de Córdoba: «Septiembre 29: Por las noticias que tengo del Chacho debe encontrarse éste en Ota ó en el Chañar (estaba en Atiles, frontera de San Juan). Ha abierto negociaciones conmigo sobre la base de someterse quedando de simple particular en su casa, con tal que nombre gobernador de La Rioja al coronel Arredondo. Le he contestado que admitía el sometimiento de todos ellos, con la expresa condicion de no quedar en La Rioja, alejándose temporariamente

de allí, hasta que el país quede completamente pacificado en todas direcciones. Me cuesta creer que el Chacho acepte estas condiciones, y obro en el sentido de estrecharlo en un círculo de fuerzas, como para acabar de una vez con la montonera de La Rioja.»

En carta al gobernador de San Juan comunicaba el mismo plan, con los nombres de los amnistiados, Puebla, Potrillo, Agüero,, Ontivero, etc., y esta circunstancia característica que «el Chacho le había escrito muy enojado, porque no suspendía las hostilidades, diciéndole que si en adelante quería tratar, se acercase el general en jefe adonde él estaba, que todavía tenía medios de triunfar.»

Tambien al gobernador de San Juan le fué dirigida esta propuesta de pacificacion, y como no quedó de este negociado otro documento oficial, insertamos aquí *in integrum* las notas cambiadas, tales como se publicaron entonces en los diarios:

«Campamento general de los Llanos de La Rioja, Agosto 26 de 1863.

« El General de la Nacion:

« El Excmo. señor gobernador don Domingo F. Sarmiento:

« El que firma, con el deseo de terminar la incesante lucha en que se ve comprometido con las fuerzas mandadas por V. E. de esa provincia y de las demas, ha dispuesto dirigirse á V. E. para que le manifieste cual es el verdadero fin que se propone al hacer á estas provincias y la suya misma, una clase de guerra que no dará otro resultado que el constante derramamiento de sangre argentina, y el exterminio y destruccion total de las propiedades, porque si el infrascrito se ve en el caso de hacer uso de los intereses de su provincia para sostenerse, las fuerzas de V. E. que expedicionan á esta provincia con igual ó menos derecho no solo hacen uso de lo que precisan, sino que destruyen todo cuanto encuentran sin respetar las propiedades y vidas de los vecinos, haciendo así una guerra enteramente vandálica y destructora, muy indigna de un gobierno culto y civilizado, y que si la nacion entera ha puesto en sus manos los recursos con que cuenta, no lo ha autorizado por eso para exterminar á sus habitantes ni destruir y atropellar las propiedades particulares.

« En vista de esta dolorosa situacion á que ha quedado

reducido el país entero, se dirige el que firma á V. E. pidiéndole una explicacion de esta conducta, y de las razones que motivan al Gobierno Nacional á continuar en el tenaz propósito. V. E. sabe muy bien que no solo peleando se triunfa, y que con política y tomar medidas mas conciliadoras conseguirá lo que no ha de conseguir del modo que se propone.

« Persuadido queda el que firma que V. E. en representacion de ese gobierno pesará estas reflexiones é inmediatamente adoptará el camino que queda para terminar la guerra. No se negará el infrascrito ni se negarán sus compañeros de causa á aceptar un medio que sea prudente y admisible, una vez convencido por V. E. y hecha una proposicion justa.

« Queda el infrascripto esperando el resultado de esta y hasta tanto ofrece á V. E. las consideraciones de su aprecio y distincion. Dios guarde á V. E. — *Angel Vicente Peñalosa*. — *Ajenor Pacheco*, secretario en campaña.»

«San Juan, septiembre 2 de 1863.

« Señor don Vicente Peñalosa:

«He recibido una nota firmada por Vd. llamándose « general de la nacion », en la que dice « que deseando terminar la incesante lucha, se dirige á mí para saber cual es el verdadero fin que me propongo al hacer guerra á esa provincia » enumerando los males de ella, y pidiendo las razones que motivan al Gobierno Nacional á continuar en el tenaz propósito, indicándome que « no solo peleando se triunfa, y que con política y con tomar medidas mas conciliadoras, se conseguirá lo que no ha de conseguir del modo que se propone.»

« Sería faltar á la dignidad de un gobierno responder oficialmente á tales proposiciones; pero al contestarlas particularmente como lo hago, he creído que no es del todo inútil quitarle á los que tan impudentes notas le hacen firmar, el pretexto de haber sido desatendidos.

« Llámase Vd. general de la nacion, y con este título se dirige á un gobierno. ¿Obedece Vd. al presidente de esa nacion, manteniéndose en armas? ¿El ser ó haber sido general, le da á Vd. títulos para reunir fuerzas?

« Y al quejarse de los males que Vd. mismo hace sufrir

á La Rioja, ¿obedece Vd. al gobierno de esa provincia, ó está Vd. investido de algun poder legal?

«El Gobierno Nacional, al dar instrucciones para contener las depredaciones cometidas en Rio Seco y Rio de Sauces por gentes armadas salidas de los Llanos, debió contar con que un general de la nacion, como se llama Vd., concurriese con su esfuerzo á mantener la quietud y castigar á los malvados.

«El coronel Sandes se lo indicó así el 5 de abril desde Rio Seco, pidiéndole la captura de los que habian perturbado la paz y que habían vuelto á asilarse en los Llanos. No tenía Vd. que quejarse hasta entonces de haber sido molestado, ni sospechado siquiera de connivencia en el atentado. ¿Qué contestó Vd? Contestó que no los aprehendía porque habían invadido á San Luis y Córdoba por órden suya. Pocos días despues anunció Vd. en una proclama, llamándose general en jefe del ejército del centro, que se proponía obrar una reaccion. Esos mismos que Vd. decía haber obrado por su órden ántes, volvieron á invadir á San Luis, mientras que Berna Carrizo, que Vd. había hecho gobernador de La Rioja, Cárlos Angel y otros de sus partidarios, invadieron á Catamarca.

«Todos estos atentados los había perpetrado Vd. antes que un solo soldado del ejército nacional ni de las provincias hubiese penetrado en el territorio de La Rioja, adonde se dirigieron fuerzas que á fines de mayo lo derrotaron á Vd. en las Lomas Blancas.

«No tiene Vd., pues, disculpa. Como general de la nacion fué Vd. traidor y rebelde, sin que hasta ahora haya podido ni pretendido siquiera alegar un cargo contra el Presidente de la República, que le conservó ese título de general, y que contó con la lealtad que Vd. le debía.

«¿Podría Vd. alegar algun agravio de parte del gobierno de San Juan? Si hoy lo pretendiera, tendrá que confesar que nunca lo manifestó Vd. antes, para ser satisfecho. El gobierno de San Juan tuvo por el contrario motivos de queja de Vd.

«Prescindo de los ganados que á pretexto de marcas desconocidas tomó Vd. de vecinos de Valle Fértil.

«Cuando un Agüero, sanjuanino, á quien mi gobierno no habia perseguido, asilado en los Llanos, entró en las Lagunas y las saqueó de ganados y caballos, llevándose el

botin á los Llanos, estropeando y robando de su dinero y propiedades á varios transeuntes, entre ellos dos franceses, el gobierno de San Juan reclamó, como era de su deber, pidiendo los reos de un delito cometido en su jurisdiccion. No era este un acto de guerra, pues Vd. mismo estaba en paz y reconocia las autoridades nacionales y provinciales. Ordenándole á Vd. su gobierno contuviese esos ladrones, Vd. contestó que habiéndolos desarmado, creia mejor perdonarlos que castigarlos, y esos mismos ladrones son los que mas tarde invadieron por órden de Vd. Rio Seo, Rio de los Sauces, San Francisco, etc.

«Con estos hechos y los posteriores Vd. dejó burlada la confianza del presidente, que con política y con tomar medidas conciliadoras, como Vd. lo propone ahora, creyó que podría pacificar La Rioja. « No se negará, dice Vd., ni se negarán sus compañeros de causa, á admitir una propuesta justa. » ¿Pero quién respondería de la lealtad y buena fé suya y de sus compañeros, para cumplir con lo estipulado ? ¿No engañó ya al presidente ? ¿No ha declarado Vd. que iba á obrar una reaccion contra ese presidente ? ¿ Puede Vd. estorbar á sus compañeros Pueblas, Lisondo y otros, que en medio de la paz invadan las campañas de Córdoba, y San Luis ; Agüero las Lagunas de San Juan ; Varela ó Angel á Catamarca ? Y si puede hacerlo, ¿por qué no lo hizo en abril, cuando Vd. era general de la nacion y gozaba del prestigio que sobre esos cabecillas le han quitado sus derrotas continuas y su incapacidad de hacerse respetar ?

«El gobierno nacional podrá obrar en la esfera de sus atribuciones como mejor lo estime conveniente ; pero yo no tengo autorizacion para dejar impunes la serie de atentados cometidos por Vd. y sus compañeros.

«Mucho debe sufrir la provincia de La Rioja con la presencia de fuerzas nacionales, y mucho mas con las montoneras que Vd. ha reunido, pues ya dice Vd. en su nota que se ve en *el caso de hacer uso de los intereses de su provincia*, como si La Rioja fuese á fuer de llamarse Vd. general de la nacion, provincia de Vd. y suyas las propiedades de los vecinos. Recuerdo que el mismo uso han hecho Vd. y sus compañeros de los intereses de los vecinos de Córdoba, de San Luis, de Catamarca y de las campañas de San Juan donde

sus hordas indisciplinadas han entrado por órden de Vd., y que mayores son los sacrificios que se han impuesto todas las provincias y el gobierno nacional, para resistir á agresiones vandálicas que han tenido por único instigador á Vd., segun sus propias declaraciones y proclamas.

«¿Cuál debe, con tales antecedentes, ser el motivo del gobierno nacional al llevar adelante la guerra en La Rioja? El buen sentido debiera indicarle que no puede ser otro que dar garantía á las vecinas provincias de que en adelante no serán robadas de sus propiedades, invadidas por los aventureros, sus compañeros de Vd. en atentados; y habiéndose Vd. rebelado contra toda autoridad constituida y declarádose general en jefe de un ejército del centro, para una proyectada reaccion, capturarlo, para someterlo al rigor de las leyes. Ese es al menos su deber. Como son jefes del ejército nacional los que han penetrado en La Rioja con tropas disciplinadas á quienes no se permite ó tolera el robo, como lo hace Vd. por impotencia quizá para reprimir el desórden, me creo autorizado á negar los cargos que Vd. hace á su conducta, sin entrar en otros pormenores que sería ridículo discutir con Vd.

«Muchos mas daños puede Vd. inferir todavía á estas pobres provincias, retardando indefinidamente la época de restablecerse de los quebrantos que los desórdenes de Vd. y demas malvados que le acompañan han causado.

«Sería vergonzoso que Vd. solo contra la voluntad de las gentes honradas, obre, á fuerza de destruir propiedades, paralizar el comercio y mantener la alarma, un cambio de la situacion política en el país. Ningun gobierno puede reposar sobre tan desdorosa base, y el gobierno nacional abdicaría todo sentimiento de deber y de honor si consintiese en que por ahorrar sacrificios, prevaleciese ese sistema de irrupciones á las otras provincias, acaudilladas por el primero que lo intente.

«Seguro de que Vd. no tiene de qué quejarse del gobierno de San Juan, que ningun mal le ha inferido ni exigido nada de Vd., tengo el honor de suscribirme su S. S. — *Domingo F. Sarmiento.*»

La dignidad del gobierno estaba por lo menos salvada, y siempre es bueno poder decir: todo se ha perdido menos el honor.

EL CHACHO EN SAN JUAN

Habíase mandado en comision á Buenos Aires al jefe de policía para solver los reparos que la contaduría pudiera hacer á las cuentas de las sumas gastadas en la guerra y anticipadas por el gobierno provincial al nacional. Su inteligencia y probidad, el ser primo carnal de uno de los ministros, circunstancia atendible para ser oido con simpatía, y el haber sido encargado de recibir y entregar caballos, mulas y ganado, lo que constituia el principal ítem de la deuda, hacia de este individuo el mas adecuado para llenar su mision. Llegaba, en efecto, á tiempo de que la contaduría volvía las cuentas con numerosos reparos, concentrados en un largo informe en que se suponía existentes en San Juan numerosas partidas de animales; pero habiendo el señor Rojo presentado los recibos de los jefes del ejército y otros comprobantes, la contaduría declaró en nuevo informe que las cuentas de San Juan estaban comprobadas con superabundancia, aconsejando su pago. Para no volver mas sobre este asunto, añadiremos que despues de concluida la guerra, por un deplorable olvido de lo obrado, se dirigió una nota en nombre del presidente, *estrañando* que no hubiese en San Juan caballos de propiedad nacional.

Pero del viaje del jefe de policía á Buenos Aires queda otro documento que muestra las impresiones de entonces, aún despues de hablar con los ministros. En 25 de Octubre, escribía don Camilo Rojo desde Buenos Aires al gobernador de San Juan: «He recibido sus cartas del 24 y 30 del pasado. Por cuanto en ellas me dice comprendo perfectamente cuál es la situacion de San Juan. No puede ser peor, sobre todo desde que el egoísmo se atrinchera en las decantadas garantías constitucionales, y son muy capaces de que con ellas den al Chacho la provincia y la misma constitucion, para que él las interprete como sabe hacerlo. Todo ello es lamentable, y Vd. sabrá dejar á un lado las mezquindades de los constitucionalistas de nuevo cuño, y salvarlos, para que vean que con la constitucion escrita no se defienden las garantías y el honor de los pueblos. Se necesitan ganado, caballos y otros elementos de guerra, y esos que se esconden detrás de las doctrinas constitucionales, deben salir los primeros. Esta será siempre la manera de hacerse acreedor á

pedir, en estado normal, el respeto y privilegios que la constitucion acuerda á los ciudadanos y á la propiedad.»

El general Paunero en carta del 14 de Octubre, como si en todas partes se presintiesen los estragos que estaba produciendo la circular, y mas el folleto desapiadado que la confirmaba dos meses mas tarde, escribía desde Córdoba: «No creo que ante la inminencia del peligro los sanjuaninos se dejen saquear *inconstitucionalmente* por el Chacho, por no dar á Vd. todos los recursos del modo mas *constitucional* posible; pero si dan lugar á que aquello suceda, que con su pan se lo coman. Mas, la historia y la República le harán á Vd. un cargo tremendo por no haber salvado á San Juan por salvar las formas... ¡El unitario!»

El lector necesita un antecedente para comprender este cargo de unitario. En la *Vida de Quiroga*, de que es complemento este último episodio de la montonera, el autor había hecho el retrato político del antiguo unitario, cuyos rasgos describía así: «el antiguo partido unitario, como el de la Gironda, sucumbió hace muchos años. Pero en medio de sus desaciertos y de sus ilusiones fantásticas, tenía tanto de noble y de grande que la generacion que le sucede le debe los mas pomposos honores fúnebres.

«Me parece que entre cien argentinos reunidos yo diría: este es unitario. El unitario tipo marcha erguido, la cabeza alta; no dá vuelta aunque sienta desplomarse un edificio... tiene ideas fijas, invariables; y á la víspera de una batalla se ocupará *todavía de discutir en toda forma un reglamento, ó de establecer una nueva formalidad legal;* porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde á sus ídolos, la *constitucion, las garantias individuales*... Es imposible imaginarse una generacion mas razonadora, mas *deductiva*, y que haya carecido en mas alto grado del *sentido práctico.*»

¿Era por ventura el que había escrito veinte años antes esto, quien estaba estableciendo en circulares y folletos nuevas fórmulas legales en favor de las garantías individuales? ¿Era él quien carecía de sentido práctico? Lejos de eso, apenas vió que el gobierno nacional insistía en su inoportuna idea, tragándose sus razones, que las tenía muy buenas, salió por donde le permitieron escurrirse, ahorrando al país un feo espectáculo, como sería el de dos funcionarios empleando las formas oficiales para lucir sus habilidades y

ciencia, con detrimento de la autoridad que investían. Hizo mas, y fué alentar á otros gobiernos á soportar la desairada situacion que se les hacía, y sacrificarlo todo en aras del deber. En 31 de agosto escribía al gobernador de Mendoza: « He recibido su estimable del 28, anunciándome los esfuerzos que hace para responder á las exigencias de la situacion. Grima da ver al gobierno nacional, como unos chiquillos, metiendo bulla con el estado de sitio, mientras que nos deja aquí en las astas del toro, esperando nuestros actos y sacrificios para aprobarlos ó desaprobarlos. Y sin embargo, necesitamos ser superiores á todo, ó reventar. Le aplaudo su ecuanimidad y su resignacion. Es imposible que la República toda no le haga justicia y á mí tambien.

« Por la nota que adjunto al comandante Segovia, verá la situacion crítica en que supongo al coronel Arredondo; y si Vd. recuerda el trabajo que nos ha dado la reaccion, batida en todas partes, imagínese lo que sucederá si obtiene una ventaja sobre el ejército de línea que es el único freno que la contiene. Si Arredondo es vencido por falta de caballería, los progresos de la montonera serán incontrastables. »

Pero mucho antes de llegar las dos primeras cartas en que se empujaba al gobernador de San Juan á dar coces contra el aguijon, había éste convocado á los principales capitalistas y ciudadanos influyentes, para exponerles la situacion y la necesidad de conjurarla por un último y supremo esfuerzo. El mal era irreparable sin embargo. El pueblo estaba agotado de recursos, ya cansado de guerra que todos los dias se daba por terminada para principiar de nuevo y exigir nuevos sacrificios, y las circulares habían destruido en el gobierno toda autoridad, en el gobernador toda influencia y respeto. Era aquel una nave sin gobernalle; á éste se le podían ver bajo la banda celeste, las impresiones del látigo de la polémica que había humillado su suficiencia. Su voz al dirigirse á aquella asamblea había perdido la vibrante energía que da la conviccion y el derecho. Ahora hablaba como un amigo á otro, con la desconfianza de quien está leyendo en los semblantes la réplica y la incredulidad.

Expuso, sin embargo, el objeto de la convocacion: Peñalosa estaba interpuesto entre San Juan y el coronel Arredondo; á pie éste, sin poder moverse. Esperaba mandarle unos pocos caballos de Jachal y quizá le llegarían mas de

Mendoza; pero no había momento seguro mientras tanto el cura actual del Valle Fértil, les diría lo que había oído al Chacho en persona, cuando con imponente fuerza había tomado aquella villa; podía el gobernador defender la ciudad con infantería hasta esperar auxilios de afuera; pero no podía salvar los departamentos rurales por falta de caballería; y un dia solo que fuesen ocupados por la montonera, medio millon de pesos costarían las devastaciones, y la guerra se prolongaría indefinidamente con los recursos y hombres que allí tomarian; no había esperanzas de socorro de afuera, habiendo agotado todos los esfuerzos para procurarlos, y era preciso improvisar medios propios de defensa. Pedía, pues, no al patriotismo sino al interés de cada uno, un empréstito para levantar soldados, pagar los pocos en actual servicio y salvar las propiedades.

Nombráronse comisiones, propusiéronse expedientes, indicóse un empréstito de treinta mil pesos garantido por el tesoro nacional y á mas por la provincia; hubo reuniones tres dias consecutivos; bajó el empréstito á diez y siete mil; discutióse de nuevo y bajó últimamente á siete, lo que el gobernador aceptaba, recordándoles lo de las caperuzas del sastre de Don Quijote, por cuyo sistema podría hacer una *defensita*, decía, de valor de mil pesos. Convenido en siete mil, al cobrarlos, algunos se negaron á enterar sus cuotas, y todo quedó en nada. ¡No había gobierno!

¿Era este el caso de seguir las indicaciones del general Paunero, ó del señor Rojo, de tomar los recursos donde los hallase y salvar al país? Pero el gobierno nacional en su segundo escrito había establecido que los *damnificados* podían entablar demanda ante juez, y recuperar con costas lo tomado. Si el Chacho no venía, el gobierno nacional protestaba la deuda hija del miedo ridículo, y el juez la mandaba pagar al que la contrajo.

El 12 de octubre antes de cruzar los brazos, y confiar exclusivamente en la Providencia, comunicando al de Mendoza las últimas noticias recibidas, decía: « Una batalla en Patquia que está á sesenta leguas de San Juan, tendrá lugar en dos ó tres dias de la fecha... Sería, pues, en buena estrategia, llegado el caso de hacer avanzar el regimiento de línea hasta San Juan y en último caso *hasta Jocoli siquiera*, en donde estaría en franquía al primer aviso... »

Era lo que ya había aconsejado, aproximar á las Lagunas el mismo regimiento en vida de Sandes, cuando Arredondo marchaba á Mendoza y debía librarse batalla á Clavero. Como es prohibido avanzar sin dejarse retirada, nunca debe contarse con la victoria para la continuacion de la resistencia. Si Arredondo era vencido ó paralizado en los Llanos, San Juan caía en manos del Chacho, y la guerra continuaba sin término probable.

Una esperanza brilló al fin. El gobierno de Mendoza anunció que el 20 de octubre salían de Mendoza los quinientos caballos pedidos para el coronel Arredondo, convoyados por 140 hombres, mitad de línea al mando del mayor Irrazábal. Hasta el oficial elegido era de buen agüero. En San Juan se prepararon herraduras y herradores, y llegados en efecto el 24, se encontró que la mayor parte no venían en estado de emprender campaña tan larga; pero reemplazando los de servicio de la tropa con mulas, y dándose maña, el 28 estaban al extremo opuesto de la poblacion, prontos á entrar en el desierto, con noventa infantes de línea que se mandaban de refuerzo para la custodia de los caballos de que dependía la seguridad de San Juan, y la movilizacion de la division del coronel Arredondo á retaguardia del Chacho. Por entónces debían haber salido tambien de Jachal doscientos caballos, con buena escolta, que por otra vía tentarían á abrirse paso y llegar al ejército en campaña.

En el campo enemigo había ocurrido esos dias una escena que por singular y característica merece recordarse. Debía tener el Chacho mas de sesenta y seis años á la sazon. Su asombrosa facultad de burlar al enemigo, trasladándose á distancias inconcebibles y nunca presentidas, no ocultaba á sus secuaces su constante mala suerte en los encuentros con quien lograba salirle al paso. Un millar de ellos por lo menos habían perecido en las derrotas, porque los heridos gravemente abandonados á la naturaleza, contaban entre los muertos. En el campo del viejo Nestor había tambien jóvenes Aquiles que fascinaban á la turba con su valor y energía. El mayor Irrazábal, que en Punta del Agua iba lanceando prófugos, llevaba cerca á Ontivero, á quien le oia decir con voz entera: «un oficial viene cerca, levanten los caballos, no dejen el camino;» y otras frases de consejo

y mando para escapar al peligro. Estaba casado en una toldería de indios de la pampa, y este emparentamiento con las tribus salvajes, da siempre prestigios de valor. Los Saa habían hecho su carrera en las indiadas, y sin mas caudal uno llegó á ser brigadier general de la Confederacion en un año de atentados. Ontivero tenía su política tambien, que oponía á la mansedumbre del Chacho, pedía degüellos, confiscaciones para remontar, decía, el partido como en los buenos tiempos de Rosas. Una fraccion de la montonera compuesta de cuatreros de San Juan, Córdoba, San Luis y oficiales de Benavides y perseguidos de la justicia, obedecía sus órdenes, y de la escasa infantería ibase haciendo un pedestal de poder.

Las murmuraciones que excitaban tan largos padecimientos y tantas fatigas, iban creando una oposicion en el seno de la montonera; y cuando Ontivero creyó llegado el momento, se presentó osadamente con un revólver en el rancho en que estaba el Chacho, á echarle en cara su incapacidad de dirigir operaciones, su política tímida y la necesidad de un cambio, ó de lo contrario no seguirían mas á sus órdenes. El Chacho, sin perder su serenidad, no se dejó intimidar un momento, y á su vez enrostró á Ontivero sus *barbaridades*, las contribuciones que había arrancado á vecinos pacíficos de los Llanos, y las maldades y violencias que los deshonraban á todos. La contienda se fué encendiendo, pues este era el punto principal del litigio. Ontivero quería que no hubiese vecinos pacíficos sin ser por esto solo enemigos y tratados como tales; era necesario hacerse temer y así sacarían recursos como Quiroga. Un rasgo de ironía del Chacho, con su golpeado acento, daba sabor acre á la disputa. «Si es tan guapo, le decía el Chacho, ¿por qué corrió en Punta del Agua? No dirá que yo tuve la culpa. Si es tan guapo, amigo ¿por qué no va á buscar á Arredondo que está á pie en La Rioja? Si es tan guapo, vaya pues á San Juan donde gobierna un *dotor*. ¿Por qué no va, pues? Qué ha *dir*, amigo!» Pero el Chacho se sentía atacado en su autoridad de patriarca autócrata, y por la primera vez sometidos á discusion sus actos; y viéndose apostrofado, y desconocida aquella, enderezó, siempre hablando, hácia donde estaba su caballo, y echándose en-

cima con el desgarbo que es de buen tono entre los gauchos, dijo: «á lo que estoy viendo yo estoy por demas aquí y no quiero ser estorbo para otros mejores que yo;» con lo que animó su caballo por la senda que por delante tenía, y siguió sin ostentacion y sin prisa hácia su casa. Muchas veces se ha repetido esta escena en la historia. San Martín en Lima!

La muchedumbre atraída por las voces, viendo á su antiguo jefe alejarse, movida por sus razones, y por escena tan torpe, fué requiriendo los caballos, y uno en pos de otro siguiéndolo por la estrecha senda á paso lento. El movimiento se comunicó á todo el campo; la infantería pidió seguirlo, y Ontivero se encontró al fin solo, con unos cuantos pícaros de su parcialidad. La autoridad estaba restablecida, y el Chacho vuelto á su acostumbrada tranquilidad de ánimo. Al dia siguiente Ontivero se presentó al Chacho y en sentidas palabras le mostró su arrepentimiento, con lo que la concordia se restableció entre los capitanes, y sólo se trató ya de salir de tan prolongada inaccion.

El 29 de octubre por la mañana, reanudemos el hilo de los sucesos, un paisano pidió permiso para hablar con el gobernador de San Juan; dijo ser soldado de la division del coronel Arredondo, haber caído prisionero de la montonera, servido en ella unos dias, hallándose en un ataque en que trataron en vano de arrebatar la caballada que le iba de Jachal.—¿Llegó la caballada? Estamos salvados! fué la interrupcion del gobernador.

El paisano argentino tiene, porque el árabe su abuelo es vivaz, la compostura y calma imperturbable del indio cuando habla. Su gala es no mostrar señales de emocion ó interés.—Pero otra noticia vengo á darle, continuó el paisano, reanudando su historia interrumpida; hallábamonos en Valle Fértil cuando se recibió órden del general Peñalosa de marchar con la gente que allí había y alcanzarlo en los Papagayos, camino de San Juan...—¡Qué!...—Y todos marcharon con Agüero... —¿Pero por las fisonomías creyó Vd. que esto era de veras?—De veras, señor.—¿Y cuándo debe llegar entonces?—Ha debido llegar ayer, ó estar llegando hoy...

Estábanse dando órdenes á los comandantes de una

fuerza de ochenta hombres de avanzada en Angaco, y se buscaba el comandante de cincuenta Guías, situado en Caucete, y entonces sin licencia en la ciudad, cuando la emocion del jefe de policía que llegaba apresurado, hizo anticipar la afirmacion y la pregunta: el Chacho! ¿dónde?—En Caucete.—¿Quién lo dice?—El juez de paz á quien vienen corriendo...—Vuele y haga disparar dos cañonazos de alarma y tocar á arrebato!—No hay tiempo.—Al oficial de guardia de Rifleros, al paso, que corra con los soldados que tenga y se meta en el cuartel de San Clemente!

Los minutos necesarios para requerir caballos y armas bastaron para llegar al cuartel al mismo tiempo que los cincuenta rifleros. La artillería, parque y armamento, estaban salvados á lo menos.

Por todas las calles corrían al llamado soldados y oficiales de guardia nacional al cuartel, y en media hora doscientos, en una trescientos infantes respondian ya de la ciudad. El Chacho ni sus avanzadas se acercaban todavía.

La Providencia que se burla de las combinaciones de la prevision humana, ó se compadece de la suerte de los pueblos víctimas del error de sus mandones, había hecho una de las suyas cuando no pone su visto-bueno para castigo. El vecino que debía proveer de ganado para la marcha al convoy de la caballada, habíalo dado de reses flacas, y el mayor Irrazábal detenídose á cambiarlas por mejores.

Sin este accidente trivial, á esa hora habría desde el dia anterior estado á veinte leguas y necesitado deshacerlas para regresar. Estaba, pues, á seis leguas del enemigo. La provincia estaba salva si solo sabían los hombres aprovechar de esta muda y clemente indicacion de la Providencia. Al mayor Irrazábal se le despachó á la Punta del Monte la órden siguiente: «San Juan, octubre 30. Acaba de tenerse noticia que las fuerzas que se han introducido en el departamento de Caucete constan de cuatrocientos hombres (siguieron llegando todo el dia). En este concepto hará Vd. todo lo posible por caerles encima por la Puntilla de Caucete, y en caso de no poderlo hacer así, tomará Vd. el paso del Alto de Sierra (en frente de la dicha Puntilla) por donde se vendrá Vd. á esta ciudad.»

Era preciso en el entretanto combatir el pánico con la aparente calma y con el movimiento de aprestos. A un viejo militar que sugería avanzar, como era del caso, dos piezas de artillería á la próxima calle ancha, el gobernador mostrándole el puño cerrado, le dijo: —¿Comprende, mi coronel, este plan de operaciones? ¡Los cañones aquí! Defiendo el cuartel y defenderé lo mas que pueda hasta donde dé la cuerda y nada mas. Necesito un punto fuerte para resistir hasta que llegue el regimiento de Mendoza que ya pido, ó Arredondo que ya tiene caballos. Los que no quisieron prepararse, sufrirán en los departamentos lo que Dios les tenga preparado. Yo no respondo por ahora sino de este cuartel.

La artillería estuvo luego en posiciones al frente; la infantería recibió municiones y fusiles flamantes; trescientas cabezas de ganado fueron traídas al cuartel, y cuatro horas despues cuatrocientos infantes tranquilos, llenos de confianza, sin entusiasmo ni algazara, con cuatro piezas de artillería y cien hombres á caballo, podían responder de la seguridad de la ciudad y los suburbios rurales á una legua en rededor.

Caucete está á cuatro exactas de la plaza de armas, mediando un rio y dos leguas de campo salitroso. Un vigía colocado con anteojo en una de las torres de la Catedral pudo pasar cada media hora parte sin novedad por aquel lado. El mayor Irrazábal había acusado recibo de la órden; y mas tarde, de hallarse en movimiento en busca del enemigo seis leguas á su retaguardia. ¿Qué se aventuraba en caso de mal éxito? Los noventa infantes de línea podían echarse al rio y con la noche cubrir su retirada á la ciudad. De la caballería, ciento veinte milicianos se dispersarían, y los setenta y cinco de línea, dejando algunos muertos, se retirarían formados con su jefe. ¿Qué se ganaba si el golpe salía bien? Salvar medio millon de propiedades saqueadas, ganados, caballos, mulas, en Caucete, Angaco, Albardon; estorbar el levantamiento de mil parciales de la montonera; evitar que proveyéndose ésta de medios de movilidad, prolongase la guerra seis meses con ventaja, Dios sabe con qué consecuencias.

A la caída del sol, con el anteojo del vigía se veía primero mucho polvo dentro de una calle de álamos, la principal de

Caucete, y todo el paisaje circunvecino despejado; mas tarde, unas líneas ténues á guisa de celajes en el médano pálido que se divisa mas lejos sobre la faja verdinegra de las bellas plantaciones de Caucete y á la falda del Pie de Palo. ¿Serán derrotados?— Nuestros no, porque lós polvos vendrían hacia el rio. El crepúsculo enturbió aquellas fugaces imágenes; y luego la noche hizo caer lentamente su negro telon sobre el proscenio donde acaso se estaba jugando la suerte de la República, ante dos espectadores silenciosos y preocupados que trataban de adivinar desde una torre por platea, lo que representaban en aquel lejano teatro. ¿Una tragedia? La noche avanzaba en silencio. Los fuegos de los vivaques en la Plaza de Armas en que estaba la pequeña, pero robusta fuerza, dejaban ver caras serenas y varoniles. En el cuartel un estado mayor de oficiales y empleados civiles, trataba de interrumpir el silencio que á cada rato se hacía, especie de sueño de la angustia. Uno dijo: les contaré á ustedes un cuento. Un viajero inglés se había internado en los bosques de la India, y llevado del ardor de la caza, olvidádose de las horas. La noche lo sorprendió, y hubo de asilarse en un *bungalow*, rancho construido exprofeso para refugio contra las fieras que pululan en aquellas selvas. No bien entraba cuando un enorme tigre de Bengala que lo había olfateado, bramó á cierta distancia, y llegó á poco á la puerta del *bungalow*; pero como por la oscuridad no se atreviese á entrar, acostóse gruñendo y azotándose los flancos con la cola. Y mi inglés y el tigre pasaron así la noche contemplándose el uno al otro. Ya se puede calcular quien á quien se la juraba para cuando amaneciese el dia siguiente. El pobre inglés se echó en brazos de la muerte; pero como no es posible estarse muriendo de miedo toda una noche sin descansar un rato, el inglés empezó al fin á sacar cuentas á solas. Primero se acordó de sus caballos y perros, despues de su familia, y en seguida de la Inglaterra, porque era muy amante de su país que acaso no volvería á ver; en seguida recordó los peligros de que había milagrosamente escapado en doce años de viajes, cuatro naufragios, dejado por muerto por los beduinos, y cien percances mas; y luego el cuerpo es una filigrana que uno no sabe como vive, con mil reflexiones mas ó menos filosóficas, que lo lleva-

ron á la conclusion de que es mas difícil morir que lo que muchos se imaginan; luego, se dijo, de alguna manera habré de salir del aprieto.

Ya empezaba á aclarar y el tigre á menear la cola y á relamerse los bigotes, cuando el inglés creyó oir á lo lejos ladridos de perros. El tigre echó una mirada de soslayo hácia donde se oia el ruido, y el inglés se le rió en sus barbas diciendo para su colecto: era ¡seguro, de alguna manera se salva uno. Esta es la moral del cuento: ¡escuchen por si ladra algun perro! Entraba á la sazon un comandante que depositó con precaucion al oído del jefe esta frase: ¡un derrotado que llega!

Examinado aparte dijo que se habían batido en Caucete y sido derrotados.—¿Y el mayor Irrazábal?—No lo ví en la confusion.

Dos derrotados mas, un oficial. Interrogado éste dió mejores detalles, sin saber más del paradero del mayor. Un soldado de línea, herido; un sargento de línea; tres mas de línea, heridos; siete por todos. ¡Estábamos frescos! Teníamos en heridos la décima parte de la tropa de línea, y si había tantos muertos y otros tantos dispersos, habia un tercio fuera de combate. Tiempo era de pasar oficio á Mendoza sobre lo ocurrido pidiendo que acelerasen la marcha, y avisar por vía que se les indicaba el dia que estarían en tal punto, para hacer una salida con la infantería. ¡Oh, si hubieran avanzado siquiera hasta Jocolí cuando se les previno! El chasque á la puerta, la nota lacrada, todo quedó ahí, porque heridos y sargento decían que despues de un terrible encuentro á pié firme donde ellos quedaron, el mayor seguía adelante con una *poquita* gente y se perdió en la nube de polvo.

Una disputa se oia en la cuadra vecina.—¡Aunque sea oficial miente!—Yo he salido despues que se ha acabado todo.—Yo llevé la infantería.—Hemos triunfado. ¿Ladraban al fin los perros? Era el ayudante D. Ignacio Sarmiento vecino de Caucete, que había sido sorprendido allí por la entrada de la montonera, tenido tiempo de despachar su familia, y escondídose en los montes para saber la verdad y traer noticias. Viendo desde su escondite pasar al mayor Irrazábal, se le incorporó, asistió al combate, tras-

ladó á su casa á los heridos y aconsejó volviendo atrás al capitan de infantería que se mantenía en la calle por falta de órdenes, montar en sus mulas la tropa é ir al alcance de Irrazábal que con solo setenta hombres iba arrollando una montonera de ochocientos. A tiempo llegó la infanteria de que la montonera avergonzada de huir delante de aquel puñado de valientes, se rehacía y presentaba de nuevo batalla. La infantería echó pié á tierra tendió una guerrilla, el sol se entraba á la sazon, y la montonera dando la espalda, enderezó los caballos al desierto, sin haber comido ese dia, muerta de sed y de fatiga, y sin dormir dos!

Las campanas anunciaron al pueblo tan fausta nueva á las once de la noche, el parte escrito se recibió á las dos de la mañana, se trascribió á Mendoza para que no hiciesen tarde lo que debió hacerse diez dias antes, y todos reposaron de un dia de labor, sobresalto y emociones comprimidas.

En el parte del encuentro de Caucete se recomendaba al mayor Irrazábal en estos términos: «Hoy que sabemos que Peñalosa al frente de 1.200 hombres perfectamente montados y con el desierto y la desesperacion á la espalda, no ha podido resistir al mayor Irrazábal que lo combatía con ciento treinta hombres en definitiva... S. E. comprenderá que este hecho de armas, coloca al mayor Irrazábal y los valientes que lo acompañaron en el rango de los héroes. Riobamba con Lavalle, ó Angaco con Hacha, solo pueden presentar hazañas de este género».

Y al mayor: « Al darle la órden á las nueve y media de la mañana del dia de ayer, de caer sobre el enemigo, sabiendo pequeña fuerza con que Vd. contaba, y no pudiendo hasta esa hora conocer con certidumbre la del enemigo, estaba seguro de las vigorosas manos á que encomendaba la suerte de la provincia. El infrascripto se complace en tributar á su valor personal y pericia militar el homenaje de la gratitud de un pueblo, recordándole que fué el jefe que le acompañó en 1861, en la expedicion á San Juan, que vió en Vd. y sus treinta soldados, las primeras avanzadas del ejército libertador. »

LAS COSAS COMO SON

Tres dias despues de esta noche angustiosa, el gobernador de San Juan, dejaba la procesion religiosa que bendecía el nuevo cementerio el dia de ánimas, para trasladarse á Caucete á dar un abrazo al coronel Arredondo, que si bien llegaba dos dias despues de terminado todo, había encontrado la montonera en fuga y héchole ciento y tantos prisioneros. «Por salvarlo, coronel, le dijo, he salvado á San Juan y me he salvado yo! ¡Qué dia el 29!» El coronel Arredondo, poniéndole una mano sobre el hombro, le replicó: «Pero fué un solo dia! Imagínese lo que sería para mí cinco mortales, tirado en el campo, con mi division á pié, apenas me llegan sus caballos y los que mandaban de Chilecito y salgo en busca del Chacho, sé por las mujeres y los licenciados, que me llevaba dos dias adelante á San Juan. No he dormido ni comido de afliccion temiendo lo que habría sucedido, hasta que divisando la montonera de regreso, comprendí que había sido derrotada, sin poder atinar cómo ni con qué fuerzas!»

Al huir de Coucete, Ontivero tomó con un grupo de sus parciales el camino de las Lagunas, en el que robaron una tropa y se dirigió á San Luis, adonde se hallaba por segunda vez el general Paunero, acaso á fin de colocarse en posicion conveniente para dirigir la guerra. Creyendo que aquel grupo era todavía un núcleo persistente de montonera, pidió á Mendoza el regimiento de línea. Regresado éste á Mendoza, con la dispersion de los grupos, un mes despues apareció una indiada al frente del Fuerte Mercedes al sur de San Luis, acaudillada por Ontivero, que volvía por este medio atroz á probar fortuna. Habiéndose acercado á la débil trinchera con ánimo de reconocerla, un francés, se dice, le puso una bala en la frente y lo dejó tendido. Los indios amedrentados volvieron bridas hácia sus toldos, terminando con un tiro y un muerto esta última intentona de aquel bandido.

Así acabaron su existencia el Chacho y Ontivero, y así desapareció batida, escarmentada y destruida, la montonera de los Llanos que principió con Quiroga en 1826 y continuó sus depredaciones con el Chacho hasta 1863. Si la guerra

civil ha de encender en adelante sus teas en la República Argentina, no será ya en Atiles, en Santa Fe, ó arroyo de la China, donde se alzará el pendon de la rebelion de paisanos de á caballo.

Como elemento de guerra acabó por ser impotente, y la derrota en Pavon de sus representantes políticos, ó en Caucete de su núcleo primitivo, ha puesto fin al movimiento. El ferrocarril transformará la pampa dentro de poco, y los recuerdos de sus escenas y sus héroes quedarán mejor que en las novelas de Cooper, en tipos reales y en leyendas populares.

Pero la montonera sucumbió en Caucete ante la completa rehabilitacion de la caballería regular que, con Irrazábal, aquel dia tocaba á su apogeo de consistencia y empuje, acometiendo sin vacilar fuerza númerica infinitamente superior, pugnando sin desconcertarse hasta vencer la resistencia y dar la victoria. Desde el 2º de coraceros, último cuerpo de caballería que quedó organizado despues de la guerra del Brasil, no se había repetido lo que con aquel cuerpo era frecuente, á saber, mandar una mitad de caballería á disipar un grupo de montonera, sin contar su número, y conseguirlo siempre.

El hecho de armas de Caucete era, pues, lo que los franceses llaman una accion *d'éclat*, y su ejecutor acreedor á la distincion que en todos los ejércitos se concede á estos rasgos de valor; pues que en Irrazábal no era solo digno de premio el empuje mecánico de su regimiento, sino el acometer sin vacilar la empresa, pues desde que recibió la órden de contramarchar, sabía que se le encargaba hacer algo mas que medirse con fuerzas iguales. Así fué recomendado en el parte en que su jefe accidental daba cuenta al general del ejército, y así estaban obligados á estimarlo.

Acaso por un error involuntario, se cometió entonces un equívoco de palabras que oscureció una parte de la verdad de los hechos. El triunfo de Caucete que acababa con una guerra tan obstinada, no era simplemente el resultado del encuentro material de dos fuerzas de caballería. Al darse parte al Presidente se hacía aparecer al mayor Irrazábal como jefe que obra de su propia cuenta, y á los gobernadores de San Juan y Mendoza como simples órganos para trasmitir la noticia.

El parte de Irrazábal al gobernador de San Juan, sin embargo, principiaba diciendo: «Inmediatamente de recibir sus órdenes me puse en marcha desde la Punta del Monte;» y ese gobernador era un coronel del ejército que al dar la órden á un jefe de vanguardia, estaba con la espada al cinto al mando de una division de las tres armas. Ni casual era la presencia de un escuadron de línea en San Juan, sino resultado de anteriores planes de guerra, fundados en la práctica y conocimiento de las necesidades de la campaña (1).

Con Irrazábal triunfaba su jefe accidental no solo del Chacho, sino de las resistencias que había encontrado para hacer prevalecer su plan de operaciones, que consistía en movilizar á Arredondo inutilizado en La Rioja, y en lugar de darle milicia de caballería sin caballos, avanzar de Mendoza un piquete de línea. No creer que pudiesen ser dispersadas por la montonera en La Rioja otras montoneras de caballería catamarqueña ó sanjuanina, era tener muy mala memoria los que habían visto correr tres mil hombres en Cepeda y ocho mil en Pavon; era olvidarse de lo que estaban cansados de oirle al general Paz, que por falta de 500 hombres de línea no se constituyó la República en 1831. Si no es de línea la mitad del escuadron de Irrazábal, y acaso si no es él quien lo manda, por serle conocidas á su jefe sus cualidades, no hay combate de Caucete, y el Chacho pasa á Jachal cuando Arredondo hubiese llegado á pie por las peñas, y levanta dos mil hombres y se provee de seis mil caballos que eran la última parada en aquel juego. En toda la campaña han debido destruirse mas de diez mil, y estos destruidos, no había reemplazo fácil. La montonera ha muerto ante su mortal enemigo, la razon ilustrada por el conocimiento de sus calidades y de sus defectos, y la caballería de línea.

La circular despojando á los gobernadores de las facultades inherentes al gobierno para sofocar insurrecciones, merecía tambien una medalla. Sin su accion desmoralizadora, no habría habido en San Juan un osado que

(1) « Córdoba, septiembre 28. — Por lo que á mí respecta, en lo que puedo alcanzar á esa inmensa distancia, me es muy agradable decirle que segun lo acordado con Rojo (el comisionado de San Juan) ordeno á Segovia que disponga inmediatamente la marcha de 150 hombres de caballería, entre ellos la mitad de línea, todo á la órden del mayor Irrazábal, y tomando 500 ó 600 caballos, haga Vd. marchar á reforzar y remontar á Arredondo. — PAUNERO. »

diese ganado hético para alimento de los soldados; y á la demora de un dia para cambiarlo, se debió la salvacion de San Juan. *A quelque chose malheur est bon!*

La legislatura de San Juan decretó al mayor Irrazábal una espada de honor, y al regimiento número 1º un estandarte con cuatro medallones de sus cuatro encuentros con la montonera, los nombres inscriptos entre laureles de oro.

Una órden del dia del ejército vituperó, sin embargo, en el mayor Irrazábal la ejecucion sin formas del Chacho, y todo quedó por entonces dicho. ¿Había justicia en esa condenacion? ¿Había alguna conveniencia política? ¿No era esta órden del dia prima hermana de la circular sobre el estado de sitio y de las tentativas de tratados con el Chacho? Este es un asunto muy grave y merece examinarse. Las instrucciones del ministro de la guerra al gobernador de San Juan, le encomendaban *castigar á los salteadores*, y los jefes de fuerzas no castigan sino por medios ejecutivos que la ley ha provisto; y cuando son *salteadores* los castigados, los ahorcan si los encuentran en el teatro de sus fechorías. La palabra *outlaw*, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando á los comandantes de milicia á ejecutar á los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal.

En la carta confidencial que confirmaba y explicaba esas instrucciones, estaba mas terminante el pensamiento: «Digo á Vd. en esas instrucciones que procure no comprometer al gobierno nacional en una campaña militar de operaciones, porque dados los antecedentes del país, no quiero dar á ninguna operacion sobre La Rioja el carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras, *quiero hacer en La Rioja una guerra de policía.* La Rioja se ha vuelto una cueva de ladrones que amenaza á los vecinos, y donde no hay gobierno que haga ni la policía de la provincia. Declarando *ladrones* á los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reaccion, lo que hay que hacer es muy sencillo.»

Aquellas instrucciones se recomendaban ademas como muy meditadas; y en esta parte, sus disposiciones mostraban que lo habían sido. El asalto de las Lagunas y

salteo de pasajeros, salidos los salteadores de los Llanos y vueltos á ellos con el botin, negándose el Chacho por un documento público á entregarlos á los tribunales que los reclamaban, lo constituían ante las leyes jefe de banda, y lo ponían fuera de la ley; pues ni el derecho de gentes concede asilo á esta clase de delincuentes que atacan á la sociedad. Cuando el coronel Sandes, sin entrar con la fuerza nacional en la usurpada jurisdiccion del Chacho, le intimó entregase los reos de ese mismo atentado, y del saqueo é invasion de Rio Seco y campañas de Córdoba, contestó, tambien por escrito, que mal podía hacerlo cuando obraban Ontivero, Potrillo, Agüero, etc., por sus órdenes; y siete meses duraron las excursiones de aquellas gavillas, amenazando cuatro ciudades, apoderándose de una, y esparciendo la alarma por toda la República.

¿En qué estaba la falta del sucesor de Sandes, haciendo la policía de La Rioja, donde no había gobierno, al ejecutar al notorio jefe de bandas? ¿Cuáles son los honores de partidarios políticos que no habían de concederse á los ladrones?

Las leyes de la guerra entre dos naciones favorecen á los pueblos, cuando desconocen la autoridad de los gobiernos hasta entonces establecidos; pero esto no es sin condiciones. Esos pueblos deben para ello estar representados por gobiernos regulares, aunque revolucionarios, defendidos por ejércitos organizados, y manifestar propósitos políticos, como el deseo de independencia, la destruccion de una tiranía, etc. Cuando la sublevacion no asume esta forma, el acto puede ser calificado de bullicio de ciudades ó partidos, de motin militar, sedicion, etc., y cada uno de estos casos tiene leyes especiales para su correccion.

El crímen de la política de Rosas que ha hecho execrable su nombre, estaba en que mantuvo veinte años la pena de muerte aplicada á prisioneros, jefes ilustres del ejército y ciudadanos pacíficos, con agravacion de crueldades horribles. El partido político que combatía su tiranía salvaje, se componía de las clases cultas de la sociedad, representadas en la guerra por los mas ilustres generales de la independencia. Los pueblos que resistían su usurpacion de poderes, tenían gobiernos re-

gulares, que ni revolucionarios eran, tales como la Liga del Norte, compuesta de Tucuman, Salta, Catamarca y La Rioja; la posterior de Corrientes, Entre Rios, Córdoba y las otras provincias, cuyos ejércitos de tropas regulares mandaron los generales La Madrid, Lavalle, Paz, Hacha, etc. Cuando éstos fueron vencidos en las provincias, el Estado del Uruguay, nacion independiente, entró en guerra con Rosas, y la guerra se hizo con esto internacional, lo que no hizo de parte de Rosas abandonar el sistema de exterminio de prisioneros de guerra y presos políticos.

El general Paz se decidió al fin en la defensa de Montevideo á usar de represalias, como se le había aconsejado en una memoria escrita, de que tuvo conocimiento el Dr. Alsina un año antes, cuando aquél mandaba las fuerzas del gobierno de Corrientes.

La persistencia misma de aquella resistencia que duró veinte años y comprometió á dos generaciones hasta derrocar al sangriento tirano, era un título y una justificacion de los motivos. Los Estados Unidos declarando rebeldes á los Estados del Sur en armas contra su gobierno, trataron á sus prisioneros segun las prácticas del derecho de gentes entre naciones, aunque no reconociesen ni á los gobiernos ni á los generales que los sostenían.

El idioma español ha dado á los otros la palabra *guerrilla*, aplicada al partidario que hace la guerra civil, fuera de las formas, con paisanos y no con soldados, tomando á veces en sus depredaciones las apariencias y la realidad tambien de la banda de salteadores. La palabra argentina *montonera* corresponde perfectamente á la peninsular de *guerrilla*. El partido unitario, no teniendo á su favor los paisanos á caballo de las campañas, no tuvo sino por accidente montonera ó guerrilla en su defensa. Combatía, por el contrario, á los gobiernos que la montonera había impuesto á las ciudades.

Las *guerrillas* no están todavía en las guerras civiles bajo el palio del derecho de gentes. Cuando en la de los Estados Unidos fueron rendidos los ejércitos regulares de Lee y Johnston y sometida Richmond, el gobierno dió órden á sus jefes en campaña de pasar por las armas como á salteadores á toda *guerrilla* que persistiese en continuar la guerra de depredacion ó recursos por su

propia cuenta, y fueron ejecutados cuantos cayeron en poder de las partidas, en lugar de su aprehension, y por el jefe que los tomó, como lo fué el Chacho, en las mismas condiciones, y por las mismas órdenes del gobierno, dadas desde el principio de la guerra de *policía,* sin los honores de guerra civil, castigándolos como á *salteadores.*

Y si los Estados Unidos han protestado contra el decreto del emperador Maximiliano, que declaró *guerrillas* á los generales y partidarios mejicanos que no reconocen el imperio, es precisamente porque faltaba á la verdad de los hechos, suponiendo en el mismo decreto que el presidente Juarez había salido del territorio mejicano y porque los mejicanos sostienen sus instituciones antiguas y su independencia contra un gobierno nuevo y de orígen extranjero, aunque algunos lo hayan reconocido. El imperio es el gobierno revolucionario y no el de Juarez.

¿Cuál era á la luz de estos principios la situacion del Chacho? Jefe de *guerrilla* durante veinte años, invadiendo ciudades y poniéndolas á saco ó rescate; general de la nacion que no obedecía á su propio gobierno y obstruía la accion de la justicia amparando á los reos de salteo calificado, sublevado contra su gobierno, y esforzándose en obrar una reaccion sin bandera, manifiesto ni principios. Ningun gobierno de provincia prestó su apoyo á este proyecto, sin excluir el de Córdoba, entregada momentáneamente por un motin de cuartel. Ningun general de la República le dió su concurso, sin excluir al general Urquiza, cuyo nombre invocaba, pero de cuyo egoismo é inaccion se quejaban altamente en correspondencias interceptadas, lo que probaba que tomaba su nombre en vano. Ningun hombre notable del partido de la depuesta Confederacion se adhirió á su causa, ni escritor alguno trató de darla formas. Sus jefes eran salteadores y criminales notorios, soldados y sargentos desertores, ó lo mas abyecto ó lo mas rudo de los viejos partidos personales.

Chacho, como jefe notorio de bandas de salteadores, y como *guerrilla,* haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía, en donde fué aprehendido, y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fe-

chorías. Esta es la ley, y la forma tradicional de la ejecucion del salteador.

Algo mas justificaba aquel acto. Que no había justicia en el país en que tales cosas sucedían, lo probaban veinte años de impunidad, el tratado de 1862 como lo entendía el Chacho, y el no habérsele cerrado las puertas á un segundo, cuando sintiéndose vencido, se acogía al habitual indulto. Las sociedades humanas tienen el derecho de existir y cuando las organizaciones que establecen para castigar los crímenes son ineficaces, el pueblo suple á la falta de jueces en país despoblado. Cuando los deportados y bandidos tenían en California periodistas, jueces, empleados públicos y abogados de su banda, hallándose que la ley comun no los alcanzaba, el pueblo, es decir, los robados, los asesinados, sin deponer á los jueces ordinarios, organizó una justicia de conciencia y ejecutó á los audaces bandidos, sin que el presidente de los Estados Unidos quisiese intervenir en defensa de las formas violadas. El mundo sancionó con su aprobacion este acto. El *brigandaje* napolitano fué así perseguido.

El mayor Irrazábal había visto morir á su jefe á consecuencia de heridas recientes, una puñalada aleve dada en la oscuridad de la noche por asesinos que cobijaba el Chacho, y un balazo en el cuerpo, en tiempo de paz, en los Llanos, mandado por asesino que el Chacho no castigó.

Sandes, Albarracin, Salcedo, los Moral y mil muertos mas, fueron vengados en Olta, y seis provincias levantaron las manos al cielo en señal de aprobacion. ¿Habríanlo sido sin la expedita ejecucion militar del mayor Irrazábal?

LA JUSTICIA DEL ESTADO

Hemos dejado para tratar por separado un incidente de la guerra que á muy serias resoluciones dió lugar y marca con mas claridad la fisonomía de la política que prevaleció. El 13 de abril fué derrotado en Mendoza Clavero, quien escapó al sur, tratando de refugiarse entre los indios. Habránse notado durante toda la lucha estas concomitancias de la montonera con los indios salvajes del desierto. Los

Saa, Ontivero, son hijos adoptivos de unas tribus; Clavero se dirige á sus toldos, y por entre los claros que dejan las guarniciones de frontera, asoman siempre los indios. Asaltadas las Achiras en San Luis por una indiada, su grito de guerra mientras saquean es ¡*viva el Chacho*!; el último acto del drama despues de Caucete, es la aparicion de los indios en Mercedes. La causa de estas relaciones es que entre el gaucho de á caballo y el indio de la pampa, la línea divisoria en fisonomía, hábitos é ideas es tan vaga, que no acertaría cualquiera á fijarla.

Muchos se asilan en los toldos y viven años del pillaje de las propiedades de los cristianos, adquiriendo entre los indios posicion é influencia con su valor ó su prudencia. Clavero vagó largo tiempo en los campos de Malargue, y al parecer desconfiando de librar su suerte á los indios. Seguianlo cinco gauchos, y entre ellos un indio cristiano tomado cautivo cuando niño. Éste concibió la idea de entregarlo al gobierno de Mendoza, se confabuló con algunos de la partida; y al estar asando un pedazo de vaca al fuego, los conjurados se apoderaron de las armas, y ataron á Clavero, que fué conducido á Mendoza, y en San Juan recompensado el indio, aunque no con los miles que el gobierno de los Estados Unidos ofrece por la entrega de los reos. Este fué remitido á disposicion del comandante general de armas de Mendoza y San Juan, y luego de saberse su captura, llegó órden del ministerio de la guerra para que poniéndolo á su disposicion, éste lo sometiese á juicio.

Clavero no era ni salteador, ni encubridor, ni caudillo, ni gaucho malo. Era un viejo veterano de granaderos á caballo del ejército de San Martin, que á fuer de antiguo soldado y de valiente había llegado á coronel al servicio de Rosas y de la montonera. Ignorante, no mas malo que los otros, había sido condenado á muerte por un consejo militar en Buenos Aires por motin y despues perdonado. Había sido un año antes el jefe de Saa, que mandó matar al Dr. Aberastain en la calle del 'Posito, yendo en marcha hácia la ciudad tropa y prisioneros escapados á la brutal matanza de la Rinconada.

Emigrado en Chile y de acuerdo con el Chacho pasó la cordillera por el sur para secundar el movimiento de los

Llanos, sorprendió dos fuertes, allegó gentes y avanzó hasta pocas leguas de Mendoza, donde fué derrotado.

El Estado, en los crímenes que atacan su existencia, cualquiera que la forma del gobierno sea, no entra en litigio con sus enemigos ante los tribunales creados para arreglar cuestiones individuales, sino que tienen sus leyes especiales y sus jueces que proceden rápidamente y sin las formas ordinarias. Son aquellas las leyes militares y los consejos de guerra. El delito está en todas las naciones bien definido, y la competencia del juez la establece el cuerpo del delito. ¿Se ha cometido con armas del Estado con intento de subvertirlo? Es reo de delito militar, sea soldado, paisano ó mujer el complicado, porque no ha de decirse que la bala ó la bayoneta en manos del paisano es menos mortífera que la del soldado en servicio actual. El comandante general de armas nombrado para hacer la guerra, es juez de la jurisdiccion que se le señale, cesando los jueces del crímen ordinarios en sus funciones en todo lo que á la guerra concierne. Esto es así en España, en Inglaterra, Estados Unidos y en la República Argentina, porque allí como en todas partes el soberano se basta á sí mismo para su preservacion.

Estos principios los practicaba el gobierno nacional, puesto que mandaba juzgar á Clavero por el comandante general, único juez en causa de armas. Nombróse consejo de guerra de oficiales generales, aunque el ministro de la guerra creía, en carta particular, que bastaría el ordinario, por haberse encontrado en el escalafon de la Confederacion el nombre de Clavero reconocido coronel, y no estaba dado de baja.

La sentencia venía de suyo. Había tomado plazas fuertes, atacado á las tropas nacionales, dado muerte á soldados y declarádose en rebelion, de su propio motu, contra el Presidente, y sin un gobierno revolucionario ó sublevado que lo autorizase. Pasóse en consulta al Presidente la sentencia de muerte, como lo manda la ordenanza en caso de que el reo sea oficial, y ahí paró el asunto cuatro meses, hasta que muerto el Chacho, el ministerio de la guerra comunicó al gobernador de San Juan un proveído, que no venía en los autos, pues que éstos quedaban en su ministerio, declarando nula la sentencia pronunciada en consejo de guerra, por no

estar el reo al servicio del Estado en la época de cometer el delito, y mandando pasar la causa al juez federal de la provincia ó al de Mendoza, si allí no lo hubiere.

El gobernador, que no era ya comandante general, mandó el reo en el acto á Mendoza, porque si juez federal hubiese habido en San Juan, no tenía éste jurisdiccion sobre delito cometido en Mendoza, donde estaba lo que se llama el fuero de la causa.

El público presintió lo que la ley ha previsto desde que se creó la jurisdiccion militar para estos delitos, y es que los tribunales ordinarios lo dejarían impune.

Resultaba de esta resolucion que el soldado que defendía con su vida al Estado, estaba condenado por ello á los rigores de la ley militar si delinquía; pero que el traidor que lo mataba con el confesado propósito de destruir el gobierno, estaba favorecido por las leyes civiles, y no podía juzgársele sin las garantías de todos los trámites, pruebas, dilatorias, excepciones y artículos de que los litigantes se valen para parar si pueden la accion de la ley cuando afecta á un individuo contra otro.

No recordaríamos este incidente, si él no hubiese dejado establecido en principio que el ejecutivo queda en adelante desarmado para su propia conservacion, y abolidas las leyes é instituciones que lo protegen, cosas que no están, por sagradas y fundamentales, á merced de la simple rúbrica de un ministro de la guerra.

¿Por qué no usaba el Presidente de su derecho de perdonar, conmutar la pena, ó absolver al reo, si tal era su deseo, pues para estos fines manda la ordenanza consultar al Rey la sentencia?

¿Por qué no declarar nulo el procedimiento en virtud de algun vicio en la secuela del juicio, sin ir á tocar la jurisdiccion militar misma que quedaba para todos los casos abolida? Y la causa ofrecía pretextos en que escoger para darle esta salida á la lenidad, indulgencia, política, ó llámesele como quiera! El defensor de Clavero había en un escrito acumulado causas de nulidad con esa profusion que ostentan los abogados cuando el crímen es evidente y la pena es de muerte. Se recusaba al presidente del consejo, por cuanto en una proclama, al aparecer Clavero, había dicho que lo aguardaba la horca. Es, sin embargo, este el

lenguaje textual de la ley, que dice de los que asaltan plazas fuertes: « morirán *ahorcados en cualquier número que sean.* »

Ahora veamos cuál era la práctica de los Estados Unidos, ya que la de las demas naciones sería desechada por monárquica, al mismo tiempo que tal declaracion se hacía, no olvidando que allí había verdadera guerra civil con gobiernos, propósitos y ejércitos definidos, mientras que en la República Argentina eran bandas de salteadores unos, aventureros otros, sin antecedentes políticos, sino es su ignorancia y sus crímenes.

Durante la guerra todos los Estados amenazados, los leales y los rebeldes, estuvieron bajo la exclusiva jurisdiccion de los comandantes generales de los distritos militares, con suspension de la jurisdiccion de las cortes ordinarias, ya federales, ya de estado, en todo crimen que á la tranquilidad pública afectase, sin excluir diputados al congreso, juzgados militarmente por consejos de guerra, diarios suspendidos por el comandante militar á causa de discursos ó escritos hostiles.

Concluida la guerra, á fin de asegurar la tranquilidad, se estableció *la oficina de libertos*, administracion militar con jurisdiccion judicial para todo lo que se refiriese á los motivos de la guerra y sus efectos, contratos de los negros libertos, reyertas entre federales y confederados. Cuando un reo pedía el privilegio del *habeas corpus*, el juez civil negaba el escrito, por ser militar la prision y militar el juez.

Declarada por el Presidente restablecida la paz un año despues de haber cesado la guerra, y por tanto haber entrado el país todo en el estado normal, fuéle consultado desde Georgia: « ¿Está suspendida aquí la ley marcial? Si tal sucede no puede proceder el general N. á prender individuos que han injuriado á libertos ó á refugiados leales. » El ministerio contesta por telégrafo: « Abril 16 de 1866. La proclamacion del Presidente no suspende la ley marcial ni en manera alguna influye sobre la accion legítima de la *oficina de libertos.* Pero no sería conveniente recurrir á los tribunales militares en ningun caso en que puede obtenerse reparacion por medio de las autoridades civiles. »

En el juicio seguido por la comision auxiliar de Alejandría en marzo de 1866 contra los autores de una revuelta, el

Presidente mitigó las penas cuando la sentencia le vino en consulta, sin declarar nulo el procedimiento. Y siendo análogo el delito al de Clavero, citaremos parte de los cargos deducidos contra los reos : « asalto y violencia con intencion de matar; y estando empeñados en perturbar la tranquilidad pública en oposicion y contra el gobierno de los Estados Unidos... la comision los sentencia á quince años de reclusion y trabajo forzado, etc., etc. »

Proclamada la paz, un juez da el escrito de *habeas corpus* al general Gee sometido á juicio militar. Consultado el Presidente, contesta á la comision militar « que no entregue el reo, tanto mas cuanto que la causa se había iniciado antes de la proclamacion, y debe continuar en el tribunal que la comenzó. Sin embargo, recomendaba seguir la causa, no sentenciarle y mandarle el proceso para verlo « porque el Presidente es el juez supremo en juicios militares ».

Podemos en vista de estos hechos designar claramente la manera de proceder y la ley del caso. En alborotos y bullicios de ciudades, desórdenes de elecciones, rescate de reos por fuerza de número, rige la ordenanza de Cárlos III que hace civiles estos juicios, aunque tomen en ello parte militares.

En el caso de ataque de fuerzas, sublevacion de tropa, toma de plazas fuertes á mano armada, rige la ordenanza militar, cualquiera que sea la condicion del reo.

En las revoluciones políticas con gobiernos y ejércitos revolucionarios, las leyes de la guerra entre naciones protegen á los rebeldes.

Los *guerrillas* desde que obran fuera de la proteccion de gobiernos y ejércitos, están fuera de la ley y pueden ser ejecutados por los jefes en campaña.

Los salteadores notorios están fuera de la ley de las naciones y de la ley municipal, y sus cabezas deben ser expuestas en los lugares de sus fechorías.

Este es el uso que hace, no la república mas celosa de las garantías, sino todo estado, todo soberano, de los privilegios que las naciones se han reservado á sí mismas para proveer á su preservacion y conservacion, atacadas por quien quiera que sea, nacion extranjera, soldado, ciudadano ó mujer, que todos pueden dañarla. « Pueden sobrevenir tiempos, dice un constitucionalista inglés, de gran peligro, cuan-

do la conservacion de todos exige el sacrificio de los derechos de unos pocos; circunstancias que no solo justifican sino que fuerzan al temporario abandono de las formas constitucionales. Ha sido la costumbre de todos los gobiernos durante las rebeliones, proclamar la ley marcial ó la suspension de la jurisdiccion civil.» «La ley marcial, decía Webster, es la ley del ejército, y proclamada, la tierra se vuelve un campamento.»

La mas alta funcion del gobierno es dar á la sociedad garantías de reposo, á fin de que ejerza sus derechos y desenvuelva sus elementos. ¿Habría habido mal en indultar á Clavero? Era un acto legal, y podía aconsejarlo una política prudente; pero suprimir la ley en virtud de la cual se castigara á los futuros atentadores contra la seguridad pública, declarando iguales ante el juez al Estado con el individuo cuando de subvertirlo se trata, es solo condenar la sangre que en su nombre y en el del deber se derrama.

¿Qué juicio formaba el público de aquellos sucesos? Pacificadas las provincias del interior despues de lucha tan encarnizada, el *Standard* de julio, diario inglés de Buenos Aires, por lo general bien informado, extraño á cuestiones de partido y reflejo del medio social en que vive, hacía esta incidental apreciacion, con motivo del nombramiento de ministro plenipotenciario en los Estados Unidos, recaído en el gobernador de San Juan: «No trepidamos en decir que no podría haberse elegido persona mas apta para aquel puesto. El señor Sarmiento es el autor de un libro de viajes; pero mejor conocido como un grande admirador de las instituciones americanas. Su carrera no ha sido muy feliz en San Juan, y en verdad que su política inquieta ha hecho tal daño al presente gobierno nacional, que el presidente Mitre le hace un favor particular y un servicio á San Juan removiendo su gobernador á Washington.»

El silencio de los otros diarios asentía sin lastimar en este fallo; las correspondencias particulares lo hacían descender desde las oficinas á los corrillos; y basta ser americano del sur para comprender cuán fácil asentimiento encuentra toda idea que limita la accion del poder ejecutivo, en nombre de crudas teorías de libertad que, por desgracia, carecen de ejemplo en la propia historia, y no hallarían modelo en la ajena. La teoría, como la historia

del gobierno de los pueblos libres, es todavía un misterio para los que la contemplan de lejos. Las tentativas hechas por organizarlo durante un siglo en la Europa continental, han conducido á la negacion misma de la libertad. La de Inglaterra es como aquel sedimento fecundo que los siglos van depositando en las llanuras de las rocas que el tiempo va desagregando; pero la roca existe aun sin acabar de disolverse. De esta desintegracion de moléculas, se hicieron los Estados Unidos, petrificando de nuevo una parte para constituir gobierno. La primitiva confederacion fué un desgraciado ensayo del gobierno voluntario, sin cohesion, y contando solo con el espontáneo asentimiento. Al ver desmoronarse el frágil edificio, Washington señaló el mal y apuntó el remedio. *Influence*, dijo, *is not government*; y la nueva constitucion de los Estados Unidos salió de ahí, con un gobierno que tiene en sí los poderes para ejecutarse á sí mismo. La tranquilidad interna, la paz exterior por setenta años, fué el fenómeno que la naciente república ofreció á la contemplacion del mundo. Cuando causas mórbidas amenazaron disolver la Union, el gobierno halló en su institucion los medios de dominarlo todo, resistencias, sucesos y poderosas voluntades. Si álguien le hubiera echado en cara que traspasaba los límites de su accion, habría contestado como Scipion: « Vamos á dar gracias á los dioses porque un día como el de hoy se salvó la República. » Pero nadie le hizo ese cargo, porque el pueblo norte-americano posee tradiciones de libertad y ha heredado ideas de gobierno. Nosotros de la libertad tenemos la santa aspiracion; del gobierno la negacion que la tradicion de raza nos ha dejado en herencia. Tanto sabe de esto la España como sus colonias, y ambas mirándose de reojo, y siguiendo senderos opuestos, muestran al mundo el triste espectáculo de una eterna convulsion.

El gobierno, muéstralo la Inglaterra y los Estados Unidos su consecuencia, es un largo hecho experimental. La teoría de hoy tiene por base un hecho conquistado ayer; y así remonta los siglos hasta perderse en la conquista de Guillermo. Nuestra experiencia es como nuestra existencia misma. El que mas años cuente, tendrá el privilegio de haber sido testigo de mayores desastres. ¡Y qué es la vida

de un hombre en esta ciencia acumulada por deposiciones lentas! Tras de la emancipacion americana, representada en nuestras armas por un sol naciente, está la noche obscura de la colonia que llega hasta Felipe II; el caos, las tinieblas. Esta es nuestra ciencia propia. Ni como individuos, ni como nacion, ni como raza, nos es dado tener confianza en nuestras propias ideas de gobierno. Así se ha visto cómo un bárbaro que no sabe leer, un salteador de caminos, basta para poner en peligro nuestra frágil organizacion, incapaz por lo mal ajustada de resistir al menor choque. No se ha hecho en Italia entrar en el plan constitucional el *brigandaje* de los Abruzzos, como la *montonera* argentina no se prestará nunca á composicion. Son ambas negaciones de la sociedad misma que toda institucion orgánica presupone.

Hemos por esto dado grande importancia al drama, al parecer humilde que terminó en Olta en 1863. Era como las goteras del tejado, despues que la lluvia cesa, la última manifestacion del fermento que introdujeron, Artigas á la márgen de los ríos, Quiroga á las faldas de los Andes. El uno desmembró el Virreinato, el otro inutilizó el esfuerzo de Ituzaingó con treinta años de convulsiones internas. Civilizacion y barbarie era á mas de un libro, un antagonismo social. El ferrocarril llegará en tiempo á Córdoba para estorbar que vuelva á reproducirse la lucha del desierto, ya que la Pampa está surcada de rieles. Las costumbres que Ruguendas y Palliere diseñaron con tanto talento, desaparecerán con el medio ambiente que las produjo, y estas biógrafías de los caudillos de la montonera, figurarán en nuestra historia como los megateriums y cliptodones que Bravard desenterró del terreno pampeano: mónstruos inexplicables, pero reales.









